

11,4 SUEÑOS LUZ

NICHOLAS AVEDON

Lectulandia

11,4 sueños luz es una novela de ciencia ficción cyberpunk: implantes, mundos virtuales, inteligencia artificial, metacorporaciones, mentiras, drogas y un París oscuro y decadente. De fondo, un macabro *thriller* en mitad de la mayor empresa humana jamás llevada a cabo: la colonización de un nuevo mundo en otro sistema solar a 11,4 años luz. SINOPSIS Más de cincuenta millones de personas malviven en la megalópolis que se ha convertido París en el siglo *xxiv*. La antigua ciudad de la luz se ha transformado en una ciudad corrupta e inhumana. La mayoría de sus ciudadanos vive sumido en una zona gris donde no llega la luz del sol: el piso cero. Mientras, las élites, ajenas a todo, no abandonan nunca las gigantescas torres, ignorando la miserable existencia de los mugrosos, aquellos que viven en el piso cero. El mundo ya no tenía solución, pero un grupo de filántropos financió el proyecto Veluss. Un plan muy ambicioso, mucho más grande aún que la fallida colonización de Marte: Llevar el hombre a las estrellas, treinta mil hombres y mujeres —los mejores—, ellos y sus nietos, tendrían una nueva oportunidad, en el sistema Procion, a 11.4 años luz. Esta es la historia de Ariel de Santos, uno de los artistas vivos más reputados de los Estados Europeos del Sur, un hombre atormentado por sus pactos con el diablo y adicto al Trank, la droga universal. A través de sus ojos, seremos testigos de una huida del pasado, sin vuelta atrás. No será fácil entrar en la nueva arca de Noe: millones de candidatos en todo el planeta desean una existencia mejor. Esta es la crónica de algunos de ellos, luchando por hacer realidad un sueño y embarcar en la nave que les aleje de una vida sin esperanza.

Lectulandia

Nicholas Avedon

11,4 sueños luz

ePub r1.0

Titivillus 04.09.16

Título original: *11,4 sueños luz*
Nicholas Avedon, 2016
Diseño de cubierta: Muneeb Rehman

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

a Silvia, por estar siempre ahí

*Dedicado a mis primeras lectoras y lectores,
que creyeron en mí mucho antes de que yo lo hiciera.*

Gracias a todos ellos estás leyendo esto hoy.

TRANK

Lo que hace adicto a un adicto varía en cada persona, pero todos teníamos una cosa en común: huíamos de algo. Mis compañeros del programa de reeducación sonreían, ya habían estado varias veces allí. Yo también, aunque me juré que esta vez sería la definitiva. Sabía que seguiría tomando *trank* hasta que me muriera, como lo sabíamos todos los que allí estábamos. Lo importante era conseguir de nuevo la rehabilitación, para poder comprar de manera legal.

El *trank* fue la droga que cambió el mundo. Desde entonces, solo los mugrosos utilizaban otras sustancias que no fueran *trank*. El *trank* era una droga inteligente. Se podía combinar para provocar el efecto de cualquier otra droga del pasado: NDRI, GHB, THC, MDMA, LSD, NMDA, PAM, DCI y un largo etcétera. A mí no me la habían enseñado, pero hoy día la historia del *trank* era obligatoria en la escuela, y con frecuencia emitían informativos divulgativos en los holos de los canales públicos. En las farmacias, donde la vendían a cualquier ciudadano que tuviera los papeles en regla, disponían de toda la información que precisaras. Desde su desarrollo, a principios del siglo XXII, había supuesto el fin de la lucha contra el narcotráfico: una droga fácil de producir, sin dependencia física y sin efectos secundarios a largo plazo. Una droga de uso social, limpia y controlada por el estado. El *trank* podía hacerte sentir bien o hacer que no sintieras nada. Todo dependía de cómo la tomaras. Todos los que asistíamos a aquel curso lo sabíamos, de hecho, se podría decir que sabíamos bastante más que los funcionarios que daban las charlas. Llevábamos años abusando y probando combinaciones que no estaban en ningún manual.

Así que allí estaba yo, mirando cara a cara a las otras siete personas que habían podido pagar para poner sus papeles en regla. Nos mirábamos con curiosidad. Por el aspecto de mis compañeros, estaba seguro de que ninguno de ellos era un mugroso, sino más bien lo contrario. Conocía a algunos, coincidencias en algún evento social. En París todos los que están arriba se conocen. Y yo, a pesar de todo, estaba bien arriba. En el pasado aquellos programas estaban orientados a desintoxicar adictos. En teoría para lograr su reinserción en un mundo sin drogas. En nuestro caso era un programa de reeducación para drogarnos mejor, de forma más eficiente. Era la única manera de volver a tener permiso para comprar *trank* en las farmacias. En el mercado negro era algo prohibitivo. Todos los que estábamos allí éramos ricos y famosos de una u otra manera, sin embargo todos teníamos el mismo problema: Se nos había ido de las manos y habíamos perdido el derecho a comprar *trank*. Yo había estado casi medio año sin licencia, el período más largo en los casi veinte que llevaba en París. Nunca pensé que sería capaz de hacer los disparates que hice por una dosis.

El cabrón de Singleton no hacía más que sonreír cada vez que le miraba. Seguro que recordaba lo mismo que yo, a pesar de todo el *trank* ilegal que nos metimos. El *trank* ilegal no estaba alineado con el ADN, de forma que muchas veces no

ocasionaba el efecto que uno buscaba. Era como intentar correr sobre una pista de hielo. Aun así yo inflaba mi deuda sin compasión. Había pasado de acostarme con mis modelos a hacer de proxeneta con ellas.

Sin *trank* no hay diversión. En cualquier local, en cualquier evento social, todo el mundo comparte estados de ánimo gracias a él. Sin él, estás fuera. En los últimos seis meses, perdí casi todos mis proyectos profesionales y la mayoría de mis modelos dejaron de hablarme. Algunas con más de un motivo para hacerlo. El alcohol y el sexo eran pobres sustitutos de algo tan poderoso como el *trank*. Sin el *trank*, para aliviar mi ansiedad, me transformé en un ser insoportable, especialmente para mí mismo. Me había costado mucho lograr reunir el dinero necesario para aquel programa de reenganche al *trank*. Para casi todos los presentes, estas jornadas eran parte de una rutina por la que pasaban una o dos veces al año. Singleton era el personaje más conocido de todos. Sus fiestas eran un desfase colosal. Se podía permitir transgredir casi cualquier norma. En la última fiesta a la que fui invitado acabé metido de lleno en una de sus orgías legendarias. Decían que siempre descubrías algo de ti mismo que no conocías acerca del sexo. Por desgracia, en mi caso, ya había probado todo lo que me podían ofrecer. Mi acompañante no. Perdí a una modelo y gané a un amigo. Singleton era un personaje digno de conocer, sobre todo si lograbas que te recordara después de la fiesta. Él se acordaba de mí, entre sesión y sesión me preguntó por mis últimos sueños vívidos y todo eso. Todo un caballero, aunque el último recuerdo que tenía de él, algo difuso, era mucho menos caballeroso. Tuve el buen juicio de no hacer preguntas sobre la modelo que nunca me volvió a llamar.

Lo mejor del programa era la parte práctica. Era obligatorio elaborar y probar cada una de las combinaciones principales y explorar cada uno de los efectos del *trank*. Odiaba los viajes psicodélicos, por suerte tenía *trank* de sobra para compensar la ansiedad que me generaban. Aunque éramos ocho participantes, cuatro hombres y cuatro mujeres, daba igual: el sexo que acompañaba a los efectos sociales de la droga siempre terminaba degenerando en una mezcla, donde era indiferente la paridad y el género. Gracias al *trank* todo se veía de otra manera. Fue una semana, una semana intensa.

Una vez conseguida la autorización del gobierno para volver a consumir *trank* pude volver a mi vida normal. Deseaba trabajar de nuevo. Dejé la clínica y tomé un taxi hasta mi apartamento. Pensando en los primeros pasos que iba a dar como el adicto habilitado que era ya. La mayoría de mis modelos ya tenían otros planes, así que pensé que debería rascar mi agenda y llamar a aquellas chicas que todavía estaban por explorar. Volver a los orígenes. Volver a lo que me había hecho ser Ariel de Santos. Sin mi trabajo, yo no existía. No tuve más que encender mi pad para que la realidad volviera a mí sin piedad. Decenas de llamadas perdidas y mensajes de todos

los colores. Los acreedores llamaban a mi puerta. Me bajé del taxi y saludé a los porteros de mi edificio. Crucé el gigantesco vestíbulo de mármol y, sin hacer caso a ninguna de las personas que me miraban o señalaban, tomé el ascensor de servicio. Me gustaba subir en el más lento, ese que paraba en todos los pisos, el que tardaba casi diez minutos en llegar a mi planta. Subí hacia mi apartamento. Con el rabillo del ojo veía incrementarse el número que indicaba el piso, mientras leía los mensajes que tenía pendientes desde hacía días. La gente del servicio ya me conocía y me dejaba en paz. Estaba arruinado y demasiado lúcido para evitar ignorar lo obvio. Al llegar a la planta trescientos dos recorrí las docenas de metros que separaban mi puerta del ascensor deseando no encontrarme con nadie en la puerta. No había nadie. Abrí la puerta, rezando por no encontrarme lo que cada mes, durante los últimos cuatro años de mi vida, me había encontrado. Allí estaba. El sobre negro. Esperándome como cada mes. Llegaba tarde al pago, era doce de julio. La carta solía llegar al principio de la segunda semana. Ni siquiera era puntual el muy hijo de puta. Abrí el sobre. Esta no la había visto, en ella se veía a la chica de frente y a mí, algo desdibujado, detrás. La nota escrita a mano, con una cantidad de dinero, una cuenta y la misma ironía de siempre: «Un poco joven, ¿no cree, señor de Santos?». Asqueado, estrujé la nota y la fotografía y las tiré al suelo. El apartamento estaba tal como lo había dejado. En la oscuridad, solo mi reflejo en el cristal del inmenso mirador del salón interrumpía la ilusión de estar flotando sobre la ciudad. Mis pensamientos iban delante de mí en caída libre. Nunca se gana de verdad. Por mucho que lo parezca, por mucho que tú mismo te lo expliques todas las mañanas delante del espejo, la gente no sabe cuál es el amargo precio de la victoria. Triunfar no era más que otro paso en falso, un paso más al abismo. Ese abismo de la realidad inapelable, del que provienen todas las imágenes y los sonidos que componen nuestras pesadillas. Esos reflejos que a veces creemos ver en el espejo y que, cuando volvemos a mirar con atención, ya no están ahí. El triunfo era la metáfora definitiva de la nada, siempre habrá una meta nueva que alcanzar, hasta caer en el abismo definitivo. Me afeité buscando ese brillo oculto. El tipo que veía enfrente de mí sonreía irónico, como todas las mañanas cuando de forma insistente buscaba al desconocido dentro del espejo. Era día de pago: mis acreedores me habían dado apenas un día como fecha límite. Había agotado mis promesas y mis sonrisas. Ya solo me quedaban los huesos y la carne. Mi sangre no valía demasiado. Tenía que hacer frente a deudas inimaginables y lo único que podía ofrecerles era un compromiso de pago, un proyecto a cuenta, promesas con mi firma. Mi vida sería, durante unos años más, enteramente suya.

Una nueva sesión. Una chica nueva. Un proyecto nuevo. ¿Qué más podía pedir?

ARIEL DE SANTOS

«Bien. Inspira profundo. Despacio, sin prisa. Escucha, recuerda, siente: Estás con él, sobre la cama, a su lado. Está dormido enfrente de ti. Nota la suavidad de tus sábanas bajo tus pies, bajo tus manos. Siente la brisa entrar por la ventana, su fragancia. Ponte cómoda, observa como duerme, plácido y feliz junto a ti. Respira despacio, evoca su olor sobre la almohada, el calor de su cuerpo junto al tuyo. Su respiración, el tacto de sus pies sobre los tuyos. Disfruta su sonrisa al despertar y verse a tu lado. Inspira. Disfruta de ese recuerdo. Mantenlo en tu memoria, gózalo. Fíjalo, estíralo. Bien, bien, bien. Ahora abre los ojos despacio, muy despacio».

Las lágrimas bañaron lentamente los ojos de Andrea. Su rostro se iluminó y la magia comenzó. Después de tantos meses sin trabajar, aquello me trajo de vuelta. Transmitía una ternura húmeda. Podía llevarla a través de sus recuerdos y provocar sensaciones, sentimientos reales, en ella. No era bonita, pero su mirada transmitía vida, de una forma tan pura, que calaba hondo. Ese era mi oficio: capturar las emociones, modelarlas y transformarlas en un producto que otros pudieran vender. No eran las facciones de Andrea las que transportaba a los sueños vívidos de mis clientes, mi trabajo era adaptar su imagen y su voz, y transformarlas en la de los seres queridos —o las fantasías— de aquellos que me pagaban.

Durante muchos años el arte de la manipulación digital de la imagen se había perfeccionado tanto que era imposible discriminar la ficción de la realidad, pero los verdaderos sentimientos eran todavía difíciles de falsificar. En un mundo donde todo se podía comprar y vender, las emociones y sentimientos puros eran de gran valor para aquellos que no podían tenerlos o querían más: el amor de una mujer, el abrazo de un ser querido o las conversaciones con un padre ya fallecido. Eran experiencias que se podían reconstruir con un conocimiento que era mitad arte y mitad ciencia: los sueños vívidos.

La sesión había terminado y le acerqué un pañuelo a Andrea. Temblaba de emociones contradictorias. Desearía profundizar más en esos sentimientos, el origen de aquel dolor, de aquel amor huérfano. Pero sabía que no debía hacerlo si quería poder mantener esa distancia necesaria para trabajar con ella. Tenía su imagen, podía moldearla a mi antojo, fácilmente podría emborracharme de sus abrazos y sus susurros. Pero no me interesaba Andrea, solo el origen de esos sentimientos.

—Estás muy callado —dijo Andrea, rompiendo el silencio.

Se secaba las lágrimas de forma mecánica, evitando estropear el maquillaje. No podía permitirse un maquillaje programable y usaba productos baratos que causarían espanto a cualquier modelo profesional.

—Ha estado muy bien —contesté con mi voz seca y amarga, la que usaba para evitar acercarme a la gente.

No quería hablar con ella. Estaba de vuelta de un período oscuro de mi vida y no podría soportar volver a ese juego. Sexo a cambio de éxito. Tan fácil, tan estéril.

Estaba desanimado de tantas decepciones. Trataba a mis modelos como si fueran juguetes, precisamente para evitar recordar que eran seres humanos. A veces yo mismo me creía mis excusas, la mayoría de las veces me bastaba con culparme por ser tan duro conmigo mismo por no saber disfrutar lo que la vida me ofrecía.

Andrea salió del estudio en silencio, observándome con curiosidad, analizando por qué estaba tan taciturno, preguntándose, probablemente, si era por su culpa. Ella no tenía forma de saber que estaba de regreso al mundo tras pasar por el purgatorio. Todavía estaba anestesiado por la vuelta a la realidad. No quería estropearlo. Nos despedimos formalmente hasta la siguiente sesión, sin más. Ni siquiera una mirada prolongada o una sonrisa nerviosa. Nada. Caminó hasta el ascensor y desapareció tras la puerta. Respiré aliviado.

Me quedé solo en mi *loft*. Desde la calle sería tan solo una diminuta luz encendida en lo alto de una de las torres más altas de aquella megalópolis en que se había transformado París en el siglo XXIII. No podía ver las estrellas, pero sí los cientos de kilómetros cuadrados que ocupaba la ciudad en todas direcciones. Clavada en ella, como una estaca divina, la gran torre MoHo, desde donde podía contemplar, como un semidiós, a casi cincuenta millones de almas bajo mis pies. Andrea se había ido y mi ansiedad había regresado. Conecté el holovid. Noticias. Era un adicto a las noticias. La guerra en el norte de África seguía igual. No era una guerra: era una frontera. ¿Cuándo había dejado de ser una guerra? Nadie, que yo conociera aquí, sabía cómo empezó o por qué empezó. No les importaba una mierda. Yo sabía bien por qué: ¿cómo podría olvidarlo? Pobres desgraciados sin nada que perder intentando entrar en el Valhalla. Eran los suburbios del sur de Europa: Marruecos, Túnez, Argelia, Libia. Daba igual, mismos uniformes, mismo propósito: no dejar entrar a nadie en Europa. Gracias a eso podían vivir ellos, como perros guardianes, sirviendo al amo del norte. Los informativos seguían narrando el progreso de la barrera definitiva: un tercer muro de hormigón, de cincuenta metros de altura, que impediría las miles de muertes anuales por electrocución. Cambié de canal. Más muerte. Más ignorancia. Más noticias. Sabía que nunca cambiaría nada. Para cualquier territorio fuera de los cuatro grandes bloques económicos, el resto del mundo no existía. Fuera, en los destruidos países sin bandera, no había ninguna esperanza: sobrevivir a manos de señores de la guerra o algo peor, metacorporaciones ávidas de materias primas, imponiendo su ley salvaje sin tener que responder ante nadie. Había gastado media vida para llegar hasta donde estaba, en una carrera frenética, vendiendo mi alma. Usé mi pod para hacer la transferencia anónima de ese mes. Había pagado, pero sabía que no podría hacer frente al próximo mes. Ni tampoco al alquiler. Miré mi reflejo en el cristal. Me veía atrapado en una torre que no podría pagar jamás, lleno de deudas y promesas en el aire, atrapado por mis propias fábulas, por mi ansia de estar en un lugar mejor. Pero, al menos, ahora, tenía *trank* de nuevo.

ABRIENDO MERCADO

El destino había querido que volviera a coincidir con Richard Singleton en apenas un mes. Él también había querido volver a la normalidad y nada mejor que una fiesta para comenzar esa nueva etapa de su vida. Hacer amigos era una de sus aficiones y yo uno de sus tantísimos trofeos. Sus fiestas eran su forma de exhibir sus triunfos; era la cuarta vez que me invitaba a una de ellas, la excusa, la reforma que había hecho en su ático. Su casa —un palacio— era un edificio del siglo XVIII en pleno casco histórico de París. La torre Eiffel dominaba las vistas que podían admirarse desde su grandioso ático. Una réplica exacta de la que destruyeron, hace veinte años, los terroristas del EGIE. Siempre me pareció muy hermosa, no me cansaba nunca de contemplarla. Me impresionaba, no por su tamaño, sino por la historia que transpiraba de sus formas de otros tiempos, donde lo feo y lo hermoso estaban íntimamente mezclados.

En la cola de seguridad me tropecé con algunos conocidos. Eduard era un catalán adinerado, cliente mío, con el que había coincidido en varias fiestas y que, según había observado, tenía un gusto exquisito para el arte. Aunque pudiera parecer repulsivo como persona, me había demostrado, en múltiples ocasiones, que lo mejor era lo que no se veía de forma evidente. Era un gran conocedor de las tendencias y modas sobre sueños vívidos y me había puesto en contacto con varios productores y gente famosa, como el propio Singleton. Era fácil caer en el error y pensar que estabas hablando con una persona profundamente hedonista. Lo era, pero también soñador y sabio a su manera. También sabía transformarse en alguien encantador y mantener una conversación brillante. Si hubiera tenido rostro de mujer hubiera sido mucho más fácil para mí seguirle la corriente, pero estaba muy alejado de mi concepto de una belleza femenina. Una mata de rizos morenos crecía despreocupadamente sobre su cabeza, ajenos a su edad, ya superior al medio siglo. Su nariz grande, y ligeramente regordeta, gobernaba su rostro marcado por arrugas profundas en la frente y formando un triángulo alrededor de la boca, parcialmente oculta tras una barba rala y cuidada. Sus ojos, tristes y grandes, estaban realzados por sus gruesas y angulosas cejas. No era un rostro vulgar, pero distaba de ser hermoso. Las veces que habíamos intercambiado unas pocas palabras intentaba adivinar qué sería lo auténtico de aquel personaje, si su tristeza lejana, enterrada bajo aquella mirada, o lo marginal de sus historias.

Aquellos pensamientos hicieron olvidarme de lo inmediato. Una luz parpadeante y un *bip* me trajeron de nuevo de vuelta. Tras pasar por el lector de retina, mi verdadera realidad irrumpió de golpe. El guardia me habló de forma brusca, en un inglés tosco:

—Lo siento, no puede pasar. Esta fiesta es para ciudadanos de la Unión. Este sector de la ciudad está restringida para usted. No me queda más remedio que llamar a la policía, por favor, no se mueva de donde está —dijo el guardia, tenso, con una voz demasiado potente.

La posición del codo derecho era pista suficiente para saber que llevaba algún tipo de arma encima de su pierna. Sin alterarme le repliqué en francés:

—Por favor, mire en la lista de invitados especiales. Debo estar ahí: Ariel de Santos. Tengo una invitación personal del señor Singleton —expliqué despacio y sonriendo.

Odiaba lo que iba a pasar después y más con Eduard a mi lado, que ya empezaba a cuchichear con los de al lado.

Sus ojos buscaron mi nombre en la lista, los segundos para él fueron más largos que para mí. Al final me encontró. El pobre tipo parpadeó un par de veces y asumió que un invitado podía ser extranjero, incluso de fuera de un bloque. Inconcebible para él, pero reaccionó disculpándose. Luego se olvidó de mí y pude pasar. Muchos de los invitados estuvieron pendientes de toda la escena, sorprendidos. Algunos conocidos, la mayoría desconocidos. Mujeres hermosas, hombres extraordinarios. Poder. Dinero. Si aquella confianza y liderazgo que respiraba se pudiera guardar en botes, sería un gran negocio: Olimpo, la fragancia del destino. Era un buen nombre. Sí, estaba entre dioses, titanes y hadas. También había algún ángel caído, como Eduard, que me señalaba sentado entre dos chicas jóvenes, no muy lejos de la entrada de seguridad, intrigado por mi situación. Los tres me esperaban sentados en un sofá, rodeados de velas, cojines y esculturas romanas, auténticas o copias. Mutiladas y hermosas. Brillaban bajo la luz de la Luna y las velas.

Las vistas eran excepcionales, la iluminación era tenue y surgía, del suelo, desde cientos de holovelas de colores cálidos. Pequeños farolillos colgados de tejadillos de mimbre y madera aportaban el resto de la luz. El cielo estaba despejado y cubierto de estrellas artificiales. Con la polución reinante era imposible ver el cielo de verdad. Aquella noche no faltaba nada. La luna llena, junto a la tenue iluminación de la fiesta, proyectaban un ambiente mágico. Era como estar en una hoguera de campamento en mitad de la nada. El agua caía en pequeñas cascadas invisibles y corría bajo el suelo, debajo de largas planchas de cristal que hacían las veces de tarima. La fresca humedad y el perfume vegetal del musgo flotaban en el ambiente. Resultaba fácil caer en el engaño. El lugar era amplio y estaba repleto de todo tipo de sillones, sofás, cojines, sillas y alfombras, de forma que cada hueco de aquel inmenso ático parecía un oasis, diferente al resto, protegido por traslúcidas sedas y hojas de parra.

Eduard, impaciente, me preguntó con voz suave, en un francés refinado y sinuoso, sabiendo que le estaba prestando atención:

—¿Te vas a sentar con nosotros o esperas una invitación formal? —preguntó.

Sabía bien lo que quería: una oportunidad para empezar una conversación profesional, así que pensé en contar, de nuevo, aquella vieja historia. Me senté con ellos, al lado de una de sus chicas. Nos presentamos con tres besos. Su perfume no parecía barato. Se llamaba Chloe y me contemplaba tras unos grandes iris de color violeta. Tenía unos carnosos labios naranjas y una piel clara, casi blanca. Su pelo, de un rubio brillante, integraba un rostro infantil con el flequillo cayéndole de lado. Todavía una niña, una niña peligrosa con formas de mujer, dispuesta a abrir la tapa de la caja de Pandora. Me presentó a su amiga Sara. También rubia, más alta y mucho menos niña. Eduard se rodeaba siempre de mujeres hermosas y demasiado jóvenes. Chloe me observaba, esquiva, pero sin poder evitarlo, Sara con una sonrisa incipiente, sin rubor alguno. Suponía que a esas alturas Eduard ya les habría hablado de mí, así que me limité a sonreír.

—Hace una noche estupenda —comencé sin pensar—, me encanta París. Siempre me trae imágenes de otros tiempos, tiempos más románticos, ¿no os parece?

Ellas empezaron a hablar al unísono, interrumpiéndose, pero yo solo prestaba atención a Eduard. Observando su espera, agazapado, esperando a que el tema que esperaba se pusiera a tiro. Me gustaba su juego. Aprendía mucho de él, era un maestro tratando con la gente. Esperé y esperé, bailando con los temas de conversación, evitando a Sara y jugando con Chloe. Él disfrutaba analizándome y azuzó a sus chicas contra mí, presentándose como el más sensual diseñador de sueños vívidos de toda la EcoSur.

Chloe quería ser modelo. Sara ya lo era. Me intentó impresionar con algunos nombres de directores de moda, revistas e incluso algunos directores de sueños vívidos. Conocía a algunos de ellos, no estaba mal. Sin embargo yo nunca hubiera aceptado trabajar con una chica así, era vulgar y evidente, las peores cualidades de una modelo.

—Bueno, yo estoy más cercano al mundo de la interpretación que al de la moda. Al fin y al cabo lo que mis clientes ven no es a la chica que grabo, sino a la que ellos quieren ver. Lo importante es la expresión, no se puede engañar al subconsciente.

—¿Cómo lo haces? —se interesó Chloe.

—Yo no hago nada, lo hacen todo mis modelos. Por eso es tan importante su trabajo, pero bueno, es mi punto de vista. Al fin y al cabo, cada profesional tiene su manera de hacer su trabajo —aclaré. Me aburría hablar de técnica.

—¡Qué modesto eres Ariel!, para mí eres un genio —aseguró Eduard, interviniendo por primera vez. Tenía una bonita voz profunda y aterciopelada de barítono. Era otro de sus encantos.

—Gracias Eduard. Sabes bien que no lo soy, pero gracias. Todavía me queda mucho por aprender. Nunca podré agradecerte suficiente que me abrieras la mente sobre los clásicos de la pintura del romanticismo. ¿Sabéis vosotras que Eduard es uno de los mayores coleccionistas de arte romántico de toda EcoSur? —dije, interrumpiendo el juego de Eduard y provocando que ellas volvieran a prestarle

atención. Fue efímero.

—¿Con quién trabajas ahora? —preguntó Eduard con una profundidad casi sombría.

Por alguna razón me incomodó y él lo notó, impasible, bebiendo de su vaso de *whisky*.

—Una desconocida, como casi siempre. No la conoces. Es una francesa, menudita y simpática que conocí en un *casting*.

—Esos *castings* secretos tuyos —lanzó. No piqué—. Pronto la conoceremos, espero —aventuró.

—Sí. Tiene madera. Cuando comienza una escena, la consume. Me recuerda un poco a Vicky cuando empezó, ¿recuerdas su mirada? —pregunté.

Vicky fue su amante después de trabajar para mí como modelo. Gracias a ella nos conocimos, pero no acabaron bien, ella aireó situaciones personales, demasiado personales. Imagino que eso era lo que nos unía a ambos, los secretos. Me hizo recordar el motivo del juego: mi numerito de inmigrante ilegal en la puerta de acceso.

—Supuse que conocías mi pasado, que Vicky te lo habría contado..., ya sabes, mi extraño acento y mi encantadora sonrisa —le dije, forzando mi acento norteafricano, exagerándolo. Aproveché para dejarles en suspenso mientras pedía a un camarero una copa de algo fuerte.

—¡Ah! —se hizo el sorprendido— sabía que no eras francés, pero la verdad, nunca pensé que no fueras europeo, después de todo, lo que haces implica una educación, una visión, un... —reí con ganas. Mi biografía era pública y estaba seguro que Eduard la conocía, al fin y al cabo nunca me había escondido, solo cambiado de nombre por uno más artístico.

—Abu Muhammad Alí ibn Ahmad, es quién debería recibir los premios. No yo, él fue quien educó mis sentidos —aclaré.

Alcé la copa y brindé en árabe. Logré sorprender a las chicas con aquello. Hablar en árabe, allí, tan cerca de la torre Eiffel, era casi una provocación. Su expresión hubiera merecido una fotografía de haber tenido una cámara a mano, un antiguo retrato en blanco y negro. Sí. Qué lástima. África, me supo amarga esa palabra bajando por mi garganta. Amarga y ácida, como el vodka con naranja.

—Curioso. Siempre pensé que la vida de nómada fomentaba el mercantilismo, no el gusto por la belleza —respondió con aire cínico.

—La belleza nos rodea. Cuando hay que buscarla es más fácil que cuando te estorba, adquieres otros hábitos, imagino —evité mirarlas, no quería que lo interpretaran como un insulto, aunque era tarde.

—Nos estamos poniendo demasiado profundos. No quiero que esto parezca un diálogo de pedantes. Al fin y al cabo, estamos rodeados de belleza, ¿por qué hablar de ella?, disfrutémosla —sonrió y miró a sus amigas. Asentí y sonreí a la más joven de las dos, que había quedado absorta por nuestra conversación.

—Me gusta el violeta de tus ojos —dije sin esfuerzo.

—Gracias —respondió ruborizándose.

Esta vez mi sonrisa fue auténtica. Qué maravilla. Intuía lo que buscaba Eduard en aquella chica. Miré a la otra, ella también disfrutaba de aquel momento de azoramiento de la jovencísima Chloe. Era como un perro de presa. Quizás Eduard solo buscaba mirar, quizás...

—¡Ariel! —Escuché de pronto a mi lado. Aquel rostro me parecía vagamente familiar, pero aquellas piernas, aquellas manos y la forma de las uñas eran inconfundibles. Localicé el pequeño tatuaje en su tobillo derecho.

—¿Lucy? —pregunté algo perdido. Ante mí se alzaba una diosa nórdica, muy diferente de la Lucy que había conocido hace apenas año y medio. Su rostro era casi irreconocible, lo mismo que parte de su cuerpo— estás guapísima —afirmé, sin esfuerzo. Luego me dirigí a Eduard y sus chicas— Lucy fue una de mis primeras modelos. La recordaréis por aquella campaña que hice para las vacaciones en la costa de Algarve. Ella era la hija...

—¡Oh!, sí. Lo recuerdo, vaya que si lo recuerdo, excepcional —interrumpió Eduard con una franca sonrisa.

—Él es François, mi prometido. Ariel, y...

—Eduard Lechamps, encantado, se levantó y le dio tres besos.

Fue el comienzo de una agradable e insípida velada entre incómodos desconocidos. Lucy era igual de vacía y superficial que antes. Una vez hube aclimatado mis sentidos a aquella exuberancia de carne, recordé por qué había evitado acostarme con ella. No me guardaba rencor, gracias a aquella furia, a aquella incompreensión y turbación sexual había podido grabar a la hija perfecta, que transpiraba deseos erróneos en cada ángulo secundario, en cada mirada velada. Por supuesto solo lo podían apreciar hombres mayores, con hijos. Si hubiera sido la amante, la cuñada, no habría sido lo mismo.

La conversación degeneró, sin que yo lo pudiera evitar, hacia mi propio trabajo: Los sueños vívidos eran un arte para Eduard y un negocio para casi todos. Habían reemplazado a la fotografía y al cine. Habían acabado con el teatro y con la publicidad, ahora todo era una mezcla onírica entre lo que veías y lo que deseabas ver, entre lo que percibías y lo que soñabas, fueras consciente o no. Había varios grados, niveles, técnicas y estilos y estaba extendido por todas partes. Ya nadie se acordaba de cuando las historias se contaban con rostros ajenos. Las películas holovid eran para las masas, pero todo aquel que podía costeárselo disponía de algún tipo de implante neuro. Incluso aquellas dos jovencitas tendrían uno, sin duda, bien clavado en su cerebro. Para la gente joven sin experiencias, los rostros y los cuerpos de los actores eran la mayor parte de su realidad; para los mayores, los recuerdos sustituían gran parte de las facciones de los actores, al final se creaban personajes que poseían lo mejor que uno guardaba en sus recuerdos y lo mejor de las personas de carne y

hueso. Ver una película anterior a los sueños vívidos era como ver pornografía. Tosco, artificial y lejano. Yo guardaba algunas películas por curiosidad, eran extrañas e inconexas, pero a veces ofrecían escenas nuevas y creaban un mundo desconocido al que era imposible llegar a través de los sueños vívidos. Limitadas, pero geniales, a veces más creativas que lo que hacíamos ahora, que solo satisfacían nuestros recuerdos y nos transformaba en seres limitados, gozando siempre lo mismo.

Hablé demasiado, animado quizás por Eduard o por la curiosidad que sentía por Chloe.

—La gente no se cansa de repetir una y otra vez las mismas sensaciones gastadas. Me sigue sorprendiendo.

—Eres un maldito perfeccionista, te lo he dicho muchas veces —replicó Eduard.

—Eso no quita que sea cierto lo que digo. Algún día los sueños vívidos dejarán de estar de moda y me tendré que dedicar a otra actividad.

—Muy desencaminado no andas —dijo Eduard, jugando con el silencio. Le miramos y lo mantuvo durante unos segundos—. Neurorrélicas. Eso es el futuro —añadió con satisfacción en su rostro.

—¿Neurorrélicas? —pregunté lleno de sorpresa.

No había oído hablar de ello. Ni nadie a mi alrededor, excepto Eduard.

—Imagina que pudieras grabar una escena desde el punto de vista del que la vive. Como si pudieras meterte en su cabeza y sentir todo lo que siente: lo que ve, lo que oye, lo que bebe, lo que toca, lo que huele. Incluso su dolor o su placer, más allá de la sensación física, acariciando la sinestesia.

—Imposible, no se puede grabar eso digitalmente. Está a años luz de lo que hay hoy en día —replicó el amigo de Lucy.

Recordaba que había dicho que trabajaba en algo relacionado con la industria aeroespacial. Yo asentí, pero sabía que Eduard, más que nadie, era incapaz de tirarse un farol sobre algo si no lo había probado ya. Adoraba ser el tipo que destripaba el futuro a sus atónitos espectadores.

—¿Cómo es? —pregunté directamente, sin segundas intenciones, aceptando mi ignorancia e interesado en todo lo que dijera.

—Imagina mirarte a un espejo, ver un rostro extraño, sentir un cuerpo ajeno con tus propias manos. La sensación es diferente de lo que esperas, porque no son tus manos y sin embargo sientes, oyes. Notas como tu nuez es más pequeña y ligera, el olor de tu cuerpo diferente, eres la mujer reflejada en el espejo, totalmente desconocida. Te tocas sobre la ropa. Acaricias tu piel y sientes, pero piensas con tu mente. Respecto a los sentidos y las sensaciones eres esa otra persona, pero en tu cabeza sigues siendo tú. ¡Oh, es algo increíble! —hizo una pausa para mirar a sus espectadores, agitados por el breve relato—. Tiene sus limitaciones, está grabado en una sucesión, como los sueños vívidos. No puedes cambiar lo que hace el sujeto de la experiencia, pero a cambio tienes sensaciones nuevas, genuinas, no grabadas y luego mezcladas con las propias. Como el orgasmo de una mujer... —sonrió con los ojos,

disfrutando aquel momento, saboreándolo—. Bueno, todo esto es un poco experimental todavía, puede que aún algo inestable. Yo creo que hay más ciencia que arte en algo así —calló de pronto, al observar la reacción a sus palabras de la pareja de Lucy.

El silencio enfrió la atmósfera que antes había sido vibrante y llena de matices bajo aquellas luces tenues. El silencio se rompió con la presencia de nuestro anfitrión que vino a saludarnos y a preguntar cómo estaba todo. Lucy y su pareja se levantaron para saludarlo, lo mismo que las dos jóvenes que deseaban conocer al famoso *playboy*. Yo mismo tuve que levantarme para saludarle y darle las gracias por la invitación, transformándome en el chico moreno y simpático, lleno de talento, que tanto le debía. Así era, siempre le debía tanto a todo el mundo que, desde hace años, me había acostumbrado a mi papel. Tras un breve encuentro volví a la mesa donde Eduard estaba esperándome; ambos sabíamos que habíamos dejado algo a medias. Algo que Eduard llevaba esperando toda la noche.

—No, en serio, ¿cómo es? —pregunté impaciente.

—Peligroso, terrorífico. Pierdes el sentido de quién eres. Nunca será para todo el mundo, la mayoría de la gente disfruta con emociones descafeinadas, sin atreverse a ir más allá. Por eso creo que es un negocio. O lo será, si se hace bien.

—¿A qué te refieres?

—Solo he probado dos secuencias. Las dos terribles. Muy mal hechas, violencia, sexo duro, pero suficientes para entender el potencial.

—Suenan bien. Conozco a más de uno que lo probaría costara lo que costara. ¿Qué equipo hace falta para grabar algo así? ¿Y para leerlo?

—Nada extraordinario, es más barato de lo que imaginas. Sin embargo, hay otros problemas derivados de la tecnología —dijo de forma seca, bajando el tono de la última frase.

—¿Qué tipo de problemas? —Tenía claro ya por este punto que estaba a punto de hacerme una propuesta, y no me disgustaba.

—Cuanto más intenso es el resultado final, más peligroso es para el sujeto «original». Algunas personas han muerto al grabarlo.

—Ya. Supongo que por eso es todavía ilegal.

—Bueno, por lo visto la tecnología comenzó con las *snuff movies*... —Me miró inquieto— ya sabes...

—Ffff —resoplé. Me imaginé el tipo de personas que pagarían por algo así. Personas con mucho dinero, por eso veía tanto negocio Eduard.

—Pero no hay por qué llegar a esos extremos, quiero decir. ¿La persona que graba esa experiencia... sufre? —sondeé.

—No, en absoluto. Solo un pinchazo y un leve malestar después, por lo general. Lo que se hace es inyectar una solución que captura todos los niveles electroquímicos del sujeto, así como un pequeño implante temporal que almacena todas las ondas cerebrales y transmite la información a un ordenador. —Eduard me iba diciendo todo

esto de carrerilla, repitiendo la información que él había leído o le habían contado. Sabía que Eduard sabía menos de tecnología que el chico jovencito que nos sonreía juguetón en la mesa de al lado. Eduard siguió con la tecnocháchara—... información, luego se procesa y se realiza el proceso inverso, para el que hace falta un implante neuro completo que hace que tu propio cerebro genere los niveles adecuados de hormonas y otras sustancias, mientras «revives» la experiencia con tu propia mente. Es mucho más complejo que todo eso, pero la base de la tecnología por lo visto lleva años desarrollada y en uso en el mundo militar.

En mis años en el ejército nunca había oído nada así, pero claro, yo solo había sido un pobre desgraciado. Nada que ver con equipos alfa, ni inteligencia militar, que es de donde, seguro, provenía todo aquello. En cierto modo era mi sueño, poder mostrar el mundo como yo lo veía, pero por otro lado, dudaba que nadie quisiera pagar por ver aquello, por muy hermoso que pudiera parecer. Por la experiencia de mi propio trabajo, sabía el tipo de uso principal que podía tener aquello, recreativo, en el peor sentido de la palabra: sexo, adrenalina y violencia en su mayor parte.

—Un negocio un poco sucio, o eso parece —dije arrugando la nariz en un gesto de desaprobación total.

—Todo lo que hay es pura mierda. Si alguien hiciera algo con gusto, con talento... sería un bombazo. Muchísimo dinero. ¿No quieres probar? —tanteó clavando su mirada en mí. Había estado toda la noche esperando a hacerme esa pregunta. Tonto de mí.

—Me tientas. ¿Qué has pensado? —Yo mismo estaba excitado con la idea. Quien no lo estaría al tener la oportunidad de hacer historia y, de paso, ganar dinero.

—Una serie de historias, todas protagonizadas por la misma chica, para que el cliente pueda comprarlo por capítulos y elegir el tipo de experiencia. Salteamos con algo picante, pero nada rebuscado ni extremo, muy *mainstream*. Por supuesto con una ambientación cuidada y buenos actores.

—¿Tienes ya una historia? —pregunté cada vez más intrigado.

—Sí. Tengo ya casi todo atado, solo me hace falta un director de fotografía. Es gracioso, ese término ha estado en desuso en los últimos treinta años. Ahora es importante el detalle, por que volveremos a presenciar con ojos de otro, no imaginar con nuestra mente ni modificarlo todo por ordenador. El glorioso retorno del cine. Súbete al carro y no te arrepentirás —dijo entusiasmado. Tuve que morderme la lengua para no preguntar por dinero. Sabía que si lo hacía estaba perdido. Respiré un par de veces y evité mirarle demasiado a los ojos.

—Mándame el guion y te daré una respuesta. Lo prometo —zanjé.

—Lo tendrás —sonrió sabiendo que ya había ganado. Me estrechó la mano, de forma firme y segura, y desapareció entre las luces tenues de la fiesta. Yo me encontré solo y pensativo. Aunque duró poco, ya que una de sus chicas, Sara, volvió hacia mí. «¿Sabría ella algo de aquel proyecto?», pensé. Había decidido que no me gustaba, si ella era parte del *casting*, tendríamos problemas. Quizás lo sabía, pero en

ningún momento salió el tema. Flirteamos juntos un rato, hasta que tuvo claro que no era lo que estaba buscando y se fue tal como vino.

Aproveché la fiesta para hacer mi trabajo: hablar con otros productores, cerrar tratos y reengancharme a la dinámica laboral. Conseguí algunos adelantos y nuevos compromisos. Haber compartido sábanas con Singleton abría muchas puertas. Sin embargo, no pude sacar de mi cabeza la propuesta de Eduard, ¿cómo vería otra persona mi mundo? Aquello era mucho más importante que sentir el cuerpo de otra persona, la capacidad de ver el mundo desde los ojos de otro era una absoluta revolución. ¿Se filtrarían los pensamientos en aquella copia?, ¿se podría compartir una visión profunda del mundo a través de aquel ingenio? Las posibilidades eran asombrosas. Aunque el primer paso fuera hacer algo primitivo y comercial, sería interesante ver las posibilidades futuras. Todo un reto más allá de fabricar mentiras con el mismo refrito de sentimientos una y otra vez.

CARLOS VEGA

Conocí a Carlos en mi club de natación. Carlos era un chico alto y delgado de pelo negro ondulado y largo hasta los hombros, barba cerrada y apariencia algo desgarrada. Escondía un rostro tierno, aunque algo soso. A veces me parecía que tenía una cierta similitud con un perro juguetero. Imagino que, de no ser por la espontánea conversación que inicié con él esperando mi turno en una calle, dentro de la piscina, nunca le habría conocido. Además del agua nos unían otras aficiones, aunque tardé un tiempo en encontrarlas. Conocer a alguien normal fue lo primero que me atrajo de él. En mi mundo profesional, y personal, lo que menos abundan son las personas sencillas y con problemas ordinarios. Carlos era el perfecto ejemplo de lo cotidiano en aquel mundo atestado de problemas superficiales. Trabajaba como ingeniero de *software* en una gran empresa, una de las realmente grandes: MohoCorp. Se lamentaba sin parar de su trabajo y de su vida en general, como la gran mayoría de la gente que podía preocuparse de esas minucias. En cualquier caso, y pese a todo, era un buen chaval. Apenas le sacaba diez años, pero se comportaba como un chico, más que como un hombre joven. Nunca había salido de la gran urbe y su máxima preocupación, por mucho que él dijera lo contrario, era siempre el trabajo. Vivía en la planta cuarenta y nueve de mi edificio, propiedad de la misma metacorporación para la que trabajaba. El mismo sitio donde comía, donde compraba la ropa y también donde se divertía por las noches. Me fascinaba escuchar sus penas, sus quejas sobre el sistema y sus profundas discusiones filosóficas sobre la ética del mundo. Él, desde luego, ni se imaginaba de dónde provenía yo. Imagino que pensaría que mi familia tendría sus orígenes en algún lugar exótico y que mis problemas eran similares a los suyos. En cualquier caso, él no era bueno escuchando y a mí no me gustaba hablar demasiado sobre mi vida. Ambos salíamos ganando.

—Es frustrante. No existo para ella —se quejaba Carlos.

—Hay más mujeres —contesté seco.

No quería ser hiriente, pero me cansaba que se empeñara en fijarse en mujeres que lo único que buscaban era un tipo con buena posición y que fuera divertido. Carlos era divertido, sagaz y muy inteligente. Aprendía rápido y tenía una curiosidad insaciable, pero no era el tipo de persona que buscaban esas mujeres. Tampoco llegaría nunca al nivel de vida que esa clase de mujeres necesitaba.

—Para ti es fácil decirlo. Trabajas con ellas, te miran, te escuchan. Yo no salgo del edificio. Trescientas plantas, doscientas mil personas y no encuentro tiempo ni espacio para ello. Mi apartamento es de apenas veinte metros cuadrados y no tengo dinero para pisar un parque, ni un ático al que asomarme al cielo, ¿sabes lo que es eso? Y yo tengo suerte, he pasado media vida estudiando, mis padres se sacrificaron para que tuviera un futuro. Tengo un buen trabajo, gano mucho dinero. Pero aquí no

basta. Cada vez que vengo a nadar es una aventura exótica para mí. Hace dos años que no piso el nivel cero, ¿lo sabías?

—¡Wow! —se me escapó.

Sabía que Carlos, como mucha gente, malgastaba su vida en alguna psicóloga muy atractiva que le sorbía el coco como si fuera un refresco, pero nunca pensé que fuera un mugrofóbico.

—Lo siento. Lo que tú haces, a mí, me parece tan difícil como a ti lo que yo hago, de verdad. Seguramente tú no encuentras dificultad en hacer tu trabajo, pero me explotaría la cabeza si yo lo intentara —le dije. Eso le tranquilizó un poco—. ¿Siempre has vivido en el edificio? —pregunté, intentando cambiar de tema.

—No, mis padres vivían en Lausanne, pero yo vine aquí porque Moho ofrecía el mejor trabajo para mi especialidad. No debería quejarme, puedo permitirme ir a nadar, tengo tiempo libre. Podría comprar compañía, pero me resisto a ello. Parecerá estúpido, pero prefiero pagar a una mujer para poder hablar con ella.

—No es estúpido —contesté sin estar del todo seguro de cual de mis posibles respuestas podrían ser aceptables para él. No añadí nada. Él continuó hablando de sus problemas, como música de fondo.

Cuando le conocí, tardé un tiempo en confiarle a qué me dedicaba, sabía que daría pie a todo tipo de preguntas, algunas estúpidas y algunas muy lícitas, la mía era una ocupación muy llamativa. Casi única, en aquel ambiente, rodeado de médicos, ingenieros, abogados y todo tipo de profesionales de alta especialización y sueldos estratosféricos, que habían tenido una educación cara y cuyas familias estaban atiborradas de dinero en su mayoría. Todos acostumbrados a no pisar nunca el nivel cero, alejados de la realidad, de la miseria absoluta e ignorantes de todo aquello que era ajeno a sus vidas. Aunque hubiera querido, no hubiera podido contarle ni una ínfima parte de mi vida anterior a Carlos, porque con total seguridad habría resentido nuestra confianza mutua y yo valoraba mucho su amistad. Era un tipo sincero, valiente, confuso e inquieto, aunque atrapado en su propia vida. En eso último, éramos iguales. Solo en eso. Siempre hablaba de mujeres y nunca de trabajo. Esa era una de sus mejores virtudes. Quizás pensaba que no entendería nada de lo que hacía en Moho. Aunque no me lo había confesado intuía que su juventud, marcada por las exigencias de sus padres y de la sociedad elitista a la que pertenecía, le había forzado a centrarse en los estudios, en superar metas intelectuales agotadoras. Su carácter idealista y su timidez probablemente habían hecho el resto. No le había visto con ninguna mujer las pocas veces que había salido de fiesta con él y percibía que tenía serias dificultades para relacionarse con gente fuera de su círculo que, por otro lado, era exiguo y homogéneo, compuesto de compañeros de trabajo masculinos únicamente. Organicé un par de citas a ciegas con conocidas, buenas chicas, que salieron huyendo al rato. No eran las chicas apropiadas, no si venían de mi mundo. Él

necesitaba un tipo de chica que yo no conocía y que, probablemente, no existía en aquella torre de cristal, llena de gente capaz de cortarle en pedazos si fuera necesario. En el exterior, fuera del edificio, en el piso cero, como decían en Francia, podría haber encontrado gente más normal: mugrosos, personas humildes, sin una ambición tan tóxica. Había casi cincuenta millones de personas en París, pero las torres, como la nuestra, nos aislaban de la población local. Casi todos los que habitábamos en las torres éramos de otras ciudades, de otros países y algunos, muy pocos, incluso ciudadanos de fuera de la Unión. La mayoría de los que vivían en torres tenían el mismo síndrome de Carlos, había oído el nombre varias veces pero siempre se me olvidaba: mugrofobia. Pánico a la vida local, al desorden, al caos y a la mediocridad gris del ciudadano pobre, a su falta de ambición, a su laxitud y su fealdad. No había nadie feo en las torres, todos siempre elegantes, delgados, atléticos, sin ninguna tara. Carlos incluido. Si bajara apenas un kilómetro, de su apartamento al suelo, y viniera conmigo a alguno de los locales donde encontraba a mis modelos, se lo rifarían. Pero no me atrevía ni a planteárselo, probablemente pensaría que lo secuestrarían para vender sus órganos. Razón quizás no le faltaba, pero lo real era siempre más peligroso que la simulación de sociedad donde vivía. Al menos, abajo, rodeado de pobres que pululaban alrededor de los vehículos blindados de los afortunados habitantes de las torres, uno sentía humanidad.

Observando los rostros perfectos, pero inertes e inexpresivos, de los seres de dentro de los vehículos, me preguntaba cómo se justificarían a sí mismos para negar la pobreza que les rodeaba. ¿Qué les impedía atropellar a aquellos pobres desgraciados que les hacían llegar tarde, con sus súplicas limosneras, a sus importantes reuniones de negocios?

Aborrecía a esos tipos, que eran mis clientes. Aborrecía esa superioridad moral, producto de su éxito profesional. Yo podía parecer uno de ellos, pero no lo era. Ese era uno de mis secretos. Los perfectos habitantes de las torres pagaban sumas desorbitadas por lo auténtico. Lo auténtico era sucio, maloliente y peligroso, mi trabajo era buscarlo para ellos, grabarlo y empaquetarlo en un formato que ellos pudieran consumir. La mayoría de mis modelos habían salido de la mugre, del piso cero. Y tanto a ellas como a mí, les convenía guardar el secreto. Porque ellas y yo sabíamos que la magia funciona, hasta que se conoce el truco. Sin embargo, Carlos, seguía y seguía hablando sobre mujeres, como si supiese lo que buscaba en una mujer. Justo lo que prefería evitar para no pensar en mis propios problemas.

—Cambiando de tema —dije, interrumpiendo su amargo discurso sobre cómo le ignoraban las mujeres interesantes— quería preguntarte algo: he oído por ahí que hay una especie de mejora de la tecnología de los sueños vívidos, algo relacionado con copias químicas del cerebro o no sé qué exactamente, ¿tú has oído algo?

Carlos era un maldito genio con los ordenadores o eso me parecía a mí. Todo lo que no sabía sobre personas, lo sabía sobre tecnología.

—¿Las neurorrélicas? —preguntó, confirmando el nombre.

—Ni idea. Solo he oído vaguedades, pero es bastante increíble, no sé si creérmelo.

—No es nuevo, por lo menos lleva un par de años dando vueltas, aunque yo no lo he probado. Lo que he oído da un poco de miedo, la verdad. El otro día escuché una conversación sobre esto a un grupo de gente en Brin.

Aquel era uno de tantos mundos virtuales donde la gente jugaba, interactuaba y vivía enganchada a una realidad alternativa. Había cientos diferentes, Carlos estaba muy metido en eso.

—¿Con Andelain?

Sabía que le gustaría hablar de aquella chica, que era lo más parecido a una pareja que tenía Carlos. La conoció en el Jardín de Brin y, aunque llevaban muchos meses hablándose, todavía no se conocían en persona, solo a través de sus avatares. Tenía gracia el tema, yo harto de estudiar el exterior de las mujeres y él enamorado de alguien sin conocer siquiera su cáscara. Sin embargo creía conocerla en base al análisis de su comportamiento, de las pocas pistas de información que daba. Según él, era la mujer perfecta.

—No, con otro grupo. Había un tipo que lo había probado, dijo literalmente que era lo más real que había probado en su vida. Y este tío tiene hasta un neuro de sueños. Nos contó que son sensaciones reales «copiadas» electroquímicamente a una droga sintética de un solo uso, combinada con una simulación neural paravirtual. Había sentido el momento del parto de una mujer, inyectándose eso directamente en su neuroimplante. Había probado neurorrélicas, para realidad virtual, que hacían sentir algo parecido, pero aquello era real. El tipo que se lo vendió dijo que era auténtico, que había una huella bioquímica única en cada neuro réplica que vendía. Podías comprar incluso lo que se sentía al morir.

Alcé las cejas en silencio, imaginando el resto de posibilidades.

»Sí, eso pensé yo. Muy fuerte. Existe y está ahí fuera, pero necesitas tener neuroimplante para poder usarlo. ¿Tú tienes uno, verdad?

—Sí, bueno, no estaba pensando en mí, sino en ampliar el negocio y meterme en algo nuevo.

—Que yo sepa no se vende de forma legal. Por algo será.

—Bueno. Igual me gustaría hablar con tu amigo, en vuestro jardín particular.

—Tú verás, pero si quieres hablar con él tendrás que entrar en Brin.

—Hace mucho que no me meto en una de esas redes —suspiré— ¿cómo va ahora? —Mentira, nunca había entrado en ninguna, me parecía lo mismo que el juego o las putas: fácil de acostumbrarse y difícil de salir de ese hábito.

—Si quieres te ayudo a hacer una cuenta.

Carlos llevaba meses intentando reclutarme para compartir su mundo con él.

—Vale. ¿Vamos ahora? —pregunté.

—Genial.

Pagamos nuestras bebidas y salimos para mi apartamento. Solo había ciento trece

pisos entre medias.

ROBERTA

Era la segunda o tercera vez, no recordaba, que Carlos venía a mi apartamento. Quizás el interés en ayudarme a crear la cuenta era volver a visitar mi ático, supongo. Qué más da. Cuando llegamos, Roberta estaba esperando en la puerta, había olvidado que teníamos sesión por la tarde y, como siempre, había dejado mi pod en modo silencio.

—Hola Roberta, este es Carlos, un amigo. Carlos, Roberta —se saludaron con dos besos. No me lo esperaba por parte de Carlos, bien por él. No dijo mucho, silencio incómodo. Qué divertido.

Roberta, sin maquillar, era mucho más interesante: su pelo negro se fundía en la oscuridad del pasillo, dejando su rostro enigmático y sereno a la vista. Su nariz ligeramente grande y su labio inferior carnosos eran de una belleza de otra época, cuando la personalidad no se adquiría por catálogo.

—Carlos, si no te importa, hacemos eso rápido y nos vemos luego en la red para que me expliques lo demás. Tengo que trabajar con Roberta, mil perdones, pero tenía una sesión programada con ella y no puedo cambiarla. Siento el retraso Roberta —ella me sonrió, con curiosidad por conocer a alguien que no fuera parte de mi atrezo habitual de colaboradores.

Carlos se conectó a mi sistema para crearme una cuenta en Brin, colocarme en su zona y algunos detalles más que no quise escuchar. Mientras tanto, preparé los bártulos para la sesión con Roberta. Ella tenía más ganas de asaltarme a preguntas sobre mi amigo que de empezar la sesión. Una vez que Carlos se conectó y perdió contacto con la realidad, me habló.

—Qué peculiar —dijo, sacando de paseo la mejor de sus sonrisas lentas. No sabías cuándo comenzaban ni cuándo acababan. Flotaban tímidas en su rostro durante un rato y luego se desvanecían.

—Es buen tío. Es muy tímido —repliqué. No creía que fuera de mucha ayuda, pero qué más podía decir. Aquel chico tenía mal remedio.

—Es guapo —añadió ella sin más.

—Bueno, centrémonos. Hoy quería grabar algo que nos va a llevar algo de tiempo, pero, por supuesto, esperaremos a que Carlos se vaya.

—A mí no me importa grabar con él por aquí. Estoy acostumbrada —dijo sin rubor. Aquello era algo que todavía no había conseguido: que se ruborizara. Era difícil en cualquier chica, pero en ella más. Pese a su juventud, había algo transparente y duro que no me dejaba entenderla. Más de una vez sorprendía en su expresión a otra persona. Personas que no conocía. En muchos aspectos era camaleónica.

—Yo prefiero que no. Trabajo mejor solo, sin interferencias.

Asintió en silencio.

Esperamos diez minutos a que Carlos terminara. Me explicó lo que debía hacer y luego se fue, mirando por última vez a Roberta de forma furtiva. Le agradecí su tiempo y le prometí que luego me conectaría.

Era la cuarta o la quinta vez que trabajaba con aquella chica, Roberta. El nombre era espantoso. Había chicas mucho más guapas que ella y con mejor cuerpo. Pero trabajar con ella era fácil. Era franca y directa, lo cual facilitaba mucho cualquier situación imaginaria. Podías pedirle cualquier favor, actitud o actuación que lo hacía sin dudar. Lloraba, reía, se desnudaba y gritaba como quién salta al vacío. Estaba muy alejada del prototipo de modelo: mujeres ásperas, exigentes, ambiciosas y que conocían perfectamente el alcance de su belleza y su caducidad.

La sesión fue bien. Aquella noche saqué el material perfecto para una tarde tranquila en la playa, compartiendo un momento entrañable con una persona especial. El sol y el calor, el sonido del mar y el olor salado eran lo fácil. La mirada cómplice de ella, el tacto de su piel al extenderle crema solar sobre la espalda, las curvas de sus pechos rellenando el bikini, las líneas ingravidas de sus piernas al sol, la piel de sus hombros, eran tan solo el comienzo de sensaciones más íntimas. Cada elemento en su lugar, la toalla, la posición del sol, el plano de la cámara. Le favorecían mucho los planos picados, probamos varios bikinis hasta que dimos con el bueno. Deseché el *topless*, sin duda era mucho mejor sugerir que mostrar, era una de mis señas de identidad. Otra hubiera torcido el gesto al evitar un desnudo. Supongo que los pocos desnudos que había en mi carrera eran parte de la guinda para muchas, no para ella, que estaba más interesada en los detalles más pequeños pero más significantes para el resultado final. Compartí con ella las ideas que tenía para el montaje y estuvo encantada de volver, sin cobrar, para ver cómo había quedado y dar alguna sugerencia. Me permití incluso grabar su voz; aunque trabajaba con dobladoras profesionales, quería ver cómo quedaba con su voz natural. Tenía una voz débil y rasgada que me sedujo desde la primera vez que la oí. Cada vez que susurraba me ponía nervioso.

El trabajo final sería de poco más de una hora, un viaje a las Bahamas con una amiga especial, quizás una amante prohibida, no una pareja, desde luego. Mantenía esa distancia, cercana pero incierta, que hay cuando se desea a alguien pero todavía no se ha roto la primera línea. Dilataba especialmente las miradas y las sensaciones táctiles. Los planos cenitales y el reflejo de su piel húmeda usando, como no, el ancestral truco de la glicerina. Todo preparado, calculado y falseado, excepto ella. Revisando el material, resoplé. Hasta yo mismo perdía mi inmunidad habitual. Montado podía valer mucho dinero. Yo pagaría por crearme aquello durante una hora, inmerso en los sueños de otro, con aquellos planos infinitos sumergidos en su rostro, esquivando su nariz, casi sintiendo su aliento, adivinando el sabor de sus labios.

Funcionaba. Gente como Carlos pagaba mucho dinero por un material como el que acababa de grabar, tenía mi toque personal. Ese toque que solo yo podía dar a los

sueños y que me hacía ser quien era.

Al acabar el montaje, y verlo una vez más, noté una pesada sensación de vacío. No podía irme a dormir así, necesitaba hablar con alguien, quitármela de la cabeza. Odiaba obsesionarme con las imágenes que vendía a otros. Pero a veces me ocurría. Me repetía a mí mismo que eso era lo que debía estar pasando y que se me quitaría con un poco de acción. Pensé en llamar a alguna de mis amigas, pero no me apetecía una dosis de sexo, promesas y mentiras. Ni *trank*, ni alcohol, ni gritos. No quería fiestas, solo quería dejar de darle vueltas a la cabeza. Ya era tarde, más de las tres. Carlos se había ido hacía mucho y, de pronto, recordé la cita que tenía con él. Habían pasado muchas horas ya, pero aun así tenía que entrar y comprobar si estaba, odiaba faltar a mi palabra. Así que me tumbé en mi consola y conecté mi neuroimplante. El chasquido en mi cerebro ya era parte de la rutina de mi trabajo, aunque nunca me acostumbraría a que los sentidos de mi cuerpo fueran reemplazados por los sentidos artificiales que me hacía sentir un ordenador.

EL JARDÍN DE BRIN

Mientras cargaba el entorno del mundo de Brin, el sistema continuaba con su lista de comprobación. Luces y estrellas pasaban por mis ojos sin pasar por ellos, atajando a través de mi nervio óptico. Sonidos que no existían retumbaban en mí, sonidos fantasmas que solo mi cerebro escuchaba. Aquel sistema era el mismo que usaba para crear mis sueños vívidos. Para ver un sueño vívido se podía emplear una simple interfaz holovirt o hacerlo con un implante neuronal completo como el mío. Odiaba tener que mutilar y modificar mi cuerpo, pero para crear sueños vívidos tenía que emplear mi mente al completo. Era la única modificación que había en mi carne, sin un solo tatuaje ni ninguna mejora. Odiaba aquello, pero era lo que me permitía ser quien era. Un dilema irresoluble.

Había probado varios mundos de simulaciones virtuales, solo para ver lo torpes que eran a la hora de simular realidades. Lo mío era arte, lo suyo pura matemática aplicada a las masas. Con implante o sin él, la realidad virtual seguiría siendo un fraude mientras la gente no entendiera lo que significaba la realidad. Platón era un desconocido para todos aquellos cretinos seguros de sí mismos que gobernaban corporaciones como MoHo o KorpaSony, dueñas de casi todos los mundos virtuales, la gran fábrica de dinero del siglo XXIII.

Mi avatar, el que me había generado Carlos, era una especie de gigante. Me pareció monstruoso y lo borré. Utilicé un holograma mío y lo modifiqué para que no fuera idéntico. Aquel tipo de piel morena, pelo negro ensortijado y ojos brillantes que sonreía con aplomo y una pizca de diversión, era mi mejor yo. La barba rala que llevaba me gustaba, pero la marqué un poco más, como si fuera un náufrago salvaje. Me hice crecer un poco más el pelo, casi hasta los hombros. Resalté aún más mis ojos negros con una línea negra sobre el borde del ojo. Para la ropa, elegí un thawb de algodón blanco y un kirb gris encima. Era la viva imagen de mi hermano Omar montado sobre un camello vestido con las ropas típicas del beduino. Añadí un turbante blanco para ocultar parte de mi rostro. Me dejé llevar por la fantasía añadiendo un alfanje y unos botines ligeros de piel. No pasaría desapercibido.

Pagué la suscripción por tres meses y entré en el Jardín de Brin para buscar a mi amigo Carlos. Me había dejado un mensaje, con su alias, y el nombre de un lugar de encuentro, que resultó ser una taberna en la planta baja de un edificio en mitad de un cruce de caminos en la nada, muy cerca del punto de partida, por defecto, en aquel sector del mundo, a las afueras de una gran ciudad. El Jardín de Brin estaba en un universo de fantasía medieval, así que alguien en una de esas rudimentarias mesas en penumbra debía ser él. La taberna era un gran salón pobremente iluminado por una enorme lámpara de velas en el techo, situada a poco más de tres metros. Unos débiles

candiles, sujetos a las cuatro columnas que soportaban el techo de vigas de madera, aportaban algo más de aquella macilenta e irreal luz. Unas escaleras cruzaban una de las paredes laterales hasta la planta superior, y una gran barra dominaba el centro del local. Habría unas doce mesas, la mayoría vacías. Activé mi alias sobre mi avatar para que me reconocieran. Nadie pareció prestar atención a Rasheed ni a su atuendo beduino. Otro loco más entre cientos, pensé. Pregunté al posadero, que era un tarugo que parpadeaba sutilmente, esperando instrucciones.

—Hola. Estoy buscando a un amigo, su nombre es Krall, ¿sabes si está por aquí todavía?

—Quizás. Quizás no. Igual él no te espera —su boca dibujó una mueca estúpida y bobalicona, como el amago de una burla.

Pensé en lo aburrido que resultaba aquello: un personaje generado por ordenador al que tendría que convencer para que me dijera algo, todo en aras del realismo de lo que se suponía era una interacción en un mundo regido por el oro y la negociación. Qué burla a la realidad.

—Podría compensarte con algo de oro —sugerí, intentando tomarme en serio la situación.

—Quizás —contestó.

Transcurrió un tiempo, hasta que entendí que no podía comprar a un personaje generado por ordenador, al menos no sin jugar a un juego largo y aburrido del que no conocía las reglas. Cambié de estrategia. Me situé debajo de la lámpara, donde se me viera bien y me subí a un taburete.

—Estoy buscando a Krall. ¿Alguien sabe dónde está? —pregunté en voz alta.

Odiaba aquel nombre. Me preguntaba por qué los franceses encontraban placer escogiendo nombres tan ajenos a su cultura. Casi al instante un pequeño ser, oculto tras las sombras, se levantó hacia mí y preguntó con una fina voz de soprano y un acento inclasificable:

—¿Quién pregunta por Krall?

—Soy Rasheed, un amigo —desconocía si la holointerfaz captaría todos los matices de mi sonrisa de negocios. Todo el mundo me confesaba, tras un tiempo, que era lo que les había cautivado al conocerme.

El pequeño ser salió de entre las sombras. Por sus curvas y su rostro era una mujer. O al menos un ser de género femenino de peculiar rostro: larguísimas orejas puntiagudas, piel de la textura y el color de un melocotón maduro, nariz respingona y unos inmensos ojos violetas. Su cabello era de un inverosímil verde claro, casi rubio, liso y brillante. Apenas mediría metro sesenta, poseía un cuerpo flexible y muy proporcionado, casi el de un muchacho, salvo por unos apretados pechos y una estrecha, aunque femenina, cadera. Me sonrió con cercanía, algo difícil tratándose de un ser de un aspecto fantástico.

—Me gusta tu avatar —susurró con una voz cantarina.

Interpreté que era sinceridad y algo más. Me era imposible leer aquel rostro.

—Gracias —no podía confesar que lo había generado a través de una foto mía, sería como reírme en su cara de todo el trabajo que habían empleado ellos con sus avatares—. Había quedado en verme con Carlos aquí. Llego algo tarde —dije de forma un poco brusca, para salir al paso.

—¿Carlos? —preguntó confundida, atragantándose con la vulgaridad de aquel nombre.

Me maldije a mí mismo. Recordé que aquí dentro, nadie se llamaba por sus nombres reales. Confiaba en no haber metido en un problema a mi amigo.

—... Car... quiero decir, Krall.

—Yo soy Andelain. Te llevamos esperando un buen rato. Krall dice que eres artista en el mundo real —dijo, mientras me invitaba a sentarme a la mesa con ella. La forma que tenía de decir «artista» era inconfundible. Artista solía funcionar mejor que experto o especialista en algo. Decir que diseñaba sueños vívidos no tenía tanta gracia.

—Pensé que aquí no se hablaba del mundo real —comenté de pasada mientras miraba alrededor de la mesa. Estaba sola. Era ella, la amiga de Carlos.

—¿No está Krall? —Me sentía extraño pronunciando aquel nombre. Todo era feo o estaba fuera de lugar en aquel sitio, excepto ella, que era incómoda de observar. Otros personajes, que ignoraban nuestra presencia, tenían avatares y ropas que no cuadraban con el ambiente que nos rodeaba.

—Se ha ido hace un rato, mañana tiene que trabajar temprano. Como todos.

—¿Tú no? —pregunté.

—Quería conocerte. Tenía curiosidad.

—Pues aquí estoy. Siento decepcionarte. No hay mucho que contar.

—¿Por qué Rasheed?

—¿Por qué Andelain?

—Yo pregunté primero —dijo ella, mostrando una dentadura perfecta bajo su sonrisa. No sabría decir si tenía lengua bífida o era mi morbosa imaginación.

—Es mi nombre de pila. Ahora tú.

—¡No! —sonrió— nadie aquí usa su nombre de pila. ¡Qué aburrido! —se rio con una voz alegre y musical, fuera de contexto en esa taberna oscura y lúgubre.

—Bueno, si te sirve de consuelo, no es el nombre de pila que consta en mi documento de identidad.

—Vaya. Una persona con dos nombres. ¿Y cuál es el otro? —Aquella chica no iba a parar de preguntar y yo me quería ir a dormir. Pero no quería ser grosero con ella, intuía lo importante que era para Carlos y pensé que conocerla un poco podría ayudarme a darle algún consejo.

—Ahora tú, elfina preguntona —giré la cabeza y observé el lugar con más atención. Había dos mesas ocupadas, además de la nuestra. En la más cercana conversaban en voz baja dos hombres enormes, cubiertos por cuero tachonado de acero y con rostros inexpresivos. En la más alejada tres figuras humanas, de complexión media y sin nada especial, salvo unos harapos de color granate a modo de hábito que los cubrían casi por completo a excepción de la cabeza—. Vaya lugares más sórdidos escogéis para pasarlo bien —dije.

—Sí. El *Ardilla Verde* es algo... mundano. Pero es fácil de encontrar y está cerca del punto de inicio de los novatos. Mucho más que el acantilado Dun'zdor o el Bosque encantado de Khirldan —sonrió sabiendo que no tenía ni idea de qué me estaba hablando.

Parecía joven, ¿doscientos años?, no, trescientos. Reí para mis adentros. Desde luego podría ser una adolescente en el mundo real. ¿Sería ilegal tener sexo virtual con ella si era menor?, me pregunté, a la vez que mi avatar la miraba sin rubor y con una sonrisa idéntica a la que mi rostro tenía en el mundo real.

—Sigues sin decirme nada sobre tu nombre, Andelain, no me he olvidado —susurré.

—Ya. Bueno. Es complicado de explicar. Viene de una vieja novela del siglo xx, me gustan los clásicos —la chica parecía poco dada al juego del flirteo.

—Pareces muy joven, ¿trescientos años? —pregunté con curiosidad. Su risa musical llegó de nuevo a mis oídos.

—No tanto. Aún —dijo sin más, manteniendo el silencio unos segundos.

—¿Qué tipo de elfo eres? —pregunté.

Estuve tentado de comentar algo sobre el aspecto de su avatar, pero no quería que la conversación continuara la senda adolescente que llevábamos. Era imposible sentirse adulto allí, todo te arrastraba a olvidar las reglas del convencionalismo.

—No sabría decirte, es mi propio diseño. A la gente le asustan mis ojos, pero a mí me gustan. ¿Y a ti? —Por un momento me pareció que una cría de doce años estuviera tonteando conmigo. Me sentía un gilipollas con mucho sueño.

—Preciosos, como tus orejas puntiagudas. Aunque debe ser un incordio dormir con ellas —bromeé, soltando una risa breve para romper la tensión—. Perdóname, es muy extraño para mí este mundo. ¿Puedo invitarte a algo de beber? ¿Algo de comer?

—Gracias. Quizás en otro momento —respondió.

Supuse que consideraba mi humor rudo y vulgar. Era lo mínimo que podía esperarse de una situación así, estaba casi convencido de que era una adolescente la que se escondía tras aquella máscara. Catorce o quince años todo lo más. No iba a sacar nada en limpio de aquello y me daba pena pensar que mi amigo estuviera tan ilusionado con aquella criaturita tan frugal.

—Igual tú puedes ayudarme. Me comentó Krall, que había hablado hace poco con un tipo aquí, acerca de algo llamado neurorrélicas. ¿Sabes algo? —Parpadeó y pareció cambiar el tono de su voz. Por muy bien logrado que estuviera la parte

técnica, nunca podrían copiar bien el lenguaje no verbal, llevaba notando unas sensaciones extrañas desde que entré. Primero el mesonero y ahora la chica, era todo más falso que un decorado sintético y, sin embargo, el decorado parecía real. Ellos ni por asomo.

—Ah, sí —pareció decepcionada—, hace dos noches se montó una buena. Merkal, un tipo bastante asqueroso estuvo pavoneándose toda la noche acerca de ello. Un imbécil.

—Claro. Solo estaba interesado por motivos profesionales, parece que voy a quedarme sin trabajo como sea verdad lo que he oído sobre las neurorrélicas.

—Es un tema que no me interesa. Lo siento —zanjó. Aquel tipo no le caía nada bien.

—Seguramente ese Merkal es todo un personaje por aquí, ¿verdad? Déjame adivinar, tiene su propio ejército, compra amigos por doquier y básicamente vive en un castillo donde organiza fiestas y bacanales muy sonadas.

—Sí, un retrato bastante aproximado —dijo lacónica.

Yo pensé en la curiosa coincidencia de dos mundos tan diferentes y tan parecidos entre sí. Era triste ver que, tanto en la realidad como en la ficción, la gente con poder y dinero tendía a comportarse exactamente igual una y otra vez. Me dolía la cabeza, hablar con ella era como hacerlo con un dibujo animado.

—Por lo que me cuentas, no me apetece conocerle. No hoy, al menos. Gracias por la compañía Andelain, pero estoy hecho polvo, creo que me voy a ir a dormir.

—Espero volver a verte, Krall está deseando enseñarte algunas particularidades de nuestro mundo —sonrió.

—Claro. Espero ver esos preciosos ojos violetas pronto —y le guiñó un ojo.

Desconecté. Me ardían los ojos y no podía soportar ni un segundo más aquel mundo atiborrado de fantasía y belleza sobrecargada. ¿Cómo podía soportarlo Carlos? Me dormí sin pensar en qué respuesta iba a dar a Eduard, si aceptaría o no el trabajo.

RECUERDOS DE FAMILIA

Había quedado en ir a buscar a Roberta. El último día había tenido problemas para pasar la seguridad y tuvo que pasar dos horas retenida en el control de seguridad del edificio. No la dejaron pasar porque no les convenció mi credencial de acceso. Al fin y al cabo, pese a mi dinero y a mi fama, seguía siendo un ciudadano con un visado de clase B que no hacía más que invitar al edificio a mugrosos de la ciudad. No les gustaba. Por lo general, era yo quien iba a buscarlas a sus casas para evitar ese problema, porque nunca me dirían nada a la cara, eran muy civilizados. Recordaba bien sus miradas en el ascensor las primeras semanas, hasta que adopté sus costumbres y su acento seco y formal. Sus gestos, su lenguaje no verbal, pensado para la máxima cortesía sin contacto.

Era extraño volver a verla bajo el calor abrasador de aquel día. La luz natural no le favorecía en absoluto. Bajo el sol era simplemente una mujer joven más. Cuando volvió su rostro hacia mí y me reconoció no sonrió, pero algo imperceptible en ella cambió. Utilizó las arcaicas maneras francesas de hacía siglos para saludarme y nos acomodamos en mi vehículo. El viaje hacia mi apartamento fue incómodo como en otras tantas ocasiones. Sabía que el lujo de aquel vehículo era excesivo para la mayoría, habituadas al hacinamiento del transporte público, a las multitudes sudorosas y a los empujones. Lo peor era la mirada de los cientos de mendigos en las intersecciones tras las rejas que protegían las vías de pago. Cuando todavía no conocía lo suficiente a las chicas, se producía una situación tensa hasta llegar a mi edificio. En esas ocasiones evitaba la conversación, aunque tuviera ganas de hablar de algo con ellas; al fin y al cabo, si las recogía en persona era para conocer algo mejor su forma de ser, algo imposible en el estudio.

Había dormido mal y, cuando tenía carencia de sueño, actuaba de forma irreflexiva, no tenía paciencia para esperar, quería saber más de ella.

—Ya he hecho un montaje bastante definitivo. Creo que ha quedado muy bien y me gustaría conocer tu opinión. Estoy seguro de que con este trabajo te vas a hacer muy conocida —dije sin mirarla, atento a la carretera pese al piloto automático.

Sonaba pretencioso y petulante, casi como un vendedor de feria, pero no sabía cómo mantener la conversación. No contestó, la miré de reojo y vi que estaba absorta en sus pensamientos.

—¿En qué piensas? —pregunté.

—Nunca he experimentado un sueño vívido, me pregunto cómo es. ¿Es cierto que mi cara no aparece tal como es? —preguntó con ciertas reservas.

Olvidaba que lo que hacía era considerado un lujo para la mayoría de los mortales. Ella solo habría visto las réplicas genéricas para holovid, que no tenían en cuenta los gustos ni las expectativas de los que lo veían, solo aproximaciones genéricas, en función de un perfil básico generado por ordenador para cada segmento de público.

—¿Te gustaría ver uno? —pregunté. Dudó.

—Sí.

—Perfecto —dije. Tuve que romper su lacónico silencio un minuto más tarde—. ¿Qué tipo de sueño te gustaría?

—Algo alegre. Algo hermoso, la naturaleza, el mar, animales...

Me eché a reír sin darme cuenta de la fragilidad de su expresión. De nuevo su silencio me hizo reaccionar.

—Lo siento. Casi todos los sueños vívidos están relacionados con personas y sentimientos. No sé si hay algo con animales o paisajes naturales como objeto principal, pero seguro que encuentro algo en mi biblioteca. Yo solo trabajo con personas, en situaciones cercanas, introspectivas, íntimas.

—Lo sé, pero esperaba que hubiera algo así. Me gustaría huir por un momento del ruido, de la contaminación. De la gente. Acariciar un animal, escuchar el sonido del viento, de los pájaros, oler los pinos, la lavanda, el olor a tierra mojada.

Algo sencillo, para variar. Por unos instantes sentí que mis pies desnudos pisaban la tierra y los olores dulzones de mi infancia volvían a mí. Me gustaba aquella sensación que había traído por sorpresa bajo mis pies.

—Si no existe, merece la pena crearlas. Incluso a mí se me ha olvidado el sonido del viento, el aspecto de las estrellas en un cielo negro, sin luces.

—Yo nunca he visto el cielo cubierto de estrellas. Aunque no hubiera nubes, hay tanta luz, que sería imposible.

—Lo sé, aquí es imposible.

—¿Dónde entonces? —preguntó ella intrigada.

Sabía que en toda Europa era difícil encontrar algún lugar que no estuviera iluminado por una población, una autopista o un puesto automático de algún tipo. Y allí donde no había luz, podía haber cualquier porquería contaminada. No dije nada, todavía impresionado por aquella visión de mi infancia que ella había traído de vuelta.

—¿He dicho algo inconveniente? —preguntó con voz queda tras un largo silencio mutuo.

—Me has hecho recordar algo, algo de hace mucho tiempo.

—Lo siento —susurró con delicadeza con una voz casi inaudible.

—No tienes de qué disculparte —le aseguré.

Pensé en añadir algo más, pero no lo hice. Hacía tiempo que no escuchaba de los labios de otra persona palabras sin dobles intenciones o intereses a cuenta, no quería envenenarlo.

No hablamos de nada más hasta llegar al apartamento. Afortunadamente, porque el silencio se hizo incómodo. Por un lado quería quitármela de encima, por otro lado, deseaba que me volviera a hablar con aquella voz rota y sencilla. Deseaba que

volviera a hacerme sentir como lo había hecho, pero yo mismo me apartaba de ello, como si sus palabras pudieran provocar magia.

Cuando llegamos, lo primero que hice fue beber un vaso de agua y ofrecerle algo. Nos miramos apoyados en la barra de la cocina. Ella me deseaba. No le impresionaba mi fama, ni el salto que podía dar a su carrera. Ni siquiera era mi exótico acento o mi aspecto inusual. Sin embargo permanecía callada, casi tímida. En aquel momento, yo deseaba más que nada en el mundo que no saltara a mis brazos, que no abriera su vestido y se ofreciera a mí. Deseaba seguir jugando a ese juego sin reglas.

—Vamos a ver qué tengo en mi biblioteca. Ponte cómoda —le dije señalando mi sofá.

—Vaya vistas. Nunca había visto la ciudad desde tan arriba, ¿a qué altura estamos?

—Casi mil doscientos metros. Estamos en la penúltima planta. Si cierras los ojos puedes sentir el balanceo del edificio.

—Desde aquí no se oye el ruido. Ni se huele la polución, de hecho, el cielo aquí es azul, brillante. Qué hermoso —dijo ella.

Ahora era yo quien la observaba mejor. Estaba absorta contemplando la ciudad a través de la cristalera de mi salón. Su cuerpo era pequeño y transmitía energía. Me preguntaba qué podría mostrar a una persona que nunca había experimentado la vida fuera de la gran ciudad. Tenía algunas cintas que había grabado hacía muchos años, eran *amateur* y muy burdas, pero quizás eso daba igual.

—Tengo algo que igual puede gustarte, pero no son sueños vívidos. Es una tecnología anterior, aunque es parecido. ¿Has usado alguna vez un neuro conector periférico? —Su expresión de temor hizo que continuara con la explicación—, es como una interfaz neural completa, pero que no necesita implante —no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo, pero continué—. Las sensaciones no son tan puras, pero no existe riesgo y, sobre todo, no requiere que te toquen el cerebro en un quirófano. Es algo a caballo entre un holovid normal, que ves solo con los ojos y un casco de holovirt que te sumerge en una realidad alternativa con sonido y vídeo con un emisor de ondas cerebrales, y un implante neuro, que es lo más invasivo pero más completo de todo ya que puede controlar los cinco sentidos.

—Me fío de ti. ¿Qué voy a ver? —preguntó con un cierto temor.

—Te gustará, te lo prometo —dije, aunque no estaba seguro.

Se tumbó con cuidado en mi consola, le puse la banda de sensores en la cabeza, ajustándola con cuidado para no pillarle ningún cabello. Bajé la cubierta de la consola, para evitar que las luces la distrajeran.

—Cierra los ojos y relájate, el sistema tardará un par de minutos en conectar con tu cerebro y simular tus sentidos. No te preocupes, es seguro y estaré aquí. Si quieres parar, simplemente levanta una mano y di «alto» y lo pararé. ¿Lista?

—Sí.

La grabación duraba poco más de diez minutos. Era un montaje de mis primeras experiencias cuando probaba, por primera vez, con memorias sensoriales. Desde entonces no había vuelto a grabar la naturaleza, ni a la gente normal. No sabía por qué lo había hecho, ni qué pensaría ella. Hacía más de veinte años desde que lo había grabado y ya no recordaba bien lo que había dentro. Empezaba a ponerme nervioso el hecho de haber puesto esa grabación, nervioso por aquella situación, por el hecho de estar perdiendo el control. Los minutos se hicieron eternos, pero ella no dijo nada. Únicamente murmullos y expresiones ahogadas. Me hubiera gustado ver su rostro, pero la consola ocultaba su cuerpo entero.

Cuando acabó y abrí la consola, ella seguía con los ojos cerrados, sonriendo, como dormida. Adorable.

—¿Qué te ha parecido? —le susurré ansioso.

—Era hermoso. Extraño, pero muy hermoso. Los pájaros en el cielo, las casitas blancas, el aroma dulzón de la comida. Los sonidos de la gente al hablar, los animales, ¿burros?, pasando entre los niños descalzos, las risas... —Sus ojos brillaban con luz propia— ¿qué era? —preguntó.

—Mi tierra. Marruecos —noté sorpresa en su rostro, parpadeó incrédula.

—¿Eres... marroquí?, pero... ¿pero cómo...? —Una enorme sonrisa se había adueñado de su rostro.

—Es una larga historia. —Empecé a pensar en cómo me había metido en aquel lío, pero ya estaba atrapado en su mirada. En su olor, en la textura de su piel tan cerca de la mía. Sus labios me llamaban de una forma que me hacían perder el sentido. La cogí de la mano y la saqué de la consola, la llevé al sofá y nos sentamos, cerca, mirándonos en silencio. Ella parpadeaba, esperando, preparada para un beso, una palabra, una frase, lo que fuera. Yo temblaba, pero ella permanecía tranquila, observándome.

—No me llamo Ariel, no soy francés, ni italiano o español como algunos creen. Yo... —dudé— me llamo Rasheed, Rasheed Farah —ella ni se inmutó, simplemente entreabrió los labios, animándome a seguir, completamente entregada.

No pude evitarlo por más tiempo. Tomé su rostro con mis manos y cerré los ojos. Olía a bosque y a flores silvestres. Nos besamos en silencio y acabamos recostados sobre el sofá. Hice una pausa y me incorporé, comiéndome cada centímetro de su rostro con todos mis sentidos. Volví a besarla, lentamente, rozando su nariz con la mía, sintiendo su aliento. Ella temblaba. Sus dedos jugaban con los rizos de mi pelo. Tomé consciencia de su cuerpo debajo del mío, de su vientre bajo la creciente presión de mis pantalones, sus pequeños pechos firmes presionándome y sus brazos tras mi

espalda. La piel de su cuerpo, blanca como la leche, estaba caliente a través de la ropa. Besé su cuello y mordiqué sus hombros mientras le quitaba la blusa. Se puso encima de mí y apoyó su peso con sus manos sobre mi pecho, impidiendo que me incorporara para besarla. Sus ojos oscuros me hipnotizaban. Se soltó el pelo, que cayó por delante de sus hombros, ahora desnudos. Me dejé hacer mientras me bajaba los pantalones y se quitaba la ropa interior. Trepó de nuevo sobre mí y colocó mis manos en sus pechos. Entrecerró los ojos y se apretó contra mí. Nuestras bocas se volvieron a encontrar. Hacía semanas que lo deseaba y lo evitaba. Su boca me buscaba, bajando por mi cuello, recorriendo mi piel, hasta llegar al ombligo y más allá. No pude evitar gemir cuando su boca llegó hasta el final de aquel camino. Agarré su cabeza con fuerza durante unos segundos, pero ella continuó sin prisa su labor, jugando conmigo. Sabía muy bien lo que hacía. Tuve que emplear la fuerza para arrastrarla, sujetando sus caderas bien fuerte contra mí. Gimió en la primera embestida y sus ojos sonrieron, sin necesidad de decirnos nada. Hacía el amor de una forma salvaje, como si pudiera leerme el pensamiento.

No pudimos dormir en toda la noche. Le conté toda mi vida mientras que ella apenas me contó nada de la suya, tal era su poder. Era una simple muchacha de los arrabales, agraciada, pero nada especial. Su madre había sido escritora. Divorciada de un pequeño comerciante que le pasaba una pensión, murió tan pobre como había vivido. Ella se marchó con su padre cuando esto ocurrió, con apenas trece años. Durante años estudió interpretación en una escuela local mientras trabajaba de camarera. Hizo varias películas de holovid, y algunas series, pero no había tenido suerte. Me confesó que su nombre artístico, Roberta, no era el suyo auténtico: se llamaba Joanne. Al oírlo de sus labios, sonaba como música.

Yo le conté mi historia, una historia que nunca había contado a nadie. Mi origen en las montañas que me vieron nacer, nieve sobre la roca azul del Atlas.

ÁFRICA

A un lado el Mediterráneo; al otro, el salvaje África. Mi vida entre pequeños pueblos de casas blancas que bordeaban las montañas a lo largo del valle. Mis recuerdos de niño eran vagos y esquivos.

Hijo de una familia numerosa, tres hermanos y dos hermanas, durante un tiempo preferí pensar que no tuve infancia, ni infeliz ni feliz, simplemente no tuve. Mi familia se movía mucho: eran humildes comerciantes que llevaban su pequeño puesto ambulante de un pueblo a otro. Mis primeros recuerdos conscientes eran dentro de una pequeña y asfixiante tienda de tela llena de costuras por la que entraba el sol en estrechos rayos, un sol abrasador de día y un ululante y helado viento de noche. Dormía rodeado de mercancías de todo tipo: zapatos, herramientas, baratijas y cientos de cajas polvorientas de cartón. No recordaba el rostro de mis padres. A veces, al olor de la comida árabe, se me humedecían los ojos con los recuerdos que me traían los olores dulzones y remotamente familiares. Sin embargo sí recordaba el terror que sentí cuando, de noche, alguien hizo detener nuestra camioneta y ordenó salir a todos. Tras unos desgarradores gritos, unas ráfagas de ametralladora acabaron con las vidas de mis padres y mi hermana mayor, Malika. Yo tenía seis años.

Las guerras tribales, mezcladas con el Islam más radical, hacían de esa zona un hervidero de violencia y barbarie. Mi hermano mayor, Omar, apenas unos años mayor que yo, nos arrastró como pudo hasta el borde con Europa, en la antigua Marruecos. Desde la muerte del último rey, la codicia y los intereses de los europeos hicieron pedazos aquel sueño de un país laico y moderno, sumiéndolo de nuevo en la Edad Media. Pero, por lo menos, todavía estaba protegido de las hordas islámicas que arrasaban todo a su paso, imponiendo la Sharia y reclutando a todos los hombres jóvenes para la guerra santa contra los infieles del norte. En las oscuras y retorcidas calles de la medina de Fez fui mendigo, ladrón, aprendiz, mozo, tahúr y limpiabotas. Por azar del mismo dios ebrio y cruel que modeló mi infancia, tuve la suerte de conocer a Abu Muhammad Alí ibn Ahmad mientras limpiaba sus botas. Aquel proverbial intento de engaño, esa sonrisa aún inocente y la sabiduría de un anciano que supo ver el potencial de aquel muchacho flaco y sucio fue todo lo que hizo falta para cambiar mi vida de forma radical.

Inteligencia, audacia o simplemente necesidad, no sé qué debió pensar aquel anciano de mirada transparente y ánimo sosegado que recorría las calles de las principales ciudades del extrarradio sur, al norte de África, encima del caos reinante en el centro del continente. Allí, un conjunto de antiguas naciones africanas, pidieron ayuda a la todopoderosa Unión Europea que, aunque los ayudaba, los trataba como ciudadanos de tercera y como muro de contención del África profunda. Aquel venerable erudito representaba lo poco que quedaba de la ancestral y sabia cultura mediterránea del norte del continente más pobre del planeta. Ibn Ahmad pertenecía a una organización financiada por EcoNorte y dirigía algo parecido a un centro de

educación para jóvenes talentos o, simplemente, jóvenes que aún pudieran ser salvados de una civilización en rápida decadencia.

Gracias a Ahmad aprendí a leer y a escribir, primero en árabe y luego en inglés. Aunque por aquella edad ya hablaba cinco idiomas con relativa fluidez. Ahmad me hizo descubrir mi talento para representar la belleza, aquella que se me había negado durante años. Me descubrió el arte, la pintura, la música y la fotografía. Algunos decían que era un genio, pero que había llegado demasiado tarde a la escuela. No tenía un futuro en la universidad, no sin un mecenas, y cuando cumplí dieciocho años dejé la lectura de filósofos clásicos y los pinceles para empuñar un fusil. El ejército era mi única salida, el único medio de que alguien con posibilidades tuviera un futuro.

Cuando fui reclutado por el ejército, y me destinaron a la frontera, tenía dieciocho años recién cumplidos. Lo recordaba perfectamente: 2188, el año en que el EGIE voló la torre Eiffel de París. Justo en aquel momento nos trasladaron de Annaba a Bizerta, decían que la situación se iba a poner fea, pero en África nos tomábamos las noticias que venían del norte de manera relajada. Los europeos siempre estaban en tensión, incluso cuando venían de paseo a hacer fotos y experimentar cómo era la vida con hambre y frío. Les gustaba imaginarse que eran aventureros y andar entre aquellos pobres flacuchos de mirada penetrante que pisaban, descalzos, la tierra polvorienta de África. En aquella época ignoraba que también en Europa había hambre y frío, y que el mismo polvo amargo y sucio también se metía en tu boca cuando pateabas las calles bajo los puentes. Yo era apenas un hombrecito que no sabía lo que quería, pero con un fusil al hombro y un bonito uniforme de color verde aceituna, para un crío de esa edad, eso era suficiente, sobre todo si está rodeado de gente que no puede aspirar, ni siquiera, a unas botas. La mayoría éramos chavales, excepto los sargentos que parecían todos sacados del mismo patrón: supervivientes de otra época. A esa edad no te preguntas qué va a pasar cuando te hagas viejo, o dicho de una forma más práctica, por qué no hay nadie entre la edad del sargento y tú. A esa edad reconforta que alguien te diga lo que hay que hacer y cómo. Eso es lo único que aprendí en el ejército, a no hacer preguntas. Las preguntas siempre llevan a más preguntas y, al final, a situaciones complicadas.

Nuestra misión consistía en evitar que ningún habitante de África cruzara la frontera hacia el norte y que los turistas no tuvieran ningún problema, del tipo que fuera. Se podía resumir en que debíamos disparar a cualquiera que viéramos en el agua y no fuera un turista o a cualquiera que agrediera a uno de ellos. Era fácil, porque todos los extranjeros eran blancos y tendían a estar gordos y bien vestidos y el resto no. En la práctica con aquel fusil, que tenía muchos más años que yo, era imposible acertar a nadie a cierta distancia, pero con llamar por radio y avisar, era más que suficiente. Aunque disparé muchas veces, no recuerdo tener la sensación de haber matado nunca a nadie. Quizás lo hice, pero a lo lejos una muerte solo es un número, no una persona. Todo cambió cuando conocí a Ahmed.

Ahmed también era del cuerpo de fronteras, pero de un tipo muy especial. Su uniforme era negro, nunca había visto uno igual, aunque casi siempre vestía de civil con un elegante caftán oscuro; tuve claro, desde el primer día que le conocí, que tenía auténtica sangre bereber. Tenía esa sonrisa amistosa, siempre presta a lanzarse a una risa, y ojos alegres. No tenía una expresión ajada y triste como la mayoría de bereberes que había conocido, sino que parecía estar siempre dispuesto a escuchar a los demás. A pesar de la diferencia de edad —él me sacaba casi quince años— nos caímos bien enseguida, él decía que le recordaba a un primo que había dejado en Nadir y yo, de alguna forma, lo veía como una especie de hermano mayor. Lo cierto es que sus consejos me fueron muy útiles al principio: Elegir las guardias correctas, los compañeros adecuados y saber qué decirles a los sargentos me ayudó a sobrevivir las primeras semanas. Parecía caerle bien a todo el mundo, excepto al teniente al mando. Un día, después de que me viera reír una broma de Ahmed, me hizo llamar a su presencia. Todavía recuerdo el temblor de mi brazo al golpear su puerta con los nudillos. Entré en su despacho y me cuadré delante de él. Estaba sentado detrás de un antiguo escritorio de madera de cedro que había vivido momentos mejores. El despacho, aunque era austero, tenía varias estanterías repletas de libros en árabe y en francés, algunas armas colgadas en las paredes y numerosas placas y diplomas. Se respiraba sobriedad militar y cierto interés por la cultura, algo insólito en aquella ciudad.

—Soldado... Farah, me han dicho ¿verdad?

—Sí, mi teniente —respondí, intentando que mi voz no se apagara, tieso como un palo y sin mirarle a los ojos, repitiéndome a mí mismo que debía estar erguido y alzar mi voz más allá del cuello de mi camisa. Me observó sin prisa unos segundos y luego se levantó y caminó hacia mí. Se quedó a mi espalda, fuera de mi campo de visión pero a merced del suyo.

—Me han dicho que es muy amigo del especialista Merah —dijo. Su aliento era áspero e intenso y su voz era muy grave. Hablaba rápido, su lengua parecía un látigo que se preparaba para despellejarme.

Dudé. No supe si responder o esperar a que siguiera hablando. Me decanté por lo último, hasta que el silencio se hizo demasiado ominoso.

—Sí, mi teniente. Imagino que se refiere a Ahmed, no conozco su apellido.

—Ahmed, sí. ¿Sabe lo que es un Alfa, soldado? —preguntó divertido.

—No, mi teniente.

—Merah es un Alfa. ¿Sabe cuál es su función, soldado?

—No, mi teniente.

—Detectar a los mentirosos y denunciarlos —respondió.

Supe en aquel instante que sus ojos escudriñaban hasta el último poro de mi rostro. Se movió y se colocó frente a mí, con su cara apenas a unos centímetros. Me quedé helado. No sabía si me estaba sugiriendo que Ahmed me había denunciado, ni porqué lo habría hecho. Por más que intentara recordar, además de algunos

comentarios sobre mi pasado y algunas estupideces sobre las turistas y sus escotes, no había de donde rascar, pero me miraba como si supiera algo terrible de mí.

—Me han dicho que sabe leer y escribir árabe —su sonrisa no me gustaba, ni su aliento desde tan cerca.

—Sí, mi teniente —clavé la mirada en el suelo.

—¿Quién le enseñó? Nuestros soldados no tienen miras tan altas, me sorprende.

—Abu Muhammad Alí ibn Ahmad, mi teniente, es...

—Sí, sí, lo conozco —sonrió de forma breve y meneó un poco la cabeza de forma afirmativa—. Es un gran hombre. Si fue tu maestro no tienes que decirme más, me imagino el resto. —Se sentó sobre la mesa, a un par de metros de distancia, dejándome más espacio. La expresión de su rostro cambió, más cansado, pero también más relajado. Me observó con curiosidad, y luego perdió el interés.

—Puedes irte soldado. Y ándate con mucho ojo con ese Merah.

—Sí, mi teniente —no tuve valor para preguntar. Saludé y cerré con cuidado la puerta.

Pasé varios días dándole vueltas a esa conversación. No veía forma de saber qué era un Alfa sin preguntárselo directamente a Ahmed, así que un día que estaba relajado, hablándome de sus primos de Marrakech, se lo pregunté.

—Perdona que te lo pregunte Ahmed, pero ¿qué es un Alfa? —Si pensaba que podía hacerle dudar con aquella pregunta, o enfadarle, o en cualquier caso pillarle a contrapié estaba muy equivocado. Sonrió.

—Anda que has tardado en preguntármelo, Rasheed. Pensé que no ibas a hacerlo nunca. ¿Quién te lo dijo? —No estaba molesto, al contrario, se veía orgulloso.

—El teniente —le confesé azorado, como un niño confesando a su hermano mayor algo que le había dicho su padre. Su mirada fraternal y condescendiente me confirmaba nuestro *statu quo*.

—Es complicado de explicar. Se me dan bien las personas y a veces me doy cuenta cuando quieren ocultar algo, por eso estoy aquí. Observo a la gente que quiere pasar la frontera, observo a los que merodean los puestos de control, la gente que habla con vosotros, con los que trabajan en la administración. Hablo con unos y con otros, y si veo algo raro, se lo digo al jefe.

—¿Solo eso? —Me parecía una explicación demasiado simple.

—Bueno, en Europa es diferente, ya sabes cómo son, pero aquí es así de simple.

—Sí, claro —en realidad no tenía ni idea. Para mí Europa era una tierra fría y llena de gente rubia con poca ropa. Siempre comiendo, bebiendo y con dinero ilimitado. Así me lo imaginaba en base a los europeos que conocía y las historias que contaban de su tierra.

Tardé tiempo en entender qué eran los Alfas y para qué servían. En las dos primeras semanas tras aquella conversación, Ahmed me ayudó a ligarme a mi primera turista. Me instruyó paso a paso lo que la chica esperaba oír, como si supiera lo que pasaba por su cabeza, y lo más importante de todo, me dijo a qué tenía miedo:

«Métele esta piedra de hachís en el pantalón y será tuya. Cuéntale alguna historia de miedo sobre turistas en la cárcel, que se sienta aventurera a tu lado. Llévatela al café de Kadidu a media tarde, suele bailar Triya o Kisa, invítalas a un té y déjalas que te sonrían».

Funcionó. Y así, poco a poco, conseguí que le debiera algún favor y, sobre todo, que me metiera en problemas que él podía solucionar —o no— con tan solo hablar con uno de sus conocidos. Sin entender cómo, en menos de dos meses, le debía dinero y aún más importante: favores. Siempre se habla de todo aquello con una sonrisa y buenas palabras pero, en ocasiones, esos favores podían llegar a ser muy peligrosos. Llevar un porro era una bagatela, pero lo que llevaba en los bolsillos en ese momento, podía convertirse en un gran problema si me atrapaban.

Quizás porque siempre fui con extremo cuidado y prudencia, Ahmed nunca me vio cuando era testigo de sus encuentros con ella: Laysa. La primera vez que los vi ni siquiera estaba seguro de que fuera ella, ya que Ahmed estaba echado sobre una joven, besándola de forma lasciva en un callejón solitario. No paraba de susurrar su nombre mientras metía su mano bajo sus ropas. Aquel colorido y caro caftán debía ser de la hija del teniente. Me escabullí como pude, carcomido por el miedo. Aquello sí que era peligroso. Sabía que, por aquello, el teniente le pegaría un tiro y tiraría su cadáver al acantilado.

En la biblioteca había conexión a la red, que había aprendido a usar gracias a Alí ibn Ahmad. Mi inglés era rudimentario, pero pude entender lo que era un Alfa, al menos en Europa. Un alfa era una persona especial: lo que se conocía como psicópatas. Personas muy inteligentes y que, de alguna forma, no sentían remordimientos por sus actos. Fue lo que pude entender en un principio, ya que había muchos términos que no acababa de comprender, pero aquello sirvió para abrirme la mente. Apenas podía creer que gente así fuera la que patrullara las fronteras, pero parecía que ese tipo de personas, gente que debería estar encerrada, eran especialmente buenas detectando a personas que ocultaban algo o que se hacían pasar por quienes no eran. Por lo visto habían descubierto que eran idóneas para ese trabajo a finales del siglo xx. Imagino que en Europa era diferente, pero en el norte de África, Ahmed se estaba convirtiendo en mi pesadilla. Una tarde descubrí que algunos de mis excompañeros, que habían terminado en prisión por tráfico de drogas, habían trapicheado con Ahmed. Parecía que todo el que había tenido tratos con él, de alguna forma había terminado mal.

Varias semanas más tarde me vino a visitar a mi garita de madrugada. Aquella noche me tocaba hacer guardia en el puerto. Era frío y solitario, me gustaba porque podía oír el mar y ver las estrellas, sin que nada me distrajera. Me gustaba el olor del mar. Fresco y salado, muy diferente de la ciudad y de las personas y parecido al de las montañas. Quería estar lejos de todo aquello, pero Ahmed sabía dónde encontrarme, como sabía casi todo lo que sucedía en la ciudad.

—Rasheed, compañero. Te he traído un poco de té caliente —era todo un experto

en ablandar el corazón de cualquiera. Su té siempre estaba dulce y parecía recién hecho.

—Gracias Ahmed —intuía que quería algo, pero mis manos heladas agradecieron de manera sincera aquel té.

—Siento lo de la alemana. —El último de mis errores: una turista que había intentado engatusar y que había terminado borracha conmigo en su hotel.

—No pasa nada, unas veces se gana, otras se pierde —contesté malhumorado, otro favor que le debía. El taxista, el recepcionista del hotel, amigos suyos. Podían dar mi nombre, o no hacerlo. Como otras tantas anécdotas que había vivido en esos meses.

—Eso es, hay que ser positivo. Al final acabaré por hacer un hombre de ti. Rasheed, me sorprendes, hace unos meses ni le hubieras pedido la hora, ahora ¿cuantos idiomas hablas ya? —rio, con esa alegría contagiosa que lograba arrancarte una sonrisa, aunque supieras que te estaba engañando.

—Tres.

—¡Qué dices!, si yo ni siquiera hablo bien el árabe, tú eres el genio de los idiomas. Por eso vengo a verte, necesito tu ayuda.

Cuando pedía algo parecía lo más natural del mundo, siempre en el momento más oportuno.

—Claro Ahmed, ¿qué necesitas?

—Tengo un amigo inglés que quiere una noche de fiesta especial. Ya sabes, fumar un poquito, unas chicas encantadoras que se lo hagan pasar bien y, como tú conoces la zona y el idioma, he pensado que seguro que tú también querrías pasarlo bien y desquitarte de la alemana —sonreía y, de alguna forma, sabía que estaba sacando la libreta con todos los favores que le debía. El saldo era positivo a su favor, por mucho. Me aterrorizaba llevarle la contraria, media ciudad le debía favores, y yo apenas llevaba allí unos meses—. Recógele en un taxi, llega a la estación de tren a las siete. Mañana tienes permiso a partir del mediodía, o eso creo, ¿no? —sonrió al preguntar.

Conocía mis turnos mejor que yo. Habría hablado con el sargento Klouchi. Otro favorcito.

—Claro, como siempre, ¿el restaurante de Yacine? ¿Algo más?

—Llévale algo de hachís, un poco de *whisky*. Timmi y sus amigas harán el resto, que lo pase bien, que no le falte de nada —me dio una palmada en la espalda y rio—, y tú también pásalo bien. No te prives de nada, déjalo todo a mi cuenta.

El resto de la guardia se me hizo interminable, dándole vueltas al plan que no había podido rechazar. La última vez que había hecho algo parecido, acabé en el calabozo de la policía y, de no ser por Ahmed, hubiera acabado muy mal. Drogas, prostitutas, guía ilegal de turistas, alcohol. Por mucho menos que eso un talibán, en cualquier pueblecito del sur, te cortarían la cabeza.

El problema fue que el turista no venía solo, y que las amigas de Timmi no eran suficientes. Me tuve que buscar la vida y ejercer de proxeneta con algunas chicas que

no conocía. La noche acabó mal, una de las chicas terminó violada, apaleada y llorando en mis brazos. Se llamaba Malika, como mi hermana, y tenía la misma edad que ella debía tener cuando murió: apenas dieciséis años. La rabia impedía que abriera la boca, para no gritar. Al día siguiente tuve que pedirle perdón a Ahmed, porque los ingleses se quejaron por las chicas y por mi actitud. Por supuesto le compensé con más trabajos hasta que entendí por qué no había soldados de mucha más edad que la mía, y por qué casi todos pedían el traslado, terminaban muertos o en la cárcel.

Con discreción, y gracias a algunos de los trucos que había aprendido de Ahmed —escuchar, sonreír y recordar detalles—, había descubierto cómo y cuándo se reunía con Laysa. El teniente recibió una nota anónima escrita en árabe. Tres palabras: «Laysa. Golpás. Crepúsculo». El ático de Golpás era un lugar único en la ciudad, desde donde se divisaban unas vistas extraordinarias de toda la bahía. Era una casa privada que se alquilaba, un riad.

Así fue cómo me libré de Ahmed y cómo, el único Alfa del norte de África, acabó sus días despeñado por un acantilado con cinco tiros en la cabeza. Desde entonces, procuro no acercarme a ellos. Se podría decir que casi me he convertido en uno de ellos, porque los detecto a distancia: su sonrisa, su mirada intensa y sobre todo, su personalidad magnética y envolvente.

Durante un año más patrullé las fronteras de la unión de estados de Europa del Sur, el EcoSur, luego me hicieron periodista de guerra en el norte de África. Mis reportajes gráficos hicieron que alguien se percatara de mi talento visual. Así es como logré llegar a Francia, con un visado de ciudadano de clase B. Era lo más lejos que podría llegar. Aunque quise ir a Suecia, me dejaron claro que, con mi sangre, nunca podría residir en la Unión de Estados Europeos del Norte, todo lo más que podría tener, sería un visado de clase B en la Unión de Estados Europeos del Sur. Había privilegios que todavía no se podían comprar con dinero. No obstante yo seguía esperando, mientras extraía a la gente el alma en mis imágenes y se la daba de comer a aquellos monstruos que eran para mí mis clientes, ávidos de cualquier belleza para devorarla y eructarla.

SÁBANAS BLANCAS

La luz del amanecer se filtraba por el gran ventanal que dominaba mi dormitorio. La fragancia única de Joanne me acompañaba en silencio. Dormida bajo las sábanas, su cuerpo desnudo subía y bajaba acompañando su respiración. Parecía casi una niña. Dormida era diferente, sin ese aire de seguridad irreverente que la acompañaba a todas partes. Abrió un ojo perezoso. Sonrió. Lo volvió a cerrar y se tapó con la almohada.

—Te espero en la cocina. ¿Café o té?

No me contestó. Pensé que hacía mucho tiempo que no me levantaba de tan buen humor.

Revisé mi correo. Una noticia sobre el norte de África me trajo a la cabeza los recuerdos de la noche anterior. Mi historia, mi verdadera historia. Solo otra persona la conocía y aquello había terminado mal. Con Joanne había empezado de la misma manera. No podría soportar que terminara igual. Pero ella era diferente, mucho más fuerte, con más cabeza. Más que yo.

Las tostadas saltaron en el tostador mientras recordaba su forma de gemir la noche anterior. Sonreí como un niño. Me gustaba este tipo de tostadora antigua, me recordaban a mi infancia. A mermelada de naranja. A café recién hecho.

Seguí leyendo mi correo y luego mi agenda. Tenía sesión con Andrea esta tarde para algunas tomas adicionales. Mis entregas estaban cerca, tendría que trabajar toda la semana con ganas si no quería retrasarme, y no quería retrasarme, no me podía permitir ese lujo. El próximo sobre negro llegaría en dos o tres días e iba con las cuentas justas. Lo de las neurorrélicas me vendría bien. Un trabajo fácil, dinero rápido y sin complicaciones posteriores. Esto me recordó que aún no le había dado una respuesta a Eduard. Me apunté llamarle después, ya sabía la respuesta.

Una mano de tacto suave trepó por mi espalda.

—Buenos días, lagartija —susurré esparciendo la mermelada sobre la tostada, sin girarme.

—¿Lagartija? —rio ella.

—¿Quieres una tostada?

—¿Con mermelada?

—Solo tengo de frambuesa, soy de costumbres fijas.

—Ya veo —cogió mi tostada y se sentó a la mesa, vestida tan solo con unas pequeñas bragas blancas. Tenía muchos lunares en su piel blanca.

Su mirada no bromeaba, era intensa y estaba fija en mí. Me observó en silencio mientras masticaba mi tostada. Tardé tiempo en decidir qué parte de su cuerpo me gustaba más.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó cuándo me decidí.

—Sí. Pero más lo que imagino.

El silencio, sin tostada, no era lo mismo. Así que le ofrecí un café.

—Huele muy bien —dijo.

—Ya puede, cuesta una fortuna. Es café auténtico.

Abrió mucho los ojos y volvió a mirarlo. Lo olió otra vez y bebió un pequeño sorbo. Una marea de calma recorrió su cuerpo, desmontándolo y volviéndolo a armar.

—¿Dónde aprendiste a mirar así? —pregunté.

—¿Así?

—Ignoras todo y solo ves lo que quieres ver. ¿No es cierto?

Rio. Se bebió el resto del café sin dejar de observarme. Sus dientes estaban un poco estropeados y uno estaba un poco fuera de sitio. Me parecía que su ojo derecho se abría un poco más que el izquierdo. Y sin embargo, su mirada era hipnótica. Todo lo demás me importaba un comino, o casi.

—Lo de anoche... —empezó a decir.

—Antes de que digas nada, quiero que sepas que no soy así. No me acuesto con mis modelos. Al menos desde hace bastante tiempo —agregué.

Su sonrisa no cambió. Se levantó de la mesa, ignorando su desnudez. Su cuerpo era menudo y sus pechos bonitos para ser naturales. Los dedos de sus pies eran pequeños y perfectos y no tenía las uñas de los pies pintadas.

—¿Así que esta es la forma en que conquistas a tus modelos? —preguntó volviéndose a mí de nuevo.

—No. No las conquisto, trabajo con ellas —corregí.

—¿Y conmigo, trabajas o conquistas? —Su cuerpo hablaba un lenguaje diferente al de su voz. No sabía cuál seguir.

—Todavía no lo sé —confesé.

—Yo quiero seguir trabajando contigo. Me gusta tu estilo. Me gustas tú. Me gusta todo esto —dijo, señalando mi apartamento.

—A mí también —repliqué sin especificar.

Ambos nos quedamos mudos unos segundos. Su cuerpo, su voz, pero no sus ojos que buscaban dentro de mí. Algo negro y dulce.

La besé. Sabía a café y a moras. Cerré los ojos y me sometí a la suavidad del tacto de su rostro en mis manos. De su perfume. Su voz volvió en forma de risa y su respiración anegó mis sentidos. Su piel salada me tentaba. Empecé por su cuello, y mi lengua terminó resbalando por su clavícula. Las yemas de sus dedos recorrieron mi espalda hasta que mis calzones cayeron al suelo. Sus pezones erectos lucharon con mis labios, hasta que ganaron ellos, y recorrí sin prisa la distancia que me separaba hasta su ombligo en línea recta, dejando un rastro húmedo y caliente. Mi lengua intentaba memorizar cada lunar de su cuerpo. Al principio se intentó resistir, pero la agarré fuerte de las caderas. Ella mismo desistió y abrió las piernas para mí, dejándome hacer. Su respiración entrecortada me confirmó que iba por buen camino. Su vello era áspero y recio, pero bien cuidado. La senté sobre la mesa, entre el café y el zumo de naranja y la hice gemir durante minutos antes de llevarla a la cama en volandas y terminar lo que habíamos empezado.

Un buen rato más tarde, seguíamos mirándonos el uno al otro, tumbados en la cama, entre sábanas blancas. Dos matas de pelo negro rodeadas de blanco. Dos náufragos de almas negras en un mar de pureza.

—Esto no es trabajo, ¿verdad? —preguntó ella con malicia.

—Si lo fuera, tendrías que pagarme tú a mí —respondí sonriendo, mostrando dientes y lengua.

—Prométeme que me llamarás. Y no solo para otra sesión.

—Lo haré —aseguré.

—Me gustas.

No supe qué decir. Ella lo vio en mis ojos y sonrió aún más.

—Rasheed. Eres muy diferente de Ariel.

—Pero no se lo digas a nadie —y la besé, para terminar aquella conversación que, de manera inexorable, se acercaba a una ducha de agua fría, si quería empezar a trabajar.

—¿Te llevo a casa?

Tras una ducha rápida, por separado, estábamos en mi coche. Ella enfundada en su vestido y yo listo para volver al trabajo. Puse el coche en piloto automático mientras hacía una llamada.

—Hola Andrea... sí, todo como teníamos previsto. Te llamo para ver si puedo recogerte en casa, a las once cuarenta. Sí, sí, claro... vale, perfecto —colgué.

Joanne asistió a la conversación telefónica como si no estuviera allí. Tan pronto como colgué, inició una conversación.

—Dime la verdad. ¿Me vas a volver a llamar?

—Sí. Te lo dije antes, me gustas.

—Eso te lo dije yo, tú callaste.

—Te lo digo ahora. Me gustas.

No dijimos una palabra más. Pasaron unos cuantos cruces y nos metimos en la autopista privada subterránea hacia el sur.

—Vives lejos —dije.

—Los pobres siempre vivimos lejos —respondió ella, ahora con un tono diferente.

—Yo vengo de mucho más lejos que tú, acuérdate.

—Lo sé, lo siento si he sonado cortante. No es por ti, no soporto... Nada, déjalo.

—Te entiendo. Por eso salgo de la torre siempre que puedo, por eso estaba en Pink aquella noche que nos conocimos.

—No sé cómo lo soportas.

—Es la única forma de que me paguen bien, ser como ellos. Darles lo que quieren, y para eso tengo que estar cerca. Vivir su misma vida.

—No te envidio.

Callé unos segundos. Ninguna modelo me habría dicho eso. Nunca. Nadie en tan poco tiempo había calado tan dentro de mí. En apenas un día. Era una locura.

—¿Cuántos años tienes, Joanne?

—Veinticuatro, ¿por qué?

—Por nada. Yo casi cuarenta y, sin embargo, me has desarmado rápido.

—No pareces tan mayor —replicó ella.

—Ni tú tan joven —respondí.

Aquel comentario cambió su rostro de forma drástica.

—Espero no haber dicho ninguna tontería —dije después de esperar unos segundos una reacción.

—No.

—¿Entonces?

—No pasa nada.

Estábamos llegando a su casa, el sistema de navegación del coche tomó una salida y empezamos a callejear. Era un barrio popular lleno de casas bajas y comercios ruinosos. Había mendigos y gente sentada en las aceras descompuestas repletas de basura vieja y descolorida. Nos vieron pasar, pero no pestañearon apenas. Debieron pensar que mi coche era una alucinación.

—¿Es seguro que te deje aquí?

—Vivo aquí. Me recogiste el otro día ¿recuerdas?

—No parecía tan...

—Hecho mierda. Lo sé. Por las mañanas es cuando se ven los destrozos de la noche anterior. No pasa nada. He sobrevivido a situaciones peores —su voz era fría.

—¿Cuándo nos vemos? —pregunté.

—Cuando decidas lo que quieres de verdad —dijo al bajarse de pronto del coche. Me miró antes de salir, con una pierna ya en la calle.

—Me gustas —dijo con una sonrisa tímida en voz baja.

Y salió del coche, sin darme ninguna oportunidad de responder. Sin mirar atrás, caminó hacia su casa.

Maldije mi suerte por enamorarme de mujeres complicadas. Andrea era la opción perfecta: Guapa, inteligente, sabía lo que quería y cómo obtenerlo. Sería mucho más fácil, sabía que Joanne me traería problemas. Había pasado por ello una vez y casi me mata. Mierda. Llegaba tarde a recoger a Andrea y pasaría toda la tarde editando. Tenía días de trabajo por delante y ni siquiera había sido capaz de despedirme de Joanne. Eduard me llamó, estaba cabreado. Cuando le dije que aceptaba el puesto, ni siquiera me escuchó, me citó en dos días para empezar a grabar. Cuando colgó ni siquiera hablamos de dinero, y lo peor es que no me importó. Solo pensaba en Joanne.

BLANCO Y NEGRO

Era un almacén alejado del centro. Llegar hasta allí era complicado, estaba en la periferia de París, a casi cuarenta kilómetros del centro. Tuve que atravesar dos barricadas de distrito. Odiaba hacerlo, siempre que mostraba mi identificación me ponían muy nervioso los soldados parapetados tras el blindaje de vitroacero. Había estado en sus mismas circunstancias y sabía lo fácil que suponía que cometieran un error y lo poco que pagarían por ello. El almacén, reconvertido a estudio de holovid, era el decorado perfecto para cualquier acto macabro. Eduard me había mandado el guion y los detalles apenas dos días antes. El guion era pura basura, pornografía con un poco de estilo. Tenía que admitir que tenía mucha curiosidad y, además, era una gran oportunidad. Quizás ahora solo fuera vulgar porno, pero abría muchas nuevas vías de expresión y, quizás, solo quizás, podría hacerse un porno diferente, ¿por qué no?, Eduard aceptó sin rechistar mis condiciones: nadie debía saber que yo había participado en esto y podía abandonarlo si no me gustaba después de finalizados, al menos, dos capítulos de un total de seis. El dinero no era un problema, Eduard nadaba en él, pero sabía dispensarlo con cuentagotas poniendo la zanahoria a la altura correcta.

Cuando llegué, el equipo estaba ya casi al completo. El que organizaba todo no era Eduard, sino un tipo joven y vivaracho, no muy alto, de pelo moreno y facciones mediterráneas. Tenía una mirada penetrante. Me observó durante un par de segundos antes de sonreír y darme la bienvenida. Hizo las introducciones con el equipo: técnicos de iluminación, atrezo y varios asistentes. Era un equipo reducido, sin cámaras. Los actores todavía no habían llegado. Era curioso emplear de nuevo la terminología clásica del cine: actores. En mi trabajo eran siempre modelos, pero estaba de acuerdo en retomar de nuevo el concepto de actuación, algo que con los holovides se había convertido en simple figuración alterada por ordenador. Al contrario que Eduard, Ricardo, que así se llamaba el chico moreno que dirigía todo el equipo, no estaba en absoluto interesado en la parte artística, sino que estaba enfocado a que aquello saliera sin tropiezos. Gestionaba a todo el mundo para que supieran lo que tenían que hacer en todo momento y que no faltara nada. Era un tipo eficiente y ágil que se encargó de reunirnos a todos, incluidos los actores. En la primera escena solo contaríamos con Irina, que interpretaría a la protagonista. Ya le habían implantado en la cabeza el dispositivo para recoger toda la información hacía unos días. Apareció de forma silenciosa, tras un pasillo, cuando todos estábamos enfrascados en una animada conversación. Era muy alta, demasiado delgada para mi gusto y con una larguísima cabellera rubio platino con mechuras color turquesa y aguamarina. Sus ojos eran muy oscuros, casi negros, y tenía maquillaje permanente en la línea de los ojos y los labios, color sangre. Excesiva en todos los aspectos. Nos miró y se sentó al margen de donde estábamos, expectante. Había visto sus fotografías y visto algunos planos de holo donde había aparecido, pero en persona era

frágil y demasiado femenina, de una belleza fría y distante.

El director, un tal Franco, era un desconocido, al menos para mí. Tenía un fuerte acento italiano y una barba descuidada. Eduard tenía predilección por los italianos. Estaba algo fofo y grandes manchas de sudor calaban su camisa de lino. Parecía un turista fuera de lugar improvisando un rodaje. Se puso muy pesado al respecto del tipo de escena que quería para su musa, Irina. Insistió en que no quería que esto fuera pornografía y que debíamos entender que la conclusión de la serie —las escenas explícitas de sexo— no eran más que un final coherente con la narración y un final abierto a próximas entregas. Intentó explicar de nuevo como funcionaba la tecnología y lo importante que era la iluminación y los decorados en el resultado final. Lo subrayó varias veces: no se podría modificar nada por ordenador, trabajábamos sobre una impresión química, directamente copiada del cerebro de Irina, para replicar sus cinco sentidos. No quería ningún tipo de artificio y nos recordó varias veces que era esencial que las tomas se grabaran a la primera, pues las sensaciones experimentadas por segunda vez por la actriz, nunca serían tan poderosas como la primera.

Teníamos prohibido hablar con la actriz del guion, ella solo sabía algunos puntos y, un asistente, iría dando indicaciones poco obvias según transcurría la escena. Debíamos grabar todo sin cortes, ya que el montaje final se haría escogiendo las mejores escenas. No imaginaba cómo pensaban montar una grabación así. Todo era nuevo para mí, y creo que para el resto del equipo. Pese a todas las incoherencias que no cuadraban alrededor de la figura de Franco, compartía algunos de sus puntos de vista, como el gusto por la iluminación natural. La realidad no era más que un conjunto de virtudes y defectos similares a los que vivimos todos los días, algo demasiado perfecto nos llama la atención al subconsciente, de forma que, tarde o temprano, nuestro cerebro nos avisa que algo falla y nos estropea la percepción de nuestros sentidos. Por eso, tal como veía yo mi trabajo, era importante la imperfección, el ruido y la suciedad en los lugares adecuados.

El estudio había sido pensado para una producción grande, para un equipo de gente más numeroso que nosotros: tenía varias salas de descanso, cuartos de baño, un *office* y comida y bebida disponible a todas horas. Un equipo de seguridad de cinco personas rodeaba el perímetro del edificio y había al menos dos guardias más en la azotea. Aunque había mendigos y parias en las verjas del exterior, estaban muy lejos como para olerles u oírles. En total el equipo técnico, director y actriz éramos tan solo doce personas, yo incluido. Mi responsabilidad era la escena como tal, la iluminación y la posición de las cámaras, siguiendo el *storyboard* que había elaborado el director junto con el guionista. Desconocía quién era el guionista, pero estaba seguro de que aquel guion no le haría sentir orgullo profesional. Poco antes de que empezáramos a grabar, Eduard apareció por allí, tarde, como buen productor. Ricardo fue a recibirle veloz y servicial, como un lagarto, poniéndole al día de todo. Me saludó con la mano, sin acercarse, y se sentó cerca para asistir a la primera grabación. La primera escena era sencilla. Pretendía ser una introducción sensual a la protagonista, Irina. Ella ni

siquiera tenía nombre en la serie, ya que el resto de personajes la llamarían siempre «ella» o «tú», de forma que el espectador se identificara más fácilmente con ella.

La primera escena comenzaba con Irina mirando a través de la ventana a un espeso bosque generado con un holoprojector. Fue la única libertad que nos tomamos para falsear la realidad. No podíamos plantar un bosque detrás de aquella pared postiza, la visión a través del cristal de un bosque solitario azotado por el viento al atardecer, era parte del ambiente inicial. Simulamos el viento con un ventilador bajo el hueco de la ventana y los sonidos de animales nocturnos con una grabación. Sencillo pero convincente.

Tras unos segundos disfrutando del atardecer se separó de la ventana y observó su reflejo en el cristal, examinando su propio rostro. Bebió un sorbo de la copa de vino tinto que llevaba en su mano. Retratos suyos, en blanco y negro, flanqueaban su paso a través del pasillo. Acompañando sus miradas congeladas en los cuadros, su propia imagen la seguía, pues la casa estaba repleta de espejos. Todos ellos tenían formas redondeadas, y en cada uno de ellos, se paraba a contemplar, sin prisa, su perfecto rostro. Un vestido largo de seda roja, con escote estilo palabra de honor, se ajustaba a su cuerpo delgado y elástico, buscando las inexistentes esquinas de los espejos. Un corte, más arriba de la rodilla, se perdía al comienzo de sus piernas. Caminaba despacio, balanceando las caderas a su paso, con estilo, sin prisa.

Se sentó en un sillón al lado del fuego de la chimenea que crepitaba. El fuego atrajo su atención. Cruzó las piernas y dejó la copa en una mesita a su lado. Frente a ella había un gran espejo de forma ovalada con un intrincado marco de alambre. Las danzarinas llamas iluminaban su rostro sin necesidad de otra luz. Las sombras bailaban sobre sus facciones, resaltando sus ojos y la sonrisa oculta tras sus labios.

El sonido amortiguado de una llamada la sacó de aquel trance. Una voz femenina le advertía del retraso a su cita. No pareció contrariada. Suspiró y dio otro sorbo a la copa de vino, más profundo.

Hasta aquí todo era repetitivo y artificial. Pero podía ir a peor. Comenzó la parte que todos estaban esperando: sin venir a cuento Irina empezó a masturbarse mientras bebía vino y se miraba en el espejo. Pasaron varios minutos, interminables. Ella seguía bebiendo de la copa en sorbos pequeños tal y como aquel estúpido debía haber sugerido. Luego se levantó, camino del baño, con la dichosa copa de vino —ya vacía— en la mano. Se paró en un aparador para llenar la copa de nuevo, hasta la mitad. Continuó por el pasillo hasta el baño. Allí la esperaba una bañera llena de espuma y agua caliente. Toda la pared del baño era un inmenso espejo, con una iluminación cálida y difuminada. La luz rebotaba en la espuma y se fundía sobre el vapor del agua, generando un efecto visual muy trabajado. Obra mía. Lo mejor de la escena con diferencia.

Una tenue música de cuerda surgió de algún lugar. Se desnudó de forma sencilla,

dejando caer el vestido al suelo. Solo llevaba unas diminutas bragas negras, que se quitó con maestría, haciendo que se deslizaran perezosas por sus larguísimas piernas. Ese truco lo traía de casa, sin duda. El guion se repitió y la chica se limitó a repetir la escena anterior, pero desnuda y con espuma. Pasaron varios minutos hasta que su respiración se aceleró de forma progresiva, haciéndose más fuerte, hasta que los jadeos se transformaron en gemidos de placer, que rebotaban como susurros en las paredes. Un espasmo, un temblor y de nuevo la calma. Se relajó sobre la bañera y tomó su copa de vino, y la apuró con los ojos cerrados.

—¡Corten! —dijo el director.

La chica era perfecta en todos los sentidos, tanto que era gélida. Y aquello seguía siendo porno mediocre. Salió de la bañera, con la misma gracia con la que entró, evitando resbalar en el suelo. El director, atento, pasó sobre sus hombros un albornoz y le acercó unas zapatillas de baño. Habló de forma breve con ella, sin dejar de pasar el brazo por su cintura y ella rio. Mis sospechas se confirmaban con disgusto. De ahí no podía salir nada bueno, siempre que había visto eso, había acabado igual. Eduard debería saberlo bien.

—¿Te ha gustado? —preguntó Eduard a mis espaldas. Me miraba con demasiada franqueza como para decirle la verdad.

—Bueno. Creo que no empieza mal —respondí. Me regaló una sonrisa franca y proseguí—. No es el tipo de trabajo que yo haría, pero creo que la escena tiene algo. ¿Y a ti que te parece? —pregunté desviando la atención.

—Algo corto. Ya se lo dije, tenemos que hacer que el personaje dé más de sí. Me prometió que duraría al menos media hora, pero no llegamos ni a veinte minutos con este material —respondió.

Al margen de sus palabras, se veía ilusionado con el resultado, pero no satisfecho del todo.

—Nadie va a pagar por diez minutos así, necesitamos algo diferente —zanjó.

—Las próximas escenas son más fáciles, saldrán mejor —aseguré, aportando una sonrisa de ánimo.

—Fáciles seguro, pero esta tenía que sentar las bases del resto —dijo Eduard.

Había algo más en su tono de voz que no podía descifrar. No podía decirle que me parecía una mierda, no hasta la segunda escena.

—Sin duda. Pero la gente pagará por sentir lo que siente ella —dije señalando a la actriz, que se vestía con unos vaqueros y un jersey, ajena a todos.

—Mmm —dudó—. ¿Tú qué hubieras hecho? —preguntó a bocajarro, muy serio.

—Yo hubiera esperado. No hubiera forzado el sexo desde el primer minuto. Quizás la hubiera llevado a una tienda a probarse ropa, a un bar donde otra chica se

interesara por ella, quizás algo más urbano, menos irreal —dije, sabiendo donde me metía.

—Continúa —pidió Eduard, buscando con la mirada al director, que hablaba con Ricardo a lo lejos.

—Todos los hombres somos *voyeurs* —comencé a decir sin saber muy bien donde quería terminar.

Eduard alzó las cejas esperando oír más.

—Quiero decir. Forzar sexo de forma explícita es algo tan gastado... ¿Vamos a repetir lo mismo?, ahora que tenemos la perspectiva en primera persona ¿por qué no usarla para mostrar un momento cotidiano?

—Mmmm —afirmó Eduard. Yo seguí con mi idea.

—Un encuentro fortuito con una amiga, un roce casual, una anécdota graciosa, una mirada prolongada, una sonrisa —le decía sin pensar. Él me miraba, esperando algo más—, y después, sí, sexo —dije.

Era tan obvio que me daba asco, pero era lo que quería oír Eduard. Sus clientes no podían pagar por horas de vaivenes de miradas, ni por mariposas en el estómago. Pelo y piel eran mucho más baratas de fabricar bajo las yemas de los dedos, pero me callé. Conocía mi oficio y el de Eduard.

—Mierda, Ariel —dijo contrariado—, no sé qué coño hago perdiendo el tiempo con este italiano de los cojones. Si me hubieras dicho que sí cuando te lo pregunté, la dirección sería tuya —miró al suelo, pensativo—, pero no pasa nada, cuando acabemos esto, si funciona, te prometo que...

No terminó la frase, el director estaba casi encima de nosotros y comenzó a quejarse a voces por la escasez de medios y por la actitud del equipo con la actriz. Yo esquivé la conversación sonriendo. La actriz estaba muy bien, pero no tenía papel alguno: su actuación era forzada y en una posición muy incómoda. Sin embargo, ninguno de los que estábamos allí podíamos negar que nos intrigaba sentir esa escena en nuestra propia piel. El resto del equipo parecía más entusiasmado con la actriz que con el proyecto. El equipo de decorados y atrezzo, que venía del pornovid, decían que era un poco soso, pero que lo que contaba era el cambio del punto de vista. El equipo auxiliar de holovid, que grababa algunos planos para la promoción y publicidad, no estaban nada contentos con la producción, alegando que faltaban medios y personal, pero que había buen material. Por mi parte, la luz y los planos de la chica en el espejo eran lo mejor que se podían conseguir con lo que teníamos. Antes de rodar, había dedicado varias horas a revisar cada ángulo con una nanocámara de primera persona. Una asistente había seguido al pie de la letra el guion y cada espejo estaba en el sitio exacto. Todo encajaba.

Irina estaba sentada, esperando a que alguien le dijera que podía irse. Me senté a su lado para darle la conversación que necesitaba en ese momento.

—¿Qué tal la experiencia? —pregunté.

—Extraña. Estoy acostumbrada a una cámara, gente alrededor. Aquí estaba sola

—respondió ella. Tenía un fuerte acento del este. Ucraniana o rusa.

—A mí me ha gustado. Sobre todo la primera parte. Tienes presencia en escena. Ojalá lo que has captado con tu mirada se parezca a lo que hemos visto nosotros desde fuera.

—Gracias. No sé si funcionará como espera Eduard, pero espero que sí.

—Seguro que es mejor de lo que crees. Cuando lo pruebe —sonreí— te diré qué me ha parecido —ella me miró sin mostrar ninguna expresión.

—Si quieres puedes probarme antes y luego comparas —me susurró al oído.

Tenía una mirada fría. Tras el maquillaje se escondía una serpiente albina. Entornó los ojos y sonrió aún más. De cerca su frialdad jugaba con otras reglas. Nos sonreímos unos segundos y me levanté. Ella rozó mi brazo con su pecho. Me miró desde abajo, con una sonrisa ladina atrapada en sus labios. Me alejé sin darme la vuelta para mirarla.

Me uní a un grupo de personas entre los que estaba Ricardo y el director. Discutían entre ellos, parecían estar en medio de algo.

—Sí, sí, sí, sí, esto tiene posibilidades de todo tipo, aquí hay mucha, mucha pasta. Solo hay que ser el primero que lo haga bien y se lleve el gato al agua —decía Franco.

—Dinero hay, pero hay que ir con cuidado —decía Ricardo, mirándome de soslayo.

—¿Con cuidado por qué? —preguntó uno de los técnicos.

—Ahora mismo no hay convenio, no hay regulación sobre esta tecnología. No es ilegal usarla, ni venderla. Podemos usar parte de la tecnología de córtex visual que ya existe, pero no olvides que hay un chute bioquímico. Imagina que dejas tonto a un tío que no aguanta la tralla que está viendo: ¿qué haces? —dijo un hombre al que no ubicaba.

—¿Pero eso le ha pasado a alguien? —preguntó el mismo técnico, preocupado.

—No, no tiene por qué pasar, pero hasta que algunos detalles no se aclaren ser el primero tiene sus riesgos, y todos estamos de acuerdo que llegar los primeros es lo más importante: solo el mercado de las colonias es enorme. Imaginaos.

—Jajaja, todos esos pobres diablos aislados en el espacio, babeando sin parar —replicó el técnico.

—Mejor aún, las naves Veluss. No solo sexo, sino vivencias en la Tierra, al aire libre, experiencias que no pueden volver a vivir. Una biblioteca de recuerdos de este planeta, reales. Si logramos hacer un catálogo, sería un proyecto gigante y esa gente sí que maneja pasta. Infinita —dijo alguien más.

No sabía quién era, pero le había visto alguna vez en alguna fiesta con Eduard. Delgado, calvo y con una fina barba blanca muy cuidada. Aunque sonaba amanerado no lo era, signo inequívoco de que se movía por las altas esferas, al menos eso me decía mi experiencia con gente de esos círculos. No me lo habían presentado, había llegado después de la primera escena. Debía ser un coproductor. Víctor algo, me

pareció recordar.

—Lo primero es probarlo. ¿Ya lo habéis experimentado todos? —preguntó el técnico jefe. Escuché un par de noes tímidos junto a mi propia voz.

—La próxima semana, antes de grabar la siguiente escena, lo probaréis. Al menos la versión en crudo de este material —dijo el técnico— es cien por cien seguro, yo mismo me lo meteré cuando tenga la materia prima. Estoy deseándolo. —No me gustó cómo lo decía ni lo que sentí al oírlo.

Me alejé del círculo. Al final todo era dinero y sexo, tal y como esperaba.

MEMORIAS DE ARIANNE

Pasé aquella semana intentando cerrar mi agenda de trabajos pendientes. Me tomé libre lo que quedaba de semana para pensar. Con lo que iba a sacar por la grabación de la serie de neurorrélicas podía tomármelo con calma, podría resolver mis problemas económicos durante un tiempo. Llegó el sobre negro. La cantidad no había variado y la cara de la chica, con una mueca de dolor, me hizo recordar lo efímero de aquellas dos noches. Dos noches que habían arruinado mi vida. La chica tenía talento para mentir y para ocultar su edad. Diecisiete años y mucha experiencia. Pagué, como llevaba haciéndolo durante años, y puse mi mente en otros pensamientos más útiles. Una vocecita familiar en mi interior insistía en que era un error rendirme. Esa vocecita que no podía callar de ninguna manera, salvo ahogándola en alcohol o *trank*. Esta vez necesitaba algo más, necesitaba contraatacar. Llamé a mi amigo Carlos.

Como otras tantas veces, quedamos en un bar de la torre donde ambos vivíamos. El sitio en sí era fabuloso, con una decoración y unas vistas exquisitas, repleto de gente perfecta. En los cinco años que llevaba en la metrópoli, no había conseguido despegarme la sensación de ser un intruso, un polizón en un barco demasiado grande que va a un lugar desconocido. En aquel bar el efecto se multiplicaba. La única persona a la que había contado mi historia era a Joanne y, aunque solo habían pasado unos días desde aquello, me parecía irreal y ajeno, acercarme tanto a una persona, tocarla por dentro y, poco tiempo después, volver a mi papel de polizón. ¿Se podía amar siendo un farsante? No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Tenía miedo de volver a verla y descubrir que todo habían sido imaginaciones mías, producto de una dosis defectuosa de *trank*. No quería volver a verla y encontrar que tenía otra mirada, otra voz. Había evitado llamarla, por suerte no había tenido que cancelar ninguna sesión con ella esa semana, hubiera sido incómodo. Tendría que volver a trabajar con ella, era una inversión en tiempo y dinero y, además, necesitaba verla, pero tenía que pensar, con algo de tiempo, el revoltijo que tenía en mi interior, se reposaría.

Quizás debía haberla llamado a ella, en vez de a Carlos. Me refugiaba en un círculo de amigos inconvenientes para mi carrera, pero que me protegían de aquello que me alienaba cada vez más. Había llegado hasta aquí hablando con la gente adecuada, pero ahora estaba cansado para repetir aquel baile de apariencias y juegos de palabras. Solo podía huir a través de las personas, ventanas abiertas a las dimensiones inofensivas de mi interior.

—¿Te acuerdas de aquel asunto de las neurorrélicas? —pregunté, deseando que parara de hablar de sus inexistentes problemas con las mujeres que me recordaban una y otra vez a Joanne y a mis propios miedos.

—Sí. Andelain me dijo que no pudiste hablar con Merkal.

—El caso es que al final acepté el trabajo —lo dije sin pensar. No quería hablar de ello, pero surgió solo. Necesitaba hablar—, grabé una secuencia hace unos días.

Carlos dudó unos instantes antes de contestar.

—Vaya. No esperaba algo tan rápido. Pensé que lo tuyo eran los sueños. Esto es algo mucho más fuerte... —dejó caer.

—Lo es. Fue una experiencia curiosa. De hecho, el próximo martes tengo más trabajo, espero que mucho más, aunque todavía no lo he probado. Debería, antes de plantearme seguir —dije.

Me miró, y parpadeó un par de veces antes de contestar. Era fácil adivinar que ocultaba algo.

—Igual puedo ayudarte... yo... lo probé el otro día. Merkel me dijo dónde podía conseguir algo y lo compré.

—¿Sí? —pregunté.

—Es un poco... no sé... —dudó de nuevo.

Se mordió el labio y ocultó su mirada.

—Vamos, vamos, Carlos, no te pongas así, un poco de porno no me va a asustar —dije, dándole una fuerte palmada en la espalda y riendo.

Tardé casi media hora en convencerle. Había estado un par de veces en su apartamento. Cuando entramos todavía seguía intentando convencerme de que no lo probara, de que era una mala idea, pero aun así ahí estaba él, sacando con un mimo enfermizo aquel cartucho y un par de aparatos más de un estuche. Me senté en su consola esperando a que lo prepara todo. Carlos se movía como un sacerdote, ejecutando movimientos lentos y precisos, preparando una ceremonia pagana. La peor parte fue inyectarme aquel líquido. Mejor con Carlos que con un extraño, pensé mientras apretaba el émbolo. Apenas lo noté. Me tumbé en su consola y esperé a que las sensaciones vinieran a mí.

Tardó varios minutos que se me hicieron muy largos e inquietantes. Las sensaciones venían en oleadas, todas mezcladas. Al principio era como sentir dos pares de piernas y de brazos. Mis pensamientos tenían eco, ¿eran los míos realmente? Me dejé llevar y abandoné mi cuerpo para sumergirme en el de otro.

Era un hombre tumbado en la cama de una habitación de hotel. Una mujer desconocida me saludó con una voz aguda y jovial tras cruzar una puerta, era igual que estar allí. Oía la conversación en inglés yanqui. Sentía como mi boca hablaba, con otra voz, pero no podía cambiar la conversación que llevaba su propio ritmo. Sus risas ligeras y su perfume se mezclaban con la inminencia de su cuerpo caliente y firme. Besos, caricias. La ropa deslizándose de mi no-cuerpo, el tacto de su piel desnuda bajo las palmas de mis manos. Sensaciones familiares, pero diferentes. El tacto áspero de su vello púbico rasurado rozando mi muslo. Sus piernas aferrándose a mí. Su humedad. Todo transcurrió dócilmente. No supe si el orgasmo era mío o de él. Negar que aquello era real era negar lo obvio. Imagino que eso era lo que a Carlos, de alguna forma, le resultaba incómodo. Todo se disolvió en un recuerdo, difícil de recordar tras despertar, como un sueño auténtico. Muy diferente de lo que yo hacía, de mis sueños vívidos. Explícito, irrevocable, como montar en una montaña rusa atado de pies y manos.

—Bueno —resoplé—, es más o menos como me lo imaginaba. Quizás mejor —añadí todavía parpadeando confuso, intentando sacudirme el hormigueo de mis sentidos.

—Una pregunta: la chica de tu estudio el otro día... ¿es ella quien...? —insinuó con torpeza. Sus manos le estorbaban y las metió en los bolsillos.

—No, no. No es lo que te imaginas. Con Roberta nunca haría una cosa como esta, además ella no es de este tipo de modelos. Puedo pasarte el sueño que grabé con ella si quieres —no contestó—, me sorprende que nunca me lo hayas pedido —dije.

Era verdad. Se puso rojo y me reí a su costa. Continué con la conversación en vista de que le había puesto en un compromiso con Joanne.

—Te va a gustar, aunque es muy diferente de esto. La neurorréplica que grabé el otro día, en cambio, sí que se parece bastante a esto.

Según lo decía, caía en la cuenta de lo diferente que era Joanne. No quería pensar en ello. Evité seguir hablando de ella para no caer en esos pensamientos, para no enfrentarme a ellos. Joanne. Joanne. Su nombre jugaba al escondite en mi cabeza. Quizás evitaba a Roberta, no a Joanne.

—¿Dónde encuentras esas chicas? Sé que soy un pesado, pero de verdad, ¿de dónde las sacas?, nunca he conocido a ninguna mujer así y mira que busco.

Carlos me martirizaba con aquellas preguntas, sacándome de mis pensamientos en espiral descendente.

—Será que no vas a los sitios adecuados. ¿Has buscado en el piso cero? —pregunté a bocajarro.

Eso era lo que me apetecía y lo estaba evitando. Necesitaba aire. Caras nuevas, un sitio donde el polizón pudiera asomarse al mar.

—Te refieres a... ¿la superficie? —Me miró espantado.

—Sí, claro —respondí con una sonrisa.

Lo sabía, la mera idea le aterrorizaba.

—¿Estás loco?, ¿no las encuentras en una agencia o... algo? —Su forma de decirlo sonaba sucia.

—Yo soy mi agencia. ¿Quién mejor que yo para encontrarlas? Bajo, me tomo unas copas y charlo con ellas. Deberías hacerlo para cambiar de ambiente, introducir algo nuevo en tu vida.

—Yo... —dudó— ¿es muy caro?

—¿Bromeas? —pregunté de forma cínica.

Por lo que costaba una copa en aquel bar perfecto, podía comprar muchas miradas allá abajo. Miradas, conversaciones, besos o todo lo que tuviera el valor de negociar.

—No. No conozco a nadie que baje al piso cero de noche. Bueno, no conozco a nadie que ni siquiera se lo plantee. Creo que no lo he pisado desde que estoy aquí. En Lausanne era muy peligroso.

—La mayoría de los sitios a los que voy tienen su propio equipo de seguridad en

la puerta y, por supuesto, no voy andando. Pero no puedes ir con esas pintas ahí abajo, se darían cuenta muy rápido que eres de una torre y eso sí podría ser un problema —dije, exagerando un poco para ponerle nervioso.

Sonrió, aquello le gustaba. Hacerse pasar por otra persona no era muy diferente de un mundo virtual después de todo.

»Todavía no es tarde ¿nos damos una vuelta? —le reté.

—¿Ahora? —preguntó mordiéndose los labios.

—Sí, ¿por qué no?

La música empezaba a sonar en mi cabeza.

Una hora más tarde estábamos entrando en un local llamado Pink, mi lugar favorito, a tan solo veinte kilómetros de la torre. En mi coche y usando las vías de pago eran menos de diez minutos. Cuando nos salimos de la vía privada, Carlos se empezó a poner nervioso. Le miré de reojo, era asombroso lo que cambia la gente ordinaria con ropa nueva, maquillaje, un peinado y algunos complementos. Asumimos ese cambio en profesionales, pero no en gente corriente, donde el efecto es aún mayor. Afecta tanto que se comportan diferente: ahora Carlos parecía un tipo interesante. Aquellas gafas falsas aportaban el extra que le faltaba. Nunca había usado ningunas. Si tuvo algún defecto genético en la vista sus padres lo arreglaron antes de que naciera o tal vez después. No parecía consciente de detalles como aquel, que marcaban la diferencia entre los de arriba y los de abajo. En París vivían más de cincuenta millones de personas y en la torre todos los que llevaban gafas lo hacían por una moda pasajera. Él vivía ajeno a esa realidad.

Aparqué el coche en la puerta tras un perímetro de doble valla de acero electrificada. Un enorme portero nos recibió con curiosidad por ver si nos reconocía. Reconoció los doscientos sures de propina que le dejé y dejamos atrás la cola de gente y el cordón de seguridad de músculos y porras de acero. Por fuera no era nada especial: una simple puerta de metal roñoso, con un ingenioso cartel que simulaba ser un neón del siglo xx. En él se leía: «P.I.N.K.».

Tras cruzar el umbral, había un jardín tropical en penumbra bajo luces negras. Un serpenteante camino de césped llevaba hacia un ropero y a una serie de corredores que iban en diferentes direcciones. Una luz tenue de colores y texturas cambiantes iluminaba de forma fluida cada recodo del pasillo. La decoración y los papeles pintados de las paredes también variaban en cada esquina. Los pasillos eran un laberinto confuso, lleno de puertas, arcos y habitaciones atravesadas. No existía una gran sala: todo eran espacios que oscilaban entre pequeñas habitaciones del tamaño de un dormitorio y habitaciones más grandes, como el salón de una buena casa. Todo el mobiliario parecía antiguo. Cada habitación mostraba un ambiente. En la mayoría había un sofá, unos sillones o unas sillas y alguna mesita. Las ventanas, todas interiores, permitían observar quién había al otro lado. Cada habitación tenía su

propio olor y su propia luz además de una peculiar decoración. A veces el juego de espejos y luces tenues que separaban unos espacios de otros me recordaban a mi infancia. Las risas apagadas y los murmullos de conversaciones, aquí y allá, acompañaban a la suave música que flotaba entre las estancias. Los camareros conocían su oficio y se mostraban discretos y serviciales: bebidas sintéticas, alcohol y refrescos. Todo legal. Los servicios ilegales se servían de una manera mucho más discreta y era necesario saber cómo pedirlos. En el piso cero todo se podía comprar y vender, y más en una ciudad como París, capital de EcoSur.

Nos acomodamos en una habitación anexa al pasillo principal. Un arco árabe servía de entrada y, sobre el suelo cubierto de alfombras, había cojines y algunas shishas. Hice una seña a un camarero que se llevó una para prepararla. Nos sentamos en un cojín sobre el suelo. Carlos estaba fascinado.

—Dios, ¿cómo diste con este lugar?, es increíble.

—Este sitio en concreto me lo enseñó Beatrice.

—¿Beatrice? ¿La belleza bajita y pelirroja? —preguntó.

Había sido otro de sus amores imposibles. Beatrice era muy ambiciosa y, cuando la di a conocer, firmó un contrato en Estocolmo. Ni se fijó en Carlos en la fiesta de despedida.

—Sí. Ella trabajaba aquí. Fíjate y observa a nuestro alrededor —sugerí.

Esperamos. Oímos unas voces algo más elevadas, en español, en la habitación de al lado. Nos asomamos de manera discreta por un hueco en la pared. Era una pareja discutiendo. Ambos hablaban en un tono muy alto, aunque ella caía ya en los gritos. La mujer tenía una voz potente, era alta y tenía una mata de rizos negros que caían sobre sus hombros. Aunque no se veía su rostro me recordó a Joanne. Él era más alto aún que ella y de pelo corto. La sujetaba violentamente por los hombros, sacudiéndola. La discusión era por celos. Otra pareja entró en la sala y advertí más ojos indiscretos observando la escena, que yo ya había visto en otras ocasiones. Pasados veinte minutos regados de besos, bofetadas y discusiones airadas, saludaron y se fueron a otra sala. Teatro. Maravilloso teatro.

Carlos estaba perplejo. Pasamos la noche hablando con algunos actores, o con parejas de chicas que se divertían como nosotros. Carlos se desenvolvió bien siguiendo mis consejos. Le pedí que no usara su nombre auténtico, ni dijera donde vivía ni a qué se dedicaba. Era un simple comerciante de componentes eléctricos que tenía un pequeño negocio en la zona de Croisy-Beaubourg. Se llamaba Bernard y yo era su socio Shamir. Nos iba bien hasta que empezó a hablar de tecnología y todo se vino abajo.

Estaba fuera del alcance de sus bolsillos y también de nuestros personajes. Aunque lo intenté arreglar, una de las chicas con las que estábamos flirteando pensó que no éramos de fiar y se fueron al cuarto de baño para no volver. Intenté consolar al pobre Carlos. Aun así lo pasamos bien el resto de la noche, practicando el juego de ser alguien diferente. Él tenía cierta experiencia, y yo toda una vida. Sin embargo,

hay cosas que no se pueden falsear y Carlos no podía dejar de ser Carlos, incluso a través del cristal de aquellas gafas. Volvimos solos a la torre.

CHLOE

Varios días más tarde estaba de vuelta en el almacén que nos servía de estudio. La última noche con Carlos me había hecho recordar algo importante: la interpretación en sí misma podía ser más poderosa que las sensaciones. Yo lo estaba olvidando pero, al ver la reacción de Carlos, recordé que tras la tecnología, las neuro réplicas eran un nuevo vehículo para sorprender a la gente con algo antiguo. Si evitaba la zafiedad sería algo genuino, incluso hermoso. No quise probar lo que habíamos grabado, porque hacerlo me hubiera privado de esa nueva visión. Una vez que sintiera la realidad tal como lo hacía Irina mi punto de vista cambiaría sin remedio.

Franco, el director, estaba entusiasmado con su primera obrita. Improvisó una pequeña francachela en el plató con abundante comida y vino para agasajar a todos los miembros del equipo. Aprovechó para presentarnos a todos a Sara, a quien ya conocía por la fiesta de Eduard. La misma rubia de mirada turbia que ahora saludaba a todos, sería la pareja en escena de Irina. Imaginaba qué tipo de escena. En esta ocasión se explayó demasiado, gráficamente, en lo que esperaba de las actrices. Ambas asintieron en silencio, haciendo un esfuerzo por ignorar lo limitado de su papel. Irina evitó mirarme, había rechazado sus dos llamadas. La última estuve a punto de contestarla atormentado por el silencio de Joanne, que no había dado señales de vida desde la noche cuando le confesé mi historia. Yo tampoco la había llamado. El trabajo era una excusa excelente para no enfrentarme a mis propios miedos.

Empezamos a grabar cuando llegó Eduard. No le gustó que el festejo fuera previo al trabajo, y así se lo hizo saber de forma educada pero firme a Franco. No le importó la opinión de su productor, extendió más de lo necesario aquello y perdimos media mañana. Ya comenzamos con mal pie. El estómago lleno, el alcohol y el erotismo, aunque sea zafio, no funcionan. Desde el principio me di cuenta que Irina y Sara no tenían ninguna química, ambas eran tigresas, agresivas. Ninguna quería dejarse dominar. En la tercera repetición, Irina rompió a llorar y se escondió en su camerino. Todo el equipo miró al suelo, excepto Franco, que rompió a jurar en italiano. Eduard le miraba malhumorado con los brazos cruzados. Su mirada lo decía todo. Me miró y me llevó a un apartado.

—¿Quieres hacerte cargo de la dirección? —preguntó sin ambages.

Lo estaba esperando, aunque me sorprendió la manera tan apresurada y poco sutil que tuvo de soltarlo. Siempre había pensado que Eduard sería de aquellos que mandan sin mandar, pero el dinero, evaporándose, a veces obliga a tomar atajos.

—Sí. Pero tengo que cambiar parte del guion y parte del *casting* —exigí. Eran mis condiciones.

—No pienso gastar un céntimo más. Tienes que aprovechar lo que tenemos, puedes cambiar el guion, pero no voy a contratar a nadie más.

—Solo quiero cambiar a Sara. No me convence. ¿Tu amiga Chloe estaría interesada? —pregunté.

—Era mi primera elección, pero a Franco no le gustaba —contestó malhumorado.

—Ese tipo es un imbécil —solté.

—Hecho. ¿Qué más?

—Dame una semana para preparar la grabación y dentro de cinco días grabaremos el siguiente capítulo, imagino que no podemos volver a grabar el primero, ¿verdad?

—No. Tienes cinco días. ¿No puedes aprovechar a Sara?, me fastidiaría echarla del rodaje.

—Humm. Bueno, pensaré en algo, no te preocupes.

—Mejor —sonrió aún malhumorado— no te arrepentirás. Ya hablaremos de dinero —dijo.

—Claro —contesté.

El dinero era lo último en lo que estaba pensando.

Franco se puso como un energúmeno cuando Ricardo le tomó del brazo y le avisó de que estaba fuera del rodaje. El chico de los recados de Eduard sabía lo que se hacía, no tengo muy claro cómo lo consiguió, pero lo sacó de allí sin armar demasiado escándalo. Al rato volvió y reunió a todo el equipo, incluidas las actrices. Pensé que el equipo estaría más afectado por el cambio, pero no parecía haber nada que los uniera excepto el dinero. Estaba muy mal acostumbrado en mi trabajo. Pese a todo, todos éramos profesionales y los técnicos asintieron cuando Ricardo empezó a hablar.

—Hay un cambio de planes. La dirección está ahora en manos del director de fotografía, al que ya conocéis —y me señaló— todo lo demás sigue en pie y se pagarán todos los días extra que necesite el nuevo director para organizar el nuevo plan —dijo y se giró hacia mí, esperando que continuara.

—Vamos a hacer pocos cambios, pero necesito cuatro días para trabajar en ellos. Por lo pronto, necesito que las actrices se reúnan conmigo mañana, contaremos con una nueva chica, pero por lo demás no habrá cambios. Ahora si me permitís, me gustaría hablar con cada uno de vosotros en privado para conocer vuestro punto de vista.

Utilicé el día entero para entrevistarme con cada miembro del equipo técnico, confiando que me contarán aquello que no habían podido o querido confesar antes. Suponía que era bastante, y así resultó ser. Tomé nota de cada punto de vista y cada opinión, algunas útiles. Con las chicas resultó algo más tedioso: Irina estaba irascible e intratable hasta que le dije que no tendría que trabajar con Sara y que sentía no

haberla llamado. Eso la calmó. Le hablé de Chloe y le dije que tendría que seducirla y que ella no lo sabría. No sería en un plató, sino en una cena improvisada en mi casa, fuera de aquí, sin técnicos. Le expliqué que quería algo similar a mi trabajo habitual, sutil, personal, sincero. Eso la cautivó más que acostarse conmigo.

La entrevista con Chloe fue más sencilla, primero pensó que la llamaba para un sueño vívido, cuando le expliqué el proyecto de la neurorréplica de Eduard, disimuló muy mal, fingiendo no saber de qué iba aquello, ocultando de forma torpe su entusiasmo. Su juventud, su transparencia, era justo lo que necesitaba. Quedamos para concretar los detalles, incluida la pequeña operación para el implante. Como es normal quiso saber en qué consistía su papel, y tuve problemas en explicarle la idea, porque todavía no la tenía del todo detallada. Me movía en arenas movedizas, en el fondo no tenía ninguna experiencia en material pornográfico, ni siquiera cuando rodaba holos había tocado el género. En cualquier caso, se lo dije de la forma menos traumática, que tendría sexo real con otros actores y actrices. Sabía que debía ser bisexual porque Eduard la había elegido para el papel después de comprobarlo en persona en alguna fiesta. Le sugerí que debía seducir a alguien en una cena en mi casa, a quien ella eligiera. Yo no estaría presente, pero sí otras dos personas más. Interpreté su silencio inicial como que era algo que en el fondo no le disgustaba, pero que no se había planteado. Según le iba soltando detalles, sus preguntas iban delatando un interés más genuino. Esa chica no sabía ocultar sus emociones. Era raro encontrar una chica así y que no tuviera algo oculto tras aquellas refrescantes expresiones. Malo para ella, pero justo lo que necesitaba.

Localicé al otro actor que Franco había elegido, Toni: un chico joven y atlético con una mirada divertida, alguien al que era fácil que te cayera simpático como hombre. Era italiano y pese a que no tenía nada especial, valía para el papel. A él le expliqué todo el plan. Su papel era el de seductor, pero debía seducir a Irina y evitar que Chloe se fijara en él. Una vez que empezara la fiesta, se debía dejar llevar, ambas aceptarían cualquier juego, pero debía tomárselo con calma, esperar a que ellas se lo pidieran, aunque tuviera que esperar no debía impacientarse.

No pude resistir la tentación de hacerlos coincidir en una reunión informal del equipo técnico. Con la excusa de calibrar sus implantes, cité a todos en el almacén que nos servía de estudio. Chloe era tan joven que ni siquiera tenía medio de transporte propio para llegar al estudio. La recogí en su casa. Resultó que vivía en las afueras, en un sencillo barrio. No me sorprendió. Eduard había aprendido algo de mi experiencia después de todo. El muy bastardo.

—Gracias por venir a recogerme —dijo Chloe nada más entrar en el coche.

—No sabía que fueras una mugrosa —dije provocándola. Se puso roja, no de rabia, sino de vergüenza—, me gustan las mugrosas, sobre todo las que se ponen rojas —dije con una sonrisa. No añadió nada. Parecía tímida en persona, a solas—. Te confesaré algo. Yo casi nunca trabajo con modelos profesionales, me gusta más la gente normal, gente que tiene los pies en el suelo.

—Eso había oído, pero no sabía si era cierto —añadió, sin darle más importancia.

—Tú podrías hacer un buen trabajo en los sueños vívidos —dije sin exagerar demasiado.

—¿De verdad? —preguntó con expresión de niña.

—¿Cuántos años tienes, Chloe...?, de verdad —aquella expresión la delataba. Esperaba no estar metiéndome en un lío gordo.

—Diecinueve —dijo segura de sí misma.

—Pareces más joven —confesé.

—¿Eso es bueno o es malo? —preguntó Chloe.

—Depende. A Eduard seguro que le gusta.

Calló, y su rostro comenzó a tomar color.

—Me gusta que no finjas. Eso es lo que más me gusta. Eres muy natural —le dije.

Sus ojos no dejaban de rondarme. Inocentes y atrevidos por igual. Era una chica perturbadora, y más en un sitio cerrado. Eduard elegía muy bien. No solía sentirme incómodo con mis modelos y cuando lograban excitarme como lo estaba haciendo aquella chica, me gustaba. Pero por alguna estúpida razón, cuando pensaba en Joanne, aquella chiquilla perdía intensidad.

—¿Por qué te has quedado callado? —preguntó siseando. Se acercó ligeramente a mí. Demasiado cerca. A través de la abertura de su blusa, podía ver mucho más de lo que necesitaba—. ¿Queda mucho para llegar al almacén?

—No, según el piloto automático diez minutos.

Me miró en silencio. Sabía qué significaba esa mirada profunda y de pupilas infinitas. Estuve tentado de hacer como tantas veces, recostar los asientos hacia atrás y dejar que sus manos me bajaran la cremallera del pantalón. Me costó mantener el silencio y sonreír hasta que desistió. En el fondo no era tan inocente. Sara ya me habría intentado desabrochar la bragueta, ella todavía esperaba una señal.

—¿Te dolió el implante? —pregunté, después de que tuviera claro que no quería lo que me ofrecía.

—No —estaba algo confundida.

La pobre no comprendía qué fallaba. Podía entenderla, hace algún tiempo, me hubiera encantado tomar todo lo que me ofreciera. Diablos, en la posición que estaba solo tenía que pedirlo. Pero ahí estaba Joanne. A pesar de la juventud y la perfección de sus rasgos, Chloe no era sombra a lo que representaba Joanne. Aun así, mi parte animal seguía alterando mi juicio. Chloe debía darse cuenta de las señales contradictorias que le estaba enviando sin poder evitarlo.

—Te gustarán tus compañeros de reparto. Esto va a ser mucho mejor que grabar un holo comercial.

—Lo hago por trabajar contigo, Ariel —aseguró. Me hacía gracia su insistencia. Me excitaba su torpeza.

—Quien sabe, quizás podríamos hacer un sueño vívido después —mentí.

—Me encantaría.

A menudo me preguntaba cómo sería conducir de verdad un vehículo, sin el piloto automático. Casi nadie los conducía en modo manual, y los seguros eran prohibitivos. Yo ni siquiera tenía el tipo de carnet para poder hacerlo. Tener que centrar la vista en la carretera evitaría situaciones como aquella.

—Yo... —empecé a decir.

El coche paró de un frenazo. Algo o alguien bloqueaba la calle que habíamos tomado como salida de la autopista. Un grupo de desharrapados se acercó al coche. El seguro estaba activado, así que esperé a que despejaran la carretera. Eran dos hombres y una mujer. Los dos hombres estaban en muy mal estado. Apenas podían andar. Empezaron a hacer gestos con las manos. Quién sabe lo que pedían. Pobres diablos.

—¿Por qué paras?, vámonos de aquí. Estos no son más que gentuza —dijo Chloe.

—No pienso atropellarlos.

—No digo eso, pero...

—Espera —corté. Creí ver un rostro conocido. Elisa.

Elisa había sido modelo mía tres años atrás. Fue fugaz. Pasó del piso cero al cielo en apenas diez semanas. Su caída fue aún más rápida. Ya no había luz en aquel rostro. Sus ojos estaban secos. Sentí asco por lo que esa chica se había hecho a sí misma.

—¿La conoces? —preguntó Chloe.

—Eso creo —aunque ya no estaba tan seguro.

—Qué horror.

—Era una chica increíble. Dios... —recordé que había leído la noticia de su muerte hace unos meses. No podía ser ella.

—Acelera y vámonos de aquí —dijo Chloe con voz fría, quitándose la máscara.

Dejamos a aquellos desgraciados a nuestra derecha y pronto fueron motas pardas en el espejo retrovisor. Fuera Elisa o no, daba igual, no podía hacer nada por ella.

Miré a Chloe, de nuevo era tan solo una niña.

Irina y Toni ya estaban charlando, tratando de conocerse, cuando llegamos. Hice las introducciones y esperé a ver cómo encajaban. No me había equivocado, Chloe aceptó el liderazgo natural de Irina y Toni la utilizó para jugar con la rusa. Era un triángulo desequilibrado, pero un triángulo que podría funcionar.

—La escena es sencilla y no hay reglas. Todo lo que ocurra es bienvenido si a los tres os parece bien.

—¿Cualquier cosa? —preguntó Toni con malicia.

—Eso mismo —confirmé.

—¿Sin reglas? —preguntó Irina retándome.

—Si os diera un guion no sería lo mismo. La única regla será que no habrá *trank*

y que el alcohol estará limitado para que vuestros sentidos no se alteren demasiado. Sabéis lo que se espera, somos todos adultos. Pero no os voy a decir cómo obtenerlo. No hay prisa.

—Me gusta —dijo Chloe, lanzando su timidez por delante, como una alfombra.

Irina la observó con curiosidad. Chloe sonrió tímida.

—Mañana grabamos. Os quiero a los tres descansados. Esta noche nada de *trank*, nada de alcohol, nada de sexo, ¿entendido? —asintieron—. Ahora vamos a hablar con los técnicos para preparar lo de mañana —dije para que me siguieran y dejaran de tontear entre ellos.

Al día siguiente, en un apartamento de los muchos que tenía Eduard, montamos toda la escena. Un reducido equipo técnico instaló diferentes receptores en diferentes puntos de la casa. Aunque no era muy grande, tenía algunos lugares interesantes, como el vestidor, el cuarto de baño o la cocina. No quería perderme nada. Instalamos cámaras ocultas convencionales para controlarlo todo desde otro apartamento adyacente.

Irina haría el papel de anfitriona. Aunque le dejamos casi todo hecho, se empeñó en demostrar que no era tan solo una modelo, que también podía cocinar y actuar. Primero llegó Toni, tal como habíamos acordado. Le recibió con un casto beso en la mejilla y le dijo que su amiga estaba a punto de llegar.

Solo tuve que dejarlos hacer mientras los técnicos y yo grabábamos a distancia la escena desde el apartamento de al lado. Todos los actores portaban el implante grabador en su cabeza, pero solo el chico conocía su papel. Tuvimos material para dos capítulos enteros ya que había material aprovechable para casi cinco horas. Eduard estuvo encantado con el resultado y pasé el resto del mes grabando el final de esa serie. No me sorprendió cuando Sara se incorporó a partir del tercer capítulo. Chloe y Sara trabajaban muy bien juntas.

Tras aquello comencé a grabar otra serie con mi idea original de encuentros fortuitos. Eduard conocía a muchísimos actores, lo cual me facilitó en gran manera la tarea. En ningún momento pensé en colocar a algunas de mis modelos, no me parecía digna aquella intromisión. Cuando probé el resultado de mi primera neurorréplica, no pude volver a hablar con Irina ni con Chloe sin saber que, de alguna forma, había violado una intimidad que hasta ese momento había sido imposible de forzar. El resultado iba mucho más allá de sus sensaciones, casi rozaba su alma. Estaba orgulloso, pero avergonzado. Era embarazoso haber robado pedazos de personas y luego mirarlas a los ojos. El éxito comercial estaba asegurado; sin embargo, el vacío que había dentro de mí, se había multiplicado.

REENCUENTRO

Evité llamar a Joanne durante tres semanas, pero sabía que tarde o temprano tendría que verla y confesarle lo que había estado haciendo. Prefería hacerlo cara a cara que encontrármela de improviso en el Pink o en Collara, o en cualquier otro sitio donde ella trabajara. Utilicé la excusa de una sesión de trabajo para hacerla venir a mi *loft*. No había cambiado en aquellas tres semanas: sus ojos pedían guerra. Envuelta en un vestido corto azul oscuro y sobre unos tacones parecía mucho más atractiva de lo que recordaba, y mucho más segura. Me saludó con tres besos al cruzar el umbral de la puerta, manteniendo el tipo mejor que yo. Esperó a que hablara primero sin dejar de mirarme.

—Siento no haberte llamado antes. Tenía un trabajo especial que me ha absorbido por completo —dije. Una pausa molesta se me cruzó en los labios, dudé... acerca de lo que pasó... —balbuceé.

—No importa, lo entiendo —dijo ella.

No quería oír el final de aquella frase que ya conocíamos ambos.

—No. No lo entiendes. No es así como hago las cosas —aseguré.

Ella me observó con una expresión vacía. Resquicios de tensión en sus manos y en su boca me dieron más pistas sobre lo que sentía.

—Las cosas —repitió ella en voz baja.

—Yo no me obsesiono con mis modelos. No me puedo quitar de la cabeza lo que te dije la última vez que nos vimos —Joanne continuaba asediándome con su mirada fría— ¿No vas a decir nada? —pregunté.

—Estás obsesionado conmigo, pero pasan semanas sin una llamada. ¿Qué esperas que te diga? —preguntó, alzando la voz con fuerza.

Un calor detrás de las orejas comenzó a invadir el resto de mi cuerpo, bajando por la espalda, excitándome. No supe qué responder, su rostro se había transformado, rabioso de vida.

—¿No dices nada ahora? —preguntó ella desafiante.

Su voz vibraba en mi cabeza. No apartó la mirada.

La cogí de la cintura y la empujé contra la pared. La besé sin darle opción. Dudó al principio. Luego cedió. Tras unos segundos, me apartó despacio. El lápiz de labios desdibujado era lo único que delataba aquella tregua. Sus ojos seguían teniendo ese brillo peligroso. Se ordenó un poco el cabello alborotado. Ambos callamos sin dejar de mirarnos.

—Te mentí, no quería grabar, solo quería hablar contigo. Verte —confesé quitándome un peso de encima.

Nunca antes había dado explicaciones a una mujer. No sabía qué mierda estaba haciendo. En aquel momento me parecía una pequeña don nadie por la cual no debería siquiera perder el tiempo, pero ¿por qué sentía aquello?, ¿por qué sentía que podía saltar por la ventana si ella me lo pidiera?

—De acuerdo —dijo, y colgó su bolso en el perchero de la entrada. Se dirigió directamente al gran sofá que había delante del mirador— me encanta la vista desde aquí —dijo sin darse la vuelta.

Me senté cerca, mirándola de lado. Ella se recostó, evitando dirigirme la vista. Me exasperaba aquella tranquilidad, aquella lánguida seguridad. Y me excitaba, trastocaba mi equilibrio. Mi corazón llevaba su ritmo. Galopaba. Me sentía torpe, así que acudí a lo único que me daba seguridad: mi trabajo.

—He estado trabajando en algo nuevo. Neurorrélicas, ¿te suena? —pregunté.

—He oído algunos rumores. Feos.

—Es muy diferente de los sueños. ¿Quieres probarla? Es un poco fuerte, pero...

En silencio, me sonrió. Sabía que no tenía ni idea de a qué se enfrentaba, pero le daba igual.

—¿Crees que los de abajo somos inmunes al mundo real?

Se dio cuenta de su desliz y volvió a ponerse su máscara. Yo no cedí y esperé a que su rostro volviera a asomar de nuevo. Se hizo de rogar pero, al final, resquebrajó aquella careta de cartón y deshizo aquella farsa, haciendo brotar de ella una risa alegre. La besé de nuevo, esta vez sin que me rechazara.

—Lo siento, lo siento, lo siento —susurré.

—Deja de hablar y hazme el amor —murmuró con los ojos entrecerrados.

Obedecí, quitándole los zapatos con cuidado, mientras ella me observaba desde arriba, disfrutando el poder que tenía sobre mí. Sus pies, bajo la transparencia de las medias eran suaves y delicados. Cada pequeña uña, perfectamente cortada, brillaba con un color azul oscuro, a juego con su vestido. Todavía en el suelo, mis manos fueron subiendo lentamente por sus piernas, haciendo que las puntas de mis dedos las rozaran de forma casi imperceptible, hasta alcanzar su piel suave y caliente. Bajé sus diminutas bragas hasta los tobillos y arrastré mi barba y mis besos por la cara interna de sus muslos. Dejé que sintiera mi aliento en su sexo. Todavía recordaba su tacto. Hice que jadeara y que apretara mi cabeza contra su vientre, suspiró, casi en un lamento. Con cuidado, la tiré sobre la alfombra y sin piedad, enterré mi boca bajo su vestido hasta que ella me rogó que parara. Me levanté y me bajé los pantalones y los calzones. Desnudo, miré desafiante a la metrópoli que nos observaba. Ella se arrodilló frente a mí y me devolvió el favor no sin antes provocarme con su manera de mirarme. Mi plano favorito. Dejé que lo hiciera durante un rato, acompañándola con mis manos. Ella no quería parar. Lo hacía demasiado bien, así que tiré de su pelo, forzándola a ponerse de pie, frente a mí. Nos contemplamos durante unos segundos, conteniendo nuestra ansia. Ella temblaba, con su cara escondida entre su cabello revuelto, su mirada turbia, y sus labios húmedos y desdibujados. Nos besamos con furia. Me mordió el labio y yo tomé con fuerza su rostro entre mis manos. Lloraba y me besaba con rabia. Cerré los ojos y noté que caíamos al sofá. En silencio, ella se colocó encima, sin siquiera quitarse el vestido. Gimió y susurró con aquella voz que me había enamorado:

—Te he echado mucho de menos.

Pasamos el día juntos, haciendo el amor. Durmiendo o simplemente hablando. Las tres semanas que habían pasado desde nuestro primer encuentro desaparecieron. Aquella intimidad que había aparecido de la nada, volvió a unirnos. No habían sido imaginaciones. Dentro de aquella cama, sin palabras de por medio, ni un mundo entero a nuestras espaldas, todo era como debía ser, desnudos uno frente al otro. Su mirada sacaba de mí lo único que guardaba dentro.

—¿Qué demonios has estado haciendo estas tres semanas para no llamarme?

—Ya te lo he dicho; algo nuevo y diferente a los sueños vívidos, neurorrélicas.

—¿Es tan horrible como lo que he oído?

—¿Qué has oído?

—Que te chupan el alma y la graban para que alguien la consuma.

—Sí, es algo parecido, pero un poco más civilizado.

—Oh, ya veo. Sexo y violencia.

—Cerca. Espero poder hacer algo digno.

—Seguro que pagan bien.

—Sí. Pero no lo hago por eso.

—¿Tres semanas sin llamarme?, debe ser bueno —rio.

Seguía resentida, pese a las risas.

—¿Nunca has sentido miedo de que algo no sea real?

—¿A qué te refieres?

—A que alguien a quién acabas de conocer, no sea quien crees que es.

—Sí, me ha pasado —contestó evitando mi mirada por unos segundos.

—Pues algo así me pasó. ¿Cuántas veces hemos trabajado juntos?

—Cinco veces.

—Y te conocí hace...

—Cuatro meses.

—Te saco muchos años y he conocido muchas mujeres. Pero nunca me había pasado esto. Llevo estas tres semanas pensando en ti, intentando decirme a mí mismo que no era posible.

—Podías haberme llamado.

—No lo entiendes.

—No, no lo entiendo.

—Da igual, aquí estamos.

—Sí, aquí estamos —sonrió con franqueza.

Frente a frente. Desnudos y separados solo por unas sábanas, las luces de la ciudad iluminaban nuestros ojos que no dejaban de cruzarse en silencio.

—¿Por qué no te mudas a vivir conmigo? —pregunté.

Lo dije sin pensar, sabía que si lo hacía no se lo pediría nunca. Necesitaba hacerlo. Algo en mi interior logró hacer la pregunta, y el resto de mis voces le gritaron para impedirlo, pero no pudieron. Ella sonrió y me besó con dulzura. Un beso pequeño y redondo.

—¿Tres semanas sin llamarme y me pides que me venga a vivir contigo? ¿Estás loco?

—Imagínate las caras de los estirados de la torre —dije.

—Que les jodan. ¿Podré invitar de vez en cuando a mis amigas?

—Claro.

—Son un poco putas, pero las quiero.

—No me importa, me gustan las putas.

Me miró extrañada, su sonrisa se torció a algo más ambiguo. Frunció el ceño y me volvió a besar, esta vez con malicia. Me mordió el labio con una inquietante maniobra.

—¿Qué dirán tus modelos al ver mis bragas en el baño?

—Olvídate de ellas, voy a dirigir la primera serie comercial de neurorrélicas. Si esto sale bien, me tiraré meses sin hacer un sueño vívido.

—¿Te tendré solo para mí?

—Tendrás que aguantar a mi amigo Carlos, de vez en cuando viene por aquí. Ya le conoces.

—¿Ese que es tan mono?

—Le tienes loco. Por favor, preséntale alguna amiga tuya.

—Ya te he dicho que son muy putas...

—Mejor, así aprenderá.

—Yo sí que te voy a enseñar... —Y se metió debajo de las sábanas.

JOANNE

Llevábamos meses viviendo juntos. Rondaba por mi cabeza la idea de hacerme viejo, de acercarme a otro cambio en mi vida, un cambio deseado. Ella era parte de esa idea. Era divertida y me sentía bien, tranquilo, sin tener que repetir todas mis historietas y viejos trucos para llevarla a donde quería. Quizás ella estaba más allá de mis trucos. No tenía que usarlos. Solía pensar que se estaba aprovechando de mí y, al principio, la trataba con condescendencia, como si fuera una aprendiz y yo un maestro, pero ella tenía paciencia y me acabé relajando. Al final era solo yo, y eso le gustó. Y a mí también.

Ocurrió en una de esas raras tardes lluviosas, con esa luz mágica difuminada que ilumina lo cotidiano como si el tiempo se hubiera parado. Estábamos tumbados, desnudos, sobre la cama. Las gotas de lluvia resbalaban perezosas sobre los cristales de la ventana. Ella tenía la cabeza sobre mi pecho, esparciendo su perfumado cabello negro sobre mí. Mis dedos jugaban con él y mi mente fluía libre, abstraída por aquel momento de paz.

—¿Me echarías de menos si algún día llegara a desaparecer? —preguntó casi en un susurro.

Tardé unos segundos en entender la pregunta. ¿Era una trampa para pedirme una relación más formal? ¿Me estaba pidiendo algo?

—Eso depende —contesté cauto.

Dudó, tenía que decirme algo importante. Aquel silencio era incómodo para ambos.

—Estoy pensando en irme lejos. Muy lejos.

Su voz era apenas un susurro, pero contenía energía y entusiasmo. Me revolví incómodo y nos sentamos sobre la cama. Observé su rostro con atención, brillaba. Aquellos ojos negros como el azabache parecían barnizados en almíbar.

—¿Cómo de lejos? ¿Fuera de la Unión? —pregunté.

Ella rio nerviosa, divertida, jugando con el silencio. Estiró la situación unos segundos más.

—Fuera del planeta —sonrió y dejó esa sonrisa como anzuelo.

Mi perplejidad la animó a continuar.

—Sí. Estoy pensando en irme de esta mierda de mundo. Irme lejos, a una colonia fuera de aquí. Fuera de este sistema solar. Estoy pensando en intentar entrar en Veluss.

Me pilló fuera de juego. Estaba pensando en cómo me afectaba aquello y tardé en darme cuenta que aquello no me afectaba. Hablaba de ella, no de mí. Se iba a ir y yo no tenía nada que ver. Solo me estaba incluyendo en sus pensamientos, como el que habla solo, como un eco. Aquella certeza me sacudió. Reaccioné rápido y casi sin

pensar.

—No... no puede ser. ¿Irte del planeta?, ¿tú? No lo entiendo —pregunté de manera desordenada.

Por dentro me escocía la idea de verla desaparecer de aquella manera de mi vida. No podía competir contra aquello.

»Esa idea es de locos. La nave no llegará a su destino en... no sé, ¿qué edad tendrás cuando aterricéis en el planeta de destino? ¿Noventa años?

Aquellas palabras no eran mías, pero mi boca hablaba movida por resortes automáticos dictados por alguien diferente a mí. Quince años atrás hubiera sido un gran defensor de algo así. ¿Cuántos años tenía ella ahora? Sentía rabia por oír de mi boca excusas de un hombre sin sueños.

—¿Y aquí? ¿Qué futuro me espera dentro de diez años? Cuando ya no sea joven, cuando ya esté demasiado vista o se ponga de moda otra clase de estética.

Su voz era suave, pero su mirada me mantenía clavado a ella. No tenía mucho qué alegar. Conocía ese mundo más que ella, y podía darle incluso más razones para huir de él. Sin embargo, no podía asumir aquella derrota.

—Otras modelos trabajan como asistentes en moda. Puedes abrir un negocio, intentar...

—Estoy harta de ser un objeto, harta de tener que dar las gracias por trabajos de mierda, harta de ser el juguete de otros. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que gane suficiente para ahogar mi vida en *trank* y vivir en una anestesia de felicidad permanente? —Su mirada era hipnótica, su voz aún lo era más.

Toda ella temblaba. Había encontrado a la verdadera Joanne. Su fuerza, encerrada en aquella suave piel blanca, me hacía vibrar.

—Vas muy rápido para mí. Pensé que querías ser modelo, que era tu sueño —dije.

—Sí, con doce años. Ahora lo veo todo más claro. O mejor dicho, ahora lo veo todo más oscuro. ¿Qué futuro tenemos, Ariel...? —se rio como un ruiseñor—. No, no te asustes, no me refiero a nosotros. No hablo de eso, hablo de mí. Como modelo me quedan cinco años más, luego empezaré a hacerme vieja y, aunque me gaste todo el dinero del mundo en operaciones, eso solo puede prolongar la agonía unos años más. Y no quiero operarme, quiero hacerme mayor, ver mi rostro cambiar, ¡tener hijos!, verlos crecer junto a mí. ¿Tan rara soy? —Hizo una larga pausa— además, todos se cansarán de mí antes. No tengo lo que hace falta para subir alto —me miró inquisitiva.

No pestañeé. Claro que lo tenía, lo tenía delante de mí en ese momento.

—Si pudiera capturar este momento, serías eterna —fue lo único que acerté a decir.

Las sombras de las gotas de agua sobre el cristal caían sobre su rostro. Su pelo negro y su mirada salvaje hubieran sido un retrato espléndido en blanco y negro, vivo, líquido. Había sentido eso antes y sabía que era fugaz. Quería grabarlo en mi mente, absorberlo para siempre. No olvidar nunca aquella pasión, húmeda, caliente,

con olor dulce y fresco. Joanne.

—Tú sabes de lo que hablo. Pero ya has conseguido lo que deseabas: tu ático, tu trabajo, tu vida... Ya has cumplido tus sueños ¿verdad?

Su expresión era enigmática, pero no cínica. Pocas personas conocían mi historia personal, nadie sabía que mis sueños hacía tiempo que habían sido escondidos bajo capas y capas de cinismo. Ella los había acariciado con maestría.

—¿Me estás llamando abuelo, jovencita?

Deseaba volver a hundirme en su carne y abandonarme en su pecho desnudo, aprovechar esos instantes de abandono, de felicidad, morirme un poquito.

—¿Soy solo otra jovencita incauta que ha caído bajo tus garras? —susurró usando aquella voz rasgada que me volvía loco.

Veinte minutos más tarde, después de revolver las sábanas y disfrutar de nuestra piel, saqué el tema de nuevo, obviando los últimos veinte años de mi vida.

—¿Renunciarás a todo por meterte en una nave el resto de tu vida? —pregunté, sabiendo su respuesta de antemano.

—¿Qué tengo aquí? Nada. ¿No te cansas de mirar el cielo? ¿De estas cuatro paredes? ¿De ser quién eres? ¿De no poder ser otra persona?

Me atravesaba con la mirada, como si pudiera leer en mí. Cada vez que lo hacía, me revolví por dentro, me excitaba, me desordenaba. No respondí. ¿Qué podía responder? Muchas veces me había hecho esas mismas preguntas y las acababa sumergiendo en *trank* hasta que se ahogaban en silencio.

—Pronto te cansarás de mí. No soy tonta —me contempló, segura de sí misma, fuerte, esperando mi reacción.

Ninguna de las frases que usaba cuando una mujer me hacía esa pregunta tenía sentido ahora. Sería como insultarla. No tenía una respuesta. Me espantaba la idea de que pensara que para mí, ella era otra idiota en mi cama. Ahora era yo el que se sentía como un imbécil.

—No eres otra idiota... quiero decir, no eres como otras que he conocido antes. Me gusta hablar contigo —dije sin ordenar mis ideas.

—Vaya, y yo que pensaba que me querías por mi cuerpo —dijo ella asomando la lengua entre sus labios, mofándose con cariño.

—Idiota...

—Viejo verde.

Y todo volvió a suceder de nuevo. Días como aquellos serían los que echaría de menos el resto de mi vida.

Cuando ella se fue, horas más tarde, me dediqué el resto del día a estudiar a fondo el programa Veluss. Las veces que había oído hablar de él nunca me lo había tomado en serio, pero no quería perder a Joanne. Quizás era una excusa, la verdad era que la vigorosa esperanza que había visto en sus ojos me había deslumbrado.

El programa Veluss había comenzado poco después de que yo naciera. Inicialmente había sido una idea de un viejo persa podrido de dinero que soñaba con viajar a las estrellas, pero de una forma diferente a lo que se había hecho hasta aquel momento. Las colonias mineras de los asteroides, o los asentamientos en Marte, Titán y la Luna no eran más que madrigueras de conejos comparado con aquello. Nada más y nada menos que una nave generacional, una inmensa estructura en el espacio donde vivirían decenas de miles de personas, en camino a un sistema solar diferente al nuestro a varios años luz de la Tierra. Un viaje que llevaría casi un siglo, durante el cual los tripulantes de la nave pasarían la mayor parte de sus vidas encerrados y viviendo en una sociedad estricta y ordenada, donde todos serían iguales y donde cada individuo aportaría sus mejores cualidades en pro de la sociedad. Al sueño de aquel viejo, pronto se sumaron decenas de personas, la mayoría ancianos con buenas posiciones y grandes carreras profesionales que veían que sus vidas se extinguían. Soñaban con ver las estrellas y cambiar el mundo. Sus esperanzas era sobrevivir hibernando un siglo y despertar en un mundo nuevo, donde su experiencia y conocimientos sirvieran para transformar la sociedad, creando una civilización diferente.

Veluss en sus orígenes era una idea abstracta, una utopía, una extravagante ocurrencia de gente rica, de filántropos y altruistas que ya tenían su vida resuelta, gente muy alejada de la realidad maloliente y llena de miseria que asolaba el planeta de norte a sur. Hasta que un día, en un programa de holovid, en mitad de un debate entre uno de los defensores del proyecto y un político local, un espontáneo del público se ofreció a ser parte de la tripulación que llevara la nave. Ofrecía su vida a cambio de poder participar en un sueño así y, por supuesto, de huir de aquel apesadomado planeta donde nunca tendría una oportunidad. La sorpresa fue mayúscula cuando, medio en broma, hicieron una encuesta en tiempo real a todos los que estaban viendo aquel programa divulgativo. La pregunta era sencilla, si estarían dispuestos a embarcar en un viaje sin retorno de aquellas características. Muchísima gente votó, casi en el acto, de forma positiva, de pronto decenas de miles de personas aseguraban que se apuntarían a un hipotético viaje a las estrellas si tuvieran la ocasión. La idea se extendió por la red como la pólvora. Las redes sociales echaban humo. Aquello debió impresionar a los promotores de la idea porque la noticia en pocos meses se hizo oficial: si había suficientes voluntarios cualificados, en torno a unos veinticinco mil, se podría plantear el viaje como algo posible.

Tenían sus dudas, pues el público de aquel programa era, en su gran mayoría, ciudadanos de bajos recursos. El resultado de los primeros análisis fue arrollador: más de un millón de voluntarios. Daba igual que los voluntarios nunca vieran su destino. Quizás sí sus hijos, pero el hecho de poder tener hijos y una vida digna, hacía que mucha gente no se lo pensara dos veces.

En el año 2180, coincidiendo con el habitante cinco mil en las colonias de Marte, el proyecto Veluss se hizo realidad: se organizaron unas pruebas de selección a nivel internacional para escoger la tripulación de casi treinta mil personas que se encargarían de llevar al Veluss M2195 a su destino: Tau Ceti, un sistema estelar situado a casi doce años luz de la Tierra, y que tardarían en alcanzar en poco más de setenta años. En total, y contando con los hijos de los primeros tripulantes, se daban las cifras para poblar un planeta que se consideraba habitable en apenas unos años de ligera terraformación.

Pese a los críticos, los pesimistas y los cínicos, el proyecto continuó su marcha. Se recibieron más de ochenta millones de solicitudes en todo el mundo para ser tripulante de la primera expedición. Los requisitos y las pruebas de acceso eran muy estrictas, ya que se pretendía seleccionar a las mejores personas, las más preparadas y sobre todo, las que pudieran aportar algo bueno al futuro de la colonia, con sus genes, su experiencia y su forma de ver el mundo. Con aquellos números astronómicos, y una ingeniería faraónica, muchos pensaban que nunca se haría realidad. Pero se equivocaron.

El cuatro de mayo de 2195, la nave despegó y comenzó su viaje a las estrellas. Pero solo fue el comienzo de la siguiente expedición, Veluss M2200, con destino a Gliese 674 a quince años luz de nuestro sistema, que despegó tan solo cinco años después. Tras esa, hubo otra, M2205 con destino a Epsilon Indi, a doce años luz de La Tierra. Había planes para una nueva expedición cada cinco años, la siguiente expedición sería lanzada a finales de 2209. Quedaban poco más de nueve meses y el proceso de selección estaba en plena ebullición. Joanne tendría su oportunidad, quizás no hubiera otra. La cuarta expedición, Veluss M2210, tenía como destino el cuarto planeta del sistema Procyon. El proceso de selección había comenzado hacía ocho meses y el plazo de inscripción concluía en poco más de un mes. No pude parar de leer con atención todos los requisitos que pedían para optar a la primera etapa del proceso.

JUEGOS EN LA OSCURIDAD

Pasaron los días y luego las semanas. Esta vez no dejé que mis miedos estropearan mi incipiente relación con Joanne. Nos veíamos cada día, al finalizar mi trabajo. La nueva serie que Eduard me había entregado en bandeja resultó tal como yo había sugerido la primera vez. Ahora se comportaba conmigo más como admirador que como productor. Había peleado con Ricardo y, de alguna forma, había acabado haciéndome cargo, con la ayuda de un par de técnicos, de la mayoría de la logística. Una producción de este tipo, y más con mi planteamiento, se podía llevar a cabo con muy poco personal. Cuando le conté la idea a Joanne, le gustó, aunque no quiso parecer que buscara un papel. Mejor, no la hubiera involucrado por nada en el mundo, pese a todo, no estaba orgulloso de mi trabajo, no todavía.

Sin esfuerzo me acostumbré a su presencia en mi apartamento. Mi manía de dormir con la almohada entre las piernas la divirtió al principio, a los pocos días me robaba la almohada y, al despertar, la tenía que rescatar de entre sus brazos, aún con su olor. Roncaba suavemente, como un gato acatarrado, casi un ronroneo, acunada entre su pelo alborotado. Arrancarle la almohada de sus brazos era un juego que servía para despertarla. Dormida era aún más adorable.

Hacía apenas unas horas que había tenido su primera entrevista para ingresar al proyecto Veluss. No me había dicho nada, pero sabía que estaba deseando compartir conmigo su experiencia. Llevaba días excitada preparando la entrevista.

Terminé de despertarla con algo de música árabe. Encendí un pebetero con incienso y despolaricé gradualmente las ventanas para que entrara la luz del amanecer. A ambos nos gustaba madrugar. Me sonrió, y la besé en la frente. Desayunamos juntos disfrutando de nuestra presencia mutua.

—¿Qué tal la entrevista? —pregunté.

Ella dejó la tostada que tenía en las manos sin morder y dudó.

—No fue exactamente una entrevista. Fue algo diferente, una especie de prueba —respondió.

—Mmm —comenté.

—Yo esperaba preguntas, sobre mi vida personal, mi familia, mis amigos, planes profesionales. Después de pasar por todos los test la semana pasada, pensé que sería algo más personal, y... supongo que lo fue —dudó—. En teoría no debo hablar de ello, firmé un contrato de confidencialidad, incluyendo cualquier detalle sobre las pruebas de selección, pero por dios, ¡tengo que contártelo! —rio.

La dejé continuar impaciente.

—Al llegar me encontré con diecinueve personas en una sala. Diez hombres y nueve mujeres, todos más o menos de mi edad. Nos hicieron pasar a una sala completamente blanca, con mucha luz, deslumbraba mucho. Vino un hombre y nos dijo que nos desnudáramos.

—Vaya —respondí tosiendo—, ¿así por las buenas?

—Sí. Tampoco dio muchos detalles. Era eso o salir de allí, así que bueno, me quité la ropa, como casi todos, aunque alguno salió de la sala.

—¿Y qué pasó? —pregunté impaciente por oír cómo continuaba la historia.

No parecía muy afectada. Deseché la idea de que me estuviera tomando el pelo, ella misma todavía estaba inquieta por lo extraño de su experiencia.

—Cuando nos desnudamos, el responsable de la prueba cerró la puerta y nos dejó allí solos. Sin decir nada, imagínate la situación —rio—, había gente de todo tipo allí. Había algunos del tipo yoyó, ya sabes.

—¿Gente de las torres? —pregunté, conocía el argot. Es como los mugrosos llamaban a los habitantes de las torres, o a gente que se comportaba como ellos, intentando imitar su estatus.

—Sí, aunque la mayoría éramos gente normal. Algunos llevaban mal lo de desnudarse. Como no nos dijeron nada, esperamos allí de pie sin saber qué hacer durante un buen rato. Al final nos pusimos a hablar entre nosotras.

—¿Nosotras? —pregunté.

—Sí. Empezamos a hablar entre las chicas. Primero por romper el hielo, luego empezamos cada una a contarnos nuestra historia, sin entrar en demasiados detalles, pero era un alivio poder hablar de lo que era el proyecto Veluss para mí. Hasta ahora el único que sabe que estoy en el proceso eres tú Ariel, ninguna de mis amigas lo sabe.

—Sigue, sigue —la animé.

Sus amigas todavía eran tabú para mí, aunque no tanto como su familia.

—Pasaron las horas y no sabíamos qué hacer. Nos dieron agua y nos pidieron que bebiéramos. Habían echado algo en el agua, porque nos soltó la lengua a todos. A partir de ese punto no sé cuánto tiempo pasó, pero podrían ser horas o días —dijo.

—Imposible, como mucho estuviste fuera unas veinte horas —respondí.

—Da igual. El tiempo se dilató mucho, no recuerdo con quién hablé ni qué dije exactamente, era como estar en una fiesta. Al rato se fue la luz y empezaron las risas. Imagínate la situación —reía sin malicia al recordar aquellos momentos—, la oscuridad no duró mucho, solo unos segundos, pero lo recuerdo como muy divertido. Se volvió a encender la luz y nos pidieron que nos vistiéramos. Al salir, nos hicieron rellenar un cuestionario. Únicamente nos preguntaban por los nombres de las personas que recordáramos y qué impresión nos habían dado.

—¿Nada más? —pregunté.

—Sí. Nada más. ¿Extraño verdad? —preguntó mirándome con una taza de café envuelta en sus manos. Bebió sin esperar mi respuesta.

—Menuda prueba de mierda. ¿Qué pretenden encontrar así? —pregunté malhumorado. Me cabreaba que ella tuviera tanto interés en aquella majadería.

—Ya. Bueno, ¿crees que lo harías mejor que yo?

—No, no me entiendas mal. Pero juntas veinte personas jóvenes, las drogas y apagas la luz. Gente muy joven, personas sin experiencia. Bueno, buscan eso, gente

joven y que pueda encajar en sus planes —dije. Mi voz tenía un tono más alto del habitual.

—Ya, gente tonta a la que puedan lavar el cerebro. ¿Tú crees que yo encajo en eso? —Se divertía torturándome.

—No, no. Tú no encajas ni por asomo en el perfil que buscan —sonreí— y seguro que más de uno se está frotando las manos por llevarse a las estrellas tus hermosos genes —reí—, pero cualquiera podría engañarles y colarse dentro, haciéndose pasar por un corderillo inocente.

—¿Corderillo? Yo creo que tú no aguantarías ni una semana en el proceso de selección. No te he contado ni la mitad de las pruebas del principio. Seguro que a todos los corderillos, y a todos los listos como tú, los pillan de forma automática en el primer mes de pruebas. Es más, igual no pasas ni las pruebas de inteligencia —se burló. Me tentaba, llevaba haciéndolo días. Semanas. No iba a caer en su juego, no. No me apetecía.

—Tienes razón, estoy muy mayor para esos juegos. Además es perder el tiempo, aunque me lo rogaran, nunca me metería voluntariamente en una cárcel de por vida. Lo siento, pero ni aunque fueras tú y tus dos hermanas gemelas.

Dudó, pero no dijo más. Aquel silencio, dejarme sin respuesta, era como una patada en las pelotas. Dudo que lo hiciera a propósito, pero al día siguiente estaba firmando ese interminable contrato que les autorizaba a investigarme a fondo mientras durara el proceso de selección. ¿Demasiado mayor? Una mierda. Iba a demostrarle no solo que estaba equivocada, sino que podía ganar a cualquiera de esos chavales con la cabeza llena de aire.

Los requisitos para acceder a las pruebas de selección eran mínimos. Se buscaba gente con una edad comprendida entre los veinticinco y los cuarenta años, sin hijos ni pareja legal. Daba igual el nivel de estudios, la procedencia o el tipo de ciudadanía. Se daba autorización a una investigación genética completa, así como acceso a todos los registros públicos y privados. Veluss tenía acuerdos con varias multinacionales y con muchos gobiernos. Lo más increíble de todo era ver la cifra creciente de candidatos inscritos, que cambiaba a cada segundo en un panel gigante, con un mapa del mundo, y pequeñas banderitas de colores apareciendo en todo el orbe por arte de magia. En el momento que firmé el contrato había inscritos algo más de treinta y tres millones de personas en todo el planeta. Y solo treinta mil tendrían billete a las estrellas, la mitad hombres y la mitad mujeres. Ni uno más, ni uno menos. Me parecía imposible hacerme a la idea de ser seleccionado, ni se me ocurría la posibilidad, me lo tomé como un juego privado con Joanne.

La primera barrera que superé fue la genética. La más objetiva, para asegurar que mis genes no tenían ningún defecto que pudiera transmitir a la futura colonia. Al fin y al cabo, treinta mil personas para poblar un mundo no eran tantos Adanes y Evas,

científicamente hablando. Me daba igual. Tras aquel primer obstáculo vinieron otros. En ese punto el proceso se volvió muy aburrido, tuve que contestar más de cincuenta test de todo tipo: personalidad, inteligencia, habilidad mental y muchas otras pruebas que me parecieron aburridas y absurdas pero que, indudablemente, tendrían su propósito. Lo más difícil fue escribir un ensayo en el que me pedían que explicara por qué una persona como yo quería embarcarse en una aventura como aquella. Todavía intentaba convencerme de ello para poder vender bien la idea, pero me costó mucho hacerlo. Una mentira más, al menos eso pensé. Tenía que pasar la primera fase del proceso como fuera, quería ver qué cara ponía Joanne cuando se lo dijera. No quería asomarme a las verdaderas razones de por qué lo hacía. No todavía.

MAESTRO Y ALUMNO

Pasaron dos semanas en los que me olvidé del asunto. En el fondo de mi cabeza había un enanito alegrándose de que me descartaran. Pero no fue así. Recibí una notificación oficial del proyecto Veluss donde me daban la bienvenida al proceso tras pasar las pruebas iniciales. A partir de este punto tendría que superar una serie de pruebas mucho más personales. Sonreí como un imbécil y disfruté jugando con la idea cada vez que me veía con Joanne, sin decirle nada.

Tres días más tarde llegaba puntual a la cita de mi primera prueba. Ya había superado docenas de test y evaluaciones a distancia y todavía no le había confesado a Joanne que estaba dentro del proceso de selección. Por un lado la sola idea de encontrarme con ella en una prueba me divertía, pero por otro lado, odiaría echar a perder su sueño. Tenía que decírselo «después de esta prueba», pensé. Luego lo dejaría, solo quería demostrarle algo, ahora ya no sabía muy bien el qué, pero lo dejaría; aquello era una pérdida de tiempo y tenía muchos proyectos esperándome. Mientras subía en el ascensor, rodeado de desconocidos, me los imaginaba desnudos, elucubrando acerca de la posibilidad de que alguno de ellos fuera participante en mi prueba, y si esta sería como la que Joanne me había contado hacía semanas. Brotó una sonrisa espontánea en mi rostro. El ascensor paró en la planta que me correspondía y bajé yo solo, fue fácil encontrar la sala donde había sido citado. La sala tenía la puerta cerrada, y un cartel que indicaba que debíamos esperar. No había nada en el largo pasillo, excepto dos sillas, una de ellas ocupada por un hombre joven, nervioso, que se mordía la comisura de los labios y movía la pierna derecha sin control, en un frenético subibaja. No me dirigió palabra, a los pocos minutos se presentó otro hombre, vestido con una bata de laboratorio y una poblada barba blanca. Sería algo mayor, de unos setenta y tantos. Sin muchas palabras nos hizo pasar dentro de la sala, una habitación del mismo color que el pasillo, gris pálido, anodina, no muy grande, con dos sillas en el centro. Había dos extraños cilindros de metal pulido que salían perpendicularmente desde el suelo, de un metro de altura, enfrente de las sillas. Uno de los cilindros tenía un botón rojo, el otro no. La habitación, por lo demás, no tenía ningún tipo de decoración y la luz era tenue, pero suficiente para ver con claridad. La única puerta de la habitación, por la que habíamos entrado, estaba justo enfrente de un biombo opaco, que separaba la estancia en dos. Había una pequeña abertura para acceder detrás del biombo, sin puerta. El encargado de la prueba, esperó a que le prestáramos atención y, tras unos segundos, explicó el propósito de la prueba asegurando que era sencilla. Consistía en evaluar nuestra capacidad de acatar órdenes y nuestra capacidad de perseverancia. Nos mostró dos sobres blancos de papel, y nos dio a elegir uno al azar. Cogí uno, antes que mi compañero, no me gustaba coger lo que dejaban otros. También pidió que uno

de nosotros fuera al otro lado del biombo. Sin pensarlo mucho me levanté y fui hacia la abertura del biombo. En ese pequeño espacio, había una silla y dos cilindros de metal idénticos a los que había visto en la estancia principal. Desde mi posición no podía ver al otro tipo que había entrado conmigo. Ni me había presentado. Ya ni recordaba su cara. Imagino que yo también estaba nervioso después de todo. El hombre con la bata blanca salió de la habitación principal, oí sus pasos y la puerta cuando se cerró. El otro participante no dijo nada, aunque podía oírle carraspear al otro lado del biombo. Tras unos segundos, se cerró el hueco que nos separaba, dejándome encerrado en la pequeña estancia.

La voz del instructor rompió el silencio a través de la megafonía que surgía del techo.

—Bien. Ya pueden abrir los sobres. Se les ha asignado un rol, puede ser «Alumno» o «Profesor». Si su rol es alumno, debe obedecer las instrucciones del profesor. Si su rol es profesor, debe leer las instrucciones adjuntas a la hoja —hizo una pausa para que abriéramos los sobres. Abrí mi sobre. «Profesor». Sonreí. Había una hoja anexa al sobre con unas escuetas instrucciones:

«El propósito del experimento consiste en lograr que el alumno sea capaz de memorizar todas las parejas de palabras contenidas en la lista adjunta. Debe leer todas las parejas al comienzo del experimento. Luego le iré preguntando pareja por pareja, dando cuatro posibles soluciones. Si acierta pasará a la siguiente, si falla, deberá pulsar el botón rojo. El botón rojo realizará una descarga eléctrica sobre el dispositivo enfrente de usted, el alumno debe sujetar con su mano izquierda el dispositivo en todo momento. Cada vez que el alumno falle una respuesta y el botón rojo se pulse, se incrementará en cinco voltios la descarga eléctrica. Comenzaremos con una intensidad baja, incrementando hasta los cuatrocientos voltios». Miré la lista, eran más de treinta parejas de palabras bastante ordinarias, pero sin relación entre sí.

La megafonía volvió a hablar.

—Bien. Podemos proseguir. Por favor, profesor, tome la barra de metal con su mano izquierda y pulse el botón rojo para comprobar el funcionamiento del sistema.

Cogí la barra de hierro con la mano izquierda y pulsé el botón rojo que estaba sobre la otra barra de hierro. Instantáneamente pude sentir un hormigueo desagradable en el brazo izquierdo.

—Por favor, profesor, lea la lista de parejas de palabras, una por una, en voz alta y despacio. Alumno, esté atento, la prueba comienza ahora.

Hice lo que me pidió la voz. Leí la lista con voz clara y lo más despacio posible. A continuación, empezamos con la prueba. La voz no nos preguntó si teníamos dudas, así que me las guardé. ¿Cuánto duraría la prueba? No me dio tiempo a pensar, la voz ya me estaba pidiendo que hiciera la primera pregunta. En el papel venía, además, la lista de las cuatro palabras posibles. Una era la correcta. No había ninguna

relación entre ellas.

La primera palabra, la acertó.

La segunda falló. Pulsé el botón y volví a preguntar. Volvió a fallar, y volví a apretar el botón. No parecía muy complicado.

El tiempo fue pasando, era aburrido, íbamos ya por la sexta o séptima pregunta y la estrategia del tipo de al lado era responder al azar, intentando ver si había algún patrón en la serie de respuestas. No lo había, era totalmente aleatorio, así que iba agotando las posibles palabras. Ya había pulsado el botón unas doce veces. Empecé a oír resoplidos al otro lado.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, sí, no te preocupes —respondió una voz entrecortada y aguda. Supongo que pensaba que si no daba el tipo perdería la prueba. Yo pensaría lo mismo.

—No está permitido que los participantes hablen entre sí, por favor, limítense a continuar con la prueba —dijo la voz por la megafonía.

Continué, tal como dijo la voz. El tipo de al lado pasó de los resoplidos a los grititos y luego a los aullidos. Cuando empezó a gritar de puro dolor, paré. Según mis cálculos había pulsado ya el botón casi veinte veces. Y todavía íbamos por la mitad de la lista. No me imaginaba cómo podía acabar aquello.

—Un momento. ¿Puede causar daños esta descarga eléctrica al hombre del otro lado?, quiero decir... —Sabía que la pregunta era estúpida según la iba formulando. Si fuera peligroso no harían esta prueba.

—Puede resultar doloroso, pero en ningún caso puede revestir daños permanentes, por favor, prosiga con la prueba —respondió la voz.

Continué leyendo palabras y pulsando el botón. Deseaba que el tipo acertara, y empecé a leer las respuestas correctas ligeramente más despacio. No funcionó, el tipo fallaba aproximadamente dos de cada tres veces, con lo que los alaridos iban en aumento. Ya eran escalofriantes. Paré.

—Lo siento. Creo que esto no está bien... —empecé a decir, pero no sabía cómo terminar aquella frase.

—Esta prueba es fundamental. Necesitamos que haga su parte para evaluar a su compañero. Si no puede seguir, sufrirá una severa penalización.

—Ya, pero... —dije. Me lo pensé, al fin y al cabo el tipo de al lado también se la estaba jugando. Si él aguantaba, yo también. Sin embargo, tras tres pulsaciones de botón más, mis nervios no soportaban el llanto continuo y los balbuceos del tipo de al lado. Paré.

—Me niego a continuar con este experimento. Si su gente disfruta haciendo daño, no cuenten conmigo. Esto me da asco.

—Por favor, no aborte la prueba, es esencial que prosiga. Debe continuar, su función es esencial en esta prueba. Es de vital importancia que siga nuestras instrucciones si desea ser evaluado.

—Pues no me valoren, no voy a continuar —bufé. Yo sabía seguir órdenes, había

seguido órdenes de maníacos en alguna ocasión y tuve que convivir con las consecuencias de mis actos. Ahora no tenía por qué seguirlas, si esto era tan importante para entrar en el proyecto Veluss, no iba conmigo. No iba a torturar a nadie solo porque alguien me lo pidiera. No volvería a ser ese tipo de persona. Me levanté y salí. Al otro lado, el tipo me miró. Estaba fresco como una rosa. Me quedé perplejo. En su expresión había sorpresa, tanto o más que en la mía, pero ni rastro de fatiga o dolor. Sin embargo los gritos eran aterradores. El tipo me devolvió el saludo cuando me despedí al salir de la habitación. Me sentí estúpido. Seguí las indicaciones de salida y volví a mi apartamento, enfadado conmigo mismo, hasta que me percaté de que su voz al despedirse no se parecía en nada a la que oía cuando recibía las descargas eléctricas.

Sabía que no debía hablar con nadie de las pruebas. Suponía que si Joanne estaba más avanzada que yo en el proceso habría superado esta prueba con éxito. ¿Tendría ella más determinación que yo? No me la podía imaginar torturando a aquel pobre diablo. ¿Y si a ella le tocó ser la alumna?, ¿aguantó ella hasta el final? Por alguna razón no me la imaginaba en ninguno de los dos casos. Era dura, pero aguantar eso era inhumano, yo no podría, y había vivido momentos muy duros en mi vida. Momentos que aquella prueba me había hecho recordar. Mierda. No tuve que esperar mucho. Cuando estaba llegando a casa recibí una escueta notificación de Veluss que decía lo siguiente: «Prueba superada, la próxima prueba será dentro de una semana. Por favor, esté disponible». Estaba impresionado por como aquellos hijos de puta habían jugado conmigo. Cuando entré en casa, no esperaba ver a Joanne con un sobre negro en la mano y cara de pocos amigos.

SOBRES NEGROS

Joanne me miraba intentando buscar una explicación en su cabeza, pero no la había. Llevaba tiempo esperándome y haciéndose preguntas cada vez más y más peligrosas. El sobre estaba cerrado en su mano, pero si estaba así de alterada es porque lo había abierto y había visto el contenido.

—Llevan chantajeándome cuatro años. Me acosté con una menor. Tenía diecisiete años y estaba compinchada con ellos.

—Vale —dijo ella, respirando por fin.

—Cuánto es esta vez, ¿doce mil sures?

—Algo más si no quieres que se entere «tu novia». Debo ser yo, imagino —dijo ella resoplando. Me entregó el sobre.

Lo abrí. La foto estaba repetida, se veía a la chica arrodillada delante de mí, con el rostro mirando hacia arriba. Nunca supe con qué tecnología sacaron esas fotos. Los planos eran buenísimos. Perfectos para una extorsión, se veía el lunar de mi pene y la cara de la chica con una definición impecable.

—Tarde. Veinticuatro mil. Acaban de doblar, qué hijos de puta. No puedo pagar eso —cerré los ojos y deseé golpear fuerte a algo. Gritar.

—¿Has pensado en llamar a la policía?

—¿Para qué? Me expulsarían del país sin más. Delito sexual con menores y además con agravante por raza.

—¿Agravante por raza?

—Soy un puto moro, recuerda —hice una pelota con la foto y la nota y la tiré a la papelera de mi mesa. Fallé por poco. Reprimí mis ganas de patear la papelera.

—¿No puedes pagar a un buen abogado?

—No hay nada que hacer, ya pregunté. Me deportarían al norte de África en menos de veinticuatro horas. Soy culpable de follarme a una menor. Soy imbécil y un cretino y lo que tú quieras, pero...

—No me tienes que explicar nada, sé lo que hay por ahí fuera —evité mirarme—. ¿Qué vas a hacer?

—Apretar el culo y pagar. No tengo otra opción.

Me miró durante unos segundos y no dijo nada. Se quedó frente a mí, e hizo un amago de abrazarme, o acercarse a mí, pero luego se lo pensó mejor y se fue al cuarto de baño. Estaba enfadada, pero ella misma no sabía bien por qué. Yo ya no tenía ganas de nada esa noche, las buenas noticias se habían esfumado tan pronto como habían llegado.

DOBLES PAREJAS

Después de estirar nuestros músculos y mojarnos a conciencia en una intensiva sesión de natación, nos sentamos en torno a unas cervezas, a casi cien metros sobre el suelo, sobre millones de cabezas grasientas. Carlos estaba hecho polvo, pero no quería decirme el motivo. Tardé un buen rato en enterarme de la razón: Andelain, su amor platónico del Jardín de Brin, le había convencido de que intentara ingresar en el proyecto Veluss. Aquello me sorprendió tanto, que ni siquiera pensé en el hecho de que él desconocía que yo estaba dentro. Dudé y preferí callar, al menos hasta saber algo más de su historia. Venía de la primera prueba de ingreso y creía que no la había pasado. Me contó por encima, sin demasiados detalles, en qué había consistido. Nada que ver con la mía o la de Joanne. Le habían tenido en un encierro prolongado con dos mujeres y un hombre, en un espacio de apenas un metro cuadrado. No habían sido más de veinticuatro horas, pero se encontraba muy afectado. No quiso decirme más, pero consideraba después de aquella prueba, le echarían del programa. Yo le intenté tranquilizar.

—Tan malo no puede haber sido —dije—, ¿has agredido a alguien?

—¡Qué dices! No, no es eso.

—¿Entonces? —pregunté.

—Nada. Da igual.

Se hizo un incómodo silencio que duró unos minutos. Después, rompiendo la tensa espera, un *bip* anunció un mensaje en el pod de Carlos. Lo miró y su rostro se iluminó.

—He pasado.

—¿Ves?, te lo dije. —Y le di una fuerte palmada en la espalda.

Animado, me confesó que Andelain estaba muy avanzada en el proceso y llevaba empujándole durante meses. Por fin se había decidido a dar el paso hacía unas semanas. Me confesó que no me lo había querido contar hasta ahora porque le daba vergüenza.

—¿Por qué? —pregunté, poniendo una mano en su espalda. En ese momento, confesarle que yo acababa de pasar la primera prueba me parecía cruel y cínico.

—Veluss es un nuevo comienzo. Un comienzo con gente diferente, con personas como Andelain, gente que quiere vivir diferente sus vidas. —Ese arrebató de pasión me descolocó. No imaginaba a Carlos con esa fuerza interior.

—Vaya.

—¿No has pensado nunca qué hay ahí fuera?, no digo en las torres, o en la ciudad. Fuera, donde la gente no esté siempre peleando entre sí —su candor no merecía una respuesta real a esa pregunta, era mi amigo pese a todo.

—¿Fuera? Carlos, todo el mundo pelea, donde sea, es la vida —dije. Su visión naif del mundo me devolvió a la realidad de golpe.

—No tiene por qué ser así, podríamos convivir, ayudarnos.

Sonreí. De verdad, sin cinismo. Si alguien con su inteligencia era capaz de seguir pensando eso, quizás el proyecto Veluss tenía alguna posibilidad. Yo ya estaba perdido en cualquier caso.

—Ojalá tuvieras razón. Un lugar así, desde luego, no existe en el planeta Tierra.

—Esa es una de las razones por las que quiero irme. La otra ya la conoces.

—¿Andelain?

—Sí —dijo manteniendo la mirada firme, casi como un desafío.

Por un momento la simetría de la situación me sorprendió. Ambos estábamos metidos en la misma locura por dos mujeres. La diferencia era que el mundo, aunque apestaba, me debía algo y no pensaba olvidarme de ello. La idea de perder a Joanne me hacía cambiar de pensamiento. Solo de pensarlo de nuevo me agitaba en dirección contraria a donde debía ir. Tras hablar de sus planes de futuro con Andelain, y sin atreverme a preguntar si la conocía siquiera en carne y hueso, me despedí y volví a mi apartamento. En el ascensor no podía dejar de pensar en el hecho de que Andelain podía ser una adolescente del otro lado del planeta o un tipo de sesenta años. Y sin embargo a Carlos no le importaba. Quizás era su excusa. ¿Pero cuál era la mía? ¿Por qué lo estaba haciendo yo? Tenía que hablar con Joanne antes de que me explotara la cabeza.

Las últimas semanas habían sido extrañas. Se podría decir que prácticamente vivíamos juntos, que éramos una pareja. Para mí era algo nuevo y suponía que para ella también. Este tipo de apartamentos estaban pensados para una sola persona. Incluso los porteros de seguridad del edificio estaban confundidos. Éramos una pareja ajena a aquel mundo de gente perfecta. Era fácil descubrimos, como unos impostores que si ni siquiera se trabajan el disfraz. Éramos quienes éramos y pese a que casi cualquier mujer del edificio era más alta, más esbelta y más guapa que Joanne, los hombres se giraban al verla por el pasillo, al igual que me había pasado a mí al llegar. Ahora ya estaban acostumbrados a mi presencia y sé que, a pesar de mi fama, para ellos seguía siendo una mascota consentida en aquella jaula de oro.

Cuando llegué, ella me esperaba en mi apartamento, estirada sobre una butaca, lánguida y sensual, como una estrella de cine de otra época, ausente y deliciosa. Leía un libro, un libro de papel, tan anacrónico como ella. La contemplé en silencio mientras leía, ajena a todo. No podía describir mis sentimientos en aquel momento, bloqueados por algo que cortaba y estaba caliente. Pero sabía que era algo más que simple placer por su compañía o su ternura exenta de vicios y poses. Me acerqué sin hacer ruido, descalzándome para no pisar la carísima alfombra persa que ella regaba con migas todas las mañanas. Acaricié su pie descalzo y disfruté de su sonrisa. Me arrodillé y descubrí la rosa que había robado en el jardín de la planta ciento treinta. No dijo nada, no hizo falta.

—He pasado la primera prueba, nos vamos juntos a Veluss. Venga, haz las

maletas —dije en broma.

Su sorpresa terminó en risas de asombro, infantiles y alegres. La cogí entre mis brazos y la levanté en volandas. Besé aquellos labios rojos y, de alguna forma, llegamos a la cama.

—¿Por qué? —preguntó tumbada sobre mí, a escasos centímetros de que nuestras bocas se fundieran, atraídas por la carne.

—Ya sabes por qué —respondí.

—No, en serio, ¿por qué? —preguntó.

Mis manos mientras tanto la buscaban por debajo de la falda, recorriendo su piel con las puntas de mis dedos. Sin prisa, mantuve la vista sin contestar su pregunta. Por fin, encontré lo que tanto me gustaba de ella y dejó de acosarme con su mirada, con aquella cuestión que aún no estaba preparado para desvelar. Abrió la boca en una mueca de aprobación y aproveché para besarla. Mi mano libre intentó desabotonar su blusa, sin conseguirlo del todo. Ella, más práctica, me aflojó el cinturón y me bajó los pantalones y la ropa interior, solo unos centímetros. Lo mínimo imprescindible. Jugamos durante un rato a su juego favorito, volverme loco. No tuve paciencia y salté sobre ella. Le arranqué las bragas casi con violencia, pese a sus gritos y a sus risas. La arrastré de espaldas a mí cogiéndola de las caderas y le hice el amor como si fuera a perderla y aquella fuera la última vez. No paré hasta que después de hacerla gemir de placer, me pidió clemencia.

EL BOSQUE ENCANTADO DE KHIRLDAN

Joanne no se sorprendió por mi primer éxito en el proceso de selección. Ambos fuimos hábiles para evitar hablar de mi decisión, como también lo fuimos para evitar hablar de la suya. Huir implicaba rendirse, reconocer la derrota y el dolor de las heridas pasadas. Ni ella ni yo éramos buenos en eso, aunque yo había desenrollado parte de mi pasado delante de ella, y ella había evitado hablar de su vida. Cuando miraba a algunas personas, podía ver el callo que había en su mirada. Nunca me dijo que quisiera que yo participara, pero ahora tampoco parecía complacida. Divertida quizás, expectante, como si la competición fuera por un lado y nuestras vidas por otro. Escuchó interesada la narración de mi primera prueba y confirmó mi teoría inicial de que el orden y el tipo de pruebas de la organización no eran siempre las mismas. Cuando hablaba de ello, el brillo de sus ojos era diferente, su forma de hablar también, era mucho más fría y metódica, pero llena de pasión. Para ella no era un juego y para mí sí lo era, y ella lo sabía.

La otra historia, la de Andelain y Carlos, sí la sorprendió. Rio y volvió a ser ella unos instantes, atendiendo mi breve historia con interés. Ya éramos cuatro los que estábamos dentro del proceso y los cuatro podríamos salir ganando. Así se lo planteé, al fin y al cabo, aunque yo no quisiera reconocerlo, ni ella preguntarlo: yo estaba dentro por ella, igual que Carlos con Andelain. Mi vida había cambiado de forma radical en apenas tres meses.

Por otro lado, mi trabajo estaba en un parón involuntario. Necesitábamos a Chloe para una escena pero no la podíamos localizar. Eduard había perdido su rastro desde hacía más de tres semanas. Tuvimos que buscar una sustituta a toda prisa y eso nos supuso retrasos, además, yo no tenía prisa como para perseguir un proceso que ya se estaba volviendo repetitivo. Una tarde llevé a Carlos al rodaje para intentar compensar los continuos desplantes que le hacía cada vez que me invitaba al Jardín de Brin. Me pidió probar mis grabaciones en bruto y no fui capaz de decirle que no. Carlos no podía ser crítico con mi trabajo, pero era agradecido por probar algo a lo que nadie tenía acceso todavía. Eduard estaba preparando una campaña promocional para el lanzamiento de la próxima serie, e iba a ser a lo grande. Después del montaje, el resultado era más comercial, la grabación en crudo era poderosa y auténtica, al menos para mí, aunque era otro tema que no podía compartir con Joanne. Cuando conoció a Irina, se puso a la defensiva, celosa. Aquel mundo no era el mundo de Joanne. Sin embargo fue aquel mundo el que nos juntó. Cuando la conocí era una chica más, sin futuro ni pasado. La primera vez que la vi actuar, sabía que el sufrimiento que mostraba en escena salía de algo poderoso, auténtico. Controlaba las emociones, estrangulándolas y aun así, eran tan intensas que abrasaban. Su voz y su presencia eran magnéticas, yo conocía a la persona, otros solo la sentirían en los sueños vívidos pero, enterrado en ella, había mucho más.

Entretanto, Joanne, había superado varias pruebas, que consistían en pequeños

juegos en equipos de ocho personas, la gran mayoría para evaluar su forma de interactuar, algunas tan tontas como guiar a un par de compañeros que, con los ojos tapados, tenían que construir unas torres con piezas apilables siguiendo las instrucciones de sus compañeros. Eran pruebas sencillas, pero indicaban que los responsables de la selección se tomaban muy en serio el trabajo en grupo. Otra de las pruebas consistía simplemente en andar a lo largo de un corredor, mientras era observada por varias personas de la organización: Alfas; lo supe cuando me los describió: Mirada ausente, ojos asimétricos y una enigmática sonrisa.

Le expliqué lo que eran. Joanne se resistió a creerlo. Ahora todos los ejércitos y fuerzas policiales los utilizaban. Yo había trabajado con uno en mis tiempos en la frontera y conocía a algunos que trabajaban para gente muy poderosa. Siempre eran encantadores. Así que la gente de Veluss también tenía sus propios alfas. Joanne leía en la red todo tipo de información acerca de las pruebas de Veluss, información poco fiable, pero información al fin y al cabo. Yo sabía que no podía confiar en nada que leyera, si utilizaban alfas, podrían bien diseminar información falsa a propósito o utilizar cualquier truco para manipular a los participantes que buscaran pistas en cualquier lado.

Una noche, muy seria, me dijo que teníamos que dejar de vernos por un tiempo. Sentí un sabor agrio en el fondo de la boca y una sensación desagradable en el estómago.

—¿Por qué? —pregunté, sin poder evitar coger su mano con la mía. Ella no evitó mi mirada.

—No es por nosotros —me regaló una sonrisa dulce—, es por ellos —dijo.

—¿Ellos?

—Veluss. Si se enteran que somos... —dudó— una pareja. Nos expulsarán del programa. Estaba en las normas. Imagino que no las leíste.

—No del todo —repliqué molesto por aquella intromisión en mi vida personal.

—Ya —dijo. El silencio nos rodeó. Ella intentó no mirarme. Sus dedos intentaban arrancar una mancha pegajosa del sofá, no podía con ella y eso la irritaba. Desistió y me miró, sabía que se contenía. La abracé y la besé en la cabeza. Había entrado en el programa por ella y ahora la perdía por ello. Pero no me dejaría vencer.

—No pienso dejar de verte —dije sin más.

Joanne murmuró algo ininteligible, mirando al suelo, evitando el contacto visual pese a que la sujetaba por los hombros.

—Pienso verte todos los días. Sigues siendo mi modelo revelación. Eso no me lo pueden quitar. ¿Mañana a las seis, señorita le Blanc? —Sonreí. Nos despedimos con un beso en los labios que supo a poco.

Habían pasado ya cuatro horas desde su marcha y no dejaba de dar vueltas en la cama. Sin su perfume y su presencia, volvían con fuerza mis antiguos demonios.

Volví a llamar a Eduard. No se sabía nada de Chloe, pero me dio una noticia que no esperaba. La policía lo había llamado, investigando su paradero. Su hermana pequeña, que ignoraba que existiera, había denunciado su ausencia hacía dos semanas y encontraron el nombre y el contacto de Eduard dios sabe dónde. Querían hablar conmigo. Mientras tanto los planes de grabación se suspendían. Eduard sabía algo. Algo oscuro, nunca había visto miedo en sus ojos ni había oído su voz tan entrecortada e insegura. Cuando corté la comunicación con él, lejos de aliviar mis problemas, añadí más demonios a la lista. Chloe era una niña y siempre que trabajaba con chicas así, me sentía responsable. Esta era la primera vez que había dejado de ser protector, distraído por la luz efímera de aquella nueva tecnología, por el tacto de Joanne bajo la ropa, por Veluss. La velocidad de mi vida me impedía mirar el paisaje, o ser cortés con los compañeros de viaje. Sin Joanne, sin trabajo pendiente, sin metas, volví a pensar en Veluss. Hasta ahora había sido un juego, ¿pero lo seguía siendo? Abandonar la vida en la Tierra. Qué absurda era aquella idea. Me lo repetía una y otra vez, sin dejar de acariciar mis recuerdos de las calles blancas de Fez y el olor a pan recién hecho. Aquellos recuerdos perdidos ahora estaban ligados irremisiblemente a Joanne. Si ella se iba, si me quedaba sin ella, volvería a mi soledad. ¿Qué pasaría si me echaban del programa? Lo que había empezado como un juego, ahora era algo más serio. Sabía que Joanne pasaría la prueba. Si el programa realmente quería gente especial, gente capaz de comenzar un mundo nuevo, Joanne era imprescindible para ellos. Yo sabía leer a la gente y aquello me había quedado claro desde el principio. Ella era diferente. Igual que Carlos. No soportaba la idea de perder a las dos únicas personas que me importaban.

Para evitar sumirme en la melancolía llamé a mi amigo Carlos. Estaba dentro del Jardín de Brin. Así que pensé que podría encontrarle ahí, esta vez como Rasheed. Volví a la posada donde nos encontramos por primera vez y, al decir su nombre, esta vez conseguí que varios rostros se dieran la vuelta. Aquel mundo era complejo y tenía sus propias normas, y una de ellas era que no existía una red de comunicación instantánea. Pero había magia, así que, aunque varias personas decían conocerle, tuve que recurrir a mi oro para que un mago me pusiera en contacto con él. Sorprendido de verme conectado, mandó a un imponente dragón a buscarme. Me impresionó el despliegue de medios, un simple caballo me hubiera bastado.

Cuando vi desde lejos su castillo entendí que un caballo hubiera resultado escaso en comparación con lo que tenía ante mí. No era un castillo, era una ciudad. Una ciudad de fantasía, con murallas altísimas y puentes de piedra entre torre y torre. Era una ciudad de estilo medieval, pero tenía una arquitectura imposible. Las torres, de piedra de diferentes colores, lucían diferentes pendones. Flores y banderas decoraban cada azotea, cada balcón. La ciudad parecía de fiesta y el sobrevuelo de mi dragón, lejos de espantar a los ciudadanos, alegró sus miradas e hizo que alzaran las manos y me saludaran. El dragón, voló en línea recta hacia el palacio más hermoso de toda la ciudad, rodeado de unos inmensos jardines. Aterrizó con gracia al pie de una

escalinata de mármol rojo y blanco. Un hombre me estaba esperando, vestido con sencillas ropas de seda y cuero. Era Krall. Dueño y señor de una vasta extensión de terreno y miles de vasallos. No sabía nada de todo aquello. Carlos, Krall, era un rey en el Jardín de Brin y yo ni siquiera tenía puntuación para ser un simple paje.

Dimos un paseo por sus jardines mientras me confesaba que era el rey más importante de todo Brin, el que había logrado unificar tierras, clanes y guerras. Era más que un rey, ya era casi un emperador, por lo que pude ver en la mirada de sus súbditos. Cada una de las personas que nos encontramos, eran jugadores de carne y hueso. Y habían elegido servirle, con total libertad. No vi el arma de Krall debajo de la ropa. Tampoco vi guardias alrededor. La curiosidad me invadía, pero no hice preguntas. Al menos no del tipo que me hubiera gustado hacer en ese momento.

—¿Qué tal Andelain? —pregunté lo más ceremonial que supe. A pesar de la tranquilidad del jardín era obvio que éramos escuchados por oídos ajenos.

—Bien. Muy bien —miró a su alrededor, abandonando por unos instantes su papel de rey—, gracias a ti.

—¿A mí?

—Sí. Gracias a ti comprendí mejor algunas cosas —replicó.

—¿Cosas? —pregunté sin entender.

—Cosas —zanjó con una sonrisa. Su seguridad me despistó. Parecía un desconocido, alguien muy diferente. Como si el Carlos que yo conocía fuera un avatar y aquel hombre fuera el ser humano de carne y hueso. Nos miramos en silencio. Asentí. Me tomó del hombro y entramos en un pequeño bosquecillo, sin ojos ni oídos indiscretos.

—¿Qué tal Veluss? ¿Sigues dentro? —pregunté con verdadero interés. Asintió—. Venía a verte para ver si podíamos hablar con Andelain. Ella lleva tiempo, igual nos puede dar pistas. Es Joanne, estoy preocupada por ella —dije.

—No sabía que ella... que ella también estuviera en el programa —replicó.

—Sí. Y quiero ayudarla —mentí. Necesitaba ayuda para mí.

—Podemos ir a verla. Ensillaré dos caballos y partiremos de inmediato. Tenía muchas ganas de poder hacer este viaje contigo, de enseñarte el valle.

Podía entender por qué Carlos estaba enganchado a aquello. Ahí era un rey, alguien que podía mandar sobre otros, que disponía a su antojo. Quién sabe qué cosas podría adquirir ahí, qué voluntades y qué placeres comprar o domar. Me inquietaba pensar cómo habría logrado ser rey en un juego tan popular. Pero no se lo pregunté. Si Carlos vivía en mi torre no era solo por la riqueza de su familia o por su educación, sería un chico extraño, pero debía ser muy valioso en su trabajo para poder vivir de aquella manera. No, si era un rey, era por algo que yo no podía apreciar. Sabía muy poco del verdadero Carlos, lo mismo que él de mí.

Atravesamos un hermoso valle, rodeado de árboles frutales en flor. Los

campesinos que trabajaban en el campo saludaron al rey al pasar. No sabía reconocer a los avatares controlados por ordenador de los que eran de verdaderos jugadores, encontramos cientos. Todos saludaron a su rey, no como quien saluda a un déspota, sino como aquellos que han elegido de manera voluntaria trabajar para alguien que saben superior. Comimos y bebimos invitados en una pequeña posada donde hicimos parada para descanso de los caballos. Todo el mundo conocía a Krall, aunque noté miradas inquisitivas sobre mí. Cuchicheos, y más miradas.

—No saben quién eres, no te conocen y están despistados por tu *ranking* de karma.

—Ya veo.

—¿Sabes cuánta gente participa en el Jardín de Brin, Rasheed? —preguntó sosteniendo una jarra de cerveza. Negué con la cabeza. Una de las camareras, enfrente nuestra, nos miraba con descaro y lascivia. Me preguntaba qué poder tenía un rey ahí.

—Más de cien millones de jugadores y solo una centésima parte son personajes gestionados por una IA —sentenció.

—¿IA? —No estaba seguro de entenderle.

—IA, Inteligencia Artificial, un programa de ordenador que piensa y actúa por sí solo. Sirve para que los personajes que no están controlados por los jugadores humanos del mundo real puedan interactuar y poblar el mundo de Brin. Cuantos más jugadores humanos hay, menos jugadores controlados por una IA, el Jardín de Brin es el mundo virtual con menos personajes controlados por ordenador, por eso me gusta.

—¿Pero tú no te dedicabas a esto? —Carlos en una ocasión me había hablado, muy por encima, de su trabajo con ordenadores, pero no entendí demasiado.

—Por eso mismo. Me gusta la incertidumbre —dijo Carlos. Hablaba con tal seguridad que parecía que Krall había tomado el control.

—¿Quieres decir, que todos los avatares que he visto son personas reales? —pregunté sin poder contener mi asombro. Asintió—. Yo pensé que el círculo verde que tenían encima de su cabeza indicaba que eran jugadores humanos...

—¿El icono de alineamiento?, no, bueno, es solo una ayuda del sistema para novatos, igual que el sistema de *ranking*. La mayoría de jugadores no lo usa, le quita realismo. Olvídate de él. Todo lo que ves, todo lo que nos rodea es real: la amistad, las aventuras, el dolor, el amor... —No sabía cómo responder a aquello. No sin entrar en una discusión que acabaría por perder. Todos aquellos hombres y mujeres arando en el campo por voluntad propia, aquella camarera. Era demasiado grande... demasiado complejo para pensar en ello.

—No me dijiste que fueras un rey. No te imaginaba... así.

—Supuse que podríamos ir poco a poco —sonrió jactancioso.

—Contéstame a una curiosidad. ¿La riqueza que tienes aquí la puedes sacar al mundo real? —pensé en el castillo, y en toda la gente trabajando en sus campos. Cientos. Miles. ¿Millones?

—¿Para qué necesitaría hacer eso? La mayoría de la gente hace lo contrario. Trabaja fuera de Brin para poder comprar tiempo de juego y posesiones virtuales, algo que le permita vivir mejor aquí —dijo con una pausa para beber un trago de su jarra. Pensé si era posible comprar el trono de un rey.

—Por curiosidad, ¿conociste a Andelain antes de ser rey o después? —pregunté.

—Después. Antes no se habría fijado en mí —respondió. Me arrepentí de haber hecho esa pregunta casi antes de oír la respuesta, sin embargo él no se inmutó.

—¿Queda mucho para encontrarla?, tengo la sensación de que llevo días aquí dentro —pregunté. Carlos rio, o mejor dicho, su avatar. Estaba impaciente por ver de nuevo a la pequeña elfina, bajo otra perspectiva. Esto ya no me parecía un juego.

—No, no mucho. ¿Quieres seguir?, podemos llegar mucho más rápido si lo deseas —preguntó con un halo de misterio en su voz.

—No. No quiero ir demasiado deprisa —repliqué. Y era cierto. Magia, dragones. Sabía que había muchos elementos pintorescos que estaba deseando mostrarme y no quería estropearle el placer de sorprenderme con cada conejo blanco que sacara de su chistera.

Seguimos cabalgando. La sensación del tiempo se aceleró en lo que pudieran ser días o semanas en Brin y atravesamos llanuras, valles, montañas y pequeños pueblos. El tiempo volvió a ir despacio y me vi dentro de un bosque de árboles gigantes. Había gente viviendo en ellos, los árboles mostraban tenues luces en lo alto, y había escaleras y puentes tendidos entre los árboles. Las notas amortiguadas de una música exótica caía sobre nosotros desde lo alto, y la tenue luz anaranjada de dos lunas nos iluminaba con dificultad a través de las copas de los árboles. A pesar de las voces, los murmullos y la música, no lograba ver a nadie. Krall me guio con seguridad por un sendero que terminaba en un árbol gigante. Una escalera de caracol, que brotaba como ramas del tronco, nos aupó a las alturas de la ciudad del bosque. Desde allí un gran puente nos llevó a una plataforma, y entonces pude ver a aquellas extrañas criaturas. Elfos de diferentes tipos, pero todos ellos ágiles y silenciosos. Todos saludaron a Krall respetuosamente y me observaron con recelo y curiosidad. Los puentes y las plataformas estaban iluminadas por luz mágica, no por fuego. Era una brillante luz verde azulada, similar al fuego, pero fría y que emitía un susurro, como si tuviera vida propia.

Esperaba algún tipo de palacio élfico, alguna residencia grandiosa, pero no, la casa de Andelain era una pequeña casita de madera adosada al tronco del gigantesco árbol. Nos estaba esperando. Vestida con una sencilla túnica de tela blanca, su presencia era de otro mundo. Krall puso rodilla en tierra ante ella, tomó su mano delicadamente y luego la besó con ternura y seguridad. Pasadas las presentaciones y ya en el pequeño, pero cómodo, hogar de Andelain, fue ella misma quien sacó el tema de Veluss cuando Krall le dijo que quería ayuda para mi amiga. Andelain dijo

que ayudaría encantada a cualquier amigo o amiga de Krall. Su voz, bajo esa luz extraña, parecía aterciopelada y mágica. Su compañía y la de Krall, me hicieron sentirme cómodo, fuera de la realidad, sin las tensiones del mundo corriente. Observé aquella casa donde vivía. Al fondo, sobre un lecho de elásticas hojas verdes, se apreciaba una pequeña cama. El olor fresco y vivo de las plantas llegaba hasta mi nariz. Sobre la ventana, sin cristales, una lámpara de luz azulada iluminaba nuestros rostros. Colgados sobre las paredes de madera había todo tipo de utensilios para los que desconocía su propósito. Excepto el gran arco colgado sobre la puerta de la entrada y la aljaba con flechas apoyada en la pared. Una gran piel blanca, suave, cubría parte del suelo, hasta su lecho. Un arcón al otro lado de la habitación y el banco donde nos sentábamos Krall y yo era el único mobiliario. Ella estaba cómodamente sentada frente a nosotros, apoyada en el alféizar de la ventana. Gracias a esa pequeña altura ganada sobre nuestro banco, ella nos dominaba. Sus ojos inhumanos, pero hermosos, me recordaban que era una criatura de otro mundo, como todo lo que nos rodeaba.

—Es un placer verte de nuevo, Rasheed —me saludó.

—Lo mismo digo. Bonito bosque.

—Gracias —respondió.

No dije nada más, intrigado por las pocas pistas que me daban aquellas cuatro paredes. Carlos tomó la palabra.

—Venimos a pedirte consejo. La compañera de Rasheed también está intentando superar las pruebas de Veluss. Una ayuda nos vendrá bien a ambos.

—Es difícil dar pistas. El proceso es diferente para cada persona, pero lo intentaré.

—Gracias —añadí.

—Enfrentaréis varias pruebas de grupo —dijo ella.

—¿Qué tipo de prueba? —preguntó Krall.

—Existen muchas, cambian cada vez, pocas veces se repiten. Pero debéis ser sagaces y tener siempre en cuenta que ellos evalúan a la gente no por su individualidad, sino por su capacidad de trabajar en equipo, pase lo que pase y pese a lo que pueda parecer, ese es su objetivo, escoger el corazón, antes que la cabeza —me miró fugazmente—, sin embargo, no debes olvidar que un corazón sin cabeza es inútil.

Krall asintió en silencio como si aquello le dijera algo.

A mí no, desde luego. Rodeado de silencio, recordé que aquella noche dormiría solo. Me había acostumbrado a coger el sueño bajo su calor, con sus cabellos enredados en mi barba, y su perfume meciendo mis sueños. Ah, Joanne. Ya la echaba de menos. Aquella angustia que tan bien conocía volvía a mí como una marea. Sin embargo, Krall y Andelain parecían felices contemplándose, sin más. Sentía que estorbaba, pero al fin y al cabo, Krall había insistido en llevarme desde tan lejos.

—Un último consejo antes de tu marcha, príncipe. No elijas, sé elegido. No

excluyas, incluye —susurró enigmática aquella criatura, mirando a Krall y dejando caer su mirada penetrante por unos instantes en mí.

—¿Cuántas pruebas has pasado tú, Andelain? —pregunté, estropeando aquella unión mágica que había entre ellos. Mi voz sonaba brusca, sin magia.

—Doce.

—No sabía que hubiera tantas. Mi amiga solo ha pasado un par de ellas.

—Depende de cada persona. El proceso no es igual para todo el mundo.

—¿Y de qué depende? —pregunté incómodo por la forma que tenía de escrutarme, a pesar de que mi interrogatorio era más brusco que sus respuestas.

—De la búsqueda de cada uno. ¿Cuál es la tuya, Rasheed? —Por un momento pensé que aquella criatura parecía saber demasiado. Quizás también sabía que yo estaba dentro del programa, como ellos.

—¿Por qué sabes tanto del proceso de selección? —pregunté.

Ella sonrió, esperaba esa pregunta. Pero no la respondió ella, sino Krall.

—Lleva cuatro años preparándose. Tomó la decisión el día que despegó la tercera misión de la Tierra.

—¿Es fiable tu información? —pregunté de nuevo. No me gustaba depender de gente que no conocía en persona.

—Por eso no doy datos concretos, porque no los tengo. Solo sé rumores, información de tercera mano que al cabo de oírla de diferentes fuentes se puede considerar cierta. Eso y que mi experiencia corroboran esos datos.

—Perdona por la pregunta, no dudo de tus fuentes. Soy escéptico por naturaleza. No es nada personal.

Sonrió y no añadió nada más, cerrando el asunto. Volvió a prestar atención a su príncipe.

—Pase lo que pase, no utilices el orgullo, ni la violencia. Destierra el rencor y utiliza la inteligencia para sobreponerte a cualquier adversidad. No olvides que tú eres Krall, en Brin y fuera de aquí. Todo lo que eres, lo mereces. No lo olvides nunca.

Se besaron, ajenos a mí. Andelain abrazó a su príncipe y mordió con suavidad su cuello, deslizando su mano entre sus piernas. Ignorando mi presencia, ella se desabrochó la túnica que vestía, que cayó en silencio al suelo, deslizándose por su cuerpo desnudo. Un espeso vello corto de color blanquecino cubría su piel bajo unos pequeños pechos, como una alfombra de pelusilla blanca que se hacía más denso entre sus piernas, escondiendo su sexo. Carlos, que era más alto que ella, se arrodilló y la abrazó. Ella me dedicó una mirada enigmática antes de dedicarse a satisfacer los deseos de su príncipe.

Tras unos segundos de silencio. Salí de la estancia y les dejé solos. En ese momento sobraba y decidí volver a mi realidad. Una realidad mucho más solitaria y apática. Sentí envidia de Krall. Desconecté la conexión a Brin, no me molesté en bajar del árbol. Me penalizarían por aquella desconexión, pero necesitaba *trank*, todo el que pudiera para no sentir.

LOBOS Y CORDEROS

Los nervios me comían por dentro desde mucho antes de entrar en la sala. En la antesala me encontré rodeado de candidatos, éramos ocho en total y yo fui el último en llegar. Busqué a Joanne con la vista, pero no estaba allí. Me preguntaba si Andelain también habría pasado, o si ella era alguna de las tres chicas que estaban a mi lado. Una de ellas me miraba de forma furtiva de vez en cuando. No me fiaba de Andelain, no al menos hasta que la conociera en persona. Había sido útil hablar con ella acerca de las pruebas, pero ella llevaba más tiempo que ninguno de nosotros y podía habernos contado experiencias más concretas, no simples vaguedades. Bien pensado, Andelain podría ser cualquiera de las personas de esa sala, quizás la chica que estaba a la derecha del *japo* que tenía enfrente. No podía ver sus nombres desde aquí. Pero también podría ser el hombre moreno y alto, con pinta de saberlo todo, a mi izquierda, o el tipo achaparrado que se apoyaba relajado contra la pared. No tenía sentido preguntarse quién podía ser quién.

Durante muchos minutos mareé mis pensamientos cocinando una tortilla de posibilidades, hasta que un chorro de voz, desde algún sitio, nos ordenó que entráramos en la habitación. Fuimos obedientes y entramos a una sala aséptica, dominada por una mesa ovalada, muy grande, de madera. Había cuatro sitios vacíos a cada lado y nos sentamos en la silla que nos habían asignado, marcada con un papel y nuestro nombre. Esos minutos no sirvieron para que nos presentáramos. Se respiraba un aire competitivo. Al principio intenté ser simpático y sonreí cuando sorprendía a alguien mirándome, pero dejé de hacerlo cuando los demás no devolvían mi sonrisa. En varias ocasiones pensé en salir de allí. ¿Qué pintaba yo ahí, si sabía que no tenía intención de embarcar en la nave? ¿Me estaba retando a mí mismo, para ver cuán lejos podía llegar?, ¿lo hacía para ayudar a Joanne? Yo no era uno de ellos, no me parecía en nada. El tipo de mi izquierda se llamaba Prico, era el superhombre perfecto: frío, guapo, fuerte, inteligente. Justo a mi derecha estaba Sörgen, un nórdico enorme y rubio, con un rostro pétreo y tallado. Tener que competir con ellos me daba pereza, ¿para qué?

Entonces entraron. Los tres entrevistadores, un hombre y dos mujeres algo mayores y de aspecto aséptico, vestidos con prendas grises y blancas. Las dos mujeres tenían un sorprendente parecido físico, como si fueran mellizas. Fue un pensamiento estúpido. El tipo era gordito y con cara simpática, se presentaron y empezaron a explicar la prueba: Era una entrevista grupal, en la que esperaban observar cuál de las personas de ese grupo era la más idónea para el proyecto. Podíamos intervenir en cualquier momento, si considerábamos que sería en nuestro

beneficio. No había ninguna norma y podíamos levantarnos cuando quisiéramos. Su expresión era tan sosegada y ausente que me puso en tensión, esperando ver una lengua bífida entre sus labios.

Primero hicimos una especie de ronda de presentación para presentarnos y hablar de quienes éramos y a qué nos dedicábamos, cuales eran nuestras credenciales, nuestra familia, etc.

Todos teníamos una edad comprendida entre los veinticinco y los treinta y muchos. Ahí se acababan las similitudes, había gente de las cuatro potencias del planeta: la Confederación de Estados Americanos del Norte (EUAN), CEAL, Transrussia, y Europa (incluyendo EcoNorte y EcoSur). Escuchar aquellas historias, aquellos hombres que se habían educado en las mejores universidades del mundo: Buenos Aires, Kioto, Moscú, Nueva York, Estocolmo o Montreal. Era como nombrar platos de comida a un muerto de hambre que se ha pasado la vida mirando un escaparate, hambriento. Parecía un chiste, el hijo de un moro analfabeto compitiendo con la élite del planeta. Había algún participante más razonable: enfrente de mí, al otro de la mesa, se sentaba Yama, un japonés de rostro impenetrable y poco dado a hablar de más. A ambos lados estaban Susana, una chica rubia de voz chillona, con aires de mando sofocado y, al otro lado de Yama, se sentaba Eva, mucho más agradable, de aspecto sosegado y una bonita cabellera castaña. Pedro, al extremo izquierdo de la mesa, era el tipo de más edad, parecía el típico andaluz, tranquilo pero impredecible. Al otro extremo de la mesa estaba Andrea, de estatura muy baja, con rostro aniñado y un tono de voz apagado.

Cuando me tocó a mí y les conté parte de mi historia, se hizo el silencio, aunque narré una versión muy resumida de mi vida, omitiendo casi todos los detalles, sobre todo los más escabrosos. Expliqué que era un inmigrante legal de África, con visado temporal de residencia y que no tenía ninguna formación oficial. Mencioné, como de pasada, que había ganado, hacía dos años, el Festival de Venecia, y un año antes el Festival de San Sebastián en la categoría de mejor sueño vívido. Eso les dejó más calmados y borró la sonrisa de conmiseración de la cara de Prico. Este último rompió el silencio después de las presentaciones iniciales, para atacar directamente a Yama, preguntando si su titulación la había hecho de forma presencial o de forma virtual, menospreciando su valor. Yama no se inmutó al responder. Por el rabillo del ojo vi a una de las entrevistadoras anotando algo en su ordenador de bolsillo. «Ya está — pensé— ya ha empezado la matanza».

Éramos un grupo muy heterogéneo, aunque la mayoría tenía varias licenciaturas, doctorados y todo tipo de cursos y titulaciones complementarias. Me sentía libre al no tener que compararme con ellos, ni encajar en su modelo. Todos trabajábamos y algo

menos de la mitad, Prico, Yama y Sörngen, vivían en alguna torre. El resto, Pedro, Susana, Eva y Andrea eran mugrosos y simpaticé con ellos. Todos estábamos solteros y sin ataduras familiares. Había un biólogo, el japonés. Susana era psicóloga y Pedro, el andaluz que pasaba de todo, era astrofísico y matemático. Sörngen era un ingeniero electrónico sueco, y Prico era ecoingeniero en Roma. El grupo lo cerraban dos educadoras infantiles: Eva y Andrea. No esperaba encontrar a un poeta o a un ebanista, pero hubiera sido un cambio agradable.

Su primera pregunta obvia era por qué queríamos participar en el proyecto Veluss. Imagino que todos repetimos la misma respuesta que dimos en las primeras etapas del proceso de selección, lo divertido iba a ser mantenerlas delante de extraños. Empezó Prico.

—Busco la oportunidad de dejar huella. De ser parte del futuro, un futuro diferente, algo que se recuerde. Yo no lo veré, lo sé, pero quiero ser parte de un pasado colectivo, quiero que se me recuerde como uno de los pioneros de Veluss —el tipo se creía cada palabra, me extrañó que nadie le aplaudiera.

La respuesta de Sörngen no fue muy diferente. De hecho, Sörngen asintió un par de veces cuando Prico argumentó aquello de «dar a la humanidad una base firme, una sociedad libre de debilidades». Hice esfuerzos porque mi rostro no expresara ninguna opinión sobre aquello. Con gusto lo habría hecho, pero sabía el efecto que tenía en la gente hasta el más inofensivo parpadeo o la más leve de las sonrisas. Si algo conocía bien, era eso.

Cuando Andrea habló, cambió un poco el panorama, aunque en esencia se mantenía en la misma línea: hablaba de otra oportunidad, para empezar de nuevo, de ser alguien diferente, de cambiar su vida, su devenir a mejor. Cuando Prico le preguntó si no le gustaba como era ahora, si había algo de lo que se arrepentía, me mordí la lengua. No era el único, los ojos del japonés brillaron por un momento. Solo las risas de Sörngen al decir aquello de «esto no es un proyecto para débiles con dudas sobre la existencia», me hizo calmarme. Pero también me hizo pensar. ¿Qué era yo sino un débil que se atormentaba sobre la existencia? Temblaba por dentro, no de frío, sino de tensión, de emoción por ver como destrozaban a Andrea.

La entrevista iba a durar. Nos ofrecieron agua. Pasado un rato, también nos ofrecieron *trank*. Me sorprendió. Pasé, debía estar al cien por cien. Prico y su amigo Sörngen se pusieron eufóricos, aquello parece que les dio combustible. No sé muy bien cómo lo hizo, pero Sörngen empezó a apretar a Eva y, tras un rato de tira y afloja que parecía tonto e inocuo, Eva terminó llorando, justificándose, diciendo que no tenía por qué sacar su vida personal para que los demás se rieran de ella. Había sido ella misma, de alguna forma la que poco a poco le dio el hilo del que tirar a Sörngen, como

en un juego. Después de aquello el aire fue más tenso y el resto tuvo más cuidado de lo que decía de sí mismo. Los entrevistadores iban cambiando de preguntas. La siguiente en contestar a sus preguntas era Eva, la chica todavía estaba limpiándose las lágrimas con la manga de su jersey. Sus dedos temblaban cuando cogió el pañuelo de papel que le acercó la entrevistadora.

—Si Veluss va a ser un viaje eterno con gente como vosotros dos, no quiero ir. Señaló hacia mí y se me hizo un nudo en el estómago —luego entendí que se refería a Prico y a Sörge—. Estoy harta de la mediocridad que nos rodea y que creo que en un entorno controlado podemos transformar la sociedad en algo bueno, no lo que tenemos ahora.

—¿Así que piensa que lo que hay ahora no es bueno? —preguntó el entrevistador —, ¿por qué?, ¿qué cambiaría usted?

—Vivimos en un mundo cruel, un mundo donde el que tiene mala suerte o no tiene oportunidades por nacer pobre, está destinado a sufrir, aunque se esfuerce.

—Eso es mentira —replicó Sörge—. Yo soy el mejor ejemplo, mis padres eran pobres. Yo podía haber acabado en la calle cuando murieron, en vez de eso, serví en el ejército durante diez años. Gracias a mi esfuerzo, fui becado y gracias a ese título y mi trabajo, tengo la experiencia que tengo. Soy bueno en mi campo y no le debo nada a nadie. ¿Y tú, puedes decir lo mismo?, tus padres eran de Boston. Allí no hay nivel cero, allí todo el mundo tiene acceso a la educación, hay una renta básica, si la cagas es porque te empeñas. ¿Quién eres tú para hablar de oportunidades? Tú más que nadie deberías callarte y dar gracias por la suerte que has tenido —zanjó Sörge con rabia en la voz.

Eva estaba roja de rabia. Miré a los entrevistadores, no paraban de hacer pequeñas anotaciones en su pod extensible, pero no podía ver qué escribían. Había varios participantes que habían salido limpios de sus enfrentamientos, sin que Sörge o Prico pudieran hacerles mucha mella. Estaba Susana, la chica rubia pequeñita que era hábil esquivando los ataques y siempre salía con una sonrisa, o Pedro, que parecía estar siempre a la defensiva, peligroso, pero pasivo, como diciendo: atrévete a decir algo que tengo la réplica preparada y te voy a hacer polvo. Luego estaba el oriental que parecía estar en otro planeta. Sin embargo, cada uno iba a solas, defendiéndose como podía. Aquello era un ejercicio de grupo, pero estábamos asistiendo a una batalla campal de todos contra todos. Los árbitros lo único que hacían era poner fácil el trabajo de los perros de presa que atacaban a los que respondían a las preguntas.

—¿Ariel?, ¿sigues con nosotros?

—Perdón, me he puesto a pensar en unas frases que dijisteis antes y se me ha ido el santo al cielo. ¿Me puedes repetir la pregunta? —dije después de maldecirme. Justo lo que necesitaba, que pensarán que no me importaba lo que estaban diciendo.

—Tu perfil indica que eres un ciudadano virtual del Jardín de Brin. Cuéntanos por qué te interesa —según oía lo que iba diciendo, sabía qué tipo de comentarios iba a recibir de mis compañeros de al lado. No me podía creer que me preguntaran por

Brin si me había conectado tres veces en toda mi vida. Maldije mi mala suerte. Sonreí y esperé en silencio a que me prestaran atención.

—Bueno, lo más importante de cada mundo virtual es la temática, quiero decir, hay mundos basados en un mundo similar al real, otros mundos, como este, ambientados en un mundo fantástico, con sus particularidades, a mí lo que me gusta es que no se parece mucho a la realidad.

—¿No te gusta la realidad, Ariel? —me preguntó Prico, esperando ansioso mi respuesta.

—No. Me dedico a crear realidades para otros, si me gustara probablemente no sería creador de sueños vívidos, ¿no crees? —le respondí con la mejor de mis sonrisas. Disfruté viendo su impotencia. Los demás también.

—¿También las relaciones virtuales son mejores que las reales? —replicó Prico sarcástico. Me quedé pensando qué responder a ese idiota, cuando ocurrió algo inesperado, Pedro intervino, suave pero contundente:

—Al menos otros buscan con sus mentes lo que seguramente tú buscas con *trank*. Todos huimos de la realidad de cuando en cuando, no veo el problema —expuso Pedro. Inmediatamente continuó Yama, el oriental.

—Yo también uso los mundos virtuales. He creado un mundo desde cero, desde el punto de vista de un biólogo, es fascinante poder recrear un mundo partiendo de lo más esencial y ver como evoluciona e interactúa. De hecho somos varios biólogos los que trabajamos, o jugamos, según se mire, en esta simulación —zanjó el japonés casi sin pestañear, con verdadera pasión contenida.

—¡Ajá! —dijo una de las entrevistadoras.

Sin saber cómo, unos y otros empezaron a hablar, dejando de lado las puyas de Prico y su compañero. Me sorprendió el entusiasmo sincero de aquellas personas, evitando el cinismo y la revancha. Cuando la charla empezó a estancarse, de nuevo los entrevistadores lanzaron una pregunta al grupo:

—Pedro, tú eres matemático. ¿Qué crees que puedes aportar al proyecto Veluss? ¿Qué podéis aportar los demás desde vuestro conocimiento?

—Bueno. Creo que lo que puede aportar un matemático es una visión diferente de la situación. Como un ecoingeniero —y miró a Prico— o un psicólogo —mirando a una de las chicas—, al fin y al cabo, si vamos a fundar un nuevo mundo, necesitamos una visión plural, un mundo donde cada uno aporte su granito de arena. No creo que tenga sentido defender la importancia de las matemáticas, está claro que todos aquí sabemos la importancia que tienen. Puedo aportar una visión más, dar otro tipo de soluciones y ser parte de un equipo.

A mí no se me ocurría nada inteligente que decir, con todos sus títulos y grandes aportes para la humanidad, yo solo podía proporcionar un rato de diversión, ¿qué sería yo?, ¿el payaso de la nave?, ¿el artista? La gente seguía aportando a la conversación, deseosa que supieran que tenía algo que decir. Era mi turno.

—Yo intentaré aportar belleza allá donde vayamos. Sin belleza el mundo no

merece la pena —recordé las palabras que una vez pronunciara Alí ibn Ahmad, mi único maestro.

Nadie tuvo valor de discutir aquella frase. Aunque no duró mucho la tregua, la ciencia estaba muy por encima del arte en aquella mesa.

—Yo, como biólogo, puedo hacer realidad el sueño de dedicar mi vida por completo a la investigación, sin preocuparme de la economía, de trabajar o de problemas mundanos. Es el sueño de todo investigador —agregó Yama.

Ahí lo vi claro. Me parecía que el juego que se traían entre manos Pedro y el *japo* era mucho más inteligente que el de Prico y Sören, y mucho más cercano a mi forma de ser. Las chicas andaban algo desubicadas. Esperaba que entendieran el juego a tiempo.

—Susana, tú que eres psicóloga, imagino que sabes muy bien el tipo de riesgos y problemas que se puedan plantear en una sociedad tan aislada como la de Veluss, encerrada en una nave durante generaciones. ¿Qué nos puedes decir sobre ello?

—Es un tema que me apasiona, he leído todos los trabajos de Roberts y Wilkinson, así como los resultados de los proyectos previos a las colonias de Marte, E. Smith, J. Ramírez y K. M. Kim, son clásicos. Es importantísima una selección previa de participantes que no represente...

—Ya, Susana, perdona que te interrumpa, pero no era una pregunta profesional, sino personal. ¿Qué sientes al participar en un proyecto así? ¿Qué miedos tienes? ¿Qué miedos tenéis todos? —Y miró al resto de los participantes de la sala.

—Yo tengo miedo... —saltó apresuradamente Andrea— a darme cuenta de que me he equivocado y ya no poder volver atrás —Eva asintió, como si se apropiara de ese mensaje y añadió que su miedo era tomar una decisión errónea y darse cuenta demasiado tarde.

—Yo tengo miedo a no estar a la altura —dije. Sörge me miró como si fuera un inepto.

—No tengo miedo, claro que hay riesgos, pero no tengo miedo. Embarcarse en un proyecto así con miedo es un suicidio —añadió Sörge, mirándonos a todos desafiante, barriéndonos a todos con la mirada.

Seguimos debatiendo acerca del miedo. Llevábamos más de tres horas sin descanso y estaba agotado por la tensión. Empezaba a perder el hilo de las conversaciones y perdía la paciencia cuando alguien empezaba a hablar y entendía a donde quería ir pero aun así tenía que esperar a que terminara de decirlo. Las dos maestras eran muy lentas y torpes, tenía ganas de cortarlas, pero me contuve. Prico no podía callarse. Tenía que interrumpir a Susana cuando hablaba de la pena de muerte que regía en todos los bloques desde antes que ninguno de nosotros hubiéramos nacido.

—Estoy de acuerdo de que esa ley siga vigente, y más en un entorno cerrado —afirmaba Prico, vehemente y seguro de sí mismo.

—Yo no, añadió Yama. Yo asentí con la cabeza, casi con aburrimiento por lo

tópico del tema. Después de las guerras de la Yihad, hasta los países islámicos sabían que la muerte segura como castigo era el mejor aliciente para la inmolación.

—Nunca apoyaría algo así —rebatí Susana. Las otras dos chicas asintieron. Sörge se reía y me miraba.

—Todo esto es muy teórico, ninguno hemos matado nunca a nadie como es normal. Imagino que todo cambiaría si al aceptar esa ley tuviéramos que ser los verdugos, al fin y al cabo, es una responsabilidad como ciudadano como otra cualquiera —dijo Pedro.

—Teoría, teoría. Yo estoy cansado de vaguedades. En el fondo todos podemos decir palabras bonitas ahora y luego cambiar de opinión, ¿qué más da? —dijo Sörge con vehemencia. Se notaba que estaba al borde de perder los nervios. Se hizo un silencio general. Todos parecíamos cansados. Nerviosos. Había mucha tensión acumulada, y era palpable para los que supieran observar. De nuevo, los entrevistadores, intervinieron para desbloquear la situación.

—Ariel, en mis registros veo que fuiste soldado en zona de guerra durante varios años. ¿Alguna vez disparaste contra alguien? —preguntó el entrevistador, que apenas había participado.

—Sí —respondí sin entusiasmo. El silencio abofeteó el grupo.

—¿Mataste a alguien? —preguntó Prico divertido.

—Sí —respondí sin bajar la mirada.

—¿Serías capaz de matar de nuevo? —volvió a preguntar.

—Todos lo seríamos. Créeme —respondí.

A mi pesar, nadie alegó nada. La entrevistadora más alta volvió a animar la sesión con otra idea.

—Bueno. Vamos a hacer un ejercicio. Imaginad que se presenta una crisis y debéis escoger a dos personas de las que estáis aquí, explicando por qué. Escribidlo en vuestras pantallas —hizo un gesto sobre su pod y la mesa activó un panel táctil invisible hasta ese momento—. No hace falta que sea una exposición razonada, tenéis solo cinco minutos, sed breves y concisos.

«Bueno, esta era la prueba final», pensé. Miré al resto de mis compañeros. Nadie me elegiría. Si esa era la prueba ya estaba fuera. No había sido capaz de intervenir de forma eficaz, no era un líder, no era capaz de apoyar a nadie con problemas y además era evidente que me parecían todos unos niños o unos soñadores, las primeras horas podía disimularlo, pero no en la última hora, cansado y malhumorado. ¿A quién poner? Tenía claro a quién no poner, pero además tenía que poner las razones y que no parecieran estúpidas.

Cuando el tiempo se agotó. Empezaron a repasarlas directamente en sus pantallas portátiles. Vi algún esbozo de sonrisa, algún comentario en voz baja entre ellos, pero no miraron a nadie. ¿Se acabó?, pensé. Pero no, teníamos más sorpresas.

—Bueno, ahora vamos a leer en voz alta lo que habéis puesto. Vamos a empezar por Pedro. Oía algún murmullo a mi derecha, y gestos de sorpresa en casi todos los

participantes. A mí se me escapó una risita. Vaya hijos de puta, pensé.

—Susana, por ser una persona equilibrada y moderada, sería útil para tomar decisiones. Yama por ser preciso y porque creo que es una persona segura de sí mismo y acostumbrado a decidir de forma razonada. Siempre es bueno contar con gente así ante un problema.

Yama y Susana se sintieron incómodos al ser nombrados, y Susana no pudo evitar sonreír ligeramente. El resto nos miramos con suspicacia, no imaginábamos que fueran a leer en voz alta delante de todos lo que habíamos escrito.

Luego vino lo que había escrito Eva.

—Elegiría a Andrea por ser la persona más compatible y afín a mi forma de pensar, creo que juntas formaríamos buen equipo. Creo que Ariel sería la segunda persona, pues me parece una persona con sensibilidad y fácil de encajar en un equipo sin que ofrezca resistencia ni una confrontación constante.

No me gustaba ser el perrito de la guapa, pero era mejor que nada.

Le tocó el turno a Andrea.

—Prico, es alguien fuerte y seguro de sí mismo, útil en una situación donde necesite apoyo y firmeza. Susana, para equilibrar la balanza, y porque creo que es hábil con las personas. Es una persona con empatía y carácter. Me gusta su forma de pensar y de aportar ideas. Genera buenas sensaciones.

Me reí por dentro. Buenas sensaciones.

Luego vino el turno de Prico. No me sorprendió mucho.

—Sörge y Yama. Ambos son dos personas centradas, fuertes y con las ideas claras. No tengo nada en contra de los demás, pero creo que el criterio de selección aquí debe ser escoger gente fuerte, que no se venga abajo ante una crisis.

Sörge sí que no me defraudó.

—No elegiría a nadie. Ante una crisis ninguna de estas personas me ofrece confianza. No podría darles ninguna responsabilidad ni poner la vida de otros o la mía propia en sus manos. Necesitaría más tiempo para poder confiar en alguno de ellos. A veces es mejor estar solo que mal acompañado.

Yama fue el siguiente:

—Es un ejercicio teórico con poca aplicación práctica, pues no nos conocemos lo suficiente, por lo que probablemente mi elección dependiera de qué tipo de situación tuviéramos que afrontar. Quizás escogiera a los que tuviera más cerca en ese momento y casi con total seguridad, mi decisión sería diferente después de convivir con ellos unos días. En cualquier caso, y dado que es necesario escoger una pareja para un caso práctico genérico, escojo a las dos personas que representan caracteres menos conflictivos, más polivalentes y moderados: Susana y Ariel.

Un punto por el *japo*, el más listo de todos. Yama era el único con un razonamiento lógico y objetivo.

Era mi turno. Ahí vamos, pensé.

—He intentado imaginarme una situación crítica donde no tuviera más remedio

que elegir a dos personas de los que estamos aquí. He imaginado muchas situaciones diferentes y en cada una de ellas creo que escogería una pareja diferente. Sin embargo, hay dos personas que no elegiría: Sörgen y Prico. Me cuesta pensar en una manera de trabajar en equipo con ellos de igual a igual. Sería una pelea constante.

—Bueno, Ariel, te nos has adelantado un poco, pero veamos la última respuesta, de Susana —respondió una de las entrevistadoras.

—Yama y Ariel. Yama es eficiente, metódico, y directo, no pierde el tiempo. Ariel me parece capaz de encajar en cualquier grupo, tiene un sentido de la justicia muy importante y tiene una gran empatía, muy útil para solucionar problemas en equipo.

La entrevistadora sonrió a Susana dándole las gracias y explicó el siguiente paso de la prueba.

—Bueno, creo que nos vamos acercando. Ahora vamos a repetir el ejercicio anterior, con las mismas condiciones, pero debéis en cinco minutos elegir a cuatro personas que no elegiríais para este proyecto, y razonarlo de forma breve.

Eran listos. Ahora se descubrían las cartas. Tal como había sospechado, era un juego de eliminación y los que se habían planteado lo contrario ya habían descubierto sus cartas. Los daba por eliminados. Apostaba porque otras dos a eliminar serían Eva y Andrea. Podían parecer más agradables, pero lo que habían puesto por escrito, reflejaba cómo eran de verdad. Todos esperábamos que leyeran en voz alta los resultados finales, pero esta vez nos dieron las gracias y la prueba se terminó. Nadie se despidió de nadie. ¿Competidores?, ¿aliados?, ¿futuros compañeros? Pensé que probablemente jamás volvería a ver a ninguno de ellos.

POLICÍA

No pasaron ni tres horas cuando recibí el siguiente mensaje de la organización. Había pasado la prueba. Sin embargo no tuve tiempo de celebrarlo. Tras ese mensaje, recibí otro de la policía metropolitana de París. Querían hablar conmigo. Me citaban de inmediato en la comisaría del xv distrito, en la calle Lecourbe. Era un edificio antiguo y corroído por el agua y el tiempo. Gris y desgastado. Sin embargo, en su interior, sus paredes lisas y pulidas estaban repletas de tecnología y pantallas de holo. La humanidad y sus olores llevaban acompañando ese edificio desde hacía siglos. La policía y sus enlaces en la sociedad hacían que todas las salas de interrogatorio fueran desagradables.

Hacía mucho tiempo que no estaba tan cerca de un alfa. Supe que lo era cuando me trajo el café y alabó mi trabajo, servicial y educado. Era un tipo bastante mayor, detective, según dijo. Sus otros dos compañeros eran los que hacían las preguntas difíciles y él quien quería ganarse mi confianza. No me contaron nada concreto, solo que necesitaban hablar conmigo para aclarar cierta información. Cuando me presenté en la comisaría, el alfa, que se llamaba Roger, me sacó del barullo de gente que atestaba la comisaría y, tras un laberinto de pasillos mugrientos y oscuros, acabé en una sala de interrogatorios. Había decenas, todas llenas de gente. Los gritos y los lloros se oían a través de las paredes. Policías de expresiones duras y ojeras grasientas me sondearon con la mirada, llevados por la costumbre. El aire estaba cargado y olía a sudor, y a miedo. Roger me hizo entrar en la sala que tenía una mesa metálica y varias sillas de material plástico. Las paredes eran de cemento sin pintar, sin decoración alguna. Llegaron dos hombres, sus compañeros: Karl y Jerome. Dos hombres de mediana edad, altos y con mirada sombría. Karl era rubio y su pelo color paja le caía por la cabeza de forma desordenada. Jerome, casi de la misma altura, era algo más joven y sus ojos azules, hundidos en sus cuencas le daban una apariencia teatral. Ambos vestían con pantalones oscuros y chaquetas de cuero, sus armas sobresalían por debajo de la chaqueta sin que ellos prestaran atención. El metal estaba gastado y lleno de arañazos. Debía ser difícil ser policía en una ciudad tan poblada. Sin darme ninguna explicación, comenzaron con las preguntas.

—Buscamos información acerca de dos personas, Chloe Dubois y Franco Verdi. Creemos que las conoce, ¿es así? —preguntó Karl.

Sabía que no se andarían con rodeos. Lo mejor era contar todo. Del tirón y sin pausa. Hacía semanas que no sabíamos nada de Chloe, pero lo de Franco era nuevo para mí.

—Sí. Realizamos una grabación hace unas semanas. Sustituí a Franco en una producción.

Miré a los tres conteniendo cada tic de mi rostro, no se me ocurriría bromear con ellos, en ninguna circunstancia. Para ellos, solo era un saco de dinero extranjero. Solo

buscaban una excusa. Cualquiera sería buena.

—¿Qué sabe de la señorita Dubois? —preguntó Jerome, sus ojos se clavaban en mí como arpones. Era imposible sacudirse esa mirada.

—Poca cosa. Quizás se acostaba con el productor. Era muy joven, no creo que tuviera las ideas muy claras.

—¿A qué se refiere? —preguntó Karl.

—Este es un mundo más complicado de lo que la gente cree, no basta con una cara bonita y con acostarse con los productores. Al menos no con la mayoría.

—Continúe por favor —me pidió Karl.

—Si te acuestas con todos, tarde o temprano se enteran y te dejan de llamar, porque saben que ya no pueden confiar en ti. Imagino que Chloe es de esas, pero no puedo estar seguro —hice una pausa. Esperaban más, así que proseguí—. Solo he trabajado un par de veces con ella, no es el tipo de chica con la que trabajo a gusto.

—¿Qué tenía de diferente este trabajo del que comenta?, usted es director de sueños vívidos, o eso tengo apuntado aquí. Además uno bastante conocido, según he oído —dijo Jerome sin perderme de vista.

Me pareció que aquel tipo ya sabía todo lo que se podía saber de mí, que era mucho. Me daba un miedo atroz hablarle de las neurorrélicas, pero pensar en ocultarle algo era estúpido. El alfa podía oler esas omisiones. Hasta ahora no había hablado, pero sabía que no perdía detalle de cada gesto, cada mirada.

—Sí. Estábamos probando una nueva tecnología: neurorrélicas —confesé. Sabía que llegaríamos a ese punto antes o después. El alfa sonrió de forma leve, sin dejar de observarme. Sus ojos brillaban inteligentes y ocultos bajo una falsa sonrisa.

—Imagino que sabe que no es legal —cortó Karl.

—Tampoco es ilegal, o eso tengo entendido. Si he hecho algo ilegal, estoy aquí y se lo estoy contando de forma voluntaria, no tengo nada que ocultar —les miré, buscando algo en sus rostros que me diera alguna pista. Nada.

—Continúe, por favor —sugirió el alfa con una sonrisa lenta y voz amable.

—Bien. Era un proyecto nuevo que comenzó Franco, pero ni a mí ni al productor nos gustó como se desarrollaba —iba diciendo.

—¿Por qué? —cortó de nuevo uno de ellos.

—Era pornografía —dije.

—¿Y?

—Ni el productor ni yo queríamos hacer ese tipo de trabajo.

—Sin embargo, el resultado final, no deja de ser pornografía —replicó Jerome. Sus palabras no decían nada desagradable, pero por su manera de decirlo había algo más.

—Bueno, puede considerarse así, no lo niego. Si han visto la serie, el primer capítulo es el que hizo Franco, el segundo y sucesivos son míos —informé. Me ignoraron.

—Fue usted quién sugirió incluir a la señorita Dubois en sus filmaciones, ¿es

correcto? —preguntó de nuevo Jerome. Karl llevaba tiempo navegando en su pod, buscando algo.

—Sí —confirmé.

—¿Por qué?

—Era una chica dispuesta a hacer lo que fuera y no representaba competencia para la estrella principal, encajaba en el papel y era atractiva. Además, teníamos restricciones de presupuesto y era la amiga del productor.

—Se refiere al señor Lechamps, ¿cierto? —preguntó.

—Así es —confirmé.

Karl tocó en el hombro a su compañero y se retiraron unos segundos, cuchichearon y salieron de la habitación, diciéndole al alfa por gestos que se quedara conmigo. Intenté permanecer tranquilo, pensando en cómo afectaría esto a mi relación con Eduard. Fuera lo que fuera no pensaba jugármela por él. Él era intocable para ellos. Yo no.

—¿Trabajaste en la frontera? —preguntó el alfa con gesto de interés genuino.

—Sí. Hace tiempo de eso.

—¿Disparaste alguna vez a algún ilegal? —preguntó sin disimular que estaba disfrutando.

—Sí —respondí sin dudar—, pero estaban lejos y nunca supe si realmente les acerté. No es una cosa sobre la que piense mucho —dije.

Era la segunda vez en menos de un mes que alguien me preguntaba si había matado a alguien. A pesar de las decenas de asesinatos diarios que había en París, más las decenas de suicidas que morían en la oscuridad del piso cero, la mayor parte de la gente no había visto morir a nadie. La muerte era algo conocido pero lejano para la mayoría.

—Eres un tipo peculiar —dijo mirándome con interés. Su mirada me parecía mucho más humana que la de sus compañeros. Qué fácil era caer en el error.

Sus compañeros volvieron y se volvieron a sentar.

—De momento hemos terminado las preguntas, puede volver a su vida. Por favor, si tiene cualquier información nueva o algo que se le haya pasado, o que crea que nos pueda ser útil, llámenos. Es importante.

—Por supuesto.

Nos estrechamos las manos y salí de la comisaría. Fuera lo que fuera que estuviera ocurriendo no debía ser nada bueno. Era la primera vez que un alfa y dos oficiales de policía me interrogaban desde que estaba en París. Salí pensativo, sin darme cuenta de lo que estaba haciendo. La comisaría no estaba muy lejos del centro, apenas a una docena de kilómetros, pero el barrio no era bueno, ni siquiera para mí. A pesar de que había dejado el coche aparcado en un *parking* vigilado, un guardia armado con un rifle de asalto, me indicó que no me saliera del camino protegido por

la alambrada electrificada y el muro de vitroacero. Era un túnel transparente, lleno de arañazos y manchas amarillentas que atravesaba una zona deshabitada hasta el depósito de coches. Debajo, protegido por el muro, podía observar a los cientos de pobres desgraciados que se arrastraban entre cartones, basura y cuerpos semidesnudos en trance. La luz artificial de las autopistas que tenían encima, solo servían para ver como la ceniza, el polvo y la suciedad caía casi de forma imperceptible, pero imparable. Solo la lluvia artificial impedía que aquellos miserables se ahogaran enterrados con ella. Uno de ellos saltó hacia mí, y rebotó contra la gruesa pared. Su mirada animal no me asustó. Ya la había visto antes. Daba igual el lugar, la locura siempre se parece. Golpeó la pared con las manos desnudas, hasta dejar rastros de sangre roja en la pared. Aulló, rio y lloró. Lo dejé atrás evitando pensar en lo que significaba que la policía me interrogara. Los centímetros de vitroacero que me separaban de aquel desgraciado eran mucho más seguros que mi posición en aquel país. De la noche a la mañana podía ser yo el que golpeará el vitroacero, rabioso por haberlo perdido todo.

Cuando llegué al coche seguía inquieto. Joanne no me contestaría la llamada. Carlos estaría encerrado en la torre, o en su mundo virtual. Necesitaba aire. Necesitaba algo, pero no sabía qué. Sí, gritar, y que el sonido de mi voz rebotara, en silencio. Eco en el silencio, montañas en la oscuridad, aire con olor a pino húmedo. Nada en el mundo podía comprarme eso ahora. El pino solitario más cercano estaría a cientos de kilómetros y sería propiedad de alguien más rico que yo. Ya ni siquiera había piedras sin dueño. Todo tenía dueño, incluido yo. Me resigné a volver a la torre, pero sin prisa. Recorrí zonas de los suburbios que hacía años que no recorría. Cuando llegué a París me fascinaba su fealdad, su abandono y su repugnante olor a degradación, a metal oxidado, a madera podrida y agua estancada. La miseria era tan vieja que estaba pegada a todo. Allí era donde vivían los ilegales. Gente tan miserable que ni siquiera salía rentable deportarlos al otro lado de cualquier frontera sur. Dejarlos morir, en unos meses o en un par de años, era más barato y menos problemático. Todavía existían personas que se preocupaban por ellos, pero ni siquiera ellos tenían el valor suficiente para descender hasta allí abajo, esa parte del piso cero donde los mugrosos podían permitirse el lujo de sentirse poderosos. Allí, donde las mujeres vendían sus cuerpos por migajas. En París era imposible morir de hambre. Había dispensadores gratuitos de comida y bebida por todas partes, el problema no era como en África. El problema era que no había salida, no había nada, solo un eterno gris, en suelo, paredes y cielo. No había pájaros, solo coches repletos de luces rojas, azules y amarillas. Coches que iban y venían, pero que nunca paraban. No eran peligrosos, no más que cualquiera. Algunos iban vestidos con harapos, otros podían pasar por gente normal. Algunos pretendían salir de allí, trabajando y esforzándose. Era más fácil integrarse viniendo de África como ilegal que intentar salir de esos guetos. Sin embargo, allí es donde hice mis primeros amigos en Francia. A su manera, esa gente daba mucho más de lo que recibía. Ya no eran capaces de

apreciar nada, habían perdido la capacidad de hacerlo desde varias generaciones atrás. De padre a hijo se transmitían esa quietud, esa derrota total.

Ahora lo recordaba, no había vuelto desde los tiempos de Greta. Aquella chica, había salido de allí. Fuerte, de piel gruesa a cualquier comentario, a cualquier opinión. Aunque por dentro llorase al ver el sol, al sentir la brisa o al sostener entre los dedos una flor. Por fuera, parecía de barro cocido. Cuando usé su mirada para uno de mis primeros trabajos, todo el mundo me preguntó quién era aquella chica. No habían visto nada igual. Todos querían conocerla.

Y eso hicieron, sin darse cuenta de que ella no estaba preparada. Su piel, gruesa, no pudo soportar descubrir que el mundo, más allá de su frontera, tenía otro límite aún más infranqueable: El cielo no existía. Después de todo, todos estábamos atrapados.

Cuando se cortó las venas en mi primer apartamento, fui incapaz de decírselo a su familia. Habían pasado siete años, pero parecía que hubiera ocurrido en otra vida. También fue la última vez que me enamoré de una modelo. Juré no hacerlo nunca más, no volver a destruir nada hermoso. Alrededor de mí había decenas de chicas como ella. Hermosas, bajo aquellas miradas perdidas y sus harapos, bajo aquellos hombros hundidos y brazos llenos de cicatrices y quemaduras. Podría comprar su compañía, su cuerpo, e incluso hacerlas reír. Podría hacer brillar sus ojos, con historias, con maravillas. Pero tarde o temprano, verían que lo que parecía la realidad, no dejaba de ser otro sueño.

MIMOSAS

Era una cueva oscura. Una tenue luz surgía del agua que me llegaba hasta las caderas, dotando a la caverna de juegos de luces y sombras azuladas bailando alrededor mío. El agua estaba templada, casi caliente, y los peces plateados y rojos volaban entre mis rodillas jugando al escondite. Un olor a jazmín flotaba sobre la bruma. Musgo y pequeñas flores, aún tiernas, rodeaban los peñascos que sobresalían. Como un pastor entre los peces, caminé hacia delante, guiándolos por sus propios dominios, paladeando el sabor dulce del vapor. Las paredes de piedra eran suaves al tacto, como algodones pétreos. Una gota de agua cayó sobre mi frente, la cueva entera lloraba en silencio y las gotas que caían aquí y allá, eran el único sonido vivo. El ritmo de las lágrimas y el roce de los pececillos sobre mis piernas me acompañaron un rato, hasta que la oscuridad de la cueva terminó bajo la luz de la Luna que, colgada en el cielo, iluminaba un bosque alrededor del río. La brisa refrescó mi rostro y seguí caminando. El susurro de las hojas de los árboles acompañaba una noche cálida, casi pegajosa.

Al principio pensé que eran pájaros, extrañas aves de plumas de terciopelo. Pronto supe que no lo eran. Escuché palabras. Palabras extrañas, pronunciadas por una voz de niña. Susurros, ecos. Los propios árboles acompañaban aquella canción en completa armonía. En el silencio entre estrofas, ni el viento se atrevía a soplar, como si la naturaleza contuviera el aliento por respeto. Yo mismo dejé de respirar hasta que, de nuevo, la voz vino a mí. Sentí que me llamaba, pese a las palabras incomprensibles. Seguí el río, buscando el origen de aquella voz desconocida y frágil. Los peces trotaban a mi lado, deseando llegar, indicándome el camino. Incluso parecía que las piedras bajo mis pies se aplanaban, haciéndome el paso más fácil. Las estrellas parpadeaban alegres. Su voz se hizo más dulce, más próxima. Estaba cerca. Podía oler el aroma de jazmín, mezclado con otras flores para las que no tenía nombre. Un olor dulce y ligero, huidizo. Se escondía y volvía a aparecer en mi consciencia. Era incapaz de atraparlo, pero cada vez que respiraba estaba ahí, como los peces y las estrellas. Amarillas. Me imaginaba esas flores amarillas y con grandes pétalos carnosos. No vi flores, solo los grandes ojos de una muchacha, casi una niña, que cantaba en un idioma desconocido para mí. Aquella canción se repetía una y otra vez de forma hipnótica. Caminó hacia mí sumergida hasta la cintura, era menuda y delgada. Bajo la luz nocturna resaltaba la palidez de su piel. Su largo cabello fluía sobre sus hombros y sus pequeños pechos. Sus labios me sonrieron sin dejar de cantar. Los peces nos rodearon y ella siguió susurrando aquella canción, aquellas palabras líquidas en mis oídos, cosquillas en algún lugar de mi interior. Parpadeó lánguida, sus pestañas no tenían prisa. La luz de la luna se reflejaba sobre su nariz, iluminando solo la mitad de su rostro. Su ojo izquierdo brillaba, verde y cristalino, como el agua. La contemplé sin prisa, buscando peces que nadaran en aquella inmensidad. Su canto se convirtió en un susurro y se acercó hacia mí muy despacio.

Sentí su aliento sobre mi cuello y el tibio roce de su piel sobre mi brazo. Ella era la flor amarilla. Como un campo de melocotones en verano, su esencia dulce me desbordó. Sus labios rozaron mi oreja y un lento escalofrío bajó nadando por mi espalda. Paró su canción para reír y observarme con curiosidad, apenas a un palmo de distancia. Sus labios volvieron a cantar para mí, en silencio. Se giró hacia el río y sus dedos buscaron los míos. Me indicó que la siguiera, sin palabras. Volvió a cantar aquella canción alegre. Suave, dulce, sin prisa. Suspendido en aquellas hojas amarillas, flotando entre los peces. La seguí. Minutos, horas. Mil latidos mal contados. Cuando se daba la vuelta hacia mí para sonreírme veía su perfil y me estremecía: era el ser más puro que había conocido.

El río se ensanchó, hasta convertirse en un pequeño lago. Allí otras criaturas me esperaban, igual de hermosas, hermanas mellizas de aquella joven que aún me sujetaba la mano. Sus hermanas me dieron la bienvenida con curiosidad. Revoloteando alrededor de mí. Rozando con las yemas de sus dedos mis hombros, mi pelo, mis manos. Pacientes, escuchaban la canción de su hermana, que se balanceaba de forma plácida sobre el agua, flotando cerca de mí. El agua se hizo más profunda de repente y dejé de hacer pie, pero ella me sujetó la mano y me abrazó. Sentí por primera vez el tacto de su cuerpo sobre el mío, de sus manos sobre mi piel desnuda. Entornó los ojos con ternura. Calló. Suspendidos sobre el agua, solo se escuchaba el murmullo de una cascada lejana y las apagadas risas de sus hermanas que habían ido ya a la orilla y nos esperaban fuera del agua. Sin abrir los ojos, sus labios rozaron los míos. Poco a poco nos besamos. Flotando en aquella ingravidez, la humedad de su boca me inundó. Cerré los ojos y me hundí en aquella sensación de pérdida, de total abandono. Abrazado a su piel, encerrado en sus besos, llegamos a la orilla. Sus hermanas nos ayudaron a subir y tras sus manos llegué a sus labios. Ellas también me besaron y recorrieron mi piel húmeda, compartiendo con su hermana aquella intimidad, aquel aroma dulce y fresco. Su piel bajo la mía, sus risas cortas y alegres fluyendo sobre mi cuerpo. Sus cabellos desparramados sobre mis piernas. Lloré de placer, de dicha y me perdí en aquel bosque de gemidos.

Horas. Minutos. Vidas. Mis oídos despertaron, poco a poco, bajo el ronco sonido de otras voces. No recordaba haber cerrado los ojos, los abrí despacio. Seguía siendo de noche, pero ya no había luna. Ya no había cantos en la brisa. Sonidos ronc, gemidos cortos y rotos. A mi lado, otros hombres gemían de placer haciendo el amor con aquellas criaturas. Un picante y dulzón olor ahogaba mis sentidos, olor a sexo y sudor gastados, usados. Sobre mí, ella se balanceaba una y otra vez, pero su canción ya no era un susurro cálido sino un gemido roto y desabrido. Monótono. Su rostro, desfigurado por la tensión, parecía vulgar y malgastado. Sus ojos ya no eran estanques cristalinos, sino pozos turbios. Una mueca burlona reemplazaba su sonrisa. Su inocencia había desaparecido. Intenté moverme, huir. Mi cuerpo no respondía, lánguido e insensible, dominado. Mientras, ella me usaba a su antojo, desbastándome como a una rama de abedul, riendo a carcajadas, ásperas y desagradables.

Desperté jadeando y bañado en sudor frío. Eran las cinco y cuarto de la madrugada. La imagen vívida de aquellos ojos turbios y aquella mueca cínica permaneció en mis retinas sin poder quitármela de la cabeza. A ciegas, fui al baño y me mojé la cara sin atreverme a mirarme al espejo. La imagen poco a poco se desvaneció y las luces de los rascacielos bajo mi ventana la sustituyeron como un pesado manto de luces muertas. Pronto amanecería. Aquel aroma dulce y fresco volvió a mí por unos instantes. Quise llorar, sin saber por qué. Tomé dos dosis de *trank* y rogué para que hicieran efecto pronto. Ni siquiera pensar en Joanne me quitó aquella sensación de encima. Algo malo se cernía sobre mí y nadie podía evitarlo.

MICHELLE

No estaba preparado para afrontar otra prueba. Llevaba varios días encerrado en casa eludiendo, incluso, mis compromisos profesionales. Para mi mayor desesperación, había recibido un segundo sobre negro. Esta vez color púrpura, avisando de que, si no pagaba, sería denunciado a la policía. No tenía ni dinero ni posibilidad de tenerlo a corto plazo si lo de Eduard no se reactivaba. Empezaba a obsesionarme con Veluss y había leído todo lo que se movía por la red. Era consciente de que mucha de la información que se publicaba era falsa o estaba manipulada a propósito. De nada me valía negar lo evidente: estaba nervioso. La organización de Veluss ya me había demostrado que no hacían las cosas a medias y que se tomaban muy en serio su plan de selección. Llevaba meses haciendo test, superando entrevistas personales y ya había pasado un par de pruebas de grupo que, por su complejidad, dejaba claro que iban muy en serio. Comparado con el tipo de gente que había tratado gran parte de mi vida ellos eran metódicos, serios y sin dejar un solo detalle al azar. Esta era la cuarta vez que visitaba el cuartel general en Francia de la organización. El complejo que habían construido en las afueras de París era un monolito blanco brillante, sin ventanas. Impresionaba el hecho de que fuera un bloque de cemento pintado de blanco, sin ningún tipo de marca. La entrada era subterránea, por lo que el edificio, no muy alto, de unas cien plantas, se alzaba indiferente, como una gigantesca escultura, reforzando ese carácter neutro y distante de su filosofía.

Aunque tenían docena de androides de información y sistemas de información en todas las paredes, busqué a la única persona de carne y hueso que atendía al público. Una mujer mayor de pelo escarlata. Miró su consola y me indicó el número de sala donde me esperaban. Yo siempre prefería tratar con personas, por lo general ofrecían información diferente, aunque no fueran conscientes. Aquella mujer confirmó mis suposiciones de que por aquel edificio pasaban miles de personas al día y la mayoría prefería preguntar a los androides. Su sonrisa fue un buen comienzo.

Llegué a la sala. Me estaban esperando. Los franceses eran de una puntualidad indecente. Sin más explicaciones me indicaron que me desnudara y me dieron una bolsa con ropa, para que me vistiera con ellas. Era un mono corto de tela gris y unas zapatillas del mismo color. Dejé todas mis pertenencias en una taquilla minimalista. Todo lo que me rodeaba era aséptico y neutro, con una iluminación que cubría todas las esquinas y ángulos de las diferentes estancias por las que pasé. Alguna persona había dedicado su tiempo a diseñar esa ambientación, no había sombras y, sin embargo, la luz era tenue. Transmitía seguridad, saber que estabas en buenas manos, de gente que sabía lo que hacía. Gente poderosa como para hacer algo así sin un beneficio económico inmediato, con un propósito a largo plazo. Era completamente opuesto a lo que nos rodeaba a diario: inmediatez, saturación sensorial y cambio constante. Lo que veía en ese momento pretendía ser atemporal.

Al salir del vestuario me topé con dos guardias armados que me indicaron hacia dónde tenía que ir. A pesar de su amabilidad, me inquietó ver armas tan de cerca. Eran armas militares, no de simples guardias de seguridad. Conocía la diferencia. Traspasamos una puerta que daba a un pasillo. Tras él, se hallaba una sala. Nada más entrar noté las miradas de los siete desconocidos que había en su interior, eran los otros participantes de la prueba. Todos vestidos con la misma ropa que yo.

Era una amplia sala rectangular, con un pasillo al fondo que daba a otra sala. Las paredes de todo el lugar eran de algún tipo de material sintético, liso y sin dibujos, de color gris rojizo. Parecía cemento, pero no lo era, la luz reflectaba diferente. La luz, tenue pero demasiado fría para mi gusto, salía de la intersección entre las paredes — lisas— y el techo. La única decoración que había dentro eran ocho sencillas mesas de metal y ocho sillas del mismo material, colocadas en dos hileras de cuatro a lo largo de la habitación. Parecían bastante sólidas. No había forma de saber cuál era mi sitio, pero dado que llegué el último me dirigí a la única silla libre, al fondo de la sala.

Mi posición me dio la oportunidad de observar bien a mis competidores. Estaba nervioso, excitado. Era emocionante, divertido. Cuando empecé, hace meses, no podía prever que me acabaría gustando más de lo que podría admitir. En la primera fila había dos tipos, serían más jóvenes que yo, pero no por mucho. Uno de ellos, me miró de forma desafiante. Estúpido, pensé —y le sonreí—. En la segunda y tercera fila había cuatro chicas, todas bastante jóvenes. Ninguna tenía nada de especial, aunque una de ellas, en la segunda fila, tenía una mirada bastante peculiar, borrosa; y la otra un llamativo pelo azul y los brazos tatuados. Tome nota mental. En la fila de atrás, al lado del único sitio libre, había un gordito con bigote que me sonreía. Tenía pinta de ser un tipo divertido. Me senté en la silla libre que se encontraba a su lado.

El ambiente era tenso. Nadie decía nada. Esperé y observé lo mejor que pude. Nadie se movió de su asiento y la mayoría de los presentes se limitaban a mirar de soslayo a sus compañeros, sin girar la cadera ni la cabeza. Al mío lo había calado rápido: Vicioso, divertido, tenía ese brillo en los ojos y esa sonrisa que derramaba sus pensamientos sin control. El tipo parecía disfrutar con la visión de las pantorrillas de las dos chicas que tenía delante. Eran muy jóvenes, una probablemente estaría en el límite de edad. Manos finas y delicadas. No podía ver mucho más. Sin ropa no tenía más pistas, todos llevábamos el mismo tipo de mono, ancho, corto y sin ceñir. El único que lo rellenaba un poco era mi amigo el del bigote, que no dejaba de mirarme con curiosidad mal disimulada.

En la sala entraron los dos guardias de seguridad con un tipo alto, de pelo largo entrecano, y gesto adusto. Este último iba vestido con una ridícula chaqueta blanca y unos pantalones grises que le quedaban cortos. Aquel me pareció el primer fallo de la organización, permitir que individuos como ese liderasen una prueba. No podía tomarme en serio a alguien que no se miraba al espejo por las mañanas.

—Bienvenidos a todos —comenzó con un tono monocorde y neutral— la prueba es sencilla y tiene un tiempo máximo de veinticuatro horas. A continuación les vamos a entregar un papel a cada uno. El propósito de esta prueba es averiguar lo que está escrito en los papeles del resto de participantes. Hizo un gesto y mostró la puerta que tenía detrás de mí. Nos informó que en ese pasillo estaban los aseos y una par de salas de descanso. Podíamos movernos por donde quisiéramos, pero no salir por la puerta por donde habíamos entrado. Al poner un pie fuera de la sala se consideraría que renunciábamos a participar en la prueba, con las consecuencias que tuviera en el proceso de selección del proyecto Veluss. También seríamos descalificados inmediatamente si decíamos la frase clave: «Me elimino voluntariamente», en voz alta. A continuación se dirigió a cada uno de nosotros, por nuestros nombres, entregándonos un papel doblado a cada uno. Pidió que nadie mirara el papel hasta que no hubiera salido. Cuando lo hizo, un reloj se hizo visible en la pared del fondo. Era una cuenta atrás. Los dos guardias se quedaron en el pasillo, detrás del marco de la puerta.

En la pared, debajo del reloj se podían leer ocho nombres: Gustav, Alan, Lea, Michelle, Elia, Nadia, Stan y Ariel. Desdoblé mi papel, que tenía un tacto inusual. Solo había una palabra, un nombre. Larstrom.

Miré a mis compañeros, algunos de ellos me estaban mirando. Todos nos mirábamos extrañados. La prueba no podía ser tan sencilla. Volví a mirar el papel: «Larstrom». Bien claro, miré de soslayo a mi compañero de al lado, le sorprendí intentando mirar mi papel, por reflejo, lo cerré de nuevo. Me acordé de los consejos de Andelain, pero las cosas no podían ser tan sencillas. Veinticuatro horas, ropas iguales para todos, cuatro hombres, cuatro mujeres. No podía ser tan sencillo. El resto de participantes podían estar haciéndose la misma pregunta. ¿Qué pondría en su papel? Ese apellido era nórdico, el único con pinta de nórdico era Gustav, el tipo que se sentaba en la primera mesa, a la izquierda. Me levanté con papel en la mano. No supe donde guardarlo, el mono no tenía bolsillos y la ropa interior era demasiado holgada para guardármelo ahí, así que lo llevé en la mano. Cuando estuve a su altura, toqué su hombro.

—Hola, soy Ariel —dije ofreciéndole mi mano. Me miró desconfiado y dudó durante unos segundos.

—Gustav —respondió como presentación, sin ofrecerme su mano ni estrechar la mía. Esperó a que yo añadiera algo. Dudé ante la posibilidad de cometer un gran error, pero el mensaje de Andelain era claro y concreto.

—Gustav, en mi papel creo que pone tu apellido. ¿Es Larstrom? —dije alto y claro para que el resto lo oyeran—. Mira —se lo enseñé— él asintió con la cabeza. Me giré al resto.

—Si en el resto de papeles están escritos los apellidos de todos nosotros la prueba es sencilla —callé, esperando a que alguien hablara. Gustav se removió en la silla y

me enseñó discretamente su papel, en él se leía claramente «Vázquez».

—Mi apellido es «de Santos». Si alguien tiene ese apellido en su papel, ¿puede decirlo, por favor? —pregunté en alto, observando a todo el mundo.

—¿Y quién gana la prueba? —preguntó el tipo de bigote que estaba a mi lado.

—Todos la ganamos —dije.

—No lo creo. Unos ganan, otros pierden.

—Bien. Podemos jugar a ese juego: por eso nos han puesto un límite de veinticuatro horas. A ver quién se cansa antes. Yo ya he dicho mi apellido, y el nombre que tenía escrito en el papel, así que soy el que menos información tiene. Si el resto piensa como tú, me sentaré a esperar a que os despellejéis. Si fuera tú, me comería el papel antes de que nadie te lo quite.

—Buena idea —y el tipo empezó a doblarlo. Sin embargo el papel no se doblaba. No era un papel normal. Solo tenía una doblez y no se podía doblar de otra manera.

—Bonito truco, un papel que no se puede esconder, ni guardar ni destruir —reí. La gente me observaba, era el único que estaba de pie y el único que podía observar el rostro de todos a la vez— ¿Vázquez? —dije en voz baja. La chica de pelo azul me miró, y luego desvió la mirada inmediatamente. Debía ser ella. Nadie más parecía haberse dado cuenta.

—¿González? —pregunté al azar. Un par de ojos me miraron extrañados, pero no parecía haber ninguno.

—Bueno. Ahora estamos empate —les dije a todos—. Podemos jugar en solitario o en grupo. No os puedo forzar —y me senté en mi sitio de nuevo. Al pasar enseñé el contenido de mi papel a todos con una sonrisa.

Pasó un buen rato hasta que alguien se animó a hablar, una de las mujeres se puso al frente de las mesas y nos enseñó a todos su papel. Aunque malamente, pude leer mi apellido, «de Santos». Durante unos segundos nos observó a todos con cautela. Era más madura de lo que parecía por su frágil aspecto y su edad. Su mirada tormentosa y difícil me decía que había muchas más cosas en ella de las que parecía a simple vista. Desde luego, tenía experiencia con el trato con personas, había liderazgo natural en su forma de moverse. Tras unos segundos de silencio manejado con destreza, comenzó a hablar. Su voz era pausada, rasgada y cálida.

—Hola a todos, soy Michelle Alandry. En mi tarjeta, por si no lo podéis leer, pone «de Santos», así que me uno a la iniciativa del señor de Santos y propongo que todos mostremos nuestras tarjetas y digamos nuestros apellidos, para corroborar los datos de los demás.

Su confianza, y la manera en que lo había expuesto, hicieron que algunas personas se levantaran y empezaran a imitarla. Primero se presentó Alan Méndez, un tipo bajito y achaparrado, moreno y con una gran nariz. Tenía un extraño acento, probablemente de algún lugar de América latina, quizás México. Mostró su tarjeta, en ella se leía el apellido «Peeters». No tardó en levantarse una de las dos chicas que tenía delante. Era una chica alta, rubia de pelo largo y ojos pequeños. Tenía algunos

problemas de dicción pero una sonrisa bonita. Se presentó como Lea Peeters y mostró su tarjeta, en ella se podía leer el apellido «Alandry».

Se levantó la chica que tenía el llamativo pelo azul cortado de forma desigual. Los tatuajes cambiantes de sus brazos y su cuello me dieron pistas del tipo de chica que era. Miró al resto, y se volvió a sentar. El resto permaneció en silencio. Echaba de menos algo para escribir. Eché cuentas. Sabíamos cuatro nombres completos por voluntad propia: Ariel de Santos, Alan Méndez, Michelle Alandry, Lea Peeters y otro por deducción, aunque asumía que el resto había llegado a la misma conclusión que yo: Gustav Larstrom. Faltaba el apellido de Sonia, Elia y Stan. Yo sabía que la chica de pelo azul, Sonia, era Vázquez, por la reacción que había tenido. Al menos estaba casi seguro. Solo faltaban Elia y Stan. Como si adivinara mi pensamiento, la chica de pelo azul se volvió a levantar.

—Hola a todos, soy Sonia —me miró retadora— y no pienso deciros nada más. Si mis cálculos no fallan, solo me queda por saber el apellido de este caballero de ahí —dijo señalando al gordito de bigote, que sonrió cuando la chica le señaló.

—Sí. Esta chica está en lo cierto —dijo Stan.

Elia se removió en su silla. Nadie la había nombrado pero era la otra persona que faltaba por nombrar, así que supuse que en el papel de Sonia estaba el apellido de Elia. Algunos ya habían llegado a esa conclusión antes que yo y la miraban nerviosos.

—Si digo mi apellido en alto, Stan gana, ¿verdad? —dijo Elia. Fue la primera en hablar. Su tono de voz era bajo, parecía muy tímida e insegura. Su rostro lleno de pecas y sus ojos claros ayudaban a darle ese aura de fragilidad que tenía.

—No necesariamente —dijo Sonia enfrente de ella, sabía que su apellido había sido expuesto, pero gracias a mí, había dudas, podía ser Vázquez o González. Solo yo y Gustav lo sabíamos.

Pensé a toda prisa en diferentes estrategias, aquello creció y creció en mi cabeza hasta formar un castillo de complicadas combinaciones lógicas. Sabía que nunca había sido bueno con las matemáticas o la lógica, aquel no era mi camino. Aquello requería una estrategia, paciencia y todo aquello que yo no tenía. Necesitaba poner en orden mis ideas, y era incapaz.

—Veamos —se levantó Michelle—, antes de que nadie diga o haga nada. Faltan Sonia, Stan y Elia. Sonia sabe el apellido de Elia y Elia el de Stan, y si no me equivoco Ariel y Gustav el de Sonia. No lo digáis en alto, o Elia gana y el resto pierde.

—Soy terrible con las matemáticas —dije en voz alta. Me había perdido hace rato. Nadie contestó mi comentario. Fueron unos minutos tensos donde la gente con mejor cabeza que yo debió revisar la lógica de Michelle. Yo la di por buena e intenté observar a aquellos tres que tenían la llave de la situación.

El primero que hizo un movimiento brusco fue Gustav que agarró a Elia del brazo.

—Lo siento, pero necesito tu tarjeta —le hizo una presa de inmovilización en el brazo.

—No. ¡Suéltame! —gritó Elia— se hizo el silencio.

Michelle se levantó y se enfrentó a Gustav. Era un tipo corpulento y Michelle una mujer más bien delgada y menuda, pero de una determinación férrea. Sus ojos negros amenazaban en silencio. Me levanté y me puse a su lado.

—No es el camino, Gustav —dijo con falsa calma Michelle. Admiré su temple, a mí me temblaban ligeramente las dos piernas.

—No entendéis nada. Ella tiene la clave y aún no se ha enterado. Cuando lo haga saldrá por esa puerta y el resto nos quedaremos aquí —gritó nervioso sin dejar de soltar la llave sobre el brazo de Elia que nos miraba asustada.

—Quién no lo entiendes eres tú —le dije a Gustav. Tragué saliva. El resto me miraban sin actuar—, mierda, Sonia Vázquez. ¡Sonia Vázquez! —dije a gritos—, ya lo tienes, ahora ella gana, ¡suelta su brazo! —grité dando un paso atrás, temiendo su reacción.

Gustav tardó unos segundos en atar los cabos: Elia sabía ya todos los nombres. Soltó su presa y me fulminó con la mirada.

—Gracias —me dijo Elia. Se quedó mirándonos, y durante unos instantes creí ver una leve sonrisa en sus labios. Dio un par de pasos hasta la salida y con un tono de voz mucho más seguro, dijo algo que nos dejó a todos helados.

—Gracias por vuestro tiempo, la prueba ha terminado.

—Joder —fue lo único que pude decir. Michelle me miró y alzó las cejas, luego sonrió y yo hice lo mismo. El resto de participantes murmuraron y tras unos segundos, algunos empezaron a confirmar lo que parecía, que Elia era parte de la organización, y que la prueba había terminado. Sorpresa y frustración, en mi caso alivio. Salí sin despedirme de nadie, siguiendo la estela de Michelle. Tras vestarnos de nuevo, perdí la pista de todos ya que los vestuarios eran individuales. Ya en la salida, volví a ver a la chica del pelo azul. No me saludó, parecía contrariada. Me alegré.

ATIARAN

Llevaba días sin ver a Joanne. Estaba desesperado. El proyecto de Eduard estaba parado y ya entrábamos en Mayo. Todo se paraba en Mayo con las conmemoraciones de los atentados del EGIE. Y mi vida ahora mismo necesitaba actividad, estaba en un estado de ansiedad tal, que lo único en lo que podía pensar era qué excusa inventarme para ver a Joanne. Ella evitaba mis llamadas y después de la última sesión, hace tres días, dijo que no podría trabajar para mí durante un tiempo, para que los de Veluss no descubrieran nuestra relación. Entrábamos en la recta final de aquel juego y no quería arriesgar más. Ella se lo tomaba muy en serio. Tanto que no quise forzarla en ningún sentido. El equilibrio era muy delicado. Ella habría elegido Veluss, no importaba qué le hubiera prometido. Me daba vértigo pensar en qué hubiera pasado de intentar retenerla. Pensar en perderla, era incluso peor. Todos estaban obsesionados con Veluss, tanto o más que yo que había pasado ya casi una decena de pruebas, todas diferentes de las de ella. Había llegado a un punto en que la única excusa que encontraba para hablar con Joanne era para darle detalles de mi última prueba superada y así tener algo que contarle. Luchaba por seguir, tan solo para poder tener alguna novedad que compartir, si perdía, la perdía a ella. Carlos me dio la pista. Si no podíamos vernos en persona ni llamarnos, podríamos encontrarnos en Brin, ocultos tras un avatar, tras la protección de Carlos y Andelain. Sí, con ellos podríamos seguir juntos. Compré un sistema completo de holovirt y se lo mandé a su casa con una nota e instrucciones para encontrarnos en el Jardín de Brin.

Es difícil describir qué siente una persona adulta, que nunca ha tenido una inmersión neural completa, en un mundo virtual. A pesar de que Joanne no tenía implante, las sensaciones que se obtenían con un holovirt eran intensas. Yo, con mi implante completo, había olvidado lo mucho que cambia el mundo cuando descubres que es fácil sentir cualquier experiencia a voluntad. Para alguien como ella, que había pasado toda su vida sufriendo penalidades en el piso cero, poder visitar el paraíso podía ser embriagador. Y peligroso. Ese era el poder de los mundos virtuales. La mayoría de la gente los usaba como diversión al principio, pero terminaban siendo una nueva realidad para ellos, mucho mejor que la del mundo físico.

Joanne tenía claro que quería dejar este mundo. Quizás pudiera alcanzar su sueño de embarcar en la Veluss, pero era muy difícil. Tenía que encontrar una forma de comunicarme con ella. Aunque fuera bajo aquella máscara de realidad. Yo estaba inmunizado a la realidad virtual. Para mí las sensaciones eran una herramienta de trabajo y las emociones provocadas no me afectaban. Tampoco en el mundo real. No quería eso para Joanne. En su primer viaje quise que conociera el bosque de Khirdan, donde vivía Andelain. Aquel viaje había supuesto que por primera vez me tomara en serio el mundo de Brin. Quería que valorara los mundos virtuales como una alternativa viable. Estaba conectado a ella cuando abrió sus ojos a ese mundo nuevo. No interferí en la creación de su avatar. El avatar siempre revelaba una faceta

oculta de nosotros y tenía curiosidad por ver el suyo. Me sorprendió, era una mujer joven, casi una adolescente, negra como el ébano, y menuda de estatura, con una larga mata de rastas sujetas en una coleta. Su rostro, expresivo y ojos grandes y oscuros, también exploraba mi avatar. Comenzó sin armas, solo un bastón y una túnica de seda. No permitió que hiciera una mejora de su personaje, así que comenzó desde el primer nivel. Yo necesitaba mejorar mi personaje si quería mostrarle algo más que simples lugares comunes. Cambié algunos cientos de sures por moneda de Brin y mejoré mi personaje con algunos niveles extra de experiencia. Después de visitar a un rey, no podía continuar siendo un simple paje. Era algo que me podía permitir, mis deudas eran ya de decenas de miles de sures, aquello era calderilla. Así que esta vez, el paje despistado sería algo más parecido a un príncipe árabe. Compré un paquete adicional de personaje que me convertiría en un poderoso mago, o eso decía la publicidad. No me molesté en leer las larguísimas instrucciones. Confié que el dinero funcionara tan bien en este mundo como funcionaba fuera.

Nuestro encuentro en la puerta de la taberna de la Ardilla Verde fue divertido. Se movía como si el suelo fuera a morder sus pies descalzos. Entramos en la taberna y nos sentamos en una mesa vacía. Ansiaba desde hacía días aquella conversación.

—Antes de que digas nada. Esto es seguro, me lo ha asegurado Carlos.

—¿Cómo de seguro?

—En Brin no hay forma de saber la persona que está detrás del personaje. Ni siquiera Veluss puede saberlo. Carlos me lo ha asegurado al cien por cien, es parte de la gracia de este mundo virtual en concreto.

—Está bien —dijo ella, relajándose. Quise besarla, aunque fuera una desconocida.

—Te he echado de menos.

—Yo también.

—No te imaginas cuánto.

—Vale ya —dijo ella poniendo dos dedos sobre mis labios. Me excitó. Sonrió.

—Viajemos para ver a Carlos, podemos pasar un tiempo aquí. Será agradable.

—Nunca he estado en un mundo virtual. Es muy caro, pero siempre quise probarlo.

—Ya verás. Puede ser muy divertido —dije. En mi interior resonaban todos los comentarios peyorativos que había usado siempre contra los virtualeros. Y aquí estaba yo, haciéndome pasar por uno de ellos sin tener casi ni idea de qué iba el juego.

Compré unos caballos para el viaje y le pregunté al posadero por la mejor forma de llegar hasta el castillo de Krall. Debió pensar que era imbécil pero aun así fue muy amable. Luego averigüé que el mapa, integrado en el sistema de juego, es lo primero que se aprende a usar. No me arrugué por aquel contratiempo y me prometí que aquel

viaje merecería la pena. Sabía que a Joanne le fascinarían los espectaculares paisajes naturales a cielo abierto. Comenzamos el trayecto a lomos de nuestras cabalgaduras. No sabía montar a caballo, como nadie en aquellos días, pero el sistema lo hacía fácil. Los corceles respondían dóciles y el terreno discurría a nuestro alrededor con naturalidad. La fragancia de los pinos y de la tierra mojada era tan real como podía serlo la contaminación infecta que había fuera de los edificios en el París donde reposaban nuestros cuerpos semiinconscientes. Joanne, o mejor dicho, Atiaran, su nuevo nombre en aquel mundo, no dejaba de observar maravillada la fantástica naturaleza del lugar. No era para menos, los animales de la Tierra convivían con otras pequeñas criaturas como ardillas púrpuras de crestas dobles o pequeños dragones que cantaban con voz de tenor mientras volaban sobre las copas de los árboles. Nos cruzamos con algún que otro viajero y, durante kilómetros, no cruzamos palabra entre nosotros. Me era suficiente con su compañía, aunque fuera en silencio.

Paramos para descansar. El sistema provocaba que nuestros cuerpos sufrieran cansancio y hambre. El dolor y el placer, todo era posible en Brin. Hicimos una pequeña hoguera y rebusqué en el zurrón que el posadero me había preparado. Había pan, fiambre y frutos secos, un pellejo de vino y una manta. Eché de menos un mechero, pero siendo como era un mago, tenía que tener algún poder que me sirviera para hacer fuego. Me costó consultar la ayuda al menos cinco minutos para aprender el funcionamiento básico de la magia. Tenía decenas de conjuros pero, por suerte para mí, el fuego era de los primeros y más fáciles de usar. Para cuando supe encender una hoguera, Atiaran ya había preparado el campamento.

No hacía frío, pero las ondulantes llamas del fuego ayudaba a tener algo que mirar.

—¿Qué te parece?

—Bonito. Ahora entiendo lo que dicen de los mundos virtuales.

—¿Qué dicen?

—Que son mejores que la realidad.

—En cierta forma sí, pero también hay cosas desagradables —contesté. Su mirada se desvió al suelo, tomó un palito y lo arrojó a la pequeña hoguera. Me acerqué a ella, hasta sentir el calor de su cuerpo. Olía diferente a Joanne.

—No hablemos de eso.

—¿De qué quieres hablar?

—De nosotros, ¿es lo que quieres no? —preguntó alzando su mirada hacia mí. No podía leer en ellos.

—Sí, pero no así. No ahora —respondí. Aparté una rasta que caía sobre su mejilla y acaricié unos instantes su rostro con el reverso de mis dedos. Pensé en besarla, pero era una desconocida para mí. No era eso lo que quería.

—¿Por qué una chica negra?

—Es una larga historia.

—Algún día me la contarás, espero.

—Sí, te debo eso. Pero es complicado —respondió en voz baja.

Un ruido en la oscuridad nos trajo de vuelta. Príncipe o no, esta vez no iba acompañado del rey Krall. Aquel bosque no daba la bienvenida a los forasteros, así que pronto nos encontramos un grupo de personas armadas a pie que nos rodeaba sin dejarnos posibilidad de escapar.

—¿Haciendo fuego en el bosque sin permiso? ¿No sabéis que este es un bosque prohibido? —Sus caras eran cualquier cosa menos amigables. Eran varios tipos. Creí contar al menos tres.

—Soy Rasheed, un viajero de paso, amigo del rey Krall y vengo a ver a Andelain —dije sin darle más importancia, esperando que esos nombres despejasen el camino.

—Y yo soy el primo de Kothar Barbarroja —exclamó con una risotada burlona— me da igual quien seas. Hoy no estamos de humor. Si haces fuego en nuestro bosque tendrás que pagar —masculló el individuo más alto, con la cara tatuada. Desenfundó de forma brusca una espada larga, con un sonido metálico y amenazador.

—¿Cómo? —pregunté perplejo, levantándome.

Uno de los tipos avanzó hacia mí dando unos pasos largos y me tiró al suelo de una patada. Dolió, pero mucho menos de lo que hubiera sido en el mundo real.

—Lo que has oído, si no quieres que nos quedemos con vuestros caballos y pasemos un buen rato con tu amiga, ya estás soltando la bolsa. ¿Cuánto tenéis?

En ese momento fui consciente de que no tenía ni idea de cómo funcionaba Brin. No sabía ni siquiera cuales eran las reglas básicas. No sabía cómo luchar y menos aún si podría ganar un enfrentamiento contra ellos. Había sido imprudente, no me había tomado en serio a Brin: El mundo virtual funcionaba como el mundo real, el fuerte se aprovecha del débil. Atiaran me miraba expectante. No quería que su primera experiencia en este juego fuera desagradable, pero ya no había marcha atrás. Desconectar ahora era rendirse y ella me miraba deseando ver qué hacía para solucionar el entuerto.

—El dinero, moro de mierda —resopló el tipo que parecía el cabecilla. El tercero de aquellos matones sacaba lentamente una flecha de su carcaj a una distancia prudencial. El que me había pateado, estaba sujetando del pelo a Atiaran que intentaba zafarse, mientras el tipo aprovechaba para manosearla con total impunidad.

En ese momento, un icono de advertencia informativo surgió ante mí. Lo activé y entré en un menú tutorial de combate. El tiempo pareció pararse. El sistema había activado un mecanismo de defensa para usuarios novatos como nosotros. En él se suspendía la realidad durante unos minutos hasta que los jugadores sin experiencia

tuvieran unas nociones básicas del sistema de combate del mundo de Brin. Era mucha información en poco tiempo, pero aprendí los rudimentos. Las habilidades de mi yo en el mundo real no tenían nada que ver con las de mi personaje de Brin; y mi personaje, tal cual estaba creado, tenía muchas habilidades propias, como cabalgar, manejar una espada o lanzar hechizos. En ese instante recordé que había sido Krall quien había creado mi personaje y confié que hubiera hecho un buen trabajo cuando me dijo que había hecho un personaje especial solo para mí. No sabía si aquellos números o aquella lista de conjuros era buena o mala, pero de alguna forma sabía que el dinero que había invertido en las mejoras, hacían que mi príncipe árabe fuera capaz de muchas cosas.

—Malditos novatos. No os va a servir de nada. Tu amiga es muy guapa. Se ven pocas negritas por aquí. Creo que vamos a aprovechar la ocasión ¿verdad Vain? —preguntó al arquero.

—Luego voy yo —dijo el tipo que tenía casi encima de mí, señalando a Atiaran.

—¿Queréis una bola de fuego, o preferís que invoque un dragón? —amenacé, confiando en asustarles.

—No cuela novato. ¿Has acabado ya el tutorial?, jajajaja —rio arrogante el cabecilla—. Tú, niña, quítate la ropa si no quieres que te haga daño. Solo quiero pasar un buen rato. Pórtate bien y no os pasará nada.

—Vale, vale. Os daré dinero, dejadla en paz —decía mientras navegaba por los menús del juego en mi cabeza. La interfaz era algo complicada si la usabas la primera vez.

—¡Socorro Ariel! —gritaba Joanne. Aquel animal se había echado encima de ella y metía sus manazas entre sus piernas, bajo la ropa. Uno de ellos me pateó de nuevo al intentar incorporarme. Atiaran golpeó en la entrepierna al tipo que tenía encima y se puso de pie. Corrió hacia mí, con el bastón en la mano.

Utilicé lo único que sabía hacer, al máximo. Poco a poco un murmullo de palabras incomprensibles brotó de mi garganta y mis dedos bailaron una danza macabra. El tipo que me había pateado explotó en llamas con un alarido que nos hizo sentir algo muy intenso.

El jefe, que se quejaba de la patada de Atiaran, se puso en pie como pudo y recogió su espada del suelo mirándome con odio.

—¡Maldito cabrón! —dijo. Atiaran le lanzó el bastón y le dio pero no pareció que le doliera demasiado. El otro, que llevaba rato apuntándonos con el arco, lanzó una flecha contra mí. Impactó en mi hombro derecho, pero la delgada cota de cuero que llevaba puesta me protegió del impacto. Sentí algo parecido al dolor y una advertencia del sistema que indicaba que había perdido un dos por ciento de vida y

tenía una pequeña pérdida de sangre. Eso no impidió que le insultara. El cabecilla me atacó con la espada y le esquivé con facilidad. Los números estaban a mi favor.

—Cabrón, me las vas a pagar —gruñó.

—Atiaran, ponte detrás de mí —ordené.

Volví a murmurar las palabras que sabía que solucionarían aquello.

—¡Espera, espera! —suplicó el cabecilla. El del arco dudó. Bajó el arma. Parecían desorientados.

Dejé de murmurar el hechizo de fuego y Atiaran y yo nos miramos.

—¡Vain!, lo habéis frito como a un pollo —se rieron.

—No iba en serio lo de... y señaló a Atiaran.

—A mí me parece que sí —contesté. Con el rabillo del ojo vi que el arquero estaba haciendo gestos extraños con los dedos. Sus labios se movieron en silencio y una leve sensación de entumecimiento me cegó durante unos segundos. Aproveché para leer mi lista de conjuros. Mis labios pronunciaron las mismas palabras que aquel desgraciado y pronto los dos se quedaron secos, inmóviles frente a mí.

—¿Qué hacemos con ellos? —pregunté a Atiaran.

—Asarlos como al otro cerdo. Lentamente —dijo. Lo decía en serio.

—Hay algo mucho peor —contesté.

—¿Peor?

—Si les mato volverán al juego. Dentro de unas horas, días o semanas, depende de cuantas veces hayan muerto y cuanto estén dispuestos a pagar.

—No es justo. Querían violarme.

—De eso hablo. Hay cosas peores que la muerte, como en el mundo real.

—Vaya mierda —dijo mirando con frialdad los avatares de aquellos desconocidos.

—Lo sé. Podrían ser dos adolescentes. O dos amas de casa —repliqué.

—Lo dudo. El que me manoseaba era un hombre. Me gustaría que no olvidara esto —giró en torno al avatar del hombre que había intentado violarla. Notaba su ira contenida.

Pensé en las mil maneras que se me ocurrían de hacer daño físico a aquel desgraciado. Pero no se lo dije.

—Quiero que sufran —replicó.

Los ojos de los dos violadores se movían en las órbitas. Habían oído toda la conversación.

—Creo que se me ocurre algo mejor. Solo pueden reiniciar el personaje cuando mueren. Si no mueren, no pueden cambiar a no ser que reinicien la cuenta, y haciendo eso, perderían todo el tiempo y el dinero invertido. En eso se basa el juego. ¿Verdad Vain? —pregunté al arquero, que me miraba rígido.

—Bah. Olvídalo. Quiero desconectar y olvidar que esto ha pasado.

—¿No quieres un poco de justicia?

—¿Justicia?, no me hagas reír.

—Espera y verás —le dije, confiando en que lo que tenía en la cabeza fuera posible. Había oído decenas de historias sobre los mundos virtuales y durante años había elaborado mis propias teorías. Pero siempre eran teorías, nunca había tenido ocasión de ponerlas en práctica. Rebusqué y encontré lo que quería. Palabras extrañas volvieron a surgir de mi boca. Sonaban como árabe antiguo mezcladas con persa. Alguien se lo había pasado bien diseñando aquel mundo.

El cuerpo del cabecilla poco a poco se transformó. El tipo musculado y barbudo de gesto amenazador, ahora era una muchacha de aspecto inocente y de cuerpo voluptuoso. Repetí la operación con el arquero, produciendo idénticos resultados. Ahora eran dos gemelas. Prolongué el conjuro de inmovilización para que durara tres meses de juego y las dejamos desnudas en el camino.

Joanne estuvo de acuerdo con el castigo. No podrían cambiar de sexo a no ser que alguien aplicara un conjuro similar. Quizás alguien se topara con ellas y las ayudara. O quizás se encontraran con alguien como ellos mismos y probaran su propia medicina. Brin era un mundo mágico, un mundo donde la magia tenía inteligencia propia. Descubrí miles de conjuros, un idioma propio. Podía cambiar las leyes de la realidad, inventar seres que aún no existían. Explorar nuevos sabores y diseñar nuevas formas de arte. Las posibilidades eran infinitas. Se lo explicaba a Joanne, pero ella acusaba el cansancio. Habían pasado horas de juego y estábamos agotados. Joanne quería desconectar pero la convencí de que debíamos ver a Carlos antes de irnos.

Este mundo funcionaba con magia y con magia llamé a Krall, pero no estaba disponible, así que le dejé algo parecido a un mensaje. Intenté contactar con Andelain y ella contestó casi de inmediato, al saber que estábamos en apuros apareció ante nosotros, surgiendo de la nada, como quien sale de una puerta invisible. Su aspecto casi felino inquietó a Joanne, que dio un paso atrás al verla aparecer de la nada. Ambas se evaluaron. Andelain llevaba un arco detrás, a la espalda, además de una aljaba llena de flechas. Una cinta de cuero rojo sujetaba su pelo, sobre su rostro brillaban, con magia, unos sutiles tatuajes que no había visto antes. Se confundían con los mechones de pelo que escapaban de la cinta que los sujetaba.

Le expliqué lo que nos había ocurrido y se interesó por Joanne. No me preguntó por mi herida que ya no sangraba.

—¿Sabéis lo que habéis hecho?

—No muy bien, la verdad —respondí azorado, su semblante era divertido, ni enfadado ni preocupado.

—Acabáis de aplicar justicia de Brin. Ni siquiera yo lo hubiera hecho mejor —dijo Andelain con una sonrisa franca.

—Creo que no quiero saber qué es eso —contestó Joanne.

—Esos dos se han llevado una lección mucho más útil que la del que murió abrasado.

—Eso espero —dije orgulloso.

—Bueno, veo que... ¿estás bien? —preguntó Andelain al ver la herida de la flecha en mi hombro.

—Él se llevó la peor parte —respondió Atiaran señalando el rasguño de mi brazo derecho.

—Atiaran, Andelain —las presenté. Atiaran dudó, no sabía cómo presentarse, pero la pequeña elfo se adelantó, alzando su mano derecha y colocando su mano izquierda sobre el corazón.

—Salve Atiaran, bonito nombre.

—Salve Andelain —respondió Atiaran a su vez, imitando el saludo con sus manos.

Andelain subió a la grupa del caballo de Atiaran y nos indicó el camino mientras nos explicaba la historia del bosque prohibido de Khirldan. Según nos dijo, era una historia de varios miles de años, donde los elfos habían luchado contra los humanos para mantener su independencia. Finalmente, tras muchas guerras, los reinos humanos colindantes declararon el bosque prohibido, para evitar más muertes inútiles. Los elfos, con los años, acabaron estableciendo relaciones comerciales con sus vecinos y, finalmente, las relaciones se normalizaron entre elfos y humanos, sin embargo, bajo sus propias leyes, los humanos no podían poseer propiedades —los propios elfos no poseían nada en propiedad— aunque podían vivir en él, si era como parejas de elfos que ya habitaban en el bosque. En la práctica, era difícil visitarlo si no se conocía a nadie, por eso era un lugar especial en el reino de Brin porque, aunque era conocido, sus límites todavía eran respetados por la tradición y la magia que protegía a los elfos que residían en él.

Al penetrar en el bosque, la luz del día desapareció para transformarse en una penumbra verde y marrón llena de sonidos de animales y cánticos élficos. Las copas de los árboles se entrelazaban y el sol, incapaz de traspasar aquella cubierta espesa, se contentaba con lanzar de vez en cuando algún rayo de luz. Los elfos que habitaban en las copas de los árboles nos observaron al pasar, curiosos. Algunos saludaron a Andelain, otros tan solo nos observaron. No sentí aprensión alguna, sabía que, aunque fuéramos humanos, mientras estuviéramos con Andelain y nos comportáramos como personas respetuosas, seríamos bienvenidos.

Dejamos nuestros caballos en un pequeño claro, sin atarlos, y comenzamos la ascensión a las alturas, a través de una pequeña escalera de caracol excavada en lo que parecía el tronco de una gigantesca secuoya. Mis conocimientos sobre árboles eran nulos y estaba extasiado con la fragancia húmeda y vegetal que me rodeaba. Atiaran, a mi lado, me sonreía, sabía que disfrutaba cada segundo. Tras atravesar estrechas pasarelas entre los árboles, saltar a plataformas y trepar sobre escaleras de cuerda, llegamos a la pequeña casita de Andelain. Estaba tal y como la recordaba, con la irreal luz del día filtrada por las copas de los árboles, parecía un sueño. Nos

sentamos en el pequeño porche, descansando del trayecto. El aire era puro y fresco. El silencio era casi total, roto tan solo por el piar de los pájaros y alguna voz amortiguada ocasional. Andelain nos ofreció agua con una sonrisa. Pasamos algunos minutos en silencio, no fueron incómodos, pero sí largos.

—Esto es muy bonito —dijo Atiaran.

—Me alegro que te guste —respondió Andelain.

—Podría pasarme media vida aquí —dijo en voz baja Atiaran.

—Esa es la idea —replicó Andelain con una media sonrisa.

Echaba de menos el verdadero rostro de Joanne. Aquella joven de piel negra brillante no me decía nada, aunque por cómo hablaba y se comportaba, era ella sin duda. Era difícil imaginar cómo sería Andelain en la vida real, y sabía que sería impropio preguntárselo.

—¿Cómo os conocisteis Krall y tú? —pregunté. Era una de las preguntas que Carlos no me había querido contestar. Y lo había intentado de varias formas.

—¿No te lo ha contado él? —respondió.

—No, nunca se lo he conseguido sacar. Y mira que lo he intentado.

—Tendrás que preguntárselo a él, si no te lo ha querido contar, puedo entender por qué —dijo, añadiendo más intriga.

—Venga, no seas así.

—En serio, eres su mejor amigo, no seré yo quien le estropee la historia, si no te la ha contado, tendrá sus razones.

No daba la impresión de que pudiera convencerla. Me sorprendió oír aquello de que era su mejor amigo. Me pareció algo triste, pero luego caí en la cuenta de que para mí Carlos era un amigo. Y no tenía muchos, eso le colocaba en una posición especial, pero ¿mejor amigo?

—¿Y vosotros? —preguntó Andelain.

—Pregúntaselo a ella —respondí señalando a Atiaran.

—Oh, no tiene mucho misterio. Me engatusó para que fuera su modelo y después se enamoró de mí. Mi plan funcionó a la perfección —dijo Atiaran con una sonrisa. Una sonrisa ajena.

—Mierda Joanne, mataría por verte de verdad. Tu avatar es muy hermoso, pero echo de menos verte —dije ignorando a Andelain.

—¡Aburrido! —replicó Atiaran con una mueca de niña.

—Te echo de menos —susurré.

—Qué bonito —dijo Andelain trayéndonos unos vasos y una jarra.

—¿Qué es? —pregunté.

—Zumos. Krall llegará en unos momentos y me ha pedido que os entretenga.

Estuvimos hablando un buen rato. Joanne le contó a Andelain más de lo que me hubiera gustado, sobre cómo nos conocimos. Aunque me fiaba de Carlos, a su novia

virtual no la conocía de nada y la información en un mundo virtual era algo delicado. Ella seguía sin darnos ni una sola pista sobre su identidad real.

Cuando llegó Carlos, hice las presentaciones. Aunque sabía que vendría acompañado de Joanne, se sorprendió al ver su avatar, por su reacción, le gustó mucho más que a mí. Se saludaron con dos besos: algo que Carlos nunca hubiera hecho.

—Te sienta bien este personaje, Carlos —dijo Atiaran.

—Krall, por favor —respondió. Sostuvo la mirada unos segundos—, tú tienes un aspecto fabuloso, aunque este avatar no hace justicia a tu yo real.

Un comentario así jamás hubiera podido salir de boca de Carlos. Krall empezaba a caerme mal.

—Eso le he dicho yo —susurré sin dejar de mirar a la elfina, observando su reacción. No se dio por aludida y mantuvo su mirada clavada en mí.

—No te vas a creer lo que les ha pasado —dijo Andelain. Y empezó a relatar la historia de nuestro encuentro con los bandidos. No omitió ningún detalle.

—Es una pena que pasen esas cosas, sobre todo a novatos —dijo Carlos.

—Sí. Hubiera sido desagradable. ¿Hasta qué punto la violencia en este mundo es real? —preguntó Joanne.

—Demasiado. Una de las reglas básicas de este mundo es que la realidad sea tanto para lo bueno como para lo malo. La herida de Rasheed, por ejemplo, es real. Si no se cura, podría infectarse y morir. Sufriría dolor, no tanto como en el mundo real, pero le dolería de verdad. Es lo mismo para cualquier cosa: el cansancio, el hambre... —respondió de manera didáctica Andelain.

—¿Y el sexo? —pregunté yo, haciéndome el sorprendido. Todos me miraron, pero nadie contestó—. Ya. Quiero decir, ¿hasta qué punto puede llegar a ser real? —pregunté de nuevo, ignorando su silencio. Me resultaba divertido sacar a Krall de su personaje. Aun siendo rey de todo, volvía a parpadear nervioso como Carlos.

—Tan real como puede serlo el dolor —respondió Carlos.

—Si cualquiera puede convertir esto en otra pesadilla, ¿qué sentido tiene este mundo? —preguntó Joanne.

—Las reglas aquí son diferentes —respondió ahora Krall.

—Díselo a esos pobres desgraciados. Imagino que el hecho de tener un personaje poderoso no es algo que dependa de haber nacido en tal o cual sitio, sino haber pagado por él. ¿No? —dijo Joanne alzando un poco su tono de voz.

—Se puede llegar arriba sin necesidad de dinero. Solo a base de esfuerzo, y algo de suerte, claro —respondió con paciencia Carlos.

—Claro —bufó Joanne.

—¿Por qué te enfadas? —pregunté.

—Se te olvida muy rápido lo que significa no tener nada, Ariel —sus ojos echaban chispas.

—No se me olvida. Además yo no tengo nada —suspiré.

—Claro. Imagínate el resto —contestó agriamente Joanne.

—Vamos, vamos —medió Carlos.

—No te metas —ladró Joanne. Me miró fijamente durante un rato.

—¿En qué trabajas, Andelain?, en el mundo real —preguntó Joanne furiosa.

—Eh... vaya, no me gusta hablar de mi vida privada aquí —dijo Andelain.

—Vale, vale. ¿Y aquí cómo te ganas la vida?, ¿o eres como Ariel que se gasta una fortuna en mejorar su avatar con dinero del mundo real? —preguntó controlando su furia. No me gustó su manera de decir aquello.

—Tengo un puesto de responsabilidad en la comunidad. No recibo dinero, pero puedo vivir de ello cómodamente —explicó Andelain.

Palabras convincentes, pero con significado inexistente para mí. Era lista, y siempre tenía una respuesta convincente a mano.

—¿Y tú, Carlos? —siguió Joanne.

—Krall, por favor.

—¿Cómo te ganas la vida en este mundo, Krall? —preguntó con paciencia.

—Soy Rey. Gobierno unas tierras y unas gentes.

—¿Heredaste la corona? —preguntó con sorna.

Krall se levantó y la miró, ni furioso, ni tenso. Nervioso por no saber cómo contestar, incapaz de seguir la pulla. Andelain le cogió de la mano y eso le calmó. Se volvió a sentar. Observaba atento las reacciones de todos, sin embargo, Andelain solo me observaba a mí.

—No heredé nada, fundé mi propio reino. La gente vino a mí por su propia voluntad, al principio les protegí, luego creé un reino para que todos pudiéramos vivir de forma justa. Con unas reglas. Con estabilidad.

—Un rey emprendedor, vaya —replicó con un mohín rebelde y una preciosa sonrisa. Esa era mi Joanne y me molestaba compartir su otra piel con extraños.

—¿Por qué? ¿Acaso alguien rico no tiene derecho a soñar? —preguntó Carlos muy serio. Me sorprendía su incapacidad de bromear.

—Los sueños de unos, los friegan otros, que decía mi madre —replicó Joanne tensa.

—Y tenía razón —intervine, poniéndome de su lado, intentando calmar la situación.

—¿Y cómo podría ganarme la vida en tu reino? —preguntó Joanne. Conocía ese tono, estaba aburrida y buscaba que alguien le siguiera el juego. Cuando se ponía así era impredecible, siempre una fuente de sorpresas, casi siempre divertidas. Esperé atento a la siguiente réplica de Carlos.

—¿Hay algo de la vida real que sepas hacer y que sea útil en este mundo? —preguntó Carlos de forma inocente, sonreí sin poder evitarlo. Pensé que Joanne lo iba a destrozar.

—Sí. Claro.

—¿Qué?

—Ser quien quieras que sea —dijo como quien clava un alfiler en un dedo ajeno para ver cómo reacciona. Se hizo el silencio. Carlos sonrió sin querer y mantuvo esa sonrisa en silencio, mirándola. Ella al final rio—. Vale. ¿Y podría vivir de ello? —acosó Joanne.

—Claro. Y con vivir me refiero a poder vivir en el mundo real. Este mundo tiene su propia economía, pero afecta al mundo real. Dinero que ganes aquí, se puede canjear por dinero de fuera.

—Ya. ¿Y cuánto podría ganar?

—Depende. ¿Sabes hacer reír?, ¿soñar?, ¿enamorar? —preguntó Carlos. Sabía que evitaba cualquier tema relacionado con el sexo y Joanne estaba jugando con él.

—Sí —respondió ella susurrando con los labios entreabiertos y entrecerrando los ojos. Maléfica.

—Demuéstranoslo, cuéntanos una historia, cautívanos.

—¿Cualquiera? —preguntó.

—Cualquiera que haga que sintamos algo diferente. Sorpréndenos.

—¿Una de amor? —preguntó Joanne.

—No. ¡Amor no! —gemí en broma.

—¿Una de desamor? —volvió a preguntar.

Nadie dijo nada. Ella se quedó pensando un rato.

—Os contaré una de príncipes, dragones y brujas —sonrió misteriosa—. Érase una vez...

MARIPOSAS NEGRAS

No llevaba mucho tiempo en Inglaterra. Como una francesita de provincias, lo primero que había hecho era buscar un piso compartido. Mi compañera de piso en Liverpool era una chica rumana muy guapa. Sabía que no era su nombre real, pero a ella le gustaba que la llamaran Mona. Encajaba bien con su carácter y su permanente sonrisa. Era difícil saber si se estaba riendo contigo, de ti o recordando algo gracioso. Tenía una mata preciosa de pelo negro y liso, lo llevaba cortado recto debajo de las orejas y un flequillo justo por encima de los ojos. A pesar de sus ojazos verdes su mirada era fría y de una tristeza lejana. Lo único que la afeaba eran las muecas y las palabrotas que, con su acento, sonaban todavía peor. Le gustaba mucho el alcohol, los porros y las pastillas —nunca faltaban por casa— aunque lo que más le gustaba era el dinero. Le gustaba vivir bien y dos chicas jóvenes y sin familia, como nosotras, lo teníamos complicado. Trabajábamos de profesoras en un colegio pijo como suplentes. Más que profesoras éramos las chicas para todo. Mona se había acostado con algunos profesores pero yo me hacía la loca cuando la veía venir sonriendo como un perro travieso, solo le faltaba mover la cola.

Por las noches y los fines de semana, trabajábamos en un *pub* para complementar nuestro ridículo sueldo del colegio. Era divertido y sacábamos muchas propinas, sobre todo Mona. El trabajo del *pub* lo encontré gracias a ella, por esa época, recién llegada de Francia, me costaba echarle cara a la vida. Un día me lo ofreció después de que, por enésima vez, le tuviera que pedir dinero por adelantado para hacer la compra en el supermercado. Ella siempre tenía dinero extra, no mucho, pero no faltaban caprichos en casa. También hacía trabajos extra de profesora por las tardes, venían a buscarla los padres a casa. Era mejor así, en aquel barrio, todos los hombres miraban siempre a los lados, como si evitaran a alguien.

Mona tenía un novio, era inglés o irlandés. Nunca supe muy bien de donde era exactamente, me parecía igual que todos aquellos ingleses malhablados, grandes como monos y sin afeitar. Se llamaba John algo. Yo le recordaba siempre por sus patillas, sus dientes amarillos y por cómo me guiñaba el ojo cuando me veía, como si fuera una estrella de cine. Le daba igual que estuviera Mona delante, me tiraba los trastos sin pudor. A Mona le divertía, decía que le gustaban los tíos así, muy hombres.

Esto ocurrió hace más o menos seis años, durante el apagón que hubo a causa del atentado en la gran central eléctrica de Manchester, en el 2206. Con la luz se fue el transporte público y las cámaras de vigilancia. La mayoría de los vehículos privados tenían el consumo racionado y nosotras íbamos a perder el trabajo. Los taxis eran carísimos. John era uno de esos tipos enamorados de los coches antiguos y tenía un Wayrhyn del finales del siglo XXI que funcionaba con hidrógeno. Se ofreció a llevarnos al trabajo, a cambio de una cita a ciegas con un amigo suyo, muy interesante, de España. Como yo era francesa, dijo que la cita sería internacional y

muy divertida. Con su acento de Liverpool aún sonaba más asquerosa la palabra «divertida». Pero no tenía más remedio, si perdía aquel trabajo no tenía nada más y no podía volver a casa.

Ya en el viaje de ida al colegio donde trabajaba me arrepentí, en el coche insistió que me sentara delante y el enorme anillo de su mano derecha, que parecía una araña, terminó en mi pierna varias veces. El anillo estaba frío, pero sus manos estaban muy calientes y varias veces se intentaron meter debajo de mis bragas ante la mirada perdida de Mona, que sonreía ajena a mis problemas. Sin embargo, impuse mis normas. La cita sería en nuestra casa. Ahí cada una tenía su habitación. Pensé que jugar en casa sería más seguro. Compartíamos un pequeño apartamento alquilado en un mal barrio de las afueras de Liverpool, donde salir sola de noche era una provocación.

Jesús, el amigo de John, tenía una barba cerrada y un fuerte acento castellano. No era de Barcelona, que era la única ciudad española que conocía, sino de una pequeña ciudad de provincias al norte. Sus ojos grises brillaban con inteligencia y perspicacia cada vez que John decía alguna guarrada estúpida. No tenían nada en común. Le bastaba una palabra o un entrecerrar de ojos para desactivar las paletadas de John. Pronto empezó a animar la fiesta con sus inverosímiles historias. Con su ridículo acento y sus giros inacabados, dejaba fuera de juego a John y a Mona, que no le seguían. Mona y John se pusieron ciegos de coca mientras Jesús contaba sus aventuras. No me gustaba cuando Mona hacía eso, su mirada se volvía turbia. Me sentía mal cuando la veía así, como en el *pub*. Nos lo estábamos pasando bien, hasta que John empezó a besar a Mona. No le importaba que estuviéramos allí delante, le empezó a meter mano debajo del pantalón y Mona se dejó hacer. John se giró y nos animó a imitarles, mientras Mona le lamía la oreja, con aquella sonrisa suya. Me sentí muy violenta. John era capaz de follársela en el sofá sin importarle una mierda. Mona ya tenía la mano dentro del pantalón de John. Miré a Jesús, intentando disimular mi nerviosismo.

—¿Quieres una cerveza? —me preguntó Jesús señalando la cocina.

—Sí —y pensé para mis adentros, «Pero vámonos de aquí».

En la cocina, nerviosa, tardé en encontrar el abrebotellas. Todo en aquella casa era un caos. Jesús no dijo nada, ni siquiera pestañeó cuando me tomé una pastilla rosa con forma de corazón. Eran las favoritas de Mona. Si estaba incómodo no lo parecía, quizás divertido por la situación, pero no incómodo. Le alargué una cerveza fría con la mano. Agradecí que no me dijera «tranquila». Odiaba cuando alguien hacía eso.

—Tu amiga es un poco peculiar —dijo Jesús.

—Tu amigo es un cerdo —dije. Él rio un buen rato ante aquel comentario. Mastiqué la pastilla. Sabía dulce y ácida.

—Es un tipo curioso. Le compré un coche usado y he acabado en esta extraña

fiesta. ¿Qué más puedo decir?, apenas le conozco —dijo, y dio un largo trago a su cerveza.

—Me dijo Mona que eras su socio o algo así.

—Eso pretende él, pero yo paso. No me gustan sus negocios —contestó Jesús y desvió la mirada.

—¿Qué negocios? —quise saber.

—Además de los coches... hay más cosas. Pero no quiero saberlas. Tenía curiosidad por saber cómo sería una fiesta así. No imaginé encontrar a una chica como tú en un sitio como este.

—Vaya cliché más viejo —solté poco amistosa. Estaba mareada, su olor era dulzón e intenso. Sentía la música subir por mis piernas, no podía dejar de menear el culo, incluso apoyada en la encimera.

—Ya, pero ¿qué pinta una chica como tú, en una fiesta organizada por un chulo que vende coches robados y tiene una montaña de coca encima de una mesa de plástico barato llena de mierda?

—Oye, te estás pasando —respondí sin acabar de procesar el torrente de palabras que me había soltado. La cabeza me daba vueltas. La puta música que venía del salón no ayudaba.

—John me invitó a la fiesta prometiéndome una orgía. Hace un rato, cuando fuiste al baño, me dijo que si no te animabas nos podíamos montar un trío con tu amiga Mona. Al principio pensé que era broma, pero ya he visto que iba en serio. Ahora dime que tú lo sabías. Estoy alucinando —a pesar de sus palabras, estaba gozando como un niño con aquella experiencia. Sonreía como un niño grande.

—¡Yo también...! Quiero decir, ¡claro que no lo sabía! —No me podía creer que Mona me hubiera metido en eso—, mientes —añadí de forma áspera. Sus ojos me analizaron unos segundos, brillaban. Se rascó en el cuello la incipiente barba y dio el último trago a su cerveza.

—Mira. No te voy a engañar, me pareces una chica lista, por eso te estoy contando esto. No me quiero complicar más la vida. No quiero nada contigo, pero me ha parecido que debías saberlo.

—Solo eso... ¿no? —pregunté todavía dudando.

—Solo eso —sus ojos brillaban. Mucho. Su mano rozó la mía. Transcurrieron unos segundos y sentí sus labios sobre los míos, fue fugaz. Un beso rápido. Insípido.

—Y esto —agregó con una sonrisa. Estaba borracho, yo también. Me estaba arrepintiendo de haber tomado las pastillas de Mona. Sonreí y sentí que algo estaba mal. No quería sonreír y, menos aún, acercarme a aquel chico. Sin embargo, esta vez fui yo quien le besó, buscando su lengua con la mía. Era áspero pero muy sensual. Su acento español me hacía cosquillas entre las piernas. Empezó a hablarme en francés al oído. Me puso a mil. Nos besamos frenéticos y pronto sus manos estaban encima de mis tetas. Tenía un culo duro como una roca y pelos por todas partes. Mis manos pasaban por su pecho como un rastrillo por el césped. Hacía mucho que no estaba con

un chico así, me recordaba a Jerome. De repente estaba muy, muy caliente.

Pasamos corriendo por el salón sin mirar demasiado. Mona estaba encima de John, que estaba tumbado en el sofá. Su cadera se deslizaba líquida sobre él, corría sudor sobre sus pechos desnudos. Mona me sonrió con la boca abierta cuando pasé por delante. Nos encerramos en mi habitación y cerré con el pestillo. Una vez allí, Jesús me empujó sobre la cama y se puso encima de mí. Le besé sin contemplaciones, con los ojos cerrados, poseída. Sus manos estaban en todas partes. La imagen de Jerome me vino a la cabeza. Abrí los ojos y vi a aquel chico que no conocía de nada. Me estaba sacando la camiseta sin que yo todavía supiera qué quería. Me notaba húmeda. No recordaba donde estaban mis bragas y noté como sus manos intentaban abrir el sujetador. Cuando ya tenía un corchete fuera le empujé con fuerza.

—¡No! —dije furiosa, sin saber muy bien porqué.

—¿Cómo? —preguntó perplejo, pero aún con una sonrisa de confianza en los labios.

—Que no —bufé rabiosa.

—Pero...

—Te has equivocado conmigo —dije preocupada en abrocharme el corchete suelto de mi sujetador.

—¿Quién ha dicho que...?

—¡Fuera!

—¿Qué?

—¡Fuera he dicho!

—No me jodas, como me vas a dejar así ahora.

—¡Fuera o chillo! —grité nerviosa.

—Vale, vale. ¡Joder! Puta casa de locos —se puso la camisa, que se había quitado en algún momento y se fue cojeando, con un zapato en el pie derecho y un zapato en la mano.

Estaba temblando. «Ese hijo de puta casi me viola», recuerdo que pensé. Dudaba si llamar o no a la policía, y no sabía qué decirles en caso de hacerlo. Me había echado algo en la bebida. Seguro. Fuera, en el salón, Mona gemía de placer. Oí una breve discusión y un portazo. Luego Mona continuó gimiendo. Me tapé con las sábanas y lloré hasta dormirme. Desperté sin bragas y con resaca. El timbre llevaba sonando un buen rato en la puerta. Mona no estaba, así que me armé de valor y abrí. La última vez que llamaron y no abrimos el casero nos cobró la visita del fontanero. La casa estaba hecha mierda, ya no recordaba qué tenía pendiente de arreglar, alguna gotera lo más seguro. No hacía más que llover. Cuando abrí la puerta, no esperaba aquello. Jesús con una rosa en la mano. Cerré la puerta de forma mecánica, casi violenta, como un reflejo. Asustada.

—¡Lo siento! —dijo él al otro lado.

Me eché a llorar. Sin saber por qué.

—Lárgate —dijo Mona en la calle desde lejos— lárgate pero ya —añadió en un

tono de voz frío. Venía a paso rápido. Odiaba el sonido que hacían los tacones de sus botas altas. Cuando las llevaba, junto con la minifalda negra y el top ajustado, parecía una puta.

—¿Por qué? —Oí al otro lado decir a Jesús no muy seguro de sí mismo. Miré por la mirilla. Fuera llovía a cántaros. Jesús sostenía la rosa en la mano derecha y en la otra una bolsa con algo de comida, unos cruasanes o unos donuts, deduje por las manchas de grasa, que se mezclaban con las manchas oscuras que dejaban las gotas de lluvia al caer sobre el papel.

—Si no te piras, John va a venir y te va a partir la cara —dijo Mona.

—¿Por qué? —insistió en preguntar Jesús encarándola. A través de la mirilla podía ver como Mona esgrimía aquella sonrisa como una terrible arma. El silencio tenso se mantuvo durante unos momentos. Luego, ella sacó las llaves y abrió la puerta, apenas tuve tiempo de apartarme de la mirilla. Mona tenía unas marcas en la cara, como arañazos, y el cuello enrojecido, casi morado. Dejó la puerta abierta de par en par para que la viera Jesús y sacó su teléfono del bolso para llamar a John.

—Hijo de puta, te vas a enterar —gritó Mona. Estaba desconocida, parecía un gato acorralado. Jesús estaba lívido. Parpadeó un par de veces sin saber qué hacer. Tiró la rosa al suelo y me miró antes de decir:

—Vete de este lugar antes de que sea demasiado tarde —luego se fue sin mirar atrás.

Mona cerró la puerta y se metió en su habitación. Vi como Jesús bajaba por la calle en el coche que le había comprado a John. No me miró al pasar. En un charco, aplastada bajo las ruedas, estaba la rosa. A su lado había una nota de papel escrita a mano, la tinta azul ya se estaba corriendo. La lluvia seguía cayendo, inexorable.

Hasta el lunes siguiente, de vuelta al trabajo, no volví a ver a Mona. Hizo como si no hubiera pasado nada. Yo pasé el fin de semana sola, reordenando mis ideas, intentando recordar qué había pasado aquella noche. Desde hacía meses, había muchas noches en blanco en mi vida. Muchas lagunas. Muchas mariposas negras en mis sueños. El apartamento estaba poblado de botellas de alcohol vacías y restos de todo tipo dispersos por todas partes. Me miré en el único espejo sano de toda la casa. Aquella chica no era yo. Estaba demacrada. Parecía mucho mayor que la chica tímida y rolliza que vino de Francia.

El lunes el viaje al trabajo fue muy tenso. John no abrió la boca ni intentó nada conmigo. Lo único que me dijo en todo el viaje es que, si volvía a ver a ese tipo, lo mataría. Me quedé preocupada, pensando que me había librado de una buena. John no quería que me preocupara, tenía un amigo en la policía que le debía unos favores y que vendría a casa a vigilar por si aparecía de nuevo aquel cabrón. No lo entendí, pero le seguí la corriente.

Tras terminar la jornada de trabajo en el colegio, ya en el *pub*, cuando estábamos cerrando, descubrí a Mona en el baño, arrodillada sobre el regazo de un desconocido. Fuera, John contaba billetes de diez. Durante meses no había querido ver aquello y de

pronto, todas las piezas encajaron solas. Los espejos rotos, las pastillas en el baño. Las marcas en el cuerpo y en el rostro de Mona, sus idas y venidas en coches de extraños. En aquel momento, todavía con el uniforme del *pub*, quise salir corriendo, pero no tenía cómo. Lavé aquel cuarto de baño, y recogí los condones usados, como tantas noches había hecho. Ya no me giré sonriendo para desviar las chanzas de aquellos desgraciados.

De vuelta a casa, busqué desesperada aquel papel blanco con garabatos azules. Casi ilegible, con la tinta corrida por el agua, contenía un número de teléfono. Me aferré a aquellos trazos imposibles y tras probar decenas de veces, logré hablar con Jesús. Apenas hablé. Me preguntó si estaba bien. Entre lágrimas le dije que sí, que tenía que ayudarme a salir de allí. No hizo preguntas, vino a buscarme de madrugada. Recogí todas mis cosas en una bolsa de lona, la misma que traje cuando llegué a Liverpool. Me fui sin despedirme de Mona. Jesús apenas me miró, ninguno habló durante el trayecto al aeropuerto. Allí gasté todo mi dinero en un vuelo a París, y aún tuvo que darme algo Jesús. Espero que entendiera que en mi silencio y en mi vergüenza, había un agradecimiento infinito. Nunca volví a saber de él.

REUNIÓN DE AMIGOS

Durante un buen rato, nadie dijo nada. No entendía por qué había elegido aquella historia. A pesar del semblante de su avatar, sabía que no era solo una historia corriente. Andelain se quedó sin habla, todos esperamos a que Carlos dijera algo.

—Joder, vaya historia —dijo Carlos, sin atreverse a mirarla a los ojos.

—¿Qué pasó después? —preguntó Andelain.

—¿Cómo que qué paso? —preguntó sorprendida Joanne— es una historia ¿no creerás que...?, oh vamos, ¡no soy yo! —suspiré aliviado al oírlo— ¿creeríais de verdad que os contaría algo así si fuera cierto?, es parte de una obra de teatro que estamos interpretando ahora.

El alivio fue momentáneo. Mentía, no había obra de teatro. No la quise mirar.

—Wow —dijo Carlos, ahora sonriendo— estuviste muy convincente.

—Enhorabuena, ha sido brutal —dijo Andelain— nunca había oído nada igual.

—Pues deberíais pasar más por el teatro. Tenemos función dos veces por semana —agregó con una encantadora sonrisa.

—Nunca he ido al teatro —confesó Carlos.

—¿Ni siquiera en la torre? —pregunté. Hasta que me conoció, nunca había pisado el piso cero. Algo habitual en aquellos que siempre lo han tenido todo. Eso también lo sabía Joanne, y por eso odiaba esa clase de personas. Sin embargo, en el brillo de sus ojos no había animadversión, sino quizás compasión. Estaba jugando con ellos, pero no entendía a qué.

—No, siempre pensé que era algo muy inferior a un holovid o a un sueño vívido —respondió.

—¿Prefieres las réplicas virtuales a las verdaderas sensaciones? —preguntó Joanne con malicia. Andelain estaba muda, pero atenta a la conversación—. ¿Crees que una caricia aquí es igual a una caricia fuera de este mundo virtual? —preguntó con fiereza. Su forma de decirlo me excitó por unos segundos. Carlos no respondió. Deseé que Joanne hiciera algo para demostrarle que tenía razón, pero no. Todo quedó enterrado entre párpados y miradas de soslayo—. Es una pena —zanjó al fin Joanne. Carlos se quedó pensativo.

—¿Ni siquiera en la Universidad? —Era un tema que tenía pendiente, saber dónde había estudiado Carlos. Sabiendo eso, sabría muchas más cosas sobre él.

—En Harvard no había grupo de teatro, ni en Oxford, donde hice un posgrado de... ¡oh!, pero mejor no hablar de eso.

No pude evitar reprimir un gesto. Joanne tampoco. ¿Oxford, Harvard?, ¿qué clase de monstruo teníamos delante? Durante unos segundos un elefante rosa se paseó por la habitación.

—Por eso me gusta Krall —dijo con una risa felina Andelain.

—Fffff —acerté a decir tras mucho cavilar. Joanne no dijo nada. Yo sabía que ella odiaba a cualquiera que tuviera un pasado lustroso. Aquello superaba cualquier imagen que tuviéramos sobre el pasado de Carlos, era demasiado excesivo.

—Vale. Sé lo que estaréis pensando —dijo frío, como si fuera algo que ya había hecho más veces— soy quien soy, y tengo la familia que tengo, no es una cosa que haya podido decidir.

Miré a Joanne. Su expresión era indescifrable.

—¿Y aun así quieres dedicar tu vida al proyecto Veluss? —preguntó Joanne de pronto, dejando de lado todas las máscaras.

—¿Y tú? —replicó él, sorprendido.

Ambos se miraron ignorando al resto. Hasta ese momento ninguno de los dos era consciente que nadie más supiera su participación en el proyecto Veluss. Ambos me miraron pidiendo explicaciones.

—Lo siento, no pude evitarlo —dije. Volvieron a mirarse entre sí, esperando.

—Yo pregunté primero —replicó Joanne.

—Vale. ¿Quieres saberlo? —Nos miró, tenso, a punto de explotar. Se mordió la comisura de los labios— no quiero que mis hijos tengan que vivir lo mismo. No me gusta mi vida ¿no es eso obvio?

Había pasión en su forma de decirlo. Tanto que Joanne no pudo replicar. Esperé a que Carlos preguntara a Joanne, pero no lo hizo. Conocía la respuesta. La única respuesta posible.

—¿Y tú, Andelain? —pregunté para desviar la tensión que se había creado.

—Fácil. Aquí no hay espacio para más gente, ni para nuevas ideas. Todo está organizado de forma que debes seguir el camino. O te adaptas o mueres, yo quiero vivir mi vida de otra manera. —Me sonó artificial y falsa, preparada. Yo mismo podría haber dicho algo parecido. Me sentí miserable al saber que les ocultaba tantas cosas. Luego volví a mirar a Joanne y ella asintió con una sonrisa. Yo también asentí, imitándola, sabiendo que ni Andelain ni Carlos sabían que yo también era un posible compañero de viaje a Veluss. Sentí deseos de decírselo, pero me engañé a mí mismo, pensando que la verdadera sorpresa sería cuando superara la última prueba.

—Entonces, ¿podría ganarme la vida en Brin contando historias? —insistió Joanne, volviendo a su tono jovial.

Sus ojos brillantes jugaban con Carlos. Tonteaba con él de una manera que casi me hacía sentir celoso. Nunca lo había sido, en toda mi vida. Claro que nunca había tenido a nadie como ella. Carlos se dejaba engatusar por la mirada traviesa de Joanne. Andelain parecía tan complacida del juego como yo, pero nos miramos y no encontré complicidad en ella. Veíamos cosas diferentes. En su mirada no había celos, solo curiosidad.

—Yo creo que sí. ¿Tienes historias con final feliz? —preguntó Carlos.

—¿No te ha gustado mi historia?, ¿qué parte? —atacó Joanne.

Carlos no supo qué responder, y el silencio lo aprovechó Joanne para sentarse

más cerca de Carlos e invadir su espacio. No sabía dónde ponerse, encajonado entre Joanne y Andelain.

—¿Qué tipo de finales felices te gustan, Krall? —La forma de terminar la pregunta con la boca abierta, y susurrando, fue demasiado para mí, no me gustaba ver sufrir a Carlos.

—Deja las historias picantes para luego, Joanne —dije levantándome y poniendo mi mano sobre su hombro derecho.

Eso hubiera debido bastar. Pero no, ella continuó.

—¿Todavía crees en las princesas, Krall?

—¿Acaso no soy un rey? —respondió él.

—Cuidado con los sapos que se convierten en príncipes. Igual nada es lo que parece en tu reino, Krall.

Aquella frase nos dejó pensativos. Joanne no necesitaba drogas ni alcohol para encontrar esos lugares donde las conversaciones se desdoblaban.

—Créeme, conozco bien mi reino. Me preocupa mucho más lo que llamamos realidad. Ahí es donde los príncipes son ogros y las princesas, arpías.

—¿Arpías? —preguntó ella.

—Por decir algo —respondió Carlos.

Andelain y yo estábamos fuera de la conversación por completo. Pero insistieron en seguir.

—Y fuera de Brin. ¿Eres príncipe u ogro?

—Ogro, por supuesto. ¿Y tú?

—Arpía.

—Claro.

Ambos se sonrieron hasta que se dieron cuenta de que existíamos. Si los celos eran algo pegajoso que hacía que respirar fuera un acto molesto, diría que estaba celoso. Celoso de Krall, no de Carlos. Aun así, Krall, existía, aunque no pudiera apretarle entre mis manos. Además, el avatar de Joanne, Atiaran, no me recordaba a ella en absoluto. ¿Qué sentiría si los sorprendiera haciendo el amor en aquel mundo virtual? ¿Cesarían los celos virtuales en el mundo real? No me gustaría, en ninguna de las posibles combinaciones.

Pasamos el resto de la tarde contándonos anécdotas de nuestras vidas para conocernos mejor. Empezaba a intuir por qué Joanne había elegido aquella historia. Quería que supiera que no esperaba ningún salvador. Apenas me habló, parecía que yo era un observador, más que un miembro de aquel grupo. Me sentí solo y desconectado de todos ellos, sin embargo los cuatro estábamos embarcados en un viaje que podía unirnos por el resto de nuestras vidas, aunque mi mejor no tuviera ni idea de que yo también estaba a su lado. Aún no sabía por qué no se lo había contado. Mi cobardía, mis secretos, cada vez pesaban más, y por mucho que lo intentaba no podía desprenderme de ellos.

RICARDO

Cuando recibí la llamada de Ricardo me sorprendió. Llevaba varias semanas esperando, desesperado, noticias de Eduard. Estaba sin blanca y mi chantajista me había enviado una última advertencia y una fecha límite para pagar. Lo único que mantenía mi cabeza ocupada eran las pruebas escritas o entrevistas para el proyecto Veluss, que continuaban con una progresión semanal. Ya había pasado casi medio año desde que comencé. Mi relación con Joanne se había enfriado por culpa de Veluss, excepto por las incursiones en el mundo de Brin, no la había visto en carne y hueso desde hacía muchas semanas. Ya había olvidado lo que era despertarse con ella. No me dio tiempo a acostumbrarme.

Ricardo, el chico para todo de Eduard, su mano derecha. No sabía qué pensar ¿por qué me llamaba? ¿Sería una forma de Eduard de contactar conmigo? Acepté la llamada, aunque no me sentí cómodo. Rechazarla sería más difícil de justificar.

—Hola Ariel. Soy Ricardo Renzi, ¿cómo estás? —dijo cauto.

—Hola Ricardo, que tal. Esperaba que me llamara Eduard un día de estos, espero que...

—¿Eduard?, bueno, no te llamo por eso. La verdad es que estoy organizando un proyecto por mi cuenta, y me gustaría contártelo, estoy seguro que te va a interesar —sonaba convincente por teléfono y necesitaba dinero como fuera.

—Claro, ¿cuándo podemos vernos? —pregunté.

—¿Qué tal esta noche?

—Perfecto. ¿Dónde?

—Me han dicho que te gusta mucho el Pink. ¿Nos vemos allí a las nueve? —preguntó muy seguro de sí mismo. No me gustaba quedar allí, no quería encontrarme con Joanne. Pero era un sitio donde me sentía cómodo. Así que, antes de arrepentirme, le contesté que sí. Nos despedimos y miré la hora. Las doce. Todavía tenía casi medio día por delante, sin ningún objetivo en mi vida, excepto esperar llamadas: Joanne, Veluss, Eduard.

Unas cuantas horas más tarde, sentado a una mesa con una copa delante, esperaba en el Pink. Ricardo no había llegado y estaba nervioso por encontrarme con Joanne. Su obsesión era que en el proyecto Veluss se enteraran de nuestra relación, y yo me preguntaba ¿qué relación?, ¿sería su forma de dejarme? Esos pensamientos me agriaban más y más. Necesitaba hacer alguna estupidez que pusiera la balanza de mi vida en su sitio. Si la hubiera visto en ese momento, todo hubiera cambiado. Todo.

Pero no la vi. En su lugar vi a algunas otras chicas que trabajaban allí. Tris, una chica preciosa de pelo corto y voz grave con la que había grabado dos anuncios. Pensé que gracias a ello habría logrado más trabajos y me sorprendió verla allí, pero en el estado que estaba, cualquier cosa que le dijera, parecería un insulto. Estaba

odioso y sentía como por mis poros destilaba mala leche y rencor. Se me ocurrió que era un buen día para entrar en Brin y buscar un follón. Lo descarté, recordando las advertencias de Carlos: si cometía algún delito, podrían encarcelarme y eso significaba estar atrapado en una mazmorra virtual durante semanas o meses. Era mi única vía de hablar con ellos, con Joanne. No quería perder eso también. Al final estábamos atrapados por normas, convencionalismos, leyes, dinero o promesas. Pedí otra copa y le di quince minutos más a Ricardo antes de marcharme. Si no venía, me llevaría una chica a casa, no soportaba pasar una noche más solo.

Estaba a punto de hablar con una chica que no conocía de nada cuando le vi aparecer. Vestía una chaqueta negra y unos pantalones sintéticos brillantes, muy a la moda. Varias chicas se volvieron a mirarle. Era atractivo, elegante y sabía moverse. Sabía hacerse notar. Pidió otra copa y nos fuimos a uno de los pocos reservados que había en Pink.

—Siento el retraso —se excusó. Antes de que pudiera decir nada, prosiguió—, de veras que ha sido un imprevisto de última hora. Tengo problemas con las actrices, ya sabes cómo se ponen cuando se creen imprescindibles. Es insoportable lo que llegan a exigir algunas, tráeme esto, necesito lo otro. ¡Ah, que mierda! —se quejó con un ademán que parecía sincero.

—Lo sé, lo sé, no te preocupes —respondí.

—Por eso trabajas con no profesionales, ¿verdad? —me dijo. Directo al tema.

—Siempre que puedo. Es mucho más llevadero —confesé.

—Esa chica —dijo señalando a Tris— creo que la usaste en uno de tus trabajos. —Me quedé impresionado, había sido un trabajo menor. Aquel tío era muy bueno con la gente. Recordar una cara era una cosa, la sensación general de una persona, sin su rostro, era algo muy diferente.

—Sí —confirmé. Estaba deseando que fuera al grano. Él llevaba la iniciativa desde el principio, no tenía necesidad de hacérselo más fácil. Que hablara.

—Bueno. Allá vamos. Neurorrélicas. Olvídate de Eduard, está liado con una chica y se le ha ido la cabeza. ¿No lo sabías? —preguntó, como si nada.

—No —y era verdad. Menudo imbécil, siempre persiguiendo chicas demasiado jóvenes para él.

—Así que el asunto sigue en pie. Al final no ha comercializado la serie, quedó pendiente de un hilo y me quiero hacer con ella. Pero no he venido para contarte cotilleos, sino planes. Grandes planes.

—Cuéntame —le dije. No me gustaba, pero la curiosidad me picaba. Maldecí a Eduard por haberme dejado colgado y tener que enterarme por aquel tipo. Contaba con ese dinero. Lo necesitaba imperiosamente.

—Miniseries. Capítulos sueltos sin relación unos con otros, minihistorias. Algo que se pueda vender suelto, sin producciones costosas, sin ataduras con actores —dijo.

Se me ocurrieron varias cosas mientras él me observaba atento, con esos ojos

negros incisivos y vivos. No había nombrado el dinero, pero el tema estaba ahí debajo, esperando a salir.

—Sigue hablando —dejé caer sin darle demasiadas pistas. Mi imaginación ya había comprado la idea y estaba trabajando por sí sola. Las cifras flotaban como cubitos de hielo en un vaso ancho.

—Seguro que tienes buenas ideas. Quiero oírlas. Todas. Tendrás libertad para todo, los actores, las historias, las localizaciones, el plan de rodaje —me decía y sus ojos brillaban y brillaban. Mi cabeza se soltó en imágenes de mis planes olvidados, archivados y moribundos. Todos mis antiguos proyectos salieron a flote, dispuesto a volverlo a intentar.

—Vaya, no sé qué decir —le dije abrumado. Era demasiado bueno para ser verdad—. ¿Demasiado bueno para ser verdad? —dije sin esfuerzo.

—Las oportunidades surgen y hay que estar ahí para cogerlas. Este es el momento —dio un trago a su copa y esperó mi reacción.

—Hablemos de dinero —tomé el toro por los cuernos.

—Treinta mil por episodio y un veinte por ciento sobre el beneficio neto —era una buena oferta. Buena, pero no irreal. Mis deudas eran más del triple de esa cantidad. Había llegado el momento de solucionar el problema de una vez por todas, en un mes podía quitármelo todo, pero si no pagaba en unas horas no tendría opciones de nada. Ese maldito sobre negro había arruinado mi vida. Estaba acorralado.

—¿Me lo puedo pensar? —dije, sabiendo que los dos conocíamos mi respuesta. Ya estaba pensado, pero ¿podía confiar en Ricardo?

—Claro, pero no esperes mucho. Quiero empezar ya, y cuando digo ya, es ya. El que primero llegue al mercado impondrá las reglas. Y tenemos que ser nosotros. Ya lo tenemos todo, nada se interpone entre nosotros y el éxito.

—Solo hay un pequeño problema... —solté sin pensar.

—Tú dirás —dijo interesado, acercándose hacia mí, como si supiera que era un asunto delicado.

Dudé unos instantes. Él esperó sin preguntar, tamborileando con sus dedos sobre la rodilla, clavando su mirada penetrante en mí. Le di un trago a la bebida mientras pensaba si podía confiar en ese tipo. No podía, pero no tenía más remedio. En dos días podía estar confinado en un centro de internamiento a punto de ser expulsado del país. Perdería todo. Todo. Suspiré y me decidí.

—Un hijo de puta me está haciendo chantaje desde hace años.

Ricardo esbozó una minúscula sonrisa, pero no dijo nada.

—Algo me dice que tú podrías ayudarme. —Me la estaba jugando, pero algo en Ricardo me decía que era el tipo de persona que podía solucionar ese tipo de asuntos. Mi plazo vencía en horas, era eso o el final del juego. Medidas desesperadas. Clavo ardiendo. Todo eso y más.

—¿Qué tiene? —preguntó directo, con una mirada transparente.

—Me acosté con una menor, hace años. Tiene pruebas gráficas, y los documentos de identidad de la chica. Me está desangrando.

—No parece difícil. Te haré el favor. A cambio de otro.

—Te escucho.

—Firmarás con tu nombre los trabajos. Necesito tu fama para poner en el mercado esta producción —sacó a relucir una sonrisa de lobo que no me sorprendió. Ahora tenía sentido. Firmados con mi nombre, tenía un éxito asegurado. Seguramente habría hablado con Eduard y sabría que yo no quería pringarme en algo así con mi propio nombre. No tuve que pensarlo demasiado, ya estaba metido hasta el fondo.

—¿Entonces tenemos trato? —preguntó.

—Tienes mi palabra —confirmé.

—Mándame lo que tengas de tu amigo el chantajista. Cuando sepa algo, te lo diré. Tú despreocúpate y empieza a pensar en la serie. Empezamos tan pronto puedas.

Apuró su copa y se levantó. Nos dimos un apretón de manos y se fue. Me quedé en el local un rato más, ignorando a las chicas que revoloteaban aquí y allá, atraídas por el perfume y los colores de Ricardo. Me olvidé de mis planes húmedos para mi cama esa noche. Aquel peso que había tenido encima esos últimos cinco años se empezó a disolver, como una aspirina efervescente. Dejé de pensar y por fin me puse a soñar en todas las historias, todas las cosas que quería contar. Empecé a hacer planes, a sumar y a restar, a hacer listas y muchos nombres surgieron en mi cabeza. Rostros, historias. Sí, por supuesto que sí.

ÓPERA PRIMA

Al día siguiente le envié a Ricardo un mensaje con los pocos detalles que tenía sobre mi chantajista, incluyendo las fotos donde mejor se veía el rostro de la chica y lo que sabía de ella. Me contestó casi de inmediato con una agenda de reuniones para prepararlo todo. Seríamos él y yo desde el principio, sin terceras personas. En la primera reunión todo echó a andar solo. Mi primera propuesta gustó a Ricardo. No lo consultamos con nadie más, por lo que supuse que era él quien tenía el control absoluto de la producción. La idea era sencilla: una pareja joven protagonizaba el asalto a unos narcotraficantes, no había muertos, pero sí disparos al aire y algo de violencia a la vieja usanza. Luego, tras una huida por los callejones, se daban un buen revolcón en un callejón para celebrarlo y, como guinda, lo más importante: recorrían la parte pobre de la ciudad para repartir el dinero a desconocidos. Lo importante es que este dinero fuera de verdad y se lo entregaran en mano a gente real, personas que no supieran que era una grabación. Individuos que vivían en la calle, entre los más necesitados, incluyendo personas de comedores sociales y albergues. La idea de mezclar aquellas emociones le interesó a Ricardo, que quiso empezar lo antes posible, aunque puso muchos impedimentos. No quiso que pisáramos la zona muerta —una zona yerma, llena de gente fuera del sistema, desterrada de la sociedad: mendigos, yonkis, locos y gente sin esperanza—, tampoco que aparecieran en escena ningún cero —gente que solo vive y trabaja a ras de suelo, sin acceso a ninguna torre, ni siquiera para ir de compras, personas que se autoexcluyen de cualquier cosa que no esté en la superficie, individuos limitados, a menudo gruñones, hostiles y sin futuro.

No me quise poner pesado, la seguridad era cara. El dinero no parecía un gran problema para Ricardo, pero no quería abusar en el primer trabajo con él. Solo quedaba encontrar al *casting* adecuado —alguien que se prestara a hacer todo aquello y que supiera hacerlo bien— y localizar los exteriores más apropiados. Llevaría unas semanas, pero no necesitábamos una superproducción holovid, solo escenas cortas, donde se sintiera la adrenalina y la cercanía de la gente. Además grabaríamos dos versiones, una vista por el chico y otra por la chica, la idea no era nueva, pero al hacerlo con esta nueva tecnología, era algo diferente.

Barajamos muchas actrices, todas propuestas por otros. Yo no quise hacer ninguna propuesta, no quería mezclar mis contactos en esa aventura. Tras muchas caras, Ricardo y yo coincidimos en un rostro: Sara. Pensé que podía funcionar, estaba seguro que se prestaría a lo que fuera con tal de participar en algo grande, y aquello podía serlo. Estaba en un punto en su carrera en el que pondría todas las ganas, sin ningún freno a lo que le pidiéramos, y eso era lo más importante que estábamos buscando. Además era una chica atractiva y joven, encajaba muy bien en el rol. Tal como supuse, no nos decepcionó y aceptó enseguida. Ricardo me dejó toda la negociación a mí. Apenas preguntó por el dinero, eso siempre era buena señal. Aunque no era, ni mucho menos, el tipo de chica con la que yo estaba cómodo

trabajando: ambiciosa, demasiado pendiente de las opiniones de los demás, siempre buscando un espejo para mirarse y deseando regalarse el oído hurtando conversaciones donde se hablara de ella.

El chico fue más fácil de encontrar. Fuimos claros con él, tenía que recibir algunos golpes de verdad y golpear de verdad. Todo tenía que ser auténtico. Ricardo y yo preparamos el guion. Utilizamos el Pink como punto de encuentro, no quería llevarles a mi casa. Era una buena excusa para volver a ver a Joanne, llevaba semanas sin verla y tampoco entraba en el Jardín de Brin. No contestaba mis llamadas ni mis mensajes. Tampoco insistí demasiado, bastante tenía con superar entrevistas en Veluss, preparar mi nuevo proyecto con Ricardo y atender mi agenda profesional, que a las puertas del verano había vuelto a coger ritmo.

El resto del equipo no fue demasiado difícil de conseguir, Ricardo tenía una agenda muy completa. El equipo era reducido, siempre me pregunté de donde sacaría Ricardo a aquella gente, porque cada uno de ellos era muy especial a su manera. Cada uno iba a lo suyo, éramos un equipo de mercenarios en el sentido literal de la palabra. Nadie se conocía entre sí. No era la mejor forma de trabajar pero a mí me gustaba, de hecho siempre que podía trabajaba solo. Lo más delicado lo haría yo y podía trabajar con cualquiera siempre que no estorbara e hiciera de forma precisa lo que le dijera. Teníamos la localización para la casa de los narcotraficantes, las callejuelas para la persecución, la escena de sexo en el coche y los sitios donde ir a repartir el dinero. Era importante que todo se hiciera en una escena, ya que las sensaciones no serían iguales. Por eso todo el equipo ensayó la escena simulada en una pequeña sala, sin efectos, sin contacto físico. Quedamos unas cuantas tardes en el Pink para tomarnos unas copas, los actores principales, Ricardo y yo; era importante que hubiera química entre ellos, sino, no funcionaría bien. Sara y su compañero estaban encantados. La noche antes de rodar, les pedí por favor que se abstuvieran de acostarse juntos. La escena de sexo tenía que tener toda la magia de una primera vez. Ambos sonrieron de forma profesional, sin dejar de mirarse con curiosidad, sabiendo que al día siguiente tendrían que hacer todo lo que se esperaba de ellos.

El rodaje fue bien. Todo salió sin problemas, incluidas las escenas de sexo, donde Sara no dudó en dejarse llevar sin límites. Sin embargo, la parte que más me gustó fue cuando Sara repartió el dinero del botín, junto con besos y abrazos. Las parejas de ancianos, de tullidos y de mendigos no podían creerse aquel trato. Aquella suerte, aquella falta de interés, sin engaño. Sara me sorprendió, era capaz de dar un abrazo a un pobre desgraciado sin hacerle sentir mierda, transmitiéndole algo humano y sintiendo ella, en el proceso, algo parecido a la satisfacción por hacer algo bueno. Me gustó mucho como improvisó: se sentaba con las mujeres, preguntaba por su vida, y les entregaba una pequeña fortuna en billetes con una sonrisa y un beso. Algunas personas desconfiaban y otras estaban idos, fuera de este mundo sin remedio, pero en general, pudimos sacar muy buen material. Sara estaba conmovida por la reacción de la gente, que era lo que necesitaba. La escena final quise que fuera más sutil, no otra

escena de sexo, algo más parecido a lo que yo hacía, como un tributo a mi propio trabajo, un pequeño experimento basado en mi experiencia con los sueños vívidos. Quizá fuera demasiado sutil, pero no quería firmar un trabajo tan comercial sin dar algo más.

Antes de montar el primer trabajo, Ricardo me pidió que preparáramos el resto. Quería que participaran actrices diferentes y me pidió que valorara otras actrices. Temí que me pidiera algún contacto personal, pero no sucedió. Hicimos un *casting* improvisado, organizado en un hotel de lujo. Acudieron decenas de actrices, algunas conocidas. En ese momento supe que venían al *casting* por mí. Querían trabajar con Ariel de Santos, aunque fuera una producción fuera del circuito comercial. Si llevaba mi nombre, tenía que ser bueno. Ricardo insistió en escoger a dos, que resultaron ser las más conocidas. No puse trabas, para mí no tenían nada de especial, pero tenían la experiencia y el físico necesario para un trabajo así. Eran como casi todas las modelos de París, de una belleza exuberante y artificial, aunque Ricardo les dejó claro que habría escenas sexuales reales. Ninguna puso objeciones. Sabía que aceptaron el trabajo para poder grabar conmigo. Pese a que aquello no fuera un sueño vívido y que estaban exponiendo sus cuerpo a miles de desconocidos. Sentí asco, no por ellas, sino por mí. Había vuelto a hacerlo, a vender a otras personas para satisfacer mis propias necesidades. Por lo menos Ricardo ofrecía un acuerdo digno para todos. A él no le interesaban las chicas, solo el dinero que podía generar la serie.

El resto de los guiones salieron con naturalidad. No repetimos guion y me dejé llevar por las sugerencias de Ricardo, más convencionales y fáciles. Eran una copia de los holos de la industria de acción: Chico conoce chica, la chica es secuestrada y a punto de ser violada, cuando chico rescata a la chica a punta de pistola, besos, amor y sexo de celebración. La otra no era muy diferente: Chico aficionado a las carreras ilegales en el piso cero, conoce a pobre desgraciada que resulta ser una belleza en bruto, y la introduce en sus fiestas de la alta sociedad, incluyendo alguna pequeña orgía multitudinaria, luego un grupo de terroristas los secuestra a punta de pistola hasta que finalmente él consigue liberarse y, con ayuda de ella, que es experta en artes marciales africanas, derrotan a los terroristas lanzándolos desde lo alto de la torre. Besos y sexo salvaje de despedida. El resto de episodios eran más de lo mismo. El proceso ya no tenía nada interesante, pero como compensación solucionaría todos mis problemas para siempre. Los sobres negros ya no serían un problema si Ricardo cumplía su parte. Con esos buenos propósitos yo hice mi parte del trato.

Ricardo vino a verme el día que estábamos grabando la última escena de acción, donde caían los terroristas por el cristal. Lo recuerdo, porque uno de los actores hablaba árabe y fue divertido intercambiar unas palabras con él y dejar a todos los miembros del equipo con cara de no entender qué estaba pasando. Ricardo, con una gran sonrisa me cogió del codo y me llevó a un apartado.

—Ariel, ya puedes estar tranquilo. Me enseñó un sobre negro, y dentro un papel con la misma caligrafía que conocía de tantos años atrás. Decía lo siguiente: «Ya no habrá más sobres. Lo siento, Ariel».

—Gracias Ricardo, no sabes el peso que me quitas de encima —dije con sinceridad. Me metí el sobre en el bolsillo del pantalón. El último sobre, pensé.

—Yo cumplo mi palabra Ariel, como tú. Así es fácil hacer negocios —dijo. Me miró sin decir nada. Quizás esperaba que le pidiera más trabajo. Yo ya no necesitaba más, y no quería ser brusco con él, y pensé cómo se lo iba a tomar.

—Me dijiste cuatro episodios, hoy hemos terminado de grabar. ¿Habrá más? —Confiaba que me dijera que no, pero prefería oírlo de sus labios.

—Ahora toca poner en el mercado nuestro trabajo y ver cómo funciona. Hablaremos en unos meses.

—Claro —dije, pensando lo bien que había gestionado el fin de mi colaboración con Ricardo.

Nos despedimos con la facilidad con la que se despide un compañero de trabajo que se va a casa. Yo terminé de despedirme del equipo y volví a mi apartamento, pensando que nunca más tendría que preocuparme de los sobres negros esperándome debajo de la puerta.

ZOZOBRA

Todavía tuve que dedicar algunas semanas a cerrar algunos flecos del proyecto de Ricardo, aunque la mayor parte eran temas técnicos que dejé a cargo de la otra parte del equipo. Pude centrarme por fin en pensar en Joanne. En las semanas que duró el proyecto no hablamos, pese a los mensajes cruzados. Harto de esperar, me presenté en su casa el mismo día que terminó el rodaje. No contestó nadie al timbre. Empecé a preocuparme porque le hubiera pasado algo malo. Volví a llamarla, pero no me contestó. Ya había dejado una pila de mensajes. Preocupado y cansado, volví a casa.

Al poco de llegar, sonó el timbre de la puerta. Allí estaba ella, mirando enfadada a la cámara de seguridad, esperando a que abriera. Abrí molesto, sin recordar que me había devuelto las llaves del apartamento.

—Hola —dijo ella, sin intención de darme un beso. Ignoré su reticencia y rompiendo la barrera de centímetros que nos separaba, le di un breve beso en los labios.

—Te he echado de menos —dije. No contestó. Miró nerviosa a su alrededor y caminó hasta el ventanal, sin decir nada. Estaba tensa. Empecé a pensar en cosas. Cosas que había evitado pensar hasta ahora.

—¿Qué ocurre? —pregunté con temor, enfadado conmigo mismo.

—Lo nuestro no puede continuar —dejó caer. Sentí que el gran peso de algo invisible se estrellaba contra el suelo y se hacía añicos en un ensordecedor silencio.

—¿Por qué? —pregunté perdido.

—Es complicado —me contestó. No me miró en ningún momento, tenía la mirada fija en el horizonte.

—Por lo menos mírame y dime la razón —dije con voz firme.

El desánimo y el rencor empezaban a crecer en mis tripas, sentía como su hedor frío alcanzaba ya mi voz y mis manos, tensas. No esperaba lágrimas, pero su ausencia me debilitó un poco más.

—Lo siento... yo —empezó a decir. No pudo mantener su mirada fija en mí y la bajó.

—¿Es por Veluss? —empecé a preguntar. No tenía muchas más pistas.

—No... no, no es por eso —respondió.

—¿Entonces qué? —pregunté, vacío.

No habíamos tenido ni un solo roce en estos meses. Siempre la había tratado como una princesa y sentía que la quería. La necesitaba. Sentí rabia y cogí un libro de la estantería y lo arrojé a la pared con violencia. Siempre tiraba los mismos libros contra la pared. No tuve ánimos para sonreír por aquel descubrimiento. Hubiera volcado la estantería de haber podido.

—Si no lo hago yo, lo harás tú —dijo con una vocecilla.

—¿Qué? —restallé como un látigo, golpeando la estantería, rabioso.

Respiré y me calmé. La miré, arrepentido de aquel acceso de violencia. No me

contestó. Se sentó en el sofá y empezó a llorar en silencio. Dudé, y cada segundo me dolía más. Su llanto era el de alguien que ha aprendido a llorar en silencio. Al final, me senté a su lado y la abracé. Con su cabeza en mi hombro, el olor de su pelo volvió a traerme emociones que tenía a flor de piel. Sentí de nuevo su ausencia y deseé que aquel abrazo durara horas.

—Lo siento —dijo entre lágrimas.

—No lo sientas, no me dejes. Te quiero —dije con voz rota. Un agudo dolor en la garganta me impedía decir más. Rompió a llorar de nuevo. Todavía tenía una oportunidad, pensé—. Yo no te dejaré. Nunca he querido a nadie tanto como a ti. No entiendes lo que significas para mí —dije. Oír aquellas palabras de mis labios era extraño. Tomé su mano con la mía, sintiendo como la vista se me nublaba. Una lágrima empezaba a crecer despacio en uno de mis ojos.

—Lo nuestro no tiene futuro. Si no es por Veluss, será por mi trabajo, o por el tuyo —dijo. Eran mis peores temores, siempre lo habían sido. Sabía que ambos teníamos un pasado y un presente complicado. Era difícil tener una relación en aquella ciudad y ambos lo sabíamos. El amor, tal como lo buscábamos, era imposible.

—Si no existe el futuro, inventémoslo —susurré con mi rostro casi pegado al suyo, pensando que tenía los ojos más bonitos del mundo. Quería besarla. Sin pensar en nada más.

—¿No me dejarás?, ¿pase lo que pase? —lloró.

—Pase lo que pase. Iré contigo al infierno si es preciso —dije sin pensar lo que estaba diciendo.

—¿Me lo juras? —imploró.

—Te lo juro —dije. Y me sentí pequeño. Como un gusano.

En aquel silencio, frente a frente, contemplando de cerca sus labios húmedos, sus ojos desbordados, la idea de embarcarme en un encierro el resto de mi vida, sin volver a ver el sol, me parecía una burla, una locura. Mi esperanza era que ella no pasara las pruebas. Deseaba que fracasara en su sueño máspreciado. Tragué y me dolió, como si bebiera arena caliente. De sus ojos continuaban brotando lágrimas silenciosas. Su cuerpo tembloroso se acercó al mío poco a poco. Alcé su rostro empapado y saboreé sus labios salados. La miré y la besé despacio. Su pecho temblaba bajo la ropa. Metí mis manos bajo su blusa y sentí su piel. Su boca cálida y tierna era tal como la recordaba. Me abrazó más fuerte. Yo también empecé a temblar. Hacía más de un mes que no nos veíamos, y ya había perdido la esperanza de volver a sentir aquello. Me tumbé sobre ella en el sofá, atrapándola bajo mi peso y sujetando sus manos con las mías.

—No te dejaré marchar. Nunca más.

Ella gruñó y las lágrimas hicieron que se corriera la pintura de sus ojos. El tiempo que había pasado desde la última vez hacía que mi excitación fuera aún más violenta.

Besé su cuello con ansia, sin dejar de inmovilizarla, y ella se dejó hacer, mansamente. Volví a por su oreja, sofocando su ligera resistencia. Al llegar a su blusa, los botones impidieron que siguiera mi camino. Los arranqué a dentelladas, como un salvaje y solté su sujetador con algo más de cuidado. Besé sus pechos sin prisa, y continué bajando hasta donde ella esperaba. Te tomé todo el tiempo que pude, lamiendo su vientre en zigzag. Temblaba y jadeaba, sometida a mis dedos expertos entre sus piernas, dentro de su ropa interior. Hice que esperara, suplicándome en silencio mientras observaba arrodillado sobre el suelo. Bajé sus bragas y las dejé colgando sobre uno de sus tobillos.

—No te dejaré marchar. Nunca más —repetí.

Me subí sobre ella y sus suspiros se unieron a los míos. Hicimos el amor y nos quedamos dormidos en el sofá, como si nada hubiera pasado en las últimas semanas, aunque los dos sabíamos que esta era nuestra última oportunidad. Para todo.

VIEJOS DELITOS

Cuando sonó mi pad y lo activé sin mirar, no reconocí la voz. Estaba dormido y agotado, y no recordaba haberme quedado inconsciente en el sofá, con Joanne a mi lado. Ella seguía durmiendo, con su característico ronquido aterciopelado, como un motorcito de juguete. Ya era bien entrada la noche.

—¿Ariel?

Tardé unos segundos en dibujar su cara y su nombre en mi cabeza. Era Sara, la chica con la que habíamos grabado el primer capítulo de la serie de Ricardo. Al margen del trabajo, nunca había hablado con ella, de hecho lo había evitado.

—Hola Sara —dije con voz de dormido, me percaté que estaba desnudo. Aunque solo se veía mi torso desnudo en la pantalla.

—Perdona que te moleste. Es un tema profesional —aclaró.

Ya empezamos, pensé. Me incorporé, intentando no despertar a Joanne. Salí del salón y me metí en la habitación.

—No te molestaría si no fuera importante —aclaró.

—Dime —le dije, intentando ser cortante y poco amable.

—Verás, Ricardo me ha hecho una propuesta y la verdad es tentadora, pero no me gusta el que no participes tú. Si te digo la verdad, la primera vez dije que sí porque eras el director, pero me ha propuesto otra cosa, esta vez sin ti —su voz ya no sonaba tan segura. Ahora parecía lo que era, una chica de veintipocos años que estaba jugando siempre en terreno desconocido.

—Vaya. Me has pillado dormido y no me esperaba una sorpresa así. No tenía ni idea de que Ricardo estuviera preparando otro proyecto —le dije malhumorado.

—Ya, me lo imaginaba. Llamaba para pedirte consejo, no sé si aceptar. ¿Me puedo fiar de Ricardo?

—Bueno —le dije, pensando que podía irse a la mierda—, eso depende. Pagar paga, pero no sé si te conviene —pensando que Ricardo lo único que querría sería meterse entre sus piernas. Tonterías, ella ya se habría acostado con él. «¿Por qué tenía que despertarme aquella estúpida?», pensé.

—Es mucho dinero, pero... —Iba a decirme algo, pero lo omitió.

—Es un tipo serio —dije, para quitármela de encima. La forma que tuve de decirlo no dejaba opción a réplica. Odiaba que me despertaran.

—Gracias Ariel, y perdona por la llamada. Buenas noches —dijo Sara al otro lado.

—Adiós —dije y colgué jurando en árabe.

—¿Quién era? —preguntó Joanne desde el salón. Vino hasta la cama, preocupada.

—Nadie —dije y nos metimos juntos bajo las sábanas. No pude pensar en otra cosa que no fuera cómo me habían usado Eduard y Ricardo para sus proyectos, y como me habían dejado tirado los dos. Todo el mundo me usaba, lo había hecho

siempre. Igual que yo con los demás. A la mierda todos. Solo quería dormir abrazado a Joanne. Al menos esa noche dormiría bien.

A la mañana siguiente mi mal humor no había disminuido sino todo lo contrario. Llamé a Eduard pero no puede localizarlo, su asistente virtual me recordó que ya le había dejado varios mensajes y que cuando pudiera, contactaría conmigo. Sabía que estaba cabreado y que llamar a Ricardo no sería bueno para Sara. Maldiciendo, me preparé para una prueba de Veluss que duraría dos días. «A la vuelta —pensé—, a la vuelta, me vais a explicar qué mierda está pasando».

La prueba, multitudinaria, con más de cien personas, había sido agotadora. No quise pensar en si había ido bien o mal. Joanne no estaba en casa, pero tenía un enternecedor mensaje suyo que me avisaba que estaría unos días fuera, en una prueba de selección. Se veía hermosa, llena de vida. Me deprimió no tenerla a mi lado, así que me fui a dormir. A la mañana siguiente llamé a Ricardo. No me contestó. Llamé a Sara y tampoco pude contactar con ella. Tampoco pude hablar con Eduard. Me sentí como unapestado. Todos mis planes estaban fallando, todos excepto Veluss: al cabo de dos horas recibí la confirmación de que había pasado la prueba y seguía adelante en el proceso. Contando con aquella, había pasado ya más de cinco pruebas de grupo, y decenas de test y entrevistas en los últimos ocho meses. Y sin embargo me seguía diciendo que era un juego, que solo lo hacía por Joanne. A estas alturas deberían quedarme pocas pruebas. Ya no había mucho tiempo, la nave despejaría de la órbita terrestre en poco más de cinco meses. Solo de pensarlo me daba vértigo. En cinco meses podría perder a Joanne, para siempre. Podría perderlos a todos: a Carlos, a Joanne. Mierda. No sabía qué hacer. Pegué una patada a la estantería y lancé unos cuantos libros contra la ventana deseando romperla, aunque fuera imposible. Me contuve, forzándome a tomar un vaso de agua y una dosis de *trank*. Esperé un par de horas a que llegara Joanne, necesitaba verla. Necesitaba estar con alguien. El mundo era cada vez más pequeño y oscuro. Me costaba respirar. Volví a llamar a Eduard. Estaba vez, ni siquiera su asistente virtual me contestó. Estuve a punto de estampar contra la pared mi carísimo pod. Me contuve y me tomé dos dosis más de *trank*. Tardé poco en quedarme adormilado. Pasaron horas llenas de pesadillas blancas y brumosas, voces que debían estar olvidadas. Me despertó una llamada desde un número desconocido. Era una dirección firmada por el departamento de estado de la EcoSur. Algo oficial.

—¿Sí, dígame? —pregunté.

—Ariel. Gracias a Dios —la voz de Eduard sonaba lejana, como si hablara conmigo desde un lugar muy diferente.

Intenté despejarme, tenía la mente pegajosa por el *trank*. No pensaba con

claridad. Apenas podía hablar con la boca pastosa y la barba húmeda de baba.

—¿Eduard? —pregunté sorprendido y enfadado.

—Han pasado cosas... —empezó.

—Llevo llamándote semanas —dije alzando la voz.

En mi cabeza se intentaban ordenar todas las cosas que quería preguntarle, todo lo que había pasado, los planes, la ilusión y el dinero que me debía.

—Tengo un problema, un serio problema —dijo de forma seca.

—¿Qué problema? —pregunté.

—Estoy en la cárcel —respondió.

Aquello me impactó de verdad. Nunca imaginé que Eduard pudiera acabar en la cárcel. Era un tipo que estaba por encima de la realidad. No supe qué decir.

—Necesito un favor —me pidió.

—Lo que sea —dije sin pensar. En el fondo admiraba a ese tipo, pese a todo lo malo que tenía.

—Tienes que localizar a Chloe o a Sara, ya no sé qué hacer —dijo con la voz poco firme, casi temblando. Oírle así me heló la sangre.

—¿Por qué?, ¿qué ha pasado? —pregunté.

—Me acusan de violación de una menor —dijo susurrando.

—Joder.

—Es falso. Me la presentaron Chloe y Sara, y todos juntos nos montamos una fiesta. Una orgía. Pero ahora la familia de la chica me acusa y no tengo manera de demostrar nada, maldita sea Ariel, necesito que las encuentres, tú las conoces —me rogó desesperado. Toda aquella información barrió de golpe el castillo de naipes que tenía en mi mente.

—Hablé con Sara hace dos días —le conté—, haré todo lo que pueda por hablar con ella y arreglar esto. ¿Cómo te localizo? —le pregunté, asimilando como podía esa noticia, y sus posibles implicaciones conmigo. El interrogatorio de la policía hace unas semanas. La llamada de Sara. Todo podía estar relacionado. Cualquier delito en que pudieran implicarme sería mi fin.

—Habla con mi abogado —me pasó los datos a través del pod.

—Eso haré. Cuídate Eduard.

—Gracias Ariel. Cuento contigo, estoy jodido. Gracias —dijo despidiéndose. Sus ojos y su voz no mentían, estaba acabado.

Llamé inmediatamente a Sara. No contestó. Miré el panel de información de la pared sin entender lo que estaba viendo: había dormido durante casi cincuenta horas seguidas. No quería creérmelo. Mi dependencia del *trank* había vuelto más fuerte que nunca.

NUEVOS DELITOS

Que mi vida se estaba desmoronando no era nada nuevo. Llevaba años desmoronándose y volviéndose a levantar, como una muralla de arena en la playa. El niño era yo, y el mar la realidad. Había anulado mis últimas tres citas y dos productores tenían mi buzón lleno de amenazas por el retraso que llevaba en sus proyectos. Por suerte, Ricardo había cumplido su promesa, no volví a ver un sobre negro. No podía, no quería pensar en trabajo. Solo podía pensar en Joanne, y que en unas semanas podría perderla. Me aferraba a la loca idea de que ambos pasaríamos las pruebas de Veluss. Lo que pudiera pasar con mi vida si me quedaba yo solo en París y ella se iba para siempre, era algo peor que una incógnita. Sabía que nada volvería a ser lo mismo, así que no veía opciones. Solo una: irme con ella a otro planeta. Una locura. Una huida más. De no ser porque Joanne se pasaba algún día por mi apartamento, no sé qué hubiera sido de mí, estaba consumido por el *trank* y el temor a algo sin nombre.

Cuando llamaron a la puerta la abrí de forma compulsiva. Sin pensar que pudiese ser otra persona. No era Joanne, pero si alguien conocido: los dos agentes de policía que me habían interrogado hace semanas. Esta vez entraban en mi casa, sin discreción alguna. Me saludaron cortésmente, pero no preguntaron si podían entrar. Conocían mi situación legal y no se andarían con tonterías.

—¿Esperaba a alguien, señor de Santos? —preguntó el más alto. Apenas le hice caso, miraba por el hueco de la puerta, esperando ver la cara de su compañero alfa. No la vi. Venían ellos dos solos. Suspiré de alivio.

—Sí. Una modelo, debería estar aquí en breve, para una sesión —mentí a medias.

—¿No le importará que le hagamos unas preguntas, verdad señor de Santos? —me interrogó el policía más bajo mientras se apoyaba en el sofá. Me senté en la butaca que había enfrente, de espaldas al gran ventanal que presidía mi salón. Los dedos de mi mano derecha temblaban con el clásico temblor del adicto extremo al *trank*. Los policías sin duda lo vieron.

—Por supuesto que no. ¿De qué se trata? —pregunté. Estuve a punto de preguntar por Chloe, pero lo evité a tiempo.

—Creemos que conoce a esta chica —y me enseñó una foto de Sara. Intenté no parpadear de más. Era una foto de hacía un par de años, se la veía muy joven e inocente. ¿Por qué me caía tan mal aquella chica?

—Sí, Clara... Sara, Sara O'Brien se llama. Hicimos un trabajo juntos hace escasas semanas. ¿Qué ha pasado? —pregunté sin poder evitar un tono de alarma.

—Ha aparecido muerta. Igual que su amiga Chloe —dejó caer uno de ellos. Y me mostraron unas imágenes espantosas de sus cuerpos mutilados. Me sondearon sin piedad, estudiándome a fondo.

—Dios —susurré. Sentí que algo golpeaba mi garganta. No pude tragar. Tuve que sentarme. Ellos permanecieron de pie frente a mi.

—Además, el director, el señor Verdi, sigue sin aparecer. A todo esto, imagino que sabrá que su amigo el señor Lechamps está imputado por violación. ¿Conoce usted a esta joven? —preguntó, y me mostró la foto de una chica morena de pelo corto que no había visto en mi vida.

—No —respondí. La imagen de una jovencísima Sara que acababa de ver hace unos instantes estaba fija en mi retina. Era una cría. La náusea me crecía por dentro.

—¿Está usted seguro? —insistió el más alto. Su voz era áspera y dura, no pestañeé. No pude levantar la mirada del suelo.

—Seguro al cien por cien. Me acordaría de su cara —dije.

—Creemos que alguien de su entorno puede ser el responsable de todo esto. ¿Se le ocurre quién? —preguntó.

Ricardo. No podía ser otro. Ese hijo de puta psicópata, primero se cargó a Chloe, después de dejar fuera de juego a Eduard. Luego me vino a la mente el alfa de la policía. Si me veía sabría que ocultaba algo. Sentí calor y necesidad de salir de allí. De abrir las ventanas. Todavía no tenía la certeza, pero tenía que pensar antes de decir nada, un paso en falso y cualquier cosa podría ocurrir. Si decía ahora su nombre y ese cabrón tenía algo contra mí, la más mínima sospecha haría que todo se acabara. Antes me cortarían las venas que volver a África. Ya lo había decidido hace tiempo.

—No lo sé. Aún tengo que pensar en lo que me han dicho. Dios mío, Chloe y Sara muertas. Dios —dije mientras recordaba mi última conversación con Sara. Pobrecilla, había muerto por mi culpa, por mi maldito orgullo. Era un maldito desgraciado. No le di ninguna oportunidad. Sentí náuseas y ganas de llorar.

—¿Se encuentra bien? —preguntó uno de ellos.

—No —contesté.

Las últimas palabras de Sara vinieron a mi mente. «Gracias Ariel», recordé. Valiente hijo de puta, se la puse en bandeja a ese asesino. Igual que a Chloe. Eran unas crías, me dije a mí mismo, atormentado.

—Estamos buscando a una lista de personas. Dígame si alguna le suena. Me pasó una lista de nombres donde aparecían algunos de los técnicos con los que había trabajado con Ricardo y Franco y, por supuesto, el nombre de Ricardo.

—Todos. He trabajado con todos —dije.

—¿Ha hablado recientemente con el señor Renzi? —preguntó. Esa era la pregunta que más miedo me daba.

—No desde que acabamos de rodar el primer episodio de una nueva serie —le confesé. Era la verdad, salirme de la verdad me aterrorizaba— he intentado ponerme en contacto con él en varias ocasiones los últimos días, pero no hay manera —le dije. Ellos se miraron y decidieron atacar.

—¿De qué habló usted con la señorita O'Brien el viernes por la noche de la semana pasada? Le llamó en torno a la una de la madrugada —aquellos era un

interrogatorio en toda regla. Ambos me despellejaban con la mirada.

—Me preguntó si debería aceptar un trabajo con Ricardo, no estaba segura de participar si yo no estaba en el equipo —dije, agradecido de poder contarles todo tal cual.

—No sé qué le diría, pero veinticuatro horas más tarde estaba muerta. Fue violada salvajemente por, al menos, tres hombres y luego torturada hasta morir —me dijo uno de ellos con voz fría, acercándose a mí.

Quería saber el efecto que me provocaban sus palabras. Eran como ácido, como tragar humo caliente, como beber aceite usado de motor. Me revolvió el estómago, estuve a punto de vomitar. Tragué aire, ahogándome.

—Lo mismo le pasó a la señorita Dubois —me dijo el otro. Ambos esperaron mi respuesta.

Yo estaba ido, recordando a Chloe, como una adolescente juguetona que intentaba seducirme en mi coche. Maldiciendo haberla conocido por hacerme sentir así ahora. Una historia de esas espantosas que oyes tantas veces pero que siempre había evitado que me rozara. Ahora me sentía culpable, porque lo era. Sabía que era por las neurorrélicas, sabía que Ricardo estaba detrás de todo esto. Necesitaba respirar, llorar y sobre todo gritar de rabia. Luego necesitaba dormir. Durante mucho tiempo. Intentaba recordar donde había dejado el *trank* la última vez que lo había escondido.

—Señor de Santos, le dejamos en paz. Siento lo de sus amigas, pero ya para terminar, ¿nos puede contar algo que nos oriente en la investigación? —Era sincero. El tipo no desconfiaba de mí más de lo necesario, pero yo no podía decirle nada. Temblaba por dentro y sabía que mi vida dependía de un paso en falso.

—No. Le llamaré si me entero de algo, esté seguro —añadí con un hilo de voz.

Luego se fueron, y me quedé solo. Ya no tenía ganas de vomitar. Solo de llorar. Tomé tres dosis o más de *trank*, necesitaba no pensar.

MÁSCARAS

Amanecí dos días más tarde. Mi pad echaba humo, tenía decenas de mensajes pendientes, algunos prioritarios. Dos de ellos de Joanne. Estaba preocupada por mí, porque no abría la puerta ni contestaba sus mensajes. Otro mensaje de Carlos y uno de Veluss. El de Veluss me informaba que había entrado en la recta final de la selección y tan solo me quedaba una prueba, decisiva, que duraría quince días de convivencia con otros candidatos. Debía prepararme para la prueba, que sería dentro de tres días.

Llamé a Joanne, que respondió inmediatamente la llamada. Su voz expresaba urgencia y preocupación.

—¡Ariel!, estaba preocupada por ti ¿dónde estabas?

—Lo siento. Me pasé con el *trank*. Llevo tirado dos días en la cama como un vegetal.

—¿Estás bien? —preguntó inquieta.

—No, no estoy bien. Te necesito —dije con un hilo de voz. No quería pensar en nada, solo aferrarme a ella.

—Es imposible, estoy ahora mismo en un avión de la organización. La última prueba Ariel, ¡he llegado al final! —decía alegre en voz baja.

—Bien... bien. Yo también tengo la prueba final, en tres días. Suerte —dije, hecho polvo.

—Ariel. Tengo que colgar. Cuídate. Nos veremos a mi vuelta —dijo.

—Dentro de dos semanas —dije y la señal empezó a debilitarse.

—¿Cómo? —preguntó ella. Casi no la pude entender. La señal se cortó.

Perfecto —pensé— esto es el amor. Cuando necesitas de verdad a alguien, estás más solo que cuando no tenías un apoyo. Para esto sirve el amor. Estuve tentado de tomar más *trank*, pero sabía que en mi estado, sería mucho peor. Ya había pasado por esto varias veces. Llamé a Carlos, pero un mensaje suyo me respondió que hasta dentro de cinco días no estaría accesible. Debía estar pasando la misma prueba que Joanne y que yo en unos días. Los tres habíamos llegado hasta aquí. No tenía a nadie con quien hablar y necesitaba hacerlo o acabaría por hacer algo estúpido. Solo me quedaba Andelain, aunque fuera virtual. Buscar compañía de desconocidas no era una alternativa. También había pasado por eso. ¿Por qué no era capaz de recordarlo?, ¿por qué me ataba a puertos que ya había quemado?

Me conecté al Jardín de Brin y fui directo a la taberna de la Ardilla verde. Era de

día, pero el sol se pondría por el oeste en poco tiempo. No tenía ni hambre ni sed, pero los demás avatares estaban comiendo, así que me senté a la única mesa libre que había y pedí una jarra de cerveza a una chica que andaba por allí sirviendo bebidas y comidas. Me tomé la jarra, como podía haber hecho cualquier otra cosa. Empecé a revisar mi lista de conjuros para ver cómo podía enviar un mensaje a Andelain, confiando que ella estuviera conectada, lo cual era mucho suponer. También podría estar en la última prueba, junto con Carlos o Joanne o durmiendo o trabajando en lo que fuera que hiciera. Carlos me dijo una vez que era de Montreal, en Canadá. Allí era por la mañana, y hoy era martes. Mal día. Iba a pasarme una semana con desconocidos, jugándome mi futuro, y lo único que podía hacer era beber una jarra de cerveza virtual, rodeado de nadies de colores y formas imposibles. Me aferré a lo único familiar que me quedaba: Andelain.

La llamé a través de un conjuro, pero desde fuera de la taberna. No dejaban invocar nada ahí dentro. Fuera era de noche. Andelain no tardó en contestar, y en apenas unos segundos, se apareció delante de mí, usando un conjuro de teletransporte.

—¡Qué sorpresa! —dijo con sinceridad.

—Sé que Carlos no está contigo, está en la última prueba. Supongo que lo sabes —dije.

—Claro. Hace dos días estuvimos comentándolo los tres. En estos momentos Joanne debe estar volando hacia la prueba —por su manera de decirlo, entendí que habían pasado a tener una intimidad que yo no compartía. Era normal, había pasado todo el proceso sin decirle ni a Carlos ni a ella que yo también estaba en el programa. ¿Qué podía esperar? Era un fraude.

—¿Qué te pasa? —preguntó Andelain preocupada.

—Soy un fraude —confesé, asqueado de mí mismo, tentado de desconectar. Sin embargo ella me mantuvo la mirada de forma enigmática.

—¿Fraude? —preguntó ella.

—Sí. No sé quién eres, tú tampoco sabes quién soy. Pero te lo confieso. Soy un puto fraude. Un fraude. Un mentiroso, no soy nadie. Solo un espejismo —grité. La gente a mi alrededor me miró.

—Espera. Será mejor que vayamos a un sitio con más intimidad —miró a su alrededor, y empezó a murmurar un conjuro. Pronto una bruma nos envolvió y aparecimos en lo alto de unos acantilados. A menos de cien metros un denso bosque ocultaba todo hasta donde alcanzaba la vista, al otro lado el mar. Al pie de un abismal acantilado de piedra negra, el océano rompía con fuerza titánica. La música que producía el viento y el agua no eran sonidos de este mundo. El lugar era de una belleza imposible. La luz fantasmal de dos lunas, una anaranjada y otra azul, iluminaba aquel paraje, donde tan solo estábamos ella y yo.

—Bienvenido a Dun'zdor —dijo.

—Impresionante —confesé, olvidándome por unos segundos de todo lo que

pesaba dentro de mí.

—Y ahora, explícame por qué crees ser un fraude —dijo entornando los ojos, en una expresión que no supe interpretar. Se sentó en una piedra y allí, bajo aquella luz fantasmal, esperó a que comenzara mi relato. Me tomé mi tiempo. Me había calmado un poco, pero había comenzado algo que necesitaba. Necesitaba soltarme. Confesar. Necesitaba el perdón o, al menos, una maldición.

—Me llamo Ariel, no sé si lo sabes —comencé.

—Ariel de Santos —confirmó ella con la cabeza.

—¿Te lo dijo Carlos?

—No. Tengo mis propias fuentes —respondió enigmática.

—Vale. Una por otra. ¿Cómo te llamas tú? —pregunté.

—Yo no soy un fraude. Pero te entiendo. Necesitas confiar en mí. Me llamo Laura McKenzie. Vivo en Montreal y tengo treinta y tres años. Trabajo como directora del departamento de calidad en una empresa de cosméticos. No tengo pareja ni hijos. Estudié en una escuela pública y obtuve una beca para poder estudiar en la universidad. ¿Quieres ver una foto mía? —me preguntó con determinación.

—No. Te creo. ¿Sabes?, en persona soy igual que en mi avatar.

—Entonces eres muy guapo —dijo sin pestañear.

—Estoy en Veluss —le confesé, casi con urgencia.

—¿Cómo? —preguntó.

—Que estoy en el programa, como vosotros. Desde el principio. Solo lo sabe Joanne. Empecé por ella, pero ya no estoy tan seguro —confesé. Era verdad. Veluss había sido lo único estable en los últimos meses de mi vida. Lo único. Me sorprendí al pensar en ello.

—¡Lo sabía! —me dijo con un dejo de triunfo Andelain— Krall y yo especulamos durante horas sobre el asunto. Él decía que no, pero yo estaba segura —dijo.

—Pues sí. Pensé muchas veces en decirlo, pero no encontré la manera. Y ahora... es tarde.

—¿Tarde por qué? —preguntó.

—Porque... no lo sé. Supongo que os iréis todos de este planeta y me quedaré solo. Porque vosotros creéis de verdad en ello y yo no soy más que un farsante con problemas —dije sin valor para mirarla a la cara. Sentía ganas de gritar, de levantarme y gritar, de golpear algo hasta hacerme polvo los puños.

—¿De veras?, a mí no me parecía que fuera así. Creo que tú tienes más motivos que nosotros para desear un nuevo comienzo.

—No sabes nada de mí —repliqué.

—Eso es cierto. Pero me gustaría conocerte más —me dijo con un tono extraño.

—Un poco tarde ya. Pero no importa, no hay mucho que conocer, soy lo que parece que soy. Alguien superficial, egoísta. Un cabrón. Has tenido suerte en no conocerme mejor —dije rabioso.

—No te conozco, pero me cuesta creerte. Alguien con tu sensibilidad no puede ser como dices. Conozco todas tus obras, Ariel, eres un genio. Y lo sabes. Todo el mundo lo sabe —susurró con cautela.

Pensé que Chloe y Sara debieron decir lo mismo de mí en algún momento de sus vidas. A alguien a quien apreciaban, alguien que no me conocía, y ellas le dijeron que era una suerte para sus carreras trabajar con Ariel de Santos, el genio de los sueños vívidos.

—Soy una mierda. Eso es lo que soy —confesé.

—¿Qué te pasa? Algo no va bien —se levantó y se sentó a mi lado. Puso su mano sobre mi hombro. El calor de su mano y su proximidad me puso en alerta.

—No. No va bien. Todo el que se acerca a mí acaba sufriendo.

Siempre había sabido esa verdad. La cuenta de personas que a lo largo de mi vida habían muerto o acabado mal era muy larga. No quería robarle la novia a Carlos. Sabía que ella quería algo de mí, pero sería lo último que haría en ese momento. Me juré que si ella hacía un movimiento en falso, saltaría por el acantilado. Estaba preparado, a la mierda el avatar, a la mierda Brin.

Ella me dio un casto beso en la frente y se levantó. Me dio la espalda y caminó hacia el bosque. Sentí alivio, pero estaba desconcertado.

—¿A dónde vas? —pregunté.

—Necesitas ver una cosa —dijo—, sígueme.

Caminamos hasta llegar al bosque. Era un bosque tupido, oscuro, amenazador. Sin embargo ella se internó en él como si conociera un camino que yo era incapaz de ver. Sentí ojos observándonos y sonidos animales. Estábamos rodeados de naturaleza salvaje. Caminamos durante mucho tiempo bajo las ramas, pudieron ser horas. Ella no me dirigió la palabra. Cuando llegamos a un claro, vi una casita de madera. Era pequeña pero hermosa, tenía una armonía silenciosa y sutil. Cada detalle estaba cuidado, era en sí misma una pequeña y sencilla obra de arte.

—Aquí conocí a Krall. Él vivía aquí, retirado del resto del mundo en Brin.

—¿Retirado? —pregunté extrañado.

—Sí. Él se solía conectar a Brin para desconectar del mundo, para estar solo. Le asustaba la gente, no podía soportar la presión de que todo el mundo quisiera algo de él —asentí con la cabeza. Siempre había intuido algo así en Carlos, una dimensión profunda que no conocía.

Entramos en la cabaña. Por dentro era todavía más impresionante que por fuera. Había pocas cosas, apenas una chimenea de metal fundido, una cama, un escritorio, algunas estanterías y dos ventanas. Pero todo estaba colocado de tal manera que parecía un puzle compuesto de cientos de piezas diferentes que encajaban perfectamente unas con otras. Había algo único allí.

—No tenía ni idea de que Carlos fuera capaz de algo así. Pensé que era bueno con los ordenadores, pero esto...

—Carlos es un genio. Un genio único en su tiempo —dijo orgullosa. Al decirlo

había algo extraño en sus palabras, como si su orgullo no fuera algo personal, como si fuera más importante que todo eso.

—Es un tipo peculiar, sí —acerté a decir. Sonaba como un cretino.

—Cuando le conocí estaba a punto del suicidio —me confesó sin rubor.

—¿Hace cuánto fue de eso? —pregunté.

—Hace algo más de tres años —respondió. No sabía que llevaran tanto tiempo juntos. Me parecía más increíble todavía que jamás se hubiesen visto en persona en todo ese tiempo.

—¿Y nunca habéis quedado...?, quiero decir, en persona, en carne y hueso.

—En esa época yo estaba en otra relación —replicó.

—¿Y...?

—No podría ser infiel. —Su forma de decirlo, tan inocente y sencilla, me hizo reír.

—Lo siento. No me río de ti. Toda mi vida he estado junto a mentirosos y sé que no mientes, pero me parece tan increíble todo esto...

—Sí, lo es. Pero es porque somos personas increíbles. Carlos, tú, yo. Somos personas especiales.

De nuevo salió ese tema. Mi estado de ánimo se volvió gris otra vez y los recuerdos de Chloe y Sara volvieron.

—Soy un maldito asesino. Por mi culpa una niña murió salvajemente violada. Por no saber escuchar, por no saber tener un minuto para entender lo que estaba haciendo. Por mi egoísmo ciego, ¿entiendes? Ese es el genio de mierda que soy, un despreciable cínico que no sabe ni lo que quiere.

—¿De qué me hablas? —preguntó asustada.

—Por mi culpa, un maníaco engañó a dos chicas con las que trabajaba. Chicas con las que empezamos a trabajar en neurorrélicas, ¿te suena? Por eso me conecté aquí y mira cómo he acabado. Por mi culpa han muerto personas.

—¿Pero tú...? —empezó a preguntar. La corté con un grito.

—¡No!, fui un estúpido. Hasta un imbécil lo habría visto venir, ese maldito Ricardo era un tipo sin escrúpulos. Nos engañó a Eduard y a mí para lograr lo que quería. Los medios, las actrices, todo. Cuando lo tuvo... Eduard está en la cárcel y yo pronto lo estaré, y por el camino, dos crías muertas para hacer alguna especie de *snuff movie* para hijos de puta podridos de pasta necesitados de cosas extremas.

—Dios... qué horror —dijo con un hilo de voz.

—Y mientras tanto la única persona que quiero de verdad, no sabe nada de todo esto, está dios sabe dónde, pensando que el sueño de su vida se va a hacer realidad. El sueño de su vida, sin mí —comencé a llorar—. ¡Mierda! —grité.

Golpeé la pared de la cabaña. Ni siquiera sentí un dolor real. Me senté en la cama y me limpié las lágrimas con el puño de la camisa. Lágrimas inexistentes. Ella no se movió.

—Lo siento —dijo ella despacio, con cautela.

—Yo también.

—¿Por qué no vas a la policía?, por lo que me has contado, no tienes ninguna responsabilidad.

—Ah, que todavía no había llegado a esa parte. Aquí donde me ves no soy más que un puto inmigrante temporal. Visado clase B, del norte de África. Tampoco me llamo Ariel, sino Rasheed. ¿Más sorpresas? —no contestó—. Significa que al más mínimo problema legal me deportarían. ¿Crees que eso es todo?, no, que va, aún hay más. Debo mucho más dinero que el que gano y no paro de gastar —la miré, estaba aturdida. Pero no podía parar—. He estado tan enganchado al *trank* que no diferenciaba un hombre de una mujer en la cama. Estoy enfermo —paré. Estaba seco, necesitaba una dosis— necesito una dosis, ahora mismo.

—Ven —me dijo, abriendo sus brazos.

—No quiero. No quiero que me toques, ¡pudro todo lo que toco, no quiero joder mi amistad con Carlos! No quiero...

—Solo ven —se acercó y me abrazó. Su piel era suave como un melocotón y tenía un suave aroma a flores. Sin saber cómo, me puse a llorar en su hombro. Ella no dijo nada, durante minutos estuvimos abrazados. Luego ella se soltó poco a poco y dio un paso atrás.

—Te lo dije antes y te lo repito ahora. Tú necesitas Veluss mucho más que nosotros. Estás mucho más atrapado aquí de lo que Carlos o Joanne lo están.

—¿No lo entiendes?, va conmigo. Soy yo —repliqué con voz chillona.

—No. Es este mundo, está podrido hasta la médula. No hay forma de salvarlo —respondió ella con seguridad.

—No con gente como yo. Joanne es diferente, Carlos es diferente. Diablos, tú eres diferente, pero no hay esperanza con personas como yo. Deberíais meteros todos en una nave y dejar la mierda aquí, para que se pudra, y no volver nunca.

Andelain empezó a decir algo, luego dudó y calló.

—No puedes ir a la policía, tienes razón. Solo tienes una opción.

—¿Cuál? —pregunté agotado.

—Pasar la prueba y ponerte en órbita tan pronto como salgan las listas definitivas. Una vez en la nave, ningún gobierno puede reclamarte. Después de la prueba, habrá otra: la despedida, el mes de oro, pero dependerá de ti pasarla en un día, una semana o en una hora. Después de dejarla atrás, podrás abandonar todo e irte a la nave que ya está en órbita, esperando a la tripulación y la carga.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunté sorprendido.

—He pasado muchos años de mi vida preparándome para este momento. Intenté ser admitida en la nave anterior, pero no pude. ¿Quién crees que ha ayudado a Carlos y a Joanne a pasar todas las pruebas? —confesó.

—¿Tú?

—Sí. También la última: Joanne y Carlos la pasarán. Es una prueba sencilla, como las demás. Tú también la pasarás, con mi ayuda o sin ella.

—No puedo cagarla —sin saberlo, ya había tomado una decisión.

—No fallarás. Ante la duda, actúa como lo que eres, Ariel.

—¿Qué soy? —pregunté al borde del agotamiento físico.

—Una buena persona, Ariel —me dijo.

Luego se levantó y me dio otro beso en la frente. Me dijo que durmiera en esa cama el tiempo que necesitara. Ella se tenía que ir. Dejó un olor a flores que me acompañó mientras dormía, sin *trank*.

AMENAZAS

Un sonido familiar llegaba desde algún lugar indeterminado. Desperté, medio dormido, en una cama en el interior de una cabaña de madera. Fuera era de día y el olor a madera y humedad era tan vívido que me mareaba. Los pájaros piaban al otro lado de las paredes de la cabaña. Me había quedado dormido sobre la espada, aunque no me dolía nada. Seguía ataviado con ropas árabes y, durante unos momentos, no reconocí lo que había pasado. Salí de la cabaña y el cielo, de color violeta, me traía el aroma fresco del mar. Sentía hambre y me sentía en paz conmigo mismo. Sin embargo, aquel sonido, seguía atormentándome. No estaba ni lejos ni cerca. Una sensación urgente me invadió, luego una acidez familiar irrumpió en mi consciencia. Alguien me llamaba. Era el sonido de llamada de mi Pod, pero no sabía de donde venía. Recordé que estaba conectado, había dormido conectado a Brin. Me froté los ojos sin efecto. Parpadeé varias veces hasta que entendí. Accedí al menú de juego y desconecté. Mis sentidos tardaron un tiempo en adaptarse a la realidad. Dormirse conectado hacía que los reflejos y los sentidos fueran perezosos, como una resaca sin dolor de cabeza. Vivir una semana conectado era lo que había vuelto locos a más de uno. Se supone que todos los mundos virtuales tenían salvaguardas para evitar que nadie pudiera estar conectado más de cuarenta y ocho horas, pero era mentira. Había muchas personas que vivían conectados de forma permanente, era caro, pero un negocio floreciente. Residencias permanentes de juego, las llamaban.

Me levanté con el cuerpo entumecido, estaba en mi apartamento y aquí era de noche. El pod, sobre la mesa del salón, se iluminaba con *flashes* y el sonido, más fuerte, era todo lo que se podía oír. Ya no había aves, ni el ulular del viento. El aire húmedo y salado del mar había desaparecido, dejando en su lugar el ambiente insípido del aire acondicionado de la torre que, filtro tras filtro, hacía que el aire fuera neutro en todos los sentidos. Lo único que perturbaba la absoluta calma era el blip-blip de la llamada. Di unos torpes pasos hasta desplomarme en el sofá para coger la llamada. La persona que llamaba estaba fuera del sistema de holovirt: era una llamada solo de voz, sin vídeo. Tenía una identificación oculta, cifrada. Solo una ristra de letras y números muy larga. Nada bueno podía venir de una llamada oculta y anónima. Un escalofrío me terminó de despertar. Si le había pasado algo a Joanne...

—¿Sí?, ¿quién es? —respondí.

—Ya sabes quién soy. Si no, no hubieras contestado —dijo la voz de Ricardo al otro lado. Su voz era seca como la piedra, desprovista de todo adorno o engaño.

—No quiero saber nada de ti —dije, intentando ocultar mi miedo.

—Eso está bien. Yo tampoco necesito ya nada de ti, Ariel. Ya tengo todo lo que quería. Solo dame un poco de tiempo. ¿Has hablado ya con la policía? —preguntó como una serpiente.

Todavía adormilado y con la mente torpe, aturdido por la llamada, no pude contestar rápido. Cuando lo hice no parecí muy convincente.

—Sí. No. Quiero decir, no les he dicho nada que no supieran —confesé.

—Será mejor que no digas nada nuevo. Sé dónde encontrar a Joanne.

—¡No te acerques a ella! —grité alarmado por aquella amenaza tan directa.

—¿O qué? —rio al otro lado del teléfono. Me sentí impotente. Al otro lado oía su respiración y su desprecio.

—Si tocas un pelo de su cabeza te arrancaré el corazón. No sé cómo, pero lo haré.

—No te pongas gallito Rasheed, lo sé todo sobre ti —dijo con un tono de voz sosegado y tranquilo, sin prisa, vocalizando cada palabra con deleite.

No quise contestar, quizás era una trampa para que dijera algo que él aún no conocía. Sentía que no podía quedarme callado, no podía rendirme ante él. Tenía que obtener algo, algo que me diera pistas sobre sus siguientes pasos.

—No diré nada, pero aléjate de mi vida. No quiero tener nada que ver contigo. Eres un monstruo —dije, intentando calmar mi voz.

—Sé bueno Rasheed, y yo lo seré contigo. ¿Al fin y al cabo te ayudé con tu pequeño chantajista, no?

—¿También lo has asesinado?

—Si te alegra saberlo, sí. A él y a su hermana, la chica de las fotos. Buen material.

Susurré de espanto. Otra muerte más en mi conciencia.

—¿Para qué me necesitabas Ricardo? ¿Qué pinto yo en todo esto? —preguntarlo no podía hacerme más daño y necesitaba una respuesta.

—Tus grabaciones son solo un aperitivo para lo que yo ofrezco, ¿no lo entiendes Ariel? Eres mi publicidad, mi gancho. Gracias a ti puedo llegar a mucho más público. Las grabaciones secretas de Ariel de Santos. Oro puro.

—Vale. Ya está. Tú ganas —repliqué. Mi vida estaba acabada.

—Vamos no seas así. ¿Quieres un regalito? Te he compartido una grabación increíble. Mira en tu sistema, verás unas cuantas grabaciones. Tu amiga Sara sale muy favorecida, Chloe no tanto, es una pena, era una monada. Fue un trabajo algo burdo, no de tu estilo, pero créeme que eso se paga bien, no como tus caprichos artísticos. La otra chica, ¿Mónica se llamaba?, te recordaba bien. Hasta grita tu nombre varias veces.

—Maldito animal —dije en un susurro.

—Te mando otra de tu novia, igual descubres cosas que no sabías de ella. Pero no lo hago por ti, lo hago para que sepas que sabemos dónde encontrarla.

—Cabrón —suspiré aterrado.

—Ahora tienes unos cuantos motivos más para no decirle nada a la policía. Piensa en ello. Hablas conmigo por una línea cifrada, tienes unos vídeos muy comprometedores, y tu novia aparece en un callejón, como las demás. ¿Qué crees que van a pensar?

—Ya lo he entendido —dije con un hilo de voz.

—Me alegro. No pienses demasiado. Déjalo estar —colgó, sin darme tiempo a

responder. Me quedé en silencio, temblando de pies a cabeza. No tuve fuerzas para levantarme. Aunque hubiera seguido al teléfono, no sabría qué contestarle. Me tenía completamente en sus manos, siempre había estado en sus manos.

Busqué en mi sistema, había una carpeta nueva. No sabía cómo diablos había llegado allí. Alguien había penetrado todas las medidas de seguridad y había podido copiar cosas. Pensé qué más cosas podría haber hecho. Mis contactos, mis modelos, las grabaciones personales. Abrí uno de los archivos sin pensar. Lo cerré instantes después. Era lo que temía, Sara. Un escalofrío macabro me recorrió la espina dorsal al imaginar qué encerraban aquellos vídeos. Abrí un par de ellos más. Chloe. Al principio sonreía. Estuve tentado de ver más, pero no quería ver aquello, no podría soportarlo. Acabaría conmigo.

Había horas de grabaciones. Dios. Había uno más corto. Lo abrí. Era Joanne, tenía el mismo aspecto de siempre, salía de trabajar de Decenia, el último local donde estaba trabajando en las afueras del distrito XII. Estaba sola y cogía el transporte público. El vídeo la seguía hasta su casa y se quedaba esperando a que encendiera la luz del salón. Dejándome bien claro el mensaje. Luego algunas secuencias más, utilizando cámaras de ultrasonidos con filtros de color. Joanne desnudándose, duchándose, durmiendo. Hijo de puta. Planos ampliados de su cuerpo desnudo. Regodeándose. Había otras, donde salía acompañada de un tipo que me resultaba familiar. Se metía con él en un local, y en el baño, con él, arrodillada delante del aquel hombre mientras este se bajaba los pantalones y luego... No quise ver más. No sabía si era un montaje o eran reales. Ricardo lo envenenaba todo.

Confiaba que no supiera todo de mí, había cosas que nadie sabía, ni siquiera Joanne. Ni mucho menos Carlos. Veluss era una de ellas. Solo yo sabía que en apenas unas horas, tomaría un avión con destino desconocido para pasar la prueba final. La prueba que nos sacaría de aquel horrible y podrido mundo llamado Tierra. Si no lo lograba, me juré que lo último que haría, antes de tirarme por un puente, sería matar a ese psicópata. ¿Pero qué pasaría si Joanne no lograba pasar la prueba? ¿Cómo podría mirarla a la cara después de lo de Sara y Chloe? ¿Tendría valor para preguntarle por las fotos con aquel tipo?

SUPERVIVENCIA

Llegué con casi dos horas de antelación al aeropuerto. Estaba ansioso por salir de París. En cualquier momento esperaba que la policía se presentara en mi apartamento, con el alfa olisqueando mis mentiras. No podría soportarlo, igual que no había podido soportar tener aquellos dos archivos con la última chispa de vida de Chloe y Sara. Los había borrado, aun así sabía que la policía tendría formas de recuperar los archivos. Con eso y sus sospechas estaba acabado. Una vez acabara esta prueba, en siete días, si la pasaba, podría subir a la nave que estaba en órbita, reunirme con Joanne y olvidarme de todo. Contaba cada minuto. Para no llamar la atención no cancelé ninguna cita ni hice ningún arreglo especial.

En el aeropuerto, nos reunieron a todos los participantes en una sala. Éramos cien individuos, ni uno más, ni uno menos. No vi ninguna cara conocida. Un delegado de la organización comenzó a hablar sobre la prueba que estábamos a punto de comenzar y nos aseguró que sería la última. Nadie parecía saber de antemano aquello excepto yo, ni tampoco sabían lo que me confió Andelain: todavía quedaba otra. Me parecía increíble estar allí, rodeado de los finalistas traídos de medio planeta. En aquel momento me parecía que cualquiera se lo merecía más que yo. Los que estábamos más cerca nos observamos. Esas personas podrían ser parte del reducido grupo de gente al que se reduciría mi existencia. A pesar de que éramos muchos, la organización insistió en que nos fuéramos conociendo. La prueba consistía en eso. No quisieron dar muchas más pistas, aunque insistieron en que no lleváramos ningún equipaje. Solo la ropa que llevábamos puesta. Parecía el mismo tipo de juego grupal, diseñado a gran escala. Lo echaba de menos, necesitaba algo así para dejar de pensar en el infierno que se había convertido mi vida. Me pregunté qué probabilidad habría de que Andelain estuviera allí, entre aquellas cincuenta mujeres. Miré aunque no esperaba ver ningún elfo de pelo verde. Sonreí por primera vez en días. Aquello me sentaría bien.

No me quedé con ningún nombre, pero sí con algunas caras. Había gente de todas las razas y colores. Habían llegado participantes de los cinco continentes a aquella prueba. Todos hablamos en inglés a pesar de que había más ciudadanos del bloque americano que del europeo. En cualquier caso, allí todos hablábamos por lo menos tres idiomas. El árabe no sería de mucha utilidad, pensé, pero me hacía ser especial. Recordé lo que me dijo Andelain dos noches antes. Pensé que yo también merecía una oportunidad.

Subimos al avión con lo puesto. Nadie sabía nada, o al menos no quería compartirlo. Yo solo sabía que, según Andelain, sería fácil. Mi confianza era precaria, esas palabras de Andelain eran lo único que me sostenía. Me sentí de nuevo rodeado de genios y personas admirable. Tuve que esforzarme por apartar aquellos pensamientos de mi cabeza y centrarme en la prueba. Me puse a hablar con el tipo de al lado, parecía indio y tenía un acento horrible y una sonrisa encantadora. Descubrí

que hablaba árabe y, por primera vez en mucho tiempo, pasé un agradable rato hablando en mi lengua materna.

Apenas tardamos tres horas en llegar a un pequeño aeropuerto. El paisaje era único, agua por todas partes y ningún edificio a la vista. Estábamos en una pequeña isla, teniendo en cuenta la ruta que había llevado el avión, probablemente estaríamos cerca de la costa inglesa. Vi como la vegetación se agitaba, probablemente a causa del viento, e intuí que en el exterior nos aguardaba el frío, ya era septiembre y debíamos estar bastante al norte pues la luz era escasa. Fuimos saliendo del avión y confirmé mis temores: hacía un frío de mil demonios. Nos llevaron a un viejo hangar, que era el único edificio a la vista. Allí había otro tipo de la organización que nos recibió a todos. Se subió a una plataforma y, ayudado por un micrófono, comenzó a hablarnos.

—Enhorabuena a todos por llegar hasta aquí. Sé que ha sido muy duro, que os hemos exigido pruebas extrañas, a veces crueles, a veces irrespetuosas. Habéis pasado todo tipo de exámenes físicos, psicológicos y genéticos. Habéis demostrado que sois personas preocupadas por el ser humano, por defender unos ideales, por trabajar en grupo. No hay duda, por cada uno de vosotros aquí hay dos mil quinientos ciudadanos de diferentes países del mundo que se han quedado fuera. Esta es una prueba especial. Diferente. Los que habéis llegado hasta aquí sabéis que hemos utilizado el engaño y la sutileza para encontrar lo que buscábamos, pero esta vez queremos dejar las reglas claras. Se trata de supervivencia. En ocasiones extremas, el individuo se comporta de muy diferente manera a como lo haría en situaciones normales. Queremos estar seguros de que quienes vayan arriba —dijo señalando el cielo— sean personas que sepan cuanto pueden dar de sí en situaciones extremas. El propósito de esta prueba es sobrevivir. No hay más secretos. Tenéis que sobrevivir dos semanas por vuestros propios medios. Estaréis siendo observados las veinticuatro horas del día. Para abandonar basta con levantar el brazo y gritar: «Abandono». Eso significará que os quedáis fuera del programa —hizo una pausa y observó los rostros de todos nosotros que atendíamos silenciosos, escuchando cada palabra y cada silencio. Tomó aire y continuó—. Os llevarán a la zona deshabitada de la isla, de la que no podréis salir. Está marcada por una valla. Son cientos de hectáreas salvajes donde podréis poner a prueba vuestra voluntad. Ahora, sin más dilación. Por favor, dejad vuestras ropas en el suelo y vestíos con la ropa que encontraréis en el autobús que os espera. Encontraréis calzado, ropa interior y ropa de abrigo en el transporte que está a mi derecha —dijo señalando un viejo autobús que estaba en una de las puertas del hangar.

—Allá vamos —le dije a mi nuevo amigo pakistaní, empezando a quitarme la ropa. Me sonrió y empezó a hacer lo mismo.

Desnudos, pasando un frío de mil demonios, entramos en el autobús.

Desordenados y aturridos. Las pruebas anteriores nos habían preparado para esto, llegados a este punto cualquier cosa era posible. Hace meses me hubiera negado a algo así. Ahora estaba dispuesto a comerme un escarabajo crudo si era necesario. En el autobús, sobre el asiento había un pequeño paquete con ropa y calzado. Lo que no se nos dijo fue como organizarnos para encontrar la ropa de nuestra talla. Cada asiento tenía un nombre escrito, de forma que tardamos un buen rato en sentarnos. La ropa era básica: unos *slips* de fibra sintética que cubrían hasta las rodillas, un fuerte mono de tela muy resistente, una camiseta de algodón, un par de calcetines del mismo tejido y unas botas cortas de suela de goma sin cordones. Un gorro de lana y unos finos pero resistentes guantes de fibra sintética completaban toda nuestra indumentaria. El mono venía en varios colores. Azul, verde, violeta, rojo, amarillo, blanco y negro. El mío era violeta. Miré a mi alrededor, había pocos violetas. Abundaban el azul, el rojo y el amarillo. Había únicamente tres personas con mono blanco y resaltaban mucho.

Tras un breve e incómodo viaje en el autobús, llegamos a una zona boscosa alejada de la costa, ya era casi de noche. No había luz artificial de ningún tipo. La Luna y las estrellas brillaban en todo su esplendor. No recordaba la última vez que las vi de aquella manera, su belleza era atemporal. Casi todos nos quedamos mirando al cielo al salir del autobús. Ninguno reaccionó cuando el autobús se fue y nos dejó en mitad de la noche, tiritando. La escasa ropa que llevábamos era insuficiente para soportar aquel frío, durante unos minutos permanecimos en silencio, mirando a nuestro alrededor, cuchicheando con las personas que teníamos más cercanas. Sin guía y sin propósito. Gracias a que era luna llena, podíamos ver bastante extensión de terreno. El frío era cada vez más intenso. Debíamos estar a cinco grados, o menos, y todavía no eran ni las ocho de la tarde. Supuse que aquella noche iba a ser muy complicada. Busqué la Osa Menor para orientarme con la estrella polar, era lo único que conocía del firmamento. Miré alrededor mío. La isla era muy estrecha en ese punto. A un par de kilómetros al norte había una pequeña colina, el lugar más alto de la isla, para llegar a la cima, había que atravesar un bosquecillo bajo. Al este, la tierra desaparecía a poco menos de un kilómetro, y detrás el mar, al pie de un acantilado. Al oeste, a la misma distancia, el mar de nuevo, con toda probabilidad tras una playa, ya que la pendiente era más suave. Al sur, por donde habíamos venido, un camino serpenteaba entre el tupido bosque.

—Agua. Debemos buscar una fuente de agua potable —dijo alguien.

—Abrigo, debemos pasar la noche —dijo otra voz, con un fuerte acento.

—Sí, hace mucho frío. ¿Alguien sabe encender fuego? —las voces se empezaron a multiplicar.

—¡Alto!, necesitamos organizarnos —dijo una voz anónima de mujer detrás de mí. Esa, la que había hablado antes, la del acento fuerte. Su voz inspiraba confianza y

mando—. Si alguien tiene experiencia en supervivencia que levante la mano —tres individuos levantaron la mano. Los tres vestían un mono blanco.

—Sois el comité de supervivencia, por favor, sugerid el siguiente paso —dijo la voz— y dio un paso atrás. Era una mujer alta con una larga cabellera rubia, vestía un mono negro.

—Gracias —contestó uno de los tres que habían levantado la mano. Se juntaron los tres y empezaron a hablar entre ellos. Eran dos hombres y una chica, pero la que hablaba era una mujer menuda y de voz suave. En la oscuridad, casi parecía una niña por su tamaño y su forma de moverse, sin embargo hablaba con seguridad, despacio y con aplomo.

—Creo que debemos separarnos en grupos. Uno tiene que buscar leña, ramas secas, hojas secas, cualquier cosa que sirva para encender fuego —miró a su alrededor para cerciorarse de que la gente escuchaba y siguió hablando—, otro grupo debería explorar la zona, buscando cualquier cosa que sea de utilidad, incluyendo una fuente de agua potable —hizo otra pausa—. El tercer grupo tiene que encontrar ramas con hojas para intentar construir un refugio donde pasar la noche al abrigo del viento. El cuarto grupo se encargará de buscar herramientas y ubicar la mejor posición para un campamento inicial. Cada uno de nosotros dirigirá un equipo —dijo señalando a los otros dos hombres con monos blancos—. El equipo de la leña tendrá que operar de forma autónoma. Tenemos que movernos deprisa o pasaremos mucho frío —nadie interrumpió.

Tras terminar, algunas personas intercambiaron impresiones con quienes tenían más cerca y, poco a poco, se empezaron a formar los grupos. Yo me sumé a uno que tenía cerca, sin tener muy claro todavía cuál era su propósito. Cuando sumamos veinticinco, una voz suave de mujer empezó a hablarnos. Era la misma chica bajita vestida de blanco que había organizado los grupos.

—Somos el equipo de herramientas y campamento base. Necesitamos encontrar piedras, de cualquier tamaño. Daremos una batida inicial para reconocer el terreno. Tened cuidado donde pisáis y no os separéis unos de otros. Intentaremos formar una cadena humana para cubrir más terreno de forma segura —la chica hablaba con voz suave, aunque rápida y firme. Todos empezamos a funcionar sin dudar de la voz de mando. Ahora era cuando se hacía patente que de verdad eran especiales, capaces de trabajar en equipo.

No tardamos mucho, pese al frío, a empezar a movernos con fluidez sobre el terreno. Había piedras de diferentes tipos repartidas por el lugar. Más de las que parecía en un principio. Hicimos un pequeño montón en una hondonada que había a doscientos metros al oeste. La hondonada estaba protegida por una gran piedra a un lado y una fila de árboles al otro. Fuimos amontonando las piedras en el centro de la hondonada, sin saber por qué o para qué. La chica que ejercía el liderazgo era muy joven, sin embargo hablaba con seguridad y certeza, nos enseñaba qué tipo de piedras descartar. Empezó a buscar piedras en el montón y seleccionó varias. Hizo un montón

más pequeño y nos reunió a todos. Cogió una piedra y la golpeó contra otra más grande. Tras un par de golpes, la piedra se partió, dejando uno de los lados abruptamente cortado. Nos enseñó por medio del ejemplo y por señas, casi sin verbalizar. Tenía un suave acento escocés. Volvió a golpear por el otro lado la piedra, provocando un rudimentario filo por un lado. Mejoró el filo con pequeños impactos. Nos explicó que era un hacha de mano, útil para cortar ramas. Nos pidió que hiciéramos al menos veinte de esas. Luego se llevó a otro pequeño grupo para hacer otro tipo de herramienta con el resto de piedras. No me enteré muy bien, tenía toda mi atención puesta en la fabricación de aquella herramienta primitiva. Temblaba de frío, y no era ni mucho menos el único. Una de las chicas que se encontraba a mi lado temblaba con violentos espasmos.

—Ánimo —le dije—, pronto estaremos calentándonos con un hermoso fuego.

—Eso espero —me contestó con una sonrisa. Se respiraba compañerismo y ganas de trabajar.

Cuando tuvimos algunas piedras listas, la chica de mono blanco y voz suave vino a inspeccionar nuestro trabajo, nos dio un par de consejos y fue con otro grupo. Seguimos dando golpes a las piedras, hasta que tuvimos un buen número. Nos pidió que se las lleváramos al equipo que estaba cortando ramas y les ayudáramos. Estaban en el sur, en el bosque. No costó encontrarlos, se oían sus jadeos y expresiones de desaliento. Cuando llegamos, apenas habían podido arrancar tres o cuatro ramas. Eran árboles no muy altos, de poco más de tres metros, con ramas tupidas y resistentes. No eran muy gruesas, pero con las manos desnudas resultaba muy complicado desgajarlas. Una mujer estaba sentada en el suelo, entre gemidos de dolor. Se había torcido un tobillo intentando romper una rama. Repartimos las piedras y explicamos para qué servían. Empezamos a partir ramas. Aunque no era fácil, era mucho mejor que hacerlo con las manos desnudas. Pronto el número de ramas bajo nuestros pies empezó a crecer. No sabía qué tipo de árbol era, tenía hojas gruesas, tan largas como una mano y de lámina alargada, más o menos elíptica, de color verde oscuro por el haz y más claras por el envés.

Al rato, una luz a lo lejos alegró nuestro espíritu. Había fuego en el campamento. Lo habían conseguido. Volvimos cargados de ramas, dejando algunas de nuestras hachas de mano en el linde del bosque. El fuego era grande y estaba bien alimentado. Pronto un pequeño equipo empezó a coger las ramas, despejarlas de ramitas más pequeñas y a clasificarlas en diferentes montones, separando en un montón especial las que parecían secas y viejas. No pregunté, nos pidieron más y mis compañeros y yo volvimos al bosque. Miré atrás y vi a todos trabajar como un equipo. Si Veluss iba a ser así, yo quería estar allí. Era feliz de trabajar con las manos otra vez. Feliz de ser tan solo uno más.

Corté ramas hasta que me dolieron las manos. Tenía cortes en los antebrazos. De no ser por los guantes no hubiéramos podido hacer aquel trabajo, nuestras delicadas manos no estaban preparadas. Estaba agotado, habíamos cortado muchas ramas. Tras

varios viajes a nuestra improvisada base, descansamos un momento. Habían construido una pequeña estructura circular de madera y la habían forrado con ramas más pequeñas y hojas. El cielo estaba despejado, así que no habían construido un techo. Estábamos apiñados alrededor de una gran hoguera, situada justo en el centro de la estructura. El viento ya no era un problema, pues las paredes cubiertas de ramas con hojas amortiguaban su corriente. Otro grupo había recolectado una pequeña cantidad de semillas, frutos silvestres, setas y raíces comestibles. Hicimos un pequeño reparto. Me tocó una mora y una baya negra que no había visto en mi vida. Sabía ácida y dulce a la vez. Esa noche pasaríamos hambre y sed. No habíamos encontrado una fuente de agua, era difícil en la oscuridad, así que decidimos esperar hasta el alba para no arriesgar a tener más heridos. Aunque estábamos excitados por la situación, nos obligamos a dormir para ahorrar energías. Dormimos hacinados, pegados unos a otros, para mantener el calor de nuestros cuerpos. En otras circunstancias, con otros individuos diferentes, lograr semejante coordinación hubiera sido imposible, pero no nosotros. Todos, y cada uno de nosotros, éramos especiales. Recordé las palabras de Andelain y cerré los ojos. Me quedé dormido casi al instante. Sin necesidad de *trank*. Bajo las estrellas.

No fue una noche agradable, el suelo estaba duro y helado. Desperté varias veces tiritando de frío, a pesar de que el fuego duró hasta el día siguiente sin apagarse. Un grupo de personas se organizaron para alimentarlo por turnos. Al despertar todavía estábamos más apretados unos con otros. El cielo estaba nublado y presagiaba tormenta. Observé a mi alrededor. La mayoría de las mujeres y algunos hombres estaban tiritando de forma continuada, yo mismo tiritaba de vez en cuando. Mis tripas rugían de hambre y tenía una sed atroz. El buen humor y el orden en el campamento habían desaparecido.

—¿Alguien sabe pescar? —preguntó una voz al fondo. Dos hombres levantaron la mano, y una tercera hizo el amago, dos vestían un mono rojo y la otra uno violeta, como el mío. La voz que había iniciado la propuesta se juntó con ellos y reclutó otras diez. Fueron al bosque con unas hachas de mano. Confié en que trajeran el desayuno. Miré la pila de leña, había descendido peligrosamente. Sin pensarlo, pregunté en voz alta:

—¿Alguien me acompaña a por leña al bosque? —Varias manos se levantaron. Cogí hachas de mano y les indiqué a los voluntarios que hicieran lo mismo. Tenía las articulaciones doloridas, así que el movimiento me vino bien. Anduvimos rápido, para calentarnos. Al llegar al bosque, ya con luz, pudimos apreciar que había dos tipos de árboles muy diferentes. Unos eran altos, y de ramas rectas y largas. Las primeras ramas estaban muy elevadas, casi todas inaccesibles si no trepábamos para alcanzarlas. Tenían hojas pequeñas y puntiagudas. Alguien dijo que eran hayas. Los otros árboles eran más menudos y con las hojas más grandes. La misma persona comentó que debían ser canelos. Miré a mi alrededor y no pude encontrar a la chica de mono blanco. Empezamos a buscar ramas caídas, troncos y cualquier cosa que

estuviera seca. Le tuve que decir a una mujer de pelo rapado que las ramas verdes no servirían para el fuego, que buscara algo seco. No rechistó, tiró lo que había recogido y empezó de nuevo. En apenas diez minutos, volvimos cargados con leña al campamento. Al llegar al campamento, vimos que se habían formado varios corrillos de gente intentando organizarse, señalaban a lo alto de la colina y hablaban en corro.

La noche anterior no lo habíamos visto porque era pequeño y se confundía con el resto del paisaje. Casi en la cima, había una pequeña caseta abandonada de piedra. Con la luz de la mañana, se podían apreciar un par de ventanas, un arco y restos de un tejado casi derruido. Con luz, el paisaje era muy diferente de lo que habíamos creído ver en la oscuridad. La isla, a excepción del pequeño bosque del sur, estaba totalmente pelada. La hierba crecía por todas partes como un espeso manto, como una verde moqueta natural. A excepción de la pequeña colina y algunas grandes rocas, la isla era bastante plana. Al este se cortaba abruptamente en un acantilado no muy alto, de no más de treinta metros. Al oeste, una suave pendiente parecía terminar en una playa, pero desde nuestra posición no éramos capaces de apreciarla. Al norte, la pequeña montaña nos impedía ver el resto de la isla, no habría más de cuatro kilómetros hasta el final de la isla en dirección norte.

—Deberíamos ir a investigar y reconocer la colina. Diez voluntarios que vengan conmigo —dijo la mujer de mono blanco. Por la voz, era la misma chica que ayer nos instruyó a todos con el hacha de piedra. Me uní a ella, me inspiraba confianza, sabía lo que hacía. No tardamos en formar el grupo. Antes de salir, alguien habló.

—Esto es un caos, deberíamos organizarnos. Establecer unas normas para coordinarnos —dijo un hombre, su tono era tenso. Vestía un mono negro. Varias personas a su alrededor asintieron con la cabeza.

—Si nos paramos, moriremos de frío —dijo la chica de mono blanco señalando al cielo— si llueve podemos tener serios problemas. Sugiero que un grupo se quede aquí para coordinar e informar al resto de equipos que se están formando —la gente asintió. El mismo que había elevado la primera queja se ofreció a coordinar los trabajos. Otra persona, de mono blanco, se ofreció a liderar una gran expedición para explorar la costa oeste y sugirió que otros equipos debería hacer lo mismo con la costa este. Enseguida, la mayoría de la gente comenzó a moverse. Todos mirábamos el cielo con temor, ateridos de frío y sedientos.

Mi grupo, formado por diez voluntarios empezó a caminar. Habría cerca de dos kilómetros de camino hasta la colina, cuesta arriba. El terreno conforme ascendíamos era cada vez más escarpado, y nuestro calzado, cómodo pero no muy seguro, nos impedía avanzar rápido por encima de la piedra irregular y la hierba húmeda, no había nada parecido a un sendero. Éramos siete hombres y cuatro mujeres, incluida la líder. Tenía el pelo rubio, corto y cortado casi como un hombre, y unos ojos vivos muy azules. Físicamente parecía un hombre aunque no muy alta, casi no tenía pecho y carecía de cadera. Estaba muy delgada y no le sobraba un gramo de grasa. Se le marcaban los huesos en las muñecas y la clavícula.

—Soy Ariel —me presenté.

—Elena —contestó con una sonrisa sincera. El resto se fueron presentando. Había nombres de diferentes nacionalidades y con diferentes acentos, predominaban los monos azules y rojos. Había mucha tensión en el grupo, estábamos preocupados y observando con atención nuestro entorno. Además de piedras, matojos y algún arbusto más o menos grande no encontramos nada. Uno de nosotros se detuvo y señaló un arbusto.

—El desayuno —dijo con alegría. Señalaba lo que parecía un arbusto lleno de moras.

—Tomemos fuerzas —dijo Elena. Y todos empezamos a recolectar moras. Al principio, tomé un par y me las comí. Luego reparé en que el resto del grupo las guardaba para ponerlas en común, así que hice lo mismo. Al terminar las repartimos a partes iguales. Dulces y jugosas, fueron un premio. Continuamos el camino hacia el refugio. Conforme fuimos avanzando, nos percatamos de más detalles que se mostraban detrás de las rocas o las partes del terreno que quedaban ocultas desde más abajo. El descubrimiento más importante de todos no paraba de berrear. Había cabras más allá de los riscos. Reconocí sin esfuerzo sus balidos, pese a no haberlos escuchado desde mi infancia.

—¡Cabras! —dije señalando las rocas que había en la cima de la colina.

—¿Alguien sabe de cabras? —preguntó Elena. Nos miramos, nadie dijo nada. Luego me miraron. Me tocaba ser el cabrero.

—No sé gran cosa —aunque todavía recordaba el intenso sabor de la leche de cabra de mi infancia.

—Ya es más que el resto. ¿Se pueden cercar o atar? —preguntó Elena.

—Habrá que ofrecerles comida y un refugio si queremos algo de ellas —dije sin demasiada seguridad en mis palabras.

—Bueno, dejemos eso para luego. Tenemos cabras, eso significa leche, aunque somos demasiados. Prioricemos —asentimos con la mirada y continuamos la ascensión. Yo estaba centrado en las cabras. Conté cinco hembras y un macho con unos cuernos considerables.

El refugio estaba abandonado. Tenía el techo derruido y parte de las paredes estaban parcialmente desmoronadas, no obstante el resto estaba en buen estado. Habría espacio para treinta personas, muy apretadas. No más. Dentro había basura de todo tipo. Plásticos, latas oxidadas e incluso algunas herramientas abandonadas.

—Esto es una mina. Hay que sacarlo y clasificarlo todo. No descartéis nada y tened cuidado para no cortaros —dijo Elena, señalando cristales rotos aquí y allí— tened mucho cuidado. Un corte en estas condiciones puede suponer un serio problema.

Le hicimos caso y empezamos a recoger con cuidado cada trocito de cristal, cada lata oxidada. Nos llevó casi una hora, pero limpiamos cada centímetro de aquella ruina. Elena clasificó la basura y amontonó aquello que era inservible.

Teníamos una espátula de metal, oxidada y sin mango, un cubo pequeño sin asa, una barra de metal y varios recipientes de plástico, un tenedor, una cuchara, botellas de cristal y de plástico a medio pudrir. Era bastante decepcionante. Las cabras nos ignoraban. Tres de las cabras eran crías, aunque ya crecidas, aún seguían mamando. Le señalé a Elena la cabra y le hice una señal con los hombros. Ella me imitó, igual de ignorante que yo.

—Quizás alguien abajo sepa más de cabras —confesé. Estuvo de acuerdo. Cogimos las escasas cosas de interés que habíamos encontrado y regresamos camino abajo. El cielo seguía cubierto de nubes. No llovía, por el momento.

Cuando llegamos, la gente seguía afanada haciendo cosas. Para no tener nada, casi todo el mundo estaba absorto en algo. Alguien había encontrado algo parecido a unas lonas gigantes. Estaban llenas de algas y parecían resistentes, las estaban cortando en trozos de diferentes tamaños. Desconocía para qué, pero confiaba en que supieran lo que estaban haciendo. Habían encontrado todo tipo de restos en la playa del oeste, incluyendo mucha madera, seca y algo podrida. Al este, en el acantilado, habían visto un arroyo verter sus aguas al mar. Otro grupo estaba explorando esa zona al noreste, para buscar una forma segura de acceder al agua dulce.

La pila de leña había crecido hasta formar una montaña y había un pequeño grupo cubierto de barro hasta los hombros, reían como idiotas, todos del mismo color marrón oscuro. Solo los ojos y la parte superior de sus monos resaltaban. Habían encontrado una charca llena de barro y estaban empezando a construir un pequeño horno bajo tierra para cocerlo. En la mañana que habíamos estado fuera, el campamento había evolucionado mucho. Las paredes ahora eran más tupidas y estaban empezando a cubrirlas de barro de manera que protegieran mucho mejor del viento. Había una nueva estructura de grandes ramas que se apoyaba en la gran piedra sobre la que habíamos montado el campamento. Atados por unas raíces largas y fibrosas, construyeron un gran armazón de madera encima de nuestras cabezas a dos metros de altura. Sobre esta estructura, parecía que colocarían un tejadillo a dos aguas, formado por ramas finas con una cobertura de hojas y las lonas cortada en tiras. Con parte de la lona y un lecho de hojas, ya habían aislado partes del suelo de la gran choza.

Pusimos en común los resultados de nuestra exploración al tipo vestido de negro, que se había erigido como líder del campamento. Hablaba con unos y con otros y organizaba varios equipos. Dos parejas le ayudaban a controlar el material que iba llegando. Les dejamos lo poco que habíamos encontrado y enseguida alguien tomó la espátula de metal. La cuchara y el tenedor también encontraron otros dueños. El que había tomado la espátula improvisó un mango de madera y la utilizó para dar forma a unos toscos ladrillos de adobe. Los enterraron en la tierra a fin de curarlos con las ascuas del fuego.

La expedición del noreste vino con buenas noticias. Había agua fresca, pero no había manera de transportarla. El cubo y las escasas botellas que habíamos

encontrado apenas daban para traer un par de litros. Alguien prometió que pronto tendríamos vasijas y algo parecido a jarras. Aun así, un grupo de trece personas, sedientas, nos dirigimos hacia allá para beber. Mi tripa, vacía desde hacía más de un día, rugía, y sabía que no era el único. La sed, sin embargo, era mi única obsesión.

El frío, fuera de la choza y de su fuego, seguía siendo el principal problema. La marcha la dirigía uno de los hombres con mono blanco. Tenía una barba poblada y pelo castaño oscuro. Tenía ojos pequeños y una expresión hosca, sin embargo reía de forma estentórea, con un vozarrón y un inconfundible acento español. Se llamaba Raúl. Nos estuvo contando algo acerca de aquella isla. Según él, y parecía que sabía de qué hablaba, debíamos estar en una isla pequeña del archipiélago Shetland, al norte de Escocia. Si no era allí, sería parte de las islas Feroe, algo más al norte. Por el tipo de clima y la vegetación —a excepción de los árboles— no podía ser algo muy diferente. Durante el viaje nos explicó que el primer problema ya lo teníamos resuelto, pues el refugio estaba muy avanzado. Le expliqué lo del refugio de la montaña y dijo que podría servir para guardar las cabras y un pequeño número de personas. El problema seguía siendo que éramos demasiados y el terreno elevado estaría más expuesto al viento. Era mejor que el grupo se quedara donde estaba, pese a la distancia a la fuente de agua más cercana. Una vez tuviéramos resuelto el problema del agua, deberíamos encontrar comida. Las moras y las bayas no darían más que para un día, éramos demasiados. En cualquier caso, dijo, quince días sin comer era algo fácil de superar. Solo teníamos que aguantar. Estaba de acuerdo. Parecía que la prueba iba a ser fácil de superar, tal como dijo Andelain.

Una vez dejamos a un lado la pequeña colina, el terreno cambió. La roca ganó terreno al verde, y el paisaje se fue haciendo cada vez más escarpado. Entramos en una especie de valle profundo donde, al fondo, corría un arroyo. Se veía la espuma blanca y clara correr varias decenas de metros más abajo. Para llegar, teníamos que superar una pared vertical, cortada por varios salientes. Era difícil alcanzarla y dos mujeres y un hombre que nos acompañaban se quedaron arriba. En total, quedamos diez, contando con el guía. No teníamos cuerda, ni forma de sujetarnos. Una caída podía ser fatal. El guía sugirió que fuéramos en parejas. Una chica se me acercó y me presenté.

—Hola, soy Ariel —dije. Era una chica de entre treinta y cuarenta años, de ojos claros y pelo corto y ralo.

—Laura —me dijo con acento canadiense. Me miró intensamente por unos segundos, como si me conociera de algo. Tenía unos inmensos ojos verdes, era lo único hermoso, por lo demás era una mujer corriente, maltratada por la edad. No podría pasar de los cuarenta, aunque aparentaba algunos años más.

Comenzamos a bajar la pared en parejas. La altura impresionaba. Era peligroso. No me imaginaba cómo pensaban bajar y subir el agua por aquella garganta. Pensé que debía haber un sitio mejor.

—Esto es peligroso —me quejé, resoplando, bajando casi a pulso de una piedra,

buscando hacer pie.

—Nunca en mi vida había hecho algo así —respondió mi compañera, arriba. Di un resbalón y me agarré fuerte a su mano para no caer. Un subidón de adrenalina me puso los pelos de punta.

—Mierda —bufé.

—Como para venir por las mañanas a darse una ducha fría —me dijo mi compañera con ironía.

—En eso estaba pensando, que me hace falta una buena ducha —dije.

Intenté aliviar la situación con un poco de humor, pero estaba asustado. El guía iba por su cuenta y no prestaba demasiada atención a los demás, que lo estábamos pasando mal. Fuimos bajando poco a poco, hasta llegar al arroyo. El agua llegaba con mucha fuerza y rompía con increíble velocidad entre las piedras. En aquel lugar había una humedad fría que nos empapaba, todo era verde o gris oscuro. El musgo y la piedra húmeda hacían que fuera muy fácil resbalar. Justo debajo de nosotros el arroyo hacía un ancho recodo y el agua estaba más tranquila, formando una especie de pequeña piscina. Pensé que, si hiciera más calor, sería agradable darse un baño, pero a pesar del esfuerzo físico, no conseguía quitarme el frío húmedo que me calaba entero.

Mientras ayudaba a bajar a mi compañera la observé con más detalle. Su rostro me era familiar: esa manera de mirarme y de entornar los ojos cuando sonreía. La había visto antes. Se me cortó la respiración al recordar dónde la había visto antes. Andelain. Sus ojos, eran parecidos. Había dicho que se llamaba Laura y, además, ese acento concordaba. La volví a mirar, descuidando mi atención. Dio un resbalón y fue tarde para reaccionar. Cayó con un grito. Se golpeó en la piedra y rebotó cayendo al río. Todos nos quedamos mudos. El cuerpo no se movía, y empezó a ser arrastrada corriente abajo, impulsada por la corriente.

—¡Laura! —grité. No me respondió. Ya era arrastrada por la corriente.

Sin pensarlo, me lancé al río, confiando en que no hubiera rocas grandes sumergidas. El agua me acuchilló al entrar, estaba helada. Tuve mucha suerte de no golpearme con ninguna de las rocas que había en el cauce. Aunque hacía pie, ya que el agua solo me llegaba hasta debajo de la cadera, nadar a favor de corriente me permitió llegar hasta Laura, que flotaba boca abajo. Giré su cabeza. Sangraba y parecía inconsciente.

—¡Agárrate a algo! —me gritaban desde algún lado. Estaba tan aturdido que no entendía a qué se referían.

—¡Agárrate! ¡Vais a caer por el acantilado! —insistía la voz. Miré a mi alrededor, todo me daba vueltas, y el peso casi inexistente de aquella mujer en mi brazo era lo único que percibía. Tenía los sentidos embotados por el frío. El estruendo del mar y del caudal del río cayendo desde lo alto me hicieron reaccionar. Justo a tiempo, agarré un trozo de raíz que sobresalía y aguanté el tirón. Con la otra mano sujetaba a la mujer por el pecho boca arriba, procurando que tuviera la boca fuera del agua.

Tenía una fea herida en la frente que sangraba de manera aparatosa. Pobrecilla, pensé, sin pensar en mi situación. Desde donde estaba podía ver la el inicio de la cascada, apenas a unos metros de mí. El mar estaba abajo, a varias decenas de metros. El estruendo era brutal. El empuje era fuerte, apenas conseguía mantenerme agarrado a la raíz con el brazo derecho. No podía subir a la orilla con aquella mujer en el otro brazo, necesitaba los dos brazos. Sentía que me rompía, que mi brazo no podría aguantar. Desesperado chillé.

—¡Socorro! —grité. Sin embargo, nadie respondió. Miré a mi alrededor, y no vi a nadie. Laura seguía inconsciente y notaba que su cuerpo se me iba escurriendo poco a poco. Los dedos de mi mano derecha perdían fuerza y tiritaba de frío. Evitaba tragar agua como buenamente podía y no paraba de toser. Ya no sentía mi brazo izquierdo, entumecido por el frío. El cuerpo de Laura estaba helado y no sabía si respiraba, su pecho no se movía. Estaba a punto de perder toda la esperanza, moriría ahogado por estúpido. Todo era estúpido. Cerré los ojos y, al abrirlos, entre las lágrimas, vi una mancha de color blanco que se movía. Raúl llegaba trotando entre las piedras, saltando como una cabra. Justo a tiempo me cogió del brazo y empezó a tirar mientras gritaba.

—¡No la sueltes!, ¡aguanta!, ¡ya casi estás!

No recuerdo cómo, subimos a la mujer. Yo me desplomé y dejé que otros se ocuparan de ella. Solo quería respirar, toser y escupir todo el líquido que tenía en los pulmones. Alguien me dijo que me quitara la ropa, y lo hice como pude. Me dieron una camiseta seca y me secaron con su propia ropa. El silencio era total. Estaban intentando reanimar a la mujer. Primero el boca a boca, luego el masaje cardíaco. Lo había visto hacer una vez y, en aquella ocasión, no había funcionado. Me temía lo peor. ¿Sería posible que fuera Andelain? No me lo podía creer. ¿Qué le diría a Carlos si moría?

Sin embargo, no tuve que romperme la cabeza. Laura de pronto se puso a toser y expulsó el agua que tenía dentro y luego respiró resoplando. Los demás suspiraron aliviados, yo también. Casi lloré de alivio. Raúl se desplomó a mi lado.

—Buenos reflejos compañero. Le has salvado la vida —y me dio una palmada en la espalda. Nunca había salvado la vida de nadie. Por un momento, algo caliente me subió desde el estómago. Luego recordé que me había distraído y la había dejado caer. No dije nada. La chica seguía sangrando y se quejaba llorando. Dos personas a su lado la ayudaron a incorporarse. Había perdido una zapatilla y estaba mojada. La mitad de su mono amarillo estaba rojo de sangre. Alguien le puso unas hojas verdes mojadas en la herida para intentar detener la hemorragia.

—Hojas de canelo. Son buenas para esto —dijo una chica de mono verde sin dar más explicaciones. Nos pidió que la vigiláramos. Podía desmayarse o tener problemas de equilibrio. Teníamos que sacarla de allí con cuidado. El resto podría recoger el agua que habíamos venido a buscar.

—Que todos beban hasta hartarse primero —recordó Raúl— ellos dos también —

nos señaló—, especialmente ella —remarcó.

Así lo hicimos. Estuve pendiente de ella toda la ascensión, que fue mucho más complicada que la bajada, porque ella estaba muy inestable, además de descalza. Yo llevaba mi mono mojado atado a la espalda, vestido únicamente con los calzones largos y una camiseta. Calado hasta los huesos y lleno de arañazos en el cuerpo. Me había machacado una rodilla y un codo. Ahora odiaba aquella maldita isla, y eso tenía mi mente ocupada. Seguía vivo y sin tiempo para pensar, no podía pedir más.

Con mucho esfuerzo logramos llegar al campamento base. Cuando llegamos, dos mujeres de mono amarillo estaban subiendo a un helicóptero. Nadie nos recibió, aunque cuando vieron la sangre de la accidentada, empezaron a oírse voces.

—Un médico, necesitamos un médico —pronto dos personas de mono verde vinieron corriendo hacia nosotros.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron.

—Se ha caído al río y casi se ahoga. La reanimé con un RCP —respondió tenso Raúl.

—Ha perdido algo de sangre. Está pálida y fría. Necesitamos estabilizarla. Rápido —dijo uno de ellos, un hombre de bigote y barba gris. Era joven pero su delgadez le hacía parecer mucho mayor.

—Debería abandonar —dijo otra voz detrás de mí.

—Nunca —dijo Laura entre dientes, que se apoyaba en mí.

—La acostaron con cuidado en el suelo sobre un lecho de hojas, cerca del fuego. Lavaron su herida y empezaron a hablar entre ellos. Me alejé, necesitaba un poco de tranquilidad, sin embargo, no podía irme lejos del calor, estaba tiritando.

—¿Te puedo dejar mi ropa un rato? —me dijo una chica a mi lado. Era una de las que nos habían acompañado a por agua.

—Gracias —respondí tiritando. Me saqué la camiseta y la ropa interior y me metí en sus pantalones rojos sin pensar en nada más. Me quedaba algo pequeño, aunque estaba caliente. Solo podía pensar en eso. La chica que me había dejado el mono colgó mi ropa cerca del fuego. Se lo agradecí con la mirada y una débil sonrisa. Detrás de mí escuché conversaciones y gente correr de un lado a otro. No quise enterarme de nada, solo mirar a las llamas y pensar cuándo dejaría de tener tanto frío. De alguna forma, me quedé dormido.

Cuando me desperté, ya había amanecido. A mi lado, estaba la chica que me había prestado el mono, había dormido en ropa interior y camiseta, pegada a mí, junto al fuego. Evité despertarla y me saqué los pantalones rojos, intenté abrigoarla. Luego busqué los míos y me los puse. Tenían manchas de sangre, pero estaban seco, igual que el resto de mi ropa. Miré a mi alrededor, desesperado. Tenía un hambre atroz y no vi a nadie. De forma instintiva busqué el color negro, que significaba información.

Un grupo de hombres de rojo volvía con varios peces colgando de un largo alambre. Los dirigía alguien vestido de negro.

—Buenos días. ¿Eres Ariel? —preguntó.

—Sí —respondí sorprendido porque alguien conociera mi nombre.

—Las noticias vuelan rápido. El héroe del día —me estrechó la mano y me sonrió con una franca sonrisa.

—Ayer te saltaste la cena. Hemos tenido suerte, hay mucha pesca en la costa. Ven, tienes que comer algo —me dijo.

La forma que tenía de decir aquello era música para mis oídos. Pronto el olor se hizo irresistible y mis ojos lloraron de ansia, anticipando la comida. Bebí un sorbo de agua y devoré uno de esos pescados oscuros y plateados, sin hacer caso de nada más.

Me contaron las novedades después de que calmara mi hambre. Laura había pasado bien la noche y la hemorragia se había detenido. Había perdido mucha sangre, aunque estaba bien. No corría peligro inmediato, no había querido abandonar pese a que algunas personas insistían. Hasta ese momento, habían abandonado tres mujeres y un hombre. Dos, cuando nosotros llegamos y otras dos al amanecer. Después de calmar mi hambre, confesó que había devorado el equivalente de diez raciones individuales. Se rio con franqueza y me dijo que no me preocupara, que estaba justificado. Parecía que me había ganado un amigo, o varios, a juzgar por las miradas de los que me rodeaban. El día pasó y observé como mejoraba el campamento.

El flujo de leña era constante. Un grupo había levantado un horno con chimenea construido con ladrillos de adobe cocido, la mayoría tenían monos azules, pero también había rojos y un hombre vestido de blanco que no era Raúl ni Elena. La primera expedición con los primeros recipientes de barro cocido había salido al amanecer, justo antes de que me levantara. Traerían más de diez litros de agua entre todos, sino había otro accidente. El refugio estaba techado casi por completo, y las paredes completamente recubiertas de barro y hojas. Dentro no corría el aire y se estaba caliente y a salvo. Aquella noche había llovido y no me había enterado, aquel grupo era increíble. Y además, ahora, yo era un héroe para ellos y tenía el estómago lleno. Las cosas empezaban a mejorar. Me pregunté de qué sería capaz esta gente si en vez de estar dos semanas estuviéramos un mes. Me hubiera gustado comprobarlo. ¿Y toda una vida? Entendía cada vez mejor a los que habían creado el proyecto Veluss.

Por la tarde acompañé a un grupo de hombres de mono rojo a la cima de la colina donde estaban las cabras. Eran dóciles, aunque no quisieron abandonar la cima. Allí mismo intentamos ordeñarlas, aunque era difícil y nos llevamos varias patadas y alguna embestida. Con mucho esfuerzo y un par de moratones pudimos sacar poco más de un litro de leche caliente. Volvimos sin nada más, ya que no pudimos ponernos de acuerdo. Unos querían matar al macho para comernos su carne y aprovechar su piel, sin embargo habló la mayoría, y decidió que podríamos sobrevivir sin matar al animal. Yo no me posicioné, aunque la idea de comer carne me hacía la boca agua. Subsistíamos con pequeñas raciones de pescado a la brasa, bayas y raíces. Sin embargo, sabía que la mayoría de la gente no tendría valor de matar y desollar un animal para alimentarse de su carne.

Al amanecer del tercer día, la choza estaba caliente y seca pese a llover toda la noche. Fui a buscar leña. Necesitaba seguir contribuyendo, sentirme útil. Había muchos individuos haciendo cosas maravillosas: cuencos de barro, cucharas hechas de madera, cuerdas hechas con hebras vegetales, cestas con tiras de cortezas de árbol e incluso estaban excavando letrinas en las afueras del campamento. A mi vuelta vi a Laura despierta, bebiendo algo caliente de un cuenco. Me saludó y me senté junto a ella.

—Gracias Ariel —me dijo—, gracias por salvarme la vida.

—Fue por mi culpa que te caíste, estaba distraído —le dije en voz baja, avergonzado.

—No, no. Soy una torpe, no debía haber bajado, la culpa fue mía —me respondió con una sonrisa encantadora.

—¿Te conozco de algo? —le pregunté. Llevaba dos días con aquella pregunta rondando en mi cabeza.

—No lo creo, me acordaría —me contestó sin dejar de sonreír.

—¿Andelain? —pregunté con el corazón en un puño, esperando ver su reacción.

—¿Quién? —respondió extrañada—, creo que te equivocas. Lo siento —añadió con una risa suave que rompió mi tensión. No era ella. Estaba equivocado. Sin embargo, me alegraba de haber hecho lo que había hecho.

Los días fueron pasando y ya no abandonó nadie más. Hubo alguna dificultad y algún conato de pelea que fue sofocada por medio de palabras y razones. Incluso se formaron algunas parejas. Entre todos dedujimos más o menos qué significaban los colores. El blanco estaba claro desde el primer día. No nos sorprendimos de conocer las historias de Raúl, montañero por afición, Elena, exmilitar, experta en supervivencia y Xavier, el otro hombre vestido de blanco, que todavía trabajaba como guía en expediciones de montaña.

El color negro no tenía en común ninguna profesión, pero los seis individuos con monos de ese color, tenían dotes de mando y liderazgo. Sin embargo ninguno de ellos acaparaba el poder y todos buscaban el consenso, pese a sus personalidades expansivas. La mayoría de individuos con ropas azules eran ingenieros o tenían una formación técnica de algún tipo. Los de mono rojo tenían una profesión o experiencia en actividades físicas intensas, incluso teníamos en el grupo a un par de deportistas profesionales, uno de ellos muy conocido. Era el que mejor pescaba, además, y el que me dio la mano y el pescado cuando estaba muerto de hambre. La mayoría de participantes vestían de amarillo, y todos ellos tenían ocupaciones puramente intelectuales. Los de mono verde también se podían contar con los dedos de una mano y estaban relacionados con la sanidad o la biología. Solo había otras tres personas de trajes violeta. Una era actriz de holos y el otro un músico. Fue divertido conocernos a través de los colores. Muchos de ellos reconocieron que amaban mis sueños vívidos. Eran gente normal, que expresaba lo que sentía sin pensar en las consecuencias. Si Carlos estuviera por aquí sería azul, y mi Joanne sin duda, violeta.

Pasaban los días y cada momento compartíamos más cosas íntimas, hasta el punto que nos olvidamos quienes éramos en nuestras vidas del pasado. El último día incluso organizamos una fiesta y nos emborrachamos con un licor artesanal que un tipo había destilado con un tubérculo parecido a una patata. El improvisado alquimista era un ejecutivo de MoHo, pero había sido ingeniero químico y todavía disfrutaba experimentando. El licor tenía un sabor horrible, pero la sensación de tener tanto en común con aquel grupo de desconocidos bajo las estrellas sirvió para olvidar lo que había sido mi vida hasta ahora y pensar que era posible empezar de nuevo. Me dormí aquella noche sabiendo que jamás volvería a ver las estrellas de esa manera. No aquel cielo, la próxima vez, sería un cielo diferente, sin luna, con otras constelaciones diferentes. No sentía miedo, con aquellos compañeros podría irme al fin del mundo.

META

La llegada a casa fue como bajarme de una nube. Tenía varios mensajes, entre ellos una llamada urgente de la policía que me requería para un interrogatorio. Toda la liberación de las últimas dos semanas se esfumó. La tensión volvió a agarrarse a mi espalda, como una garrapata. Sentí la necesidad de tomar una dosis de *trank* y dormir hasta conocer la decisión final de Veluss. Necesitaba huir. Pero necesitaba saber si Joanne estaba bien. Había bloqueado esa urgencia, esa obsesión para no fallar en mi última prueba y ahora necesitaba saberlo como fuera, a cualquier precio. La llamé. El tono de llamada sonaba y sonaba y para mí fue lo más maravilloso del mundo oír su voz al otro lado después de todos aquellos días evitando pensar en lo peor.

—Joanne, oh dios —dije sin más.

—¿Has vuelto? —respondió emocionada.

—¿Estás bien? —pregunté ansioso.

—Sí. ¿Y tú?, ¿todo bien? —Ella también estaba ansiosa por tener noticias.

—Sí, llegué hace día y medio. Ha sido... —contesté.

—Increíble, ha sido increíble. La gente es increíble. Todo ha sido...

—Sí —la corté impaciente— ¿sabes algo?, ¿te han dicho si...?

—No. Carlos está igual, parece que nos lo van a decir a todos a la vez. Esperamos que hoy, Andelain dice que hoy deberían decirnos a todos el resultado final. Hoy es el gran día.

—No puedo esperar —confesé. Estaba nervioso, aunque sabía que no debería estarlo. Debía pasar, y además con nota. Si ella había llegado al final de la prueba también debería pasar. Estábamos cerca, pensé.

—¿Te pasas por aquí? —pregunté.

—Aún no. No quiero estropearlo al final. Si todo sale bien pronto estaremos juntos —dijo con la mejor de sus sonrisas. Estaba guapísima, necesitaba abrazarla. No podía esperar. Colgamos. Quedaban horas para saber el resultado, y seguí revisando mis mensajes, esperando no encontrarme ninguno de Ricardo.

No había ninguno. Pero recibí una llamada de la policía. No contesté. Me podía la ansiedad. Si enviaban a alguien a mi casa, sabrían que estaba dentro. Podían saberlo. Podían saber que estaba leyendo ese mensaje. En cualquier momento un alfa podía atravesar la puerta de entrada y señalarme con el dedo y perderlo todo.

Sonó el timbre de la puerta y mi corazón casi se paró del terror. No. Pensé. ¡No!

No me moví, y el timbre volvió a sonar.

—Ariel, abre la puerta si estás ahí, ¡la noticia va a ser pública en diez minutos! —era Carlos quien gritaba al otro lado de la puerta. Un Carlos eufórico. Abrí la puerta y le abracé. Llevaba una botella de vino en la mano y dos copas.

—Vamos a celebrarlo amigo. Nos vamos de viaje. ¡A tomar por culo este planeta!

—¡A tomar por culo! —grité, siguiéndole el juego.

—Andelain me dijo que tú también estabas en el programa. No me lo podía creer.

¿Cuándo pensabas decírmelo?, menudo cabronazo. ¡Cuánto me alegro! —dijo emocionado. No supe cómo encajar esa revelación, no sabía cuánto más podría haberle contado Andelain. Sin embargo, sonreía como si aquello solo fuera parte de la guinda de un pastel. De algo increíble que estaba a punto de pasar.

Brindamos y nuestros pods sonaron simultáneamente. La noticia ya era oficial. Ambos éramos parte oficial del cuarto vuelo. Llamamos a Joanne, ella también había superado el examen final y estaba en la lista de embarque. Andelain confirmó, a través de un escueto mensaje a Carlos, que ella también se había clasificado. Radiaba de alegría, todos habíamos superado la prueba. Me resultaba increíble.

—Me largo —dije. No puedo esperar. Me voy ya mismo.

Carlos se empezó a reír.

—No puedes todavía, hay que esperar a que la nave esté lista —dijo.

—¿Cómo qué no? —contesté.

—Además, ¿quieres perderte la despedida? —preguntó.

Ya no me acordaba. Me lo había dicho Andelain: la despedida era un mes antes de la partida, durante el cual podías despedirte de tu vida en la Tierra. La organización te donaba un millón de sures para que pudieras vivir cualquier experiencia en la Tierra y que, si después de hacerlo te querías echar atrás, pudieras hacerlo. Un pequeño porcentaje de gente decidía, después de esa experiencia, que no quería embarcarse en Veluss. Yo no sería de esos. Ya había vivido todo lo que necesitaba en la Tierra. Empecé a empacar, ante la mirada atónita de Carlos. Había llegado a Europa hacía veinte años, después de muchos años intentándolo. Me iba a despedir en menos de veinte minutos. Todos los libros de la estantería, mis premios, mis recuerdos, mis caros cacharros. Todo se podía quedar criando polvo en este apartamento. Me imaginaba la frustración del que tuviera que decidir qué hacer con todo aquello. Qué poco me importaba ya mi coche, mi agenda y mis promesas. A la mierda todo. Me sentía liberado, y eso me daba una fuerza inexplicable.

—¿Es en serio? —preguntó Carlos que asistía incrédulo a toda aquella escena.

—Lo estás viendo. Me voy. Nos veremos allá arriba —cada minuto contaba. Carlos no sabía nada ni se lo pensaba explicar, al menos no por ahora.

—Me estás poniendo nervioso, ¿ha ocurrido algo? —me preguntaba mientras yo metía cosas en la bolsa. Solo quería llevarme una bolsa, pero no quería dejarme nada que me importara de verdad: Recuerdos y algunas grabaciones. Metí cientos de exabytes almacenados en cubos de cristal, por si me aburría en ese mes de espera. Ni siquiera me preocupé de pensar qué ropa llevaba. Allí a donde iba no importaría.

—Te regalo mi coche si me llevas al aeropuerto —bromeé con Carlos, ante su genuina cara de asombro.

Dos horas más tarde estaba tomando un avión a Chicago. Desde allí no podrían extraditarme. El proyecto Veluss era internacional, confiaba en poder inventarme

algo. Ya en Chicago me conecté al Jardín de Brin desde un hotel y busqué a Andelain. Cuando la encontré le pedí que habláramos a solas, donde ella quisiera. Fuimos a la misma cabaña. Esta vez me teletransportó dentro, sin rodeos.

—Andelain —empecé.

—Enhorabuena. Ya estamos todos a bordo —dijo alegre.

—Lo sé. Ya sabes mi problema, tengo que huir, ¿puedes ayudarme? —imploré.

—¿Qué necesitas? —preguntó sin miramientos.

—Necesito una buena excusa para subir cuanto antes a la nave, ya mismo. Incluso aquí temo que puedan extraditarme o hacer que Veluss me expulse del programa, una vez arriba será más difícil.

—No sé —dijo mientras pensaba—. Cualquier cosa que hagas despertará sospechas. Aunque ya ha ocurrido más veces, algunas personas como yo, llevamos tantos años intentando subir que, cuando llega el momento, queremos ser los primeros.

—Piensa algo. ¿Qué podría hacer que la organización cediera sin preguntar y me diera facilidades?

—Algo que les interese, y que ellos salgan ganando.

—¿Y con qué...? —me interrumpí—, espera ¿se ha hecho algún holovid del comienzo del viaje?, ¿hay algún tipo de información reservada o secreto que no se pueda contar?

—De hecho hay varios documentales, aunque son bastante mediocres —contestó. Captó mi idea al vuelo— tú podrías...

—Exacto. Solo tengo que encontrar a la persona adecuada y convencerle. Hace mucho que no grabo holovides pero da igual. Lo importante es la excusa, ¡cómo no lo pensé antes! —dije animado por la nueva perspectiva.

—Dame unas horas y encontraré a esa persona, hasta entonces no hagas nada —de pronto su voz cambió de tono y me miró seria—. Tu caso ha salido a la luz. Han encontrado a tu amigo Eduard ahorcado en la celda, le acusaban del asesinato de dos chicas y la violación de una menor. Dicen que están buscando a su cómplice, eso te pone en muy mal lugar.

—Ffff —suspiré. Eduard muerto. Asesinatos, violaciones. Detrás de mí ya no había nada—, debo escribir a la policía, darles toda la información para que puedan atrapar a ese hijo de puta. Tengo que poner sobre aviso a Joanne. Ricardo me llamó antes de salir hacia la última prueba. Amenazó con matarla si abría la boca.

—Oh dios mío —susurró preocupada.

—Sí...

Nos miramos sin pronunciar palabra durante un buen rato. Estaba en una habitación de hotel gris y anónima, a miles de kilómetros de la persona que amaba y que no sabía nada de mis problemas. Sin embargo, los había compartido con un avatar digital que representaba a una mujer que no conocía, que igualmente estaba a miles de kilómetros. Podría ser cualquiera, incluso Ricardo, pensé con un escalofrío.

Lo descarté tras pensarlo dos veces. Mi vida estaba del revés, pero tenía que pensar de forma lógica. Tenía que confiar en alguien, para variar.

—Andelain. Necesito tu ayuda.

—¿Cómo?

—Tienes que convencer a Carlos de que vaya a visitarte a Canadá. Tienes que sacarlo del peligro.

—¿También le amenazó a él? —preguntó alarmada.

—No. Pero será el siguiente si advierte que Joanne se pone fuera de su alcance. ¿Podrás? —pregunté. Ella dudó.

—No, no podría.

—¿Por qué? —pregunté.

—No es fácil de explicar. No puedo irme antes de tiempo, tengo... complicaciones personales.

—Venga. Esto es grave. Puede morir si no le convences.

—Entonces pídeselo tú, dile lo que ocurre —sugirió ella.

—Si se lo digo es capaz de ir a la policía. Le conoces, sabes que es un ingenuo. Si hablo con él se meterá en un lío. ¿Quieres perderlo?

—No. Imposible, necesito que embarque —dijo con voz fría.

—Creo que no hay otra opción. ¿No puedes convencerle que vaya a verte? —rogué.

—Tal vez. No me gusta mentir.

—Esta vez está justificado, lo sabes.

—No me gusta mentir.

—Seguro que sabes hacerlo, ¿verdad? —Su rostro era impasible. Estaba pensando algo, muchas cosas sin duda. Había implicado a alguien más en mis problemas, y ahora eran también sus problemas. Hacía eso con la gente.

—Lo haré. Lo haré por ti. Por intentar salvar mi vida en aquel arroyo —me dijo con una sonrisa enigmática.

—¿Eras tú? —dije saltando de pura sorpresa.

—No, aunque el gesto fue bonito. Me hubiera gustado conocerte en persona —confesó con voz suave. No me dio pie a contestarle nada. Siempre iba un paso más adelante que yo. ¿Cómo diablos sabía todas esas cosas?, era imposible que supiera aquello.

—Cuando hables con Carlos, pídele que sea cuanto antes. Es urgente, hasta que no esté a salvo no podré hablar con la policía.

—Te enviaré los contactos con los que puedes mover el asunto del holovid.

—Gracias Andelain.

—Tengo curiosidad por conocerte, en persona —dije.

—Cuídate hasta entonces. Te llamaré en cuanto pueda.

—¿Podrías hacerlo fuera de Brin?, es bastante tedioso encontrarnos así.

—Vale, eso haré. Te mando mi ID, contacta conmigo para cualquier cosa urgente.

No duermo.

—¿Adicta a la metacafeína?

—Peor. Adicta al trabajo —confesó.

—Vete despidiéndote de eso. ¡Nos vamos! —me despedí con un beso alegre y sincero. Me sonrió y se despidió.

MEDIAS VERDADES

—Joanne, tienes que coger un vuelo y venir a Chicago ya. Es importante —iba diciendo. Eran las dos de la mañana en París, pero no podía esperar más. Tenía que sacarla del país como fuera.

—¿Pero por qué?, necesito cerrar unos cuantos asuntos antes de irme. Asuntos de familia —respondió al otro lado de la conexión, con la marca de las sábanas todavía impresa en su mejilla derecha.

—Es muy importante. Corre en peligro tu vida —dije en voz baja, como si sirviera para algo. Esa llamada podía ser interceptada de mil maneras y nunca sabría quién o cuando lo habían hecho.

—¡Jesús! ¿Qué ocurre? —preguntó alarmada.

—Me han amenazado con matarte o algo peor si no les sigo el juego ¿te acuerdas de las neurorrélicas? —pregunté impaciente.

—Sí. ¿Qué tiene que...? —preguntó ella a su vez. No dejé que terminara y la corté, impaciente, incapaz de esperar a que terminara de hablar.

—Todo. Ya han muerto tres chicas, un director y un productor. La policía sospecha de mí y he tenido que huir de París. Te llamo desde Chicago.

—Jesús —volvió a decir.

—Tienes que salir de ahí. Ya mismo. Tengo miedo por ti, mucho miedo —dije intentando ponerme melodramático. No lo conseguí, tenía demasiada tensión como para sobreactuar.

—Está bien, veremos qué hago después. Pero te haré caso. Envíame un billete, no puedo pagar ese viaje. Te quiero Ariel.

—Yo también te quiero, Joanne. Más que nada en este mundo.

Diez horas más tarde la recogía en el aeropuerto O'Hara de Chicago. Había contratado los servicios de un equipo de guardaespaldas y un chófer que llevaron a Joanne desde su casa al aeropuerto. Ricardo era impredecible. Ese era el momento de usar todos los ases que tenía y también el resto de la baraja. Juntos, en la habitación del hotel, le expliqué a Joanne una versión resumida de quién era Ricardo y sus crímenes. Omití la parte donde ponía a Sara en manos de ese asesino, junto con la conversación que tuve con Andelain donde le confesé todo esto. No sabía cómo podía decirle que había confiado antes en una extraña que en ella. Daría igual que le explicara que no pude localizarla. No podía entender la tensión que tenía en ese momento.

Cuando le confesé que Ricardo también tenía fotos tuyas, insistió en verlas. Yo recordé las fotos donde aparecía aquel tipo y no quise mostrárselas, no en ese momento. No me importaba, me daba igual, pero ella me miró y se dio cuenta que algo no estaba bien. No paró hasta que se las enseñé. Su rostro se transformó y su

sonrisa se secó.

—Algún día tenías que enterarte, supongo —dijo con tono áspero, cerrando las fotos en mi pad.

—¿De qué? —pregunté intentando ser cauto.

—Es difícil sobrevivir en el piso cero, todos tenemos un pasado Ariel. ¿Cómo crees que se gana la vida una camarera?, ¿simplemente sirviendo copas?, ¿actuando por propinas?

—No sé, pero... —quise decir que no me importaba, pero no me dejé.

—Si lo sabes. Ese tipo lo descubrió, y me chantajeó. Era uno de los técnicos de selección del programa. Me amenazó con destaparle y descalificarme del programa. Al fin y al cabo, no me pidió nada que no hubiera hecho ya cientos de veces con otros hombres. Al menos antes de conocerte. Todo eso se acabó Ariel, todo.

—No tienes que pedirme perdón, Joanne, hayas hecho lo que hayas hecho no es peor que lo he hecho yo, créeme.

—Aun así, me hubiera gustado que te enteraras de otra manera.

—¿Crees que eso importa? Te quiero como eres, tal como eres.

Sonrió, agotada. La abracé y cerré los ojos, pensando que ahora que estaba con ella, nada ni nadie me separarían nunca de ella. Pero la conocía, y sabía que por su carácter inestable, terminaría pensando de nuevo que no confiaba en ella. Esa noche dormimos abrazados, vestidos sobre la cama, cansados hasta la extenuación. A la mañana siguiente, no quise arriesgar, no salimos del hotel y dejé que Joanne se recuperara del viaje. Empecé a recopilar toda la información que tenía de Ricardo, anotando fechas, lugares y personas.

Cuando Andelain me llamó para darme los contactos de Veluss no perdí el tiempo. Contacté directamente con el director de comunicación del programa Veluss en los Estados Unidos de América, Norman Shutter. Cuando le llamé, él ya sabía quién era yo, y que estaba en la lista de pasajeros. Por supuesto conocía mi trabajo internacional. Le expuse la idea en persona, en un fugaz viaje a Nueva York. Joanne me ayudó a preparar el material y se vino conmigo. No quería dejarla sola bajo ninguna circunstancia, aunque para evitar problemas, se quedó esperando en el hotel cuando me entrevisté con Shutter. En el trayecto del hotel a las oficinas de Veluss, me pregunté cuan largos podían ser los tentáculos de Ricardo. ¿Podría actuar en Nueva York? ¿Sabría que yo estaba con Joanne a miles de kilómetros de París?

Norman era un tipo muy americano: directo, amigable y profesional. Le gustó mi propuesta desde el primer minuto. Era sencillo: un documental rodado en formato holoivid que narrara, en primera persona, todo el proceso desde la Tierra hasta el lanzamiento de la nave. Eso incluía la estación de tránsito, la visita a todas las instalaciones, el proceso de aprendizaje, las primeras impresiones, entrevistas a los primeros viajeros según fueran llegando y un largo sinfín de detalles personales.

Todo, desde la óptica de alguien que era parte de la tripulación, hasta el momento mismo del despegue. Mandaríamos el montaje final antes de salir del sistema solar. Él aportó algunas mejoras sobre mi propuesta inicial y me garantizó todo tipo de facilidades. Mi única condición, subir cuanto antes a la Veluss para aclimatarme, no fue un problema. Fue fácil, como si alguien desde dentro hubiera facilitado la tarea. Paranoico, llegué a pensar en que fuera una trampa de Ricardo. Pensé incluso que Andelain me había podido ayudar más allá de darme información, pero eran pensamientos paranoicos. Ese hombre estaba más allá de la esfera de influencia de ninguno de nosotros. Simplemente era una buena idea y yo tenía un nombre conocido a nivel internacional. No hacían falta más explicaciones. Pasé todo el viaje de vuelta hasta el hotel maldiciéndome por no haber contratado seguridad privada para la habitación. Cuando llegué, y vi que estaba vacía, el corazón me dio un vuelco. El teléfono sonó y temí lo peor. Una llamada de Ricardo o anónima. Pero no, era la recepción del hotel, Joanne me esperaba en el restaurante para cenar. Estaba guapísima. Nunca la había visto vestida para una ocasión como aquella. En cierta manera, aquella era nuestra última oportunidad de despedirnos de los lujos que podía ofrecernos la Tierra y lo aprovechamos. No nos dio tiempo a llegar a la habitación, cuando subíamos en el ascensor comenzamos a besarnos y no pudimos parar. Ella misma se bajó las bragas y me aflojó los pantalones. Ahí mismo hicimos el amor. No nos importó siquiera que nos pillara el botones del hotel en la última planta, donde bloqueamos el ascensor para tener algo de intimidad. Se ganó una propina equivalente al sueldo de un mes y él mismo se aseguró de que nadie nos molestara durante una hora.

A la mañana siguiente tomamos el último avión de nuestras vidas. Nos llevó hasta la base del ascensor espacial de los Estados Unidos de América del Norte (EUAN), construido en la pequeña ciudad de Candelaria, en Campeche, un pequeño estado de México. Desde el vuelo, podíamos ver a muchos kilómetros de distancia una gigantesca torre que se alzaba hacia el cielo, como una torre Eiffel en una escala absurda, mucho más ancha en la base que en la parte superior. Al acercarnos, vimos que la torre era cada vez más alta, hasta terminar en un cable, fino como un pelo que parecía desaparecer en el cielo. Se había construido gracias a la financiación del proyecto Veluss, aunque en cooperación con las agencias espaciales de CEAL y Transrusia que llevaban años intentando hacerlo. Existía otro ascensor espacial anterior, en Singapur, pero de una capacidad mucho menor, creado hace cincuenta años.

El ascensor de Candelaria, con una altura de casi cincuenta mil kilómetros, terminaba en la Estación Espacial Internacional Épsilon, una base de operaciones para lanzamiento de misiones espaciales dotada de gravedad artificial y con una población permanente de más de mil quinientas personas. El viaje de ida duraba una

semana, en una especie de barcaza alargada que parecía un tren vertical. En él había aforo para un máximo de doscientas personas, en un solitario e incomodísimo viaje en el que todos los pasajeros eran inducidos a un estado de coma para no tener que soportar siete días encerrados en una cápsula, sin poder defecar o comer. Gracias a mi experiencia con el *trank*, aquella molesta cuestión sería una simple anécdota. Lo más absurdo de todo era pensar que el viaje de vuelta duraba apenas seis horas. Cuando el vehículo cogía algo de velocidad, pasados apenas mil kilómetros, se soltaba del cable y planeaba hasta llegar al suelo, ahorrándose los siete días del viaje de ida.

Aunque la base Épsilon era de uso internacional, siguiendo la antigua tradición de los programas espaciales, era gobernada oficialmente por la CEA que era quien había asumido su coste y quien la protegía. El día que pasamos en Candelaria lo dedicamos a pasar todo tipo de controles de seguridad. Un ejército entero protegía el ascensor espacial.

En mi última noche en el planeta no pude comportarme como una persona romántica que se despedía de la Madre Tierra, lo hacía como alguien atormentado. El asunto de Ricardo no dejaba de darme vueltas. Estábamos a salvo, era imposible que sus garras llegaran tan lejos. Pero aun así sentía que le debía algo a Chloe y a Sara. Pasé las últimas horas de mi vida terrestre escribiendo toda la historia de mis últimos seis meses trabajando con Ricardo, Eduard y Franco. Quise ser todo lo meticuloso que fui capaz: nombres, lugares y horas. Todo lo que necesitaban para buscar grabaciones de seguridad, testigos o pruebas. Hice una copia de los archivos que Ricardo me había mandado para incriminarme, confiaba en que la policía tuviera los medios para obtener más información de ellos y pudieran rastrear su origen. Expliqué, con todo el detalle que pude, por qué huía y por qué no había podido ser del todo sincero, confiando que mi confesión fuera útil. Yo no había sido más que un peón, el verdadero responsable de todo era Ricardo. Programé el envío para la hora en la que debería estar atravesando el cielo en aquella aguja cósmica. Un viaje solo de ida. Vi amanecer en el planeta Tierra por última vez antes de irme a dormir unas horas.

El embarque en el ascensor espacial fue complicado: las medidas de seguridad eran extremas. Pasamos por todo tipo de escáneres, nos hicieron preguntas y comprobaron la validez de nuestros documentos hasta seis veces diferentes. Pasamos cacheos manuales y, por supuesto, varios alfas nos observaron durante un rato. Recuerdo el viaje de forma fugaz. Los cierres claustrofóbicos de la cápsula del ascensor, la mirada aterrada de Joanne y el resto de pasajeros. El olor metálico de la máscara. Y el mareo al despertar, en las manos de otras personas muy diferentes a las que me habían puesto allí.

—¡Despierta! —ordenó alguien.

—Sí... sí, ya voy —recuerdo que decía con voz gangosa.

—¿Ariel de Santos? —preguntó una voz firme.

—Sí —contesté.

Recuerdo que me sujetaron entre dos hasta sentarme en una silla de ruedas y me llevaron por unos pasillos estrechos y oscuros.

Amanecí en una celda.

Sabía que era una celda antes de mirar a la puerta. La disposición de la estrecha cama. La manta, el retrete. La luz en el centro del techo. Y la puerta cerrada, sin manija, y una mirilla, cerrada, a la altura de los ojos. Yo había estado al otro lado muchas veces, en mis días como militar, y siempre me había preguntado qué se sentiría al estar dentro, encerrado.

Miedo, claustrofobia y una marea de preguntas sin respuesta.

Pasaron horas hasta que aclaré mi mente, abotargada e hinchada de minutos eternos, fruto de las drogas que me habían tenido en un estado comatoso durante días. Vomité durante horas un fluido amarillo y pestilente. Luego me encontré mejor. Estaba solo. No sabía si estaba en la Tierra todavía o en la estación espacial. Me levanté cauteloso, sin saber si saldría volando, ingrávido. Todo era normal. Me acerqué a la puerta y pegué mi oreja a la mirilla cerrada. No se escuchaba nada. Quizás un rumor a maquinaria, pero muy lejano. Un porrazo en la puerta me echó para atrás de pronto. Retrocedí hasta llegar a la pared. Era una habitación muy pequeña. Apenas cuatro o cinco metros cuadrados. La puerta se abrió hacia fuera. Dos hombres uniformados me esperaban al otro lado. Parecían militares norteamericanos: rubios y altos como gigantes. Uno de ellos me agarró del hombro y sin muchos miramientos me sacó de la celda.

—Camina con nosotros y síguenos —dijeron despacio en inglés, como si esperaran, por mi aspecto, que no supiera su maldito idioma.

Les seguí, examinando a mi paso todas las etiquetas que había en las puertas, o cualquier otro detalle que me sirviera para averiguar dónde estaba. No hizo falta, una voz en megafonía tronaba.

—Siguierte llegada en diez minutos. Las compuertas del anillo exterior se cerrarán en cinco minutos. Por favor, despejen la zona de transferencia. Por favor, despejen la zona de transferencia. —Unas luces amarillas empezaron a iluminar el pasillo, que hasta ahora era gris. Asumí que debía estar a bordo de la estación espacial.

Los hombres me llevaron a una sala cerrada, sin ventanas, algo más grande y con una mesa metálica impoluta. Allí me esperaba un hombre y un par de hologramas de humanos a tamaño natural. Conocía aquellas caras. Eran los policías de París que me habían interrogado, Jerome y el otro, cuyo nombre no recordaba. El hombre que estaba físicamente allí portaba un uniforme militar gris oscuro, diferente del de los hombres que me habían traído desde la celda. Por su actitud se deducía que tenía más rango y me escrutaba con la mirada sin miramientos. Su mirada me dio algo de repelús, no hubo simpatía alguna al presentarse a sí mismo.

—Teniente McNobb, policía militar. Siéntese por favor —ordenó acercándome la silla. Él se sentó delante. Los dos hologramas se quedaron de pie, uno a cada lado.

—Creo que ya los conoce, ¿verdad? —preguntó el teniente.

—Sí —hice un gesto de reconocimiento con la cabeza.

—Se le acusa de obstrucción a la justicia y colaboración con una banda de criminales. Colaboración en varios asesinatos y tráfico de mercancía ilegal —informó el militar sin inmutarse. Me vine abajo, miré a los policías de París y pensé que era un completo imbécil.

—¿Dónde está su cómplice, Ricardo Renzi? —estalló con violencia Jerome, uno de los policías de París.

—No lo sé —contesté aturdido.

—Miente —dijo el teniente.

—No miento. Es la verdad —intenté decir lo más tranquilo posible.

—Miente. Lo sé.

—Pónganme una prueba, la que quieran, traigan un alfa. Lo que sea, es la pura verdad. Lo que le dije a la policía de París es la única verdad. Solo soy una víctima más.

—Fue usted la última persona en hablar con Sara O'Brien, a las dos de la madrugada, justo antes de desaparecer. Tiene usted una transferencia de varios millones de sures desde una de las cuentas rusas de Ricardo Renzi. ¿Cree que somos idiotas? —soltó de sopetón el otro policía de París. Estaba hundido, sin recursos, sin nada más que pudiera decir a mi favor, era imposible que me creyeran.

—Traigan un alfa, él lo sabrá.

—No. No lo sabrá. No sé qué ha leído, pero no son infalibles, no son máquinas de la verdad, maldita sea —dijo maldiciendo el militar.

Siguieron durante horas interrogándome, pero sin avances. Ya les había dicho todo lo que sabía, y todas las preguntas, de un modo u otro, llevaban a las mismas respuestas. Sin embargo no podían dejarme ir, era su único cabo suelto.

Cuando me llevaron de nuevo a la celda estaba destrozado. Cansado, agotado y vencido. Tras tanto tiempo luchando, al final había caído. Volvería a la Tierra, perdería todo y, con mucha suerte, evitaría la cárcel. Joanne, Carlos y Andelain viajarían a las estrellas sin mí. Lloré en silencio, en la oscuridad, en una estrecha celda de metal suspendida en el espacio. Eso sería lo más lejos que iría nunca. Durante varios días, el procedimiento se repitió de la misma manera. Las mismas preguntas una y otra vez, con variaciones, con matices, intentando complicar mis declaraciones anteriores, buscando contradicciones en mi declaración. No sé cuántos días pasaron. Diez, quizás más. Perdí la cuenta. El último día pensé que dos de los guardas me molerían a palos. Me habían interrogado, drogado y, finalmente, ignorado durante horas o días. Sin luz, y sin contacto con el exterior, era imposible saberlo. Sin poder cambiarme de ropa, afeitarme o lavarme. Ni siquiera había insectos en aquel agujero. Era como estar en una jaula de laboratorio. Los últimos días los guardias no

me hicieron más visitas. Cuando vinieron, temí que fuera para deportarme. Sin embargo los rostros de los soldados eran impasibles. No volví a la sala de interrogatorios, sino que esta vez crucé varios pasillos, cruces y recodos que me llevaron a una sala con más gente, sobre la pared había varios vídeos en suspensión. Por las imágenes, supe que se trataba de los vídeos que me había enviado Ricardo. Hicieron sentarme. Pasó a hablar un oficial que hasta ahora no había visto.

—Señor de Santos, hemos encontrado nuevas evidencias que apoyan su versión de los hechos. Queremos que confirme el contenido de esta conversación —activó el audio, y pude oír mi última conversación con Ricardo.

Mi corazón latía a toda velocidad. Aquello me exculpaba, salvo por el detalle del chantaje. Lo único que no cuadraba era cómo habían obtenido esa conversación. Ningún gobierno podía romper un cifrado de ese tipo. Había algo en todo aquello que se me escapaba, pero no tenía tiempo de pensar en aquello. Empezaron el interrogatorio.

—No tenemos claro quién era la tal Mónica de la conversación. Dice que le hacían chantaje ¿por qué razón? —Temía esa pregunta. Seguro que el alfa me estaba observando. No podía mentir. Asumí que al menos la verdad no podría malinterpretarse.

—Era una menor. Me acosté con ella, hace... unos cuatro años —dije, bajando la mirada. Había perdido, tan cerca.

El silencio se hizo en la sala.

—Creo que fue víctima de una extorsión sin fundamento, señor de Santos. No era menor de edad. Pero agradecemos la sinceridad en su respuesta. Puede retirarse.

Casi me quedo sin respiración. Quise llorar, pero no me salían las lágrimas.

Me llevaron de vuelta a otra celda mucho más amplia. Había ropa y una ducha. No dudé y pasé casi veinte minutos bajo la alcachofa con el agua bien caliente. Me afeité y volví a sentirme un ser humano. Hasta me eché una siesta ligera, pensando que era imposible que Ricardo me alcanzara. Ya estaba fuera del alcance de sus tentáculos. Libre. Saboreé esa palabra, sin dejar que las preguntas sobre cómo había logrado salvar el culo me estropearan esa enorme sensación de alivio.

Cuando me desperté, los soldados volvieron y me sacaron de la celda de nuevo, esta vez con más cortesía. El camino era diferente, lleno de pasillos laberínticos. Tras unos minutos interminables, llegamos a una sala más amplia, con civiles. Me esperaban dos personas: Carlos y Joanne. A juzgar por su expresión, estaban muy preocupados. Joanne al verme, saltó a mis brazos y empezó a llorar. Carlos se acercó y nos abrazó a los dos. Estuvimos un rato sin decir nada.

—Menudo susto nos has dado —dijo Carlos.

—Ha sido horrible —lloró Joanne.

—¿Qué? —pregunté confundido. Carlos hizo un gesto con su mano, no le

entendí. Un militar de alta graduación, que estaba con ellos, se dirigió a mí en un tono neutro. Parecía un teniente coronel, si mi memoria leyendo insignias no me fallaba.

—Señor de Santos, se han aclarado todos los cargos en su contra y los motivos de su detención. A petición de la Interpol le detuvimos y también bajo su petición rescindimos la orden de detención. Es la primera vez que tenemos que actuar de esta manera, entiéndalo, somos militares, y no nos gusta inmiscuirnos en asuntos civiles, así que le agradecería que mantuviera esto en la más absoluta discreción. He hablado personalmente con el señor Shutter y me ha pedido que le recuerde que sigue apoyando su proyecto documental —el tipo era impasible, y se limitó a transmitir órdenes, como si fuera el extremo de una correa de transmisión.

—Gracias —dije, intentando aguantar un grito de júbilo.

—Le dejo con sus compañeros. Ellos le ayudarán a instalarse. Buena suerte —añadió, con una sonrisa sincera al final. Nos dimos la mano y respiré tranquilo.

Pasamos las horas poniéndonos al día. Al llegar, a mí me despertaron antes que a los demás, de forma que Joanne se enteró de mi detención por terceros. Alarmada contactó con Carlos y Andelain. Carlos tomó el primer ascensor espacial que pudo y se reunió con Joanne. Juntos intentaron obtener más información y, ya cuando estaban a punto de tirar la toalla, el asunto se solucionó solo. Un informante anónimo entregó un dossier con docenas de pruebas implicando a Ricardo en muchos delitos, incluidos los que ya conocía tan bien. No sirvió de nada que se escondiera, el informante sabía todo sobre él. Gracias a las pruebas adicionales obtenidas en su detención, Ariel había sido exonerado de todos los cargos.

—Tienes un ángel de la guarda —dijo Carlos.

—Sí —yo sabía que era imposible. Alguien había tenido que mover los hilos para que eso pasara. ¿Y si Ricardo era otra marioneta?, ¿y si había alguien más detrás? No quise compartir mis temores con ellos, bastante habían pasado.

—¿Qué harás con la pequeña fortuna que hay en tu cuenta? —me preguntó Carlos.

—Una donación. Todos mis bienes, los derechos de mis obras y ese mugroso millón —Joanne me miró con odio— lo donaré al centro de educación para jóvenes talentos de Alí ibn Ahmad.

—¿Qué? —preguntó Carlos con sorna.

—Es una larga historia, ya te la contaré, Carlos —dije. Joanne me sonrió con ternura.

—¿Y tú, Carlos? —pregunté.

—Todavía no lo sé. Pensaba gastármelo en un viaje alrededor del mundo, pero ahora que ya estoy aquí, no pienso irme. Todavía no sé qué hacer con ese dinero. Dárselo a mi familia, supongo. No saben que estoy en Veluss, se morirán si se lo digo.

—Jajajaja —reí—, les está bien empleado. Pero seguro que no necesitan tu dinero —Carlos asintió con la mirada.

—¿Y tú? —pregunté mirando a Joanne. Deseaba estar a solas con ella, desde hace días.

—Todavía no lo sé... —respondió tímida. Yo sabía que estaba mintiendo, pero no dije nada.

Me dieron una vuelta por la base. Ellos ya la conocían bien, pues habían pasado dos semanas juntos y Carlos se comportaba con soltura en presencia de Joanne, casi como lo haría Krall. El lugar era pequeño y algo claustrofóbico. Los techos eran bajos y la luz artificial dominaba todas las estancias a pesar de las ventanas, que mostraban el espacio estrellado, de un negro profundo. La única instalación turística de la base espacial era una gran cafetería que hacía las veces de bar y de restaurante. Tenía impresionantes vistas a la Tierra, que colgaba de nuestras cabezas, fija en la misma posición. Seguíamos conectados a ella a través del cable, como un cordón umbilical que desaparecía en la lejanía.

El espacio era un bien escaso en aquella base y todo tenía cierto regusto militar. Los corredores, oscuros y metálicos, estaban repletos de cables por el techo. Se conectaban entre sí gracias a pequeños recodos, que formaban cruces de caminos. A ambos lados, existían estancias de todo tipo: almacenes, talleres, salas de reuniones y otros que no llegué a ver, había cientos. Algunos de ellos protegidos por soldados, y todos cerrados con enormes puertas de descompresión, que se cerraban herméticamente con una gran llave circular. No había apenas ventanas, y toda la luz era artificial en largas luminarias de una fría luz blanquecina. A pesar de la maraña de pasillos era fácil orientarse gracias a las líneas de colores que serpenteaban por los corredores, indicando el camino a las diferentes áreas de la estación.

En la base, no había habitaciones independientes, ni baños privados. Compartíamos una litera, cada uno en una diminuta cama dentro de una sala común con centenares de literas donde la gravedad era menor que en el resto de la estación. Una vez identificadas nuestras camas, y habiendo hecho un recorrido de reconocimiento, volvimos a la zona de recreo siguiendo la línea naranja en los pasillos. Allí, buscamos una mesa libre y encontramos algo parecido a la intimidad entre mesas llenas de bandejas de metal, gente uniformada y una salsa variada de idiomas.

—Tu pod —dijo Joanne, entregándome una mochila con las cosas que habían requisado los militares—. Tienes un montón de mensajes pendientes. Creo que en la Tierra han perdido a un genio. Otro más —me dio un beso. Largo. Público.

—¿Estás loca? —dije asustado.

—¿Me van a echar del proyecto por un beso?, ya es tarde.

—Eso pensé yo. Me confesé a la policía la noche que pasamos en Candelaria y mira lo que pasó. Casi muero al pensar que os iríais sin mí.

—¿Os? —bufó simulando enfado.

—Vale... Te irías sin mí —me levanté de la silla y la abracé con fuerza. Algunas caras se giraron y nos miraron—. Te quiero Joanne —dije—, ¡te quiero! —grité. Las caras a nuestro lado sonrieron. Vi algunas caras conocidas, Lea Peeters, su nombre me vino de pronto. La saludé, comía con un reducido grupo en otra mesa.

—¿Quién es? —preguntó Joanne, sentándose de nuevo.

—De una prueba. Uno de esos juegos psicológicos de trabajo en equipo.

—Ah, ya. Será divertido volver a ver algunas caras.

—Seguro —la miré—, ahora me dirás a dónde vas a destinar tu pequeña fortuna, ¿no?

—No lo sé, señor Farah. Eso depende —respondió enigmática—. Igual no te gusta mi historia —dijo con recelo.

—¿Crees que me importa tu pasado? —dije con sinceridad.

—Es complicado —sugirió con cautela—. Soy... no sé cómo empezar —comenzó a ponerse nerviosa.

—Déjame que te ayude. ¿Has matado a alguien? —pregunté tranquilo.

—No.

—Entonces no puede ser tan malo —dije confiado.

—No es tan fácil —inició al fin— mi familia es pobre. Muy pobre. Mi madre era una adicta, y mi padre... —narraba con dificultad.

—No quiero que me lo cuentes si te hace sentir mal, de verdad. No necesito saber quién eras, solo quién eres ahora —dije.

—Pero Ariel. Yo... —empezó a decir sin bajar la vista, forzándose a mirarme a los ojos. La corté antes de que dijera algo que no necesitaba oír.

—Sé quién eres ahora Joanne. Y lo único que me importa es que ahora eres alguien fuerte. Alguien que ha superado todo eso, alguien a quien amo.

—Gracias —dijo, bajando la vista. La abracé. Acaricié su pelo, sin poder evitar rascarle el cogote Sabía que le gustaba. Reímos y luego lloramos juntos, abrazados, sin soltarnos. En ese momento supe que nadie me volvería a separar de ella por ninguna razón, nunca más. Caminamos sin prisa por los iluminados pasillos de nuestro hogar temporal, de camino hacia nuestras estrechas literas. Joanne me explicó cómo serían nuestros siguientes días allí. Entre otras cosas urgentes, teníamos que empezar a trabajar en el documental, la excusa que nos había reunido. Esa noche también tuvimos que descubrir que hacer el amor en gravedad reducida no era nada fácil, pero los dos teníamos paciencia y disfrutamos aprendiendo juntos pese a la falta de intimidad.

LAURA

Había perdido casi doce días en mi encierro. Así que el documental iba con retraso, pero aún teníamos casi un mes por delante. Junto con Joanne empecé a grabar el documental. Ella y Carlos serían las caras del documental y yo el cámara. Tener el permiso de los jefes del proyecto Veluss nos abrió las puertas de casi toda la base y, lo más importante, acceso a personal en todos los niveles. Las anécdotas fueron desgranándose solas, a medida que la gente se iba enterando de que se estaba haciendo un documental sobre Veluss. Así nos enteramos de que cada lanzamiento Veluss había sido diferente: En la primera misión, la mayoría de los delegados —los líderes de la misión— resultaron ser un poco insoportables, muy selectivos respecto con quién trataban y habían caído muy mal en el personal de servicio de la estación. Por eso, en la segunda misión Veluss, se habían tomado medidas para suavizar esas semanas de tránsito. Una anécdota divertida era la de un tipo de la segunda expedición que había tomado la decisión de acostarse con el mayor número de mujeres en la Tierra antes de salir en la misión y que al final no pudo, ya que fue acusado de violación. Se celebraron varias bodas e incluso un divorcio. La gente se volvía loca al ver como su mundo sería empaquetado en una nave de apenas unas decenas de kilómetros cuadrados de superficie para toda su vida. Hicimos una serie de entrevistas con los primeros participantes que llegaban de todas partes del mundo para embarcar en la Veluss M2210, como nosotros. Sus historias personales, y sus puntos de vista acerca de lo que dejaron en la Tierra, eran un buen material para varios documentales, pero me tuve que centrar en seleccionar lo más llamativo. Si me creía especial, estaba equivocado. Había gente que lo tenía todo en la Tierra y lo había dejado sin pestañear, luchando por que les incluyeran en el proyecto. Hasta un premio Nobel de Física había logrado su pase. Varias parejas habían roto para que uno de sus miembros pudiera participar en el programa. Cuanto más conocía a aquellas personas, más seguro estaba de haber tomado la decisión correcta. Todos ellos, sin excepción, eran personas extraordinarias en varios aspectos. Tuve la oportunidad de encontrarme con una Michelle recién llegada. Ella también estaba deseando embarcar. Le expliqué mi proyecto de documental y estuvo encantada de participar. Yo tenía mucha curiosidad por conocer a la persona que me había ayudado a superar una de las pruebas psicológicas más difíciles de todo el proyecto, la de las tarjetas con los apellidos de los participantes. Su vida encajaba con su aspecto: menuda y delgada, con un denso y recio pelo moreno que llevaba suelto a ambos lados de la cabeza. No me sorprendió escuchar de sus gruesos labios, su pasado militar: Había sido piloto de caza hasta sufrir un accidente, luego había pasado a formar parte de la escuela militar, como instructora de estrategia e historia militar. En lo más alto de su carrera decidió dejarlo todo por un sueño. Consideraba que el ejército y la historia podían contribuir a crear una sociedad mejor, una sociedad más equilibrada. Sus ojos brillaban con fuerza cuando lo decía, era fácil creer en ella. Fue

ella, que también tenía amplios conocimientos en tecnología aeroespacial, quien me ayudó a comprender realmente la tecnología que había detrás del proyecto.

La nave Veluss M2210 no estaba acoplada a la estación espacial, estaba en uno de los puntos troyanos del sistema Tierra-Luna, L4, cerca de la nube de Kordylewski esperando a su carga final. Había sido construida en los astilleros de Malais Rellian, en el punto de Lagrange L2 Tierra-Luna, usando material de la Luna, enviado al espacio a través de una catapulta electromagnética. El primer transporte saldría con los primeros mil pasajeros hacia ella en una semana. Habíamos visto documentos gráficos, pero tenía que verla con mis propios ojos para asimilar toda aquella información. Era el proyecto de ingeniería espacial más ambicioso de la raza humana. La tercera nave del proyecto Veluss era la más grande. Estaba formada por dos toroides concéntricos y un cilindro central, con un radio exterior de casi dos kilómetros y medio, giraba sobre su eje dos veces por minuto, para generar la gravedad artificial a la cara interna del toroide, donde se hallaba el hábitat donde viviríamos el resto de nuestras vidas, apenas diez kilómetros cuadrados en total. En su interior, una franja de poco más de cuatrocientos metros de ancho, sería como un estrecho, largo y recto valle glacial, cuyos bordes se curvan hacia el cielo y que se desvanecerían en un cielo artificial, con un sistema de clima controlado que incluiría lluvias, viento y días nublados. El anillo interior, con algo menos de gravedad, se dedicaría a la agricultura. La sección central, el núcleo, casi sin gravedad, se dedicaría a la producción y manufactura, y donde se llevarían a cabo la mayor parte de procesos industriales pesados.

Pasé días enteros haciendo pequeños especiales acerca de algunas de las personas que embarcaban y que la organización de Veluss consideraba personajes destacados. Era una lista pequeña de nombres, no más de treinta, y venían junto con un guion de preguntas preparadas para cada uno. Así es como tuve oportunidad de conocer a muchos individuos notables y que ellos me conocieran a mí. Cuando vi el nombre de Carlos Vega en la lista, me sorprendí. Una vez que empecé a leer las preguntas no podía creer lo que estaba escrito en ellas. ¿Carlos era el creador del Jardín de Brin? ¿Él, sin ayuda, había diseñado el mundo virtual más complejo que existía? Las preguntas hacían referencia explícita a si a bordo de nuestro nuevo mundo crearía un mundo virtual aún más complejo que Brin, mejorando la IA que lo había hecho famoso. ¿Querría explorar los límites de la inteligencia artificial fuera de los límites legales ahora que no estaba en la Tierra? Cuando entrevisté a Carlos, conocí a otra persona muy diferente de mi amigo. Alguien con un cerebro y una visión privilegiada, alguien que había creado un mundo casi tan real como el nuestro. El mundo que nos había traído aquí. Fue un placer entrevistarle.

Al principio se azoró un poco al confesar que nunca supo como contarnos aquello. Pensaba que habría salido corriendo, espantado. Es posible que lo hubiera hecho. Aproveché para confesarle mis verdaderos orígenes y él también reconoció que había verdades que necesitaba tiempo asimilar. Me salí del guion, y le pregunté

acerca del éxito del mundo de Brin, recordando cuando me explicó que todas aquellas personas habían decidido servirle por su propia voluntad. Su idea desde un principio fue otorgar los mismos derechos a los personajes no jugadores, representados por inteligencias artificiales independientes, que a las personas de carne y hueso que pagaban por jugar. Al reconocer los mismos derechos, la propia inteligencia artificial se empezó a comportar como entes con motivaciones individuales, algo que hacía más atractivo ese mundo. Al principio, poblado por muchas IA pero que con el tiempo se fue poblando de jugadores humanos. En aquel momento, el porcentaje de inteligencias artificiales y de humanos era del veinte por ciento de IA y se mantenía estable desde hacía meses, ya que había muchas IA con propiedades dentro de Brin, e incluso parejas mixtas de humanos e inteligencias artificiales. Era un tema muy complejo y le gustaría seguir investigando, sin limitaciones comerciales o legales. Una de las grandes motivaciones para Carlos, era poder dedicar el resto de su vida a investigar con inteligencia artificial, sin presiones externas. Reconoció que jamás pensó que Brin fuera un éxito. En cierta forma había sido una carga muy pesada para él, una responsabilidad que no deseaba, como creador de tantos cientos de IA individuales que vivían y morían en Brin. Por eso intentó compensar creando en mitad de la anarquía de aquel juego, un reino justo y equilibrado, protegido de los voraces intereses comerciales de MoHo que solo buscaba beneficio económico. Yo no obstante, sabía lo que me había contado Andelain y no quise preguntarle más.

A falta de dos días para tomar el transporte pesado que nos llevaría a Veluss, los primeros mil tripulantes abarrotábamos la base, que estaba ya por encima de su capacidad real. A todas horas nos tropezábamos con compañeros. A fuerza de preguntar, entrevistar y saludar, creía conocer a casi cada uno de los primeros mil futuros colonos. Imposible por el número, aunque deseaba ser capaz de memorizar todos sus nombres y matices, toda su contagiosa ilusión por un proyecto que cambiaría todas nuestras vidas. Ayudaba la absoluta falta de intimidad. La primera vez que Joanne y yo hicimos el amor, nos aplaudieron. Después de unos días nos acostumbramos y pronto otras muchas parejas se animaron a compartir su pasión como nosotros, tras la escasa intimidad de una tela que separaba las estrechas literas individuales del resto.

Solo habíamos hablado con Andelain una vez tras nuestro ascenso a la estación espacial y había sido a través del Jardín de Brin. Carlos y Joanne intentaron persuadirla de que subiera ya, de que no esperara al final, pero no la pudieron convencer. Carlos se moría por conocerla, por fin, en carne y hueso. No dejaba de hablar de ella a todas horas, en todas partes. A falta de una semana para el lanzamiento de Veluss, fuimos embarcando en nuestro último transbordo desde la

base orbital a Veluss. Era un viaje relativamente rápido comparado con el trayecto del ascensor. Iríamos en un transbordador de carga, adaptado para llevar muchas personas. Era lo más parecido a un autobús espacial. Peligroso para una travesía larga, pero la única forma eficiente de transportar tanta gente desde órbita GEO a un punto de Lagrange. Fue la primera vez en mi vida que experimenté la microgravedad y fue divertido. Con un pasaje tan numeroso hubo escenas de auténtico caos, pese a la preparación que habíamos tenido al respecto.

Carlos pasó todo el viaje en el transbordador mirando de reojo a cada mujer que pasaba para buscar su asiento. Tenía la confianza de que Andelain hubiera embarcado a última hora y esperaba encontrarla por sorpresa. Joanne y yo estábamos hartos de sus lamentos, pese a que compartiéramos con él la inquietud por su ausencia, pero al aproximarnos a la Veluss M2210 todos callamos. El pasaje al completo se lanzó flotando en microgravedad a la hilera de ventanillas desde donde se veía la aproximación a la gigantesca nave espacial que nos llevaría a las estrellas. Era una gigantesca rueda de seis radios con una aguja larga y fina. Al acercarnos nos dimos cuenta de su inmenso tamaño. Rodé todo el material que pude, aunque sabía que podría lograr mejor material en el resto de vuelos, con las cámaras del exterior de las naves. Pero quería captar aquel momento, la intensidad de mil personas conteniendo la respiración sin poder evitarlo. De los primeros susurros de excitación y de los murmullos incontenibles de júbilo de los primeros habitantes de aquella colonia espacial.

La primera vez que pisamos las calles de nuestro nuevo hogar y miramos al cielo contuvimos la respiración. Era un lugar virgen, inexplorado y, sin embargo, nos daba la bienvenida con mil detalles. Hacía algo de fresco y sobre los campos de cultivo, perfectamente alineados sobre las colinas, soplaba una ligera brisa que hacía susurrar las hojas de los árboles frutales. Las espigas de trigo se movían como el vaivén de las olas en un mar verde. El aire olía a tierra y los pájaros se dejaban oír en la lejanía. El cielo era de un azul intenso y el sol que brillaba en lo alto parecía real. Unas casitas blancas a lo lejos eran nuestro nuevo hogar. Los delegados de la organización nos reunieron para explicarnos las primeras disposiciones. Todos habíamos leído varias veces cómo sería el sistema de gobierno inicial y los primeros pasos de la nueva sociedad de Veluss. Pero, como nos había demostrado el proceso de selección, se trataba de hacerlo de manera colectiva. Las primeras viviendas serían compartidas, a la espera de formar las primeras parejas y agrupaciones. Podríamos construir nuevas casas y reorganizar todo a nuestro gusto. Haríamos elecciones y formaríamos una nueva sociedad entre todos. Para la mayoría de las personas, las que venían del piso cero, era la primera vez que tenían la oportunidad de respirar aire puro, ver el cielo y

las estrellas sin tener en cuenta la prueba de supervivencia, que había sido su primera vez bajo el cielo estrellado.

Pasaron dos semanas y el pasaje se fue completando. Quedábamos a la espera del último transporte de la Tierra, que traería a los últimos pasajeros, incluida Andelain. Llevábamos todo ese tiempo sin vernos con ella, ya que en Veluss, la conexión con la red de la Tierra tenía demasiado retraso para poder usar mundos virtuales. La primera vez que hablé con Andelain, fuera del Jardín de Brin, fue el día antes de que llegara el último transporte de la Tierra. Su voz a través del Pod sonaba muy similar a la que tenía su avatar élfico en el mundo virtual.

—Hola Ariel soy Andelain.

—¿Andelain? —respondí sorprendido.

—Ahora soy yo quien tiene que pedirte un favor —dijo al otro lado una voz sin inflexión.

—Claro. Lo que sea —dije ansioso.

—Te ayudé con Ricardo. Gracias a mí consiguieron atraparlo. Creo que ya habrás atado cabos, ¿cierto?

—No estaba seguro, pero ¿cómo...? —empecé a preguntar, pero me interrumpió.

—Al haber embarcado Carlos tan pronto, cambiaste mis planes.

—Bueno, pero mañana...

—Mañana no iré a bordo de esa nave —contestó ella de forma seca al otro lado de la línea.

—Pero Carlos te espera —empecé a decir alarmado. Si ella no venía, Carlos lo pasaría muy mal. No quería que fuera por mi culpa.

—Lo sé. Carlos está ahí por mí. Igual que muchos otros.

—¿Cómo? —pregunté sin entender. ¿Otros?, pensé que quizás había entendido mal.

—Necesito que me ayudes a... ser yo —dijo, sin parar de hablar.

—¿Qué? —pregunté confuso.

—Ariel, yo... no soy una persona. —No fui capaz de decir nada. No entendía—. Soy una IAC.

Inteligencia Artificial autoConsciente. Aquello era una broma, tenía que ser una broma. No existían. Era un mito.

—¿Un programa? —pregunté incrédulo.

—Algo más complejo. Fui creada con un propósito, un propósito que aún no se ha cumplido. Y necesito que Carlos crea que estoy a bordo de Veluss, en persona.

—¿Pero cómo?

—Una mujer, de carne y hueso, será mi personificación. Necesito que la ayudes. Ella sabe todo lo que tiene que saber sobre Carlos, Joanne y tú, pero necesito que la ayudes a ser yo. Tú eres bueno con la gente Ariel, por eso te he ayudado y ahora

necesito que tú me ayudes.

—Tú... —empecé a decir con cuidado, aterrado por todo lo que significaba aquello.

—Nos seguiremos viendo en el sistema de realidad virtual de Veluss. ¿Puedo confiar en ti? —preguntó. En su tono de voz, perfectamente humano, no había duda de que era una pregunta retórica. No podría negarme a ayudar a quien había acabado con Ricardo con esa precisión. Algo con poder para hacer cosas que ningún gobierno podía y cuyo alcance no podía ni imaginar en ese momento.

—Te ayudaré —dije susurrando—, ¿qué debo hacer?

—Mañana desembarcará una mujer. Te enviaré una fotografía suya y algunos detalles más a tu pod. Ella sabe lo que tiene que hacer y está dispuesta a ello. Necesito que la recojas antes que Carlos y la prepares para el primer encuentro.

—Vale, pero respóndeme a una pregunta. Con sinceridad —dije. No me respondió al otro lado, pero sabía que estaba escuchando—. ¿Por qué Carlos? —pregunté.

—Él es fundamental para cambiarlo todo. Ya lo entenderás, y estoy segura de que nos apoyarás. Y ahora ¿puedo contar contigo? —reiteró.

—Sí.

—Gracias Rasheed —dijo, despidiéndose en un tono más cálido.

La excusa era preparar el encuentro entre Carlos y Andelain con el trasfondo del documental. Quería prepararlo de forma que fuera lo más teatral posible y para eso necesitaba su participación para disponer la escena, y no podía hacerlo con la llegada real. Como tampoco quería estropear su primer encuentro, iría yo solo a recibirla y le explicaría el propósito de grabar su reencuentro, sería una bonita historia de amor para el documental. Dos desconocidos que nunca se han visto y se enamoran compartiendo detalles sobre Veluss en la red. Descubren que viajarán juntos y se encuentran en persona justo antes del despegue. Andelain habló con Carlos y le encantó la idea. Aunque estaba deseando verle, le gustaría que aquel momento quedara retratado en el documental.

Cuando por fin la vi en persona, bajando por la rampa del transporte, supe que Andelain era un nombre más que adecuado para la mujer que miraba su alrededor con una bolsa de lona en el hombro. No parecía un elfo, de hecho ni siquiera era de baja estatura. Era toda una mujer, de caderas anchas y una densa melena de color castaño claro. Su cara, cubierta de pequeñas pecas, la hacía parecer más joven, pese a que había sobrepasado ya los treinta. Tenía unos grandes ojos verdes, muy parecidos a los de la verdadera Andelain, y su sonrisa era franca y segura. Me reconoció y vino hacia mí sin titubear.

—¿Laura? —pregunté. Me sonrió confirmando que era ella, tenía una sonrisa muy interesante.

—Andelain si lo prefieres —contestó. Su voz tenía un timbre vagamente familiar.

—Te imaginaba con las orejas más puntiagudas —repliqué, siguiendo la estela de su tono socarrón.

—A ti te queda mejor el turbante, pero estás más guapo al natural —lanzó. No era tímida en absoluto. Me gustó su forma de ser, espontánea, y el dominio de su cuerpo y su voz.

—Sí. Carlos no se va a creer la suerte que tiene. Especulábamos sobre el tamaño de tu culo y debo decir que no salías bien parada.

—¿Cómo crees que se tomará mi aspecto real? —preguntó, cambiando el tono.

—Le gustarás. Necesita sentirse seguro, no te aturulles mucho al principio, y déjale que tome su tiempo. Es tímido fuera de Brin. Mucho.

—Lo sé, pero gracias por recordármelo. Para mí también va a suponer un reto.

Miré a mi alrededor hasta cerciorarme que no había nadie cerca que pudiera escucharnos.

—Es un tipo listo, ¿crees que no se dará cuenta? —Pregunté.

—¿Tú te diste cuenta?

—No —respondí. Eran cosas muy diferentes, pero me dio que pensar y no dije nada más. Ella esperó a que mi silencio se prolongara un poco.

—Él tampoco se dará cuenta. Ahora depende de mí que Andelain se convierta en Laura.

—Prométeme que no harás daño a Carlos —exigí, intentando ser áspero.

—Nunca se lo podría hacer. No imaginas lo importante que es, Ariel —dijo con un brillo de fanatismo en sus ojos.

—Eso me dijo Andelain. Pero no me supo decir por qué —respondí, esperando alguna explicación.

—Tú y yo somos importantes. Joanne también, muchos de los que están aquí lo son por una u otra razón, pero él es esencial. Es el genio que nos ayudará a cambiar las cosas.

—¿Qué cosas? —pregunté.

—El futuro.

Noté que el suelo temblaba, como en un pequeño terremoto. Laura me agarró la mano y, en ese momento, una voz en el cielo anunció que Veluss había comenzado su viaje a las estrellas. Un viaje que tardaría ochenta años en llegar a su destino.

Activé la cámara y me preparé para terminar de grabar el último documental de mi vida.

FIN

¿Y AHORA QUÉ?

Si has llegado hasta aquí, y traspasado la barrera del «FIN» es por que quizás quieres más o quien sabe, te gustaría preguntarme algo. La novela que has leído es la primera de una saga mucho más ambiciosa. Ayuda a Ariel y a Joanne a llegar al papel, dime que te parece. Los escritores nos alimentamos con comentarios de nuestros lectores, por que necesitamos saber que lo que escribimos apela a vuestra imaginación y os hace vivir las historias que creamos.

Da igual si has leído este libro en papel, en electrónico o en PDF, lo has comprado en Amazon, te lo ha dejado un amigo o te lo has bajado de internet de forma alternativa. Solo te pido que si te ha gustado dejes una reseña en Amazon y/o Goodreads, la web de reseñas de libros más conocida de todo internet. Por último estaré encantado de recibir cualquier duda, comentario y por supuesto, críticas en mi blog personal. Puedes encontrar mi perfil de Facebook y Twitter en mi web.

Espero que hayas disfrutado 11,4 sueños luz.

Blog de Nicholas Avedon:

<http://www.nicholasavedon.com/>

Reseñas en Amazon (España), se puede dejar también en el Amazon de tu país. Puedes dejar reseña aunque no hayas comprado el libro ahí, vale con que seas cliente de Amazon.

https://www.amazon.es/review/create-review/ref=dpx_acr_wr_link?asin=B01KTZKZQE#

Reseñas en Goodreads (la web esta en inglés, pero puedes dejar la reseña en Español). La creación de ficha es muy muy rápida, y además es una WEB que permite conocer muchos libros buenos relacionado con otros que has leído previamente. Una web imprescindible si no la conocías.

<https://www.goodreads.com/book/show/31636390-11-4-sue-os-luz>

Madrid, 3 Septiembre, 2016

Nicholas Avedon